Alianza Editorial

Fray Toribio de Benavente "Motolinia" Historia de los indios de la Nueva España

1492-1992

LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS, Y NO COMERCIALES

Historia de los indios de la Nueva España

Sección: Clásicos del Descubrimiento

Fray Toribio de Benavente:
Motolinía
Historia de los indios de la Nueva España

Introducción y notas de Giuseppe Bellini

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid

1492 - 1992
QUINTO CENTENARIO

®

CREATIVE COMMONS

© de la introducción y las notas: Giuseppe Bellini
© Sociedad Quinto Centenario
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1988
Calle Milán, 38, 28043 Madrid; teléf. 200 00 45
ISBN: 84-206-0348-1
Depósito legal: M. 27.872-1988
Papel fabricado por Sniace, S. A.
Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

Entre rechazo y admiración

Cuando Cortés y su gente llegan a México encuentran un mundo vivo, perfectamente organizado, una gran civilización. La conquista, la derrota indígena, el largo sitio a la ciudad de Tenotchtitlán significan el derrumbe de toda una estructura político-social, de una cultura. Las *Cartas de relación* del conquistador, la tardía intervención reivindicativa de Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de México* son los documentos para la reconstrucción de lo que era el mundo azteca en el momento de su máximo esplendor. Georges Baudot ha puesto de relieve el significado testimonial de dichos escritos y afirmado que cuando los religiosos etnógrafos se acercan a este mundo, a distancia de pocos años, lo encuentran «medio dormido» [1]. Diré que

[1] G. Baudot, *Utopía e historia en México,* Madrid, Espasa Calpe, 1983, p. 22. Este importante trabajo apareció antes en francés con el título *Utopie et Histoire au Mexique. Les premiers chroniqueurs de la civilization méxicaine (1520-1569),* Tou-

cuando fray Toribio de Benavente llega a México el mundo azteca está en ruinas y en pleno caos, totalmente vencido, sin perspectivas. El rescate de lo que sobrevivió al gran desastre se hará más tarde, de manera discontinua, entre celo religioso, razones utilitarias, curiosidad intelectual sincera y consciencia del valor documental de una civilización en coma profundo, pero también entre nuevas manifestaciones de intolerancia, ignorancia y fanatismo destructor.

Para dar un ejemplo, no olvidemos la actividad del obispo fray Diego de Landa, quien quemó públicamente los códices mayas, y esto a pesar de sus méritos como primer estudioso de la cultura del mencionado pueblo en su *Relación de las cosas de Yucatán* [2]. Frente a lo que se presentaba como «diverso» e incomprensible era fácil pensar en el diablo, especialmente si se trataba de religiosos empeñados en la difusión de la nueva religión. Un hombre de la inteligencia, y de los méritos culturales, de fray Bernardino de Sahagún no dudaba en pensar en la presencia del demonio frente a la oscuridad, a la impenetrabilidad de los conceptos y los símbolos de la poesía náhuatl; a través de los cantares el diablo había plantado en México, según el fraile, «un bosque o arcabuco, lleno de muy espesas breñas, para hacer sus negocios desde él y para esconderse en él, para no ser hallado, como hacen las bestias fieras y las muy ponzoñosas serpientes [...]» [3].

El estudio y un más atento conocimiento disuelve, naturalmente, en hombres de verdadera cultura, las dudas. Fray Bernardino lo demostrará en la práctica, con su inteligente obra de recolector y conservador del patri-

---

louse, Privat, 1977. Nosotros citaremos siempre siguiendo la edición española.

[2] Cfr. la reciente edición de Miguel Rivera, Madrid, Historia 16, 1985, pero sobre todo la edición de A. M. Garibay, México, Porrúa, 1966.

[3] Cfr. Bernardino de Sahagún, «Relación de los Cantares», en «Apéndice del I Libro» de la *Historia General de las cosas de Nueva España,* edición de A. M. Garibay, México, Porrúa, 1956, I, p. 255.

monio cultural náhuatl, y de su error se dará inmediatamente cuenta el padre Diego Durán, ya experto conocedor de la lengua náhuatl: él no tendrá dudas en declarar que la demoníaca ocuridad de los cantares no es tal, sino sólo aparente, porque una vez estudiados, descifradas las metáforas, ellos se presentan ricos en «admirables sentencias» [4].

El espíritu redentorista

Son situaciones conocidas ya en la historia del acercamiento al mundo «diverso», pero siempre significativas. La presencia del demonio en México dominará también la mente de fray Toribio de Benavente, de manera casi obsesiva. Y ello acentuado por el hecho de que el fraile había entrado en contacto con el mundo indígena mexicano guiado por su convicción «redentorista». En su *Carta al Emperador Carlos V,* áspera contra fray Bartolomé de las Casas, el franciscano incita abiertamente al soberano a que se haga instaurador del reino de Dios último:

> Lo que yo a V. M. suplico es el quinto reino de Jesucristo, significado en la piedra cortada del monte sin manos, que ha de henchir y ocupar toda la tierra, del cual reino V. M. es el caudillo y capitán, que mande V. M. poner toda la diligencia que sea posible para que este reino se cumpla y ensanche a estos infieles o a los más cercanos, especialmente a los de la Florida, que están aquí a la puerta [5].

Precisamente por este motivo Motolinía —o «El pobre», como los indígenas llamaban a fray Toribio— [6]

---

[4] D. Durán, *Historia de las Indias de Nueva España,* México, 1980, II, p. 233.

[5] Fray Toribio de Benavente escribió la *Carta al Emperador Carlos V* el 12 de enero de 1555. Véase la edición de José Bravo Ugarte, S. J., *Carta al Emperador,* México, Editorial Jus, 1949, pp. 72-73.

[6] Escribe Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* cap. CLXXI: «...pusiéronle

tiene un alto concepto de la obra del Marqués del Valle, Hernán Cortés, que en la citada *Carta* defiende enérgicamente contra las calumnias y, a pesar de reconocer su humana naturaleza de posible pecador, lo declara hombre encargado por Dios de la gran misión evangelizadora:

... tenía fe y obra de buen cristiano y muy gran deseo de emplear la vida y hacienda por ampliar y aumentar la de Jesucristo y morir por la conversión de estos gentiles. Y en esto hablaba con mucho espíritu, como aquel a quien Dios había puesto por singular capitán de esta tierra de Occidente [...] [7].

Bien distinta es la posición del padre Las Casas frente al caudillo español, del cual pone de relieve, al contrario, la crueldad, resucitando la figura y el mito de Nerón y el incendio de Roma [8]. El Cortés de Motolinía es otra persona: es el convencido difusor de la fe. Lo demuestra él mismo en su quinta carta al emperador, defendiendo animosamente la honradez de su conducta en la conquista de México y declarando su convicción de haber extendido con su empresa no solamente el poder imperial, sino de haber abierto un amplio campo a la religión católica, tanto que estima «en muy breve tiempo se puede tener en estas partes por muy cierto se levantará una nueva

---

este nombre de Motolinía los caciques y señores de México, que quiere decir en su lengua el fraile pobre, porque cuanto le daban por Dios lo daba a los indios y se quedaba algunas veces sin comer, y traía unos hábitos muy rotos y andaba descalzo, y siempre les predicaba, y los indios lo querían mucho porque era una santa persona». Cfr. la edición mexicana de la *Historia,* por J. Ramírez Cabaña, México, Porrúa, 1968, II, p. 177.

[7] Cfr. T. de Benavente, *Carta al Emperador,* ob. cit., p. 95.

[8] Cfr. B. de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias,* Buenos Aires, Ediciones Océano, 1953, p. 48: «Dícese que estando metiendo a espada los cinco o seis mil hombres en el patio, estaba cantando el capitán de los españoles:

Mira Nero de Tarpeya
a Roma cómo se ardía;
gritos dan niños y viejos
y él de nada se dolía.»

iglesia, donde más que en todas las del mundo Dios Nuestro Señor será servido y honrado; [...]» [9]. El mismo Octavio Paz ha declarado que Cortés fue un «creyente fervoroso», distinguiéndose en esto de otros capitanes incrédulos como Condé y Bonaparte [10].

Cortés y el Reino de Dios

La llegada a México de la Misión franciscana guiada por fray Martín de Valencia, en 1524, y que contaba entre los «Doce» también a fray Toribio de Benavente, constituye una suerte de prodigioso comienzo en la gran obra de instauración del «Reino de Dios». Una vez derrotados los sabios indígenas, que para los frailes representaban la falsa religión, queda inaugurado el «tiempo nuevo». Frente al español conquistador, frecuentemente deshonesto y violento, estaban los indígenas, ya sometidos y desprovistos de todo. La política de los padres seráficos se inspiró en un progresivo repudio de los colonizadores, no de Cortés y de los conquistadores que lo apoyaban, pronto obstaculizados y perseguidos por la burocracia estatal.

Es el momento en que la figura de Cortés ofusca definitivamente la de Cristóbal Colón. La conquista de México y el espejismo de la evangelización hacen olvidar el momento no muy lejano del descubrimiento del Nuevo Mundo. De una parte a otra del continente americano hasta la fecha alcanzado se levantan acusaciones contra los españoles y su conducta: padre Antonio de Montesinos, fray Bartolomé de Las Casas, el mismo Motolinía, tan enemigo del dominico. Una contienda, ésta, compleja y agria, brotada de una visión diversa de la conquista: fray Bartolomé la repudia y condena en bloque a los conquistadores y colonizadores; fray Toribio, al

[9] Hernán Cortés, *Quinta carta-relación,* en *Textos y documentos completos,* México, Porrúa, 1963, p. 318.

[10] Octavio Paz, *Exorcismo y liberación de Hernán Cortés,* «Extra» de *El País,* 12-X-1985, p. 8.

contrario, distingue y salva a varios, que estima buenos y píos, justificando la conquista con el sueño redentorista, considerándola, antes, providencial.

Por otra parte, Hernán Cortés a la llegada de los doce frailes franciscanos a México se porta con ellos de manera incomparable, con sincera, u ostentada, humildad y devoción profunda. Los recibe cuidando de los detalles. Si leemos la narración de Bernal Díaz del Castillo tenemos la impresión de un gran espectáculo al aire libre, de amplios escenarios, propios del teatro indígena, y de los que hará uso el teatro religioso de los primeros años de la colonia [11].

En cuanto Cortés supo que la misión había tomado tierra en la Vera Cruz, dispuso que en todas las aldeas atravesadas por los frailes, indios y españoles «les barriesen los caminos», les construyeran ranchos si hubiesen decidido acampar en los campos y cuando hubieran llegado a lugar habitado «les saliesen a recibir y les repicasen las campanas»; luego, después de haberlos recibido, «les hiciesen mucho acato, y que los naturales llevasen candelas de cera encendida, y con las cruces que hubiese y con más humildad, y porque los indios lo viesen, para que tomasen ejemplo, mandó a los españoles se hincasen de rodillas a besarles las manos y los hábitos, y aun les envió Cortés al camino mucho refresco y les escribió muy amorosamente» [12].

Él mismo, además, en cuanto tuvo noticia que los frailes se encontraban próximos a la capital, fue a recibirlos acompañado de sus «valerosos y esforzados soldados», como siempre cuenta Bernal Díaz [13], no solamente, sino de Guatemuz, «el señor de México» y los principales señores y caciques. Llegado frente a los «Doce» el caudillo se arrodilló inmediatamente delante de fray Martín de Valencia, hizo ademán de besarle las manos, cosa que el franciscano no permitió y entonces «le besó los hábi-

[11] B. Díaz del Castillo, *ob. cit.*, II, p. 177.
[12] *Ibidem.*
[13] *Ibidem.*

tos y a todos los más religiosos, y así hicimos todos los más capitanes y soldados que allí íbamos, y Guatemuz y los señores de México» [14]. Los cuales últimos, supongo, aunque asombrados, debieron de entender a través de estos múltiples signos, que los empolvados y miserables personajes detentaban un poder muy superior al del conquistador.

La escena, perfectamente dirigida por Cortés, ejerció notable sugestión sobre los indios, pero también sobre los españoles, y parece que también en el mismo Cortés quien, por encima de su probable cálculo, veía legitimada su empresa con la presencia de tan calificados representantes de la iglesia, llegados para una misión de tanta trascendencia como era la evangelización de las tierras conquistadas y por conquistar. ¿Cómo podía en los años sucesivos fray Toribio de Benavente olvidar tan extraordinaria acogida de parte del conquistador? Su admiración por Cortés fue siempre grande y en la mencionada *Carta* al emperador sale en su defensa, ya muerto el protagonista, traza su apología, poniendo de relieve el apoyo que de él recibió la obra evangelizadora de los padres seráficos, su religiosidad sincera y también su humanidad hacia los indios, el respeto que tenía por sus propiedades [15]. Surge de estas páginas una figura totalmente diversa a la que el partido anticortesiano difundió y hasta resulta rescatada doña Marina, en cuanto instrumento de la palabra de fe del caudillo [16].

Derrota espiritual del mundo indígena

Frente a esto contemplamos la amargura, la derrota resignada ya del mundo indígena. Nadie, como es lógico,

---

[14] *Ibidem.*

[15] T. de Benavente, *Carta al Emperador,* ob. cit., pp. 98-100.

[16] *Ibid.,* p. 96: «Deparóle Dios en esta tierra dos intérpretes, un español que se llamaba Aguilar y una india que se llamó Doña Marina. Con éstos predicaba a los indios y les daba a entender quién era Dios y quién eran sus ídolos.»

presta atención a ello. El *Libro de los coloquios* [17] atestigua esta derrota, con eficacia singular, en los diálogos que intercurren entre los doce franciscanos y los sabios del mundo indígena en la capital mexicana. Todo lo domina la consciencia de un destino cruel, sin remedio posible, que ha determinado la caída de sus dioses, el derrumbe de un universo orgánico y fuerte que se regía en los pilares de la religión. Un sentido de cansancio cósmico denuncian las palabras de los sabios indígenas, quienes manifiestan el deseo de no sobrevivir a la ruina de su mundo, todavía ligados a sus dioses, en los cuales no han cesado de creer, aunque por cortesía o por cálculo, no excluyen que un día podrán llegar a aceptar la nueva religión importada por los invasores.

De cualquier modo es el fin: las clases indígenas abandonan en masa sus sacerdotes y los viejos ídolos, a lo menos así parece exteriormente. Es la euforia de la conversión, el gran triunfo de los vencedores en el choque espiritual con el mundo indígena. Motolinía es, por su parte, un protagonista particularmente activo. No sin razón afirma H. Herring que la conquista del Nuevo Mundo fue un triunfo y que los monjes bautizaron decenas de miles de indios [18], millones si estamos a lo que nos dice fray Toribio:

> Yo creo —escribe en su *Historia de los indios de la Nueva España*— que después que la tierra se ganó, que fue el año de 1521, hasta el tiempo que esto escribo, que es en el año de 1536, más de cuatro millones de ánimas se bautizaron, [...] [19].

---

[17] Escrito en la lengua culta de Tenochtitlán, lo recogió fray Bernardino de Sahagún y fue descubierto en 1924 en el Archivo Secreto de la Biblioteca Vaticana.

[18] H. Herring, *Storia dell'America Latina,* Milano, Rizzoli, 1974, p. 236. Cfr. también L. Lopetegui, S. J. - F. Zubillaga, S. J., *Historia de la Iglesia en la América Española,* Madrid, Editorial Católica (B.A.C.), 1955, pp. 314-320.

[19] T. de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España,* Tratado II, cap. II.

Pero el fraile llega a contar, al final, hasta «cerca de cinco millones» [20].

La imponente masa de convertidos se explica también como producto de una sugestión colectiva, después de escenas como la del encuentro entre Cortés y los Doce apóstoles de la misión franciscana. Sugestión y seguramente también deseo de ponerse a seguro contra violencias y presiones, de conquistadores y frailes, para encontrar algún apoyo firme en el derrumbe de su mundo, ya regido por divinidades vaciadas de todo poder, aunque siempre presentes en su intimidad.

Visión positiva de la Conquista

Como he dicho, a la prestigiosa figura de Colón se sustituye la de Cortés, de diverso pero no menor prestigio. El primero es casi un predestinado por Dios; el segundo el que con su valor hará posible el sueño de la evangelización de todo un mundo. La contienda entre Motolinía y Las Casas surge de una distinta concepción de la conquista: legítima y providencial para el primero, totalmente ilegítima para el segundo. Mientras el dominico repudia la guerra, aboga en favor de la libertad de todos los seres creados, no reconoce ninguna «justa causa», condena a los conquistadores y los encomenderos en bloque [21], el franciscano defiende una especie de derecho de guerra y de apropiación con relación a gentes y territorios salvajes, seres «que no tenían casas sino chozas y cuevas en que moraban» [22]. Lo declara

[20] *Ibid.*, cap. III.

[21] Véase de B. de Las Casas la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias,* cit. En su *De regia potestate,* defenderá Las Casas la dignidad del hombre de manera tajante: «...no hizo Dios a un hombre siervo, sino que a todos concedió idéntica libertad» y ésta «es un derecho inherente al hombre necesariamente y desde el principio de la naturaleza racional, y es por eso de derecho natural, como se dice en el Derecho: *existe idéntica libertad para todos*». Cfr. *ob. cit.,* en B. de Las Casas, *En defensa de los indios,* Sevilla, Biblioteca de la Cultura Andaluza, 1985, p. 105.

[22] T. de Benavente, *Carta al Emperador,* ob. cit., p. 50.

en su *Carta* al emperador y añade que esta gente no cultiva la tierra, y su sustento «eran yerba y raíces y la fruta que hallaban por los campos, y la caza que con sus arcos y flechas cazaban, seca al sol, la comían... [...] [23]. Salvajes, en fin, a los que los españoles traían la «civilización».

Por otra parte, sostenía fray Toribio, los mismos mexicanos, que con guerra habían conquistado los españoles, a su vez se habían apoderado con la guerra de las tierras en que vivían [24]. Además, siendo idólatras, cumpliendo sacrificios humanos —cuyas cantidades Motolinía hiperboliza: el predecesor de Moctezuma habría sacrificado, en una ceremonia durada tres o cuatro días, en un solo templo, «ochenta mil y cuatrocientos hombres» [25]—, la guerra de los conquistadores era contra el demonio:

> Sepa V. M. —escribe el fraile al emperador— que cuando el Marqués del Valle entró en esta tierra Dios nuestro Señor era muy ofendido, y los hombres padecían muy cruelísimas muertes, y el demonio nuestro adversario era muy servido con las mayores idolatrías y homecidios más crueles que jamás fueron; [...] [26].

La nueva cruzada es de cristianos católicos contra paganos poseídos del demonio. La conquista va legitimada por el rescate del mundo americano a la fe verdadera.

Obsesión demoníaca y conversión

La obsesión por la presencia del demonio es especialísima en fray Toribio de Benavente. El lo ve en todas partes, incansablemente activo: «casi toda la tierra estaba llena de ellos [los diablos] —escribe—, mas por todos los caminos y en todas las casas y toda la gente va-

[23] *Ibid.*, pp. 50-51.
[24] *Ibid.*, p. 50.
[25] *Ibid.*, p. 52.
[26] *Ibidem.*

caba al servicio de los demonios y de los ídolos; [...]» [27]. Un panorama hosco, realmente infernal, que condena al mundo americano. La verdad es que, no obstante las conversiones en masa, gran parte de los indígenas seguían, más o menos escondidamente, tributando culto a sus viejos dioses. La caza al demonio es, por consiguiente, para el fraile, el deber primero, y se realiza ante todo destruyendo los templos, que todavía, en la noche, iluminan las luces, siniestras por Motolinía, de fuegos rituales. Fray Toribio llama los templos aztecas «casas o templos del demonio» [28], los describe como construcciones redondas, grandes y pequeñas, según la importancia de las aldeas, dominadas por una simbología de luces infernales:

> ... la boca hecha como de infierno y en ella pintada la boca de una temerosa sierpe con terribles colmillos y dientes, y en algunas de éstas los colmillos eran de bulto, que verlo y entrar dentro ponía gran temor y grima; en especial el infierno que estaba en México, que parecía traslado del verdadero infierno. En estos lugares había lumbre perpetua, de noche y de día. [...] [29].

Espectáculo inquietante sin duda y tal que les quitaba el sueño a los buenos religiosos. No cabe duda, las dificultades de la evangelización debieron de ser, forzadamente, grandes, a pesar de la buena disposición de los indígenas. Tarea casi imposible parece que fue explicarles, por ejemplo, el concepto del «Dios Uno, Todopoderoso, sin principio ni fin, Criador de todas las cosas» [30] y hacerles entender quién era Santa María, «porque hasta entonces solamente nombraban María, o Santa María, y diciendo este nombre pensaban que nombraban a Dios, y a todas las imágenes que veían llamaban Santa María» [31].

---

[27] *Ibid.*, p. 53.
[28] Cfr. T. de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España,* Tratado I, cap. IV.
[29] *Ibidem.*
[30] *Ibidem.*
[31] *Ibidem.*

En cuanto al hecho del demonio y de sus maldades, tanto hicieron los frailes que lograron aterrorizar a los indios y «hubo muchos —escribe fray Toribio— que tomaron tanto espanto y temor, que temblaban de oír lo que los frailes decían», de modo que «algunos pobres desharrapados, de los cuales hay tantos en esta tierra, comenzaron a venir al bautismo y a buscar el reino de Dios, demandándole con lágrimas y suspiros y mucha importunación» [32].

Hay que meditar sobre este pasaje, significativo del concepto en que, precisamente, los frailes tenían al indígena. Si, como afirma Motolinía, la evangelización, que Dios había querido, traía salvación, paz y justicia —cosas que al fraile le parecía quisiera ignorar el padre Las Casas, al igual que la existencia de encomenderos y mercaderes españoles buenos— [33] los medios para realizar la conversión eran, cuando menos, discutibles y revelan cómo al indio no se le consideraba un ser adulto, sino más bien inmaduro, infantil, que había que proteger y guiar. Además, para los fines de la salvación, hasta la violencia era estimada legítima por Motolinía, si en su *Carta* a Carlos V afirmaba explícitamente: «Los que no quisieren de grado oír el santo Evangelio de Jesucristo, sea por fuerza: que aquí tiene lugar aquel proverbio 'más vale bueno por fuerza que malo por grado'» [34]. Palabras terribles, que implican las más serias consecuencias, y confirman que al indio no se le reconocía personalidad alguna, y al mismo tiempo la intolerancia de los religiosos.

Defensa del indio

Aunque Motolinía no deja de asumir la defensa del indio contra sus explotadores materiales, esta defensa es siempre en función de una criatura considerada infan-

[32] *Ibidem.*
[33] T. de Benavente, *Carta al Emperador,* ob. cit., pp. 56-59.
[34] *Ibid.,* p. 70.

til. Lo constatamos en la *Historia de los indios de la Nueva España.* Ello no significa que el franciscano no haya explicado una obra de mucha eficacia en el ámbito concreto de dicha defensa, aunque en ámbito espiritual debió de ser en muchos casos violenta.

Entre los azotes que cayeron sobre México con la conquista española —diez cuenta fray Toribio—, el de más duras consecuencias fue la conducta violenta de los colonizadores tras la conquista, con la enormidad de los tributos impuestos, el servicio obligatorio en las minas de oro, la esclavitud en la que continuaron los que ya eran esclavos bajo los aztecas, aunque tal era la necesidad de mano de obra para las minas que se hacían esclavos hasta los que no lo eran antes; y tantos eran los cambios de propietario, con la consiguiente imposición de la marca a fuego en la cara, que todo el rostro, al final, resultaba desfigurado:

> ...y el hierro —escribe Motolinía— que andaba muy barato, dándoles por aquellos rostros tantos letreros demás del primer hierro del rey, porque cada uno que compraba el esclavo le ponía su nombre en el rostro, tanto que toda la faz tenía escrita [...] [35].

Don Ramón Menéndez Pidal elogió la obra de fray Toribio porque, objetivamente, recoge tanto las «excelentes aptitudes receptivas» de los indios, como la «torpeza y crueldad» de sus viejos ritos idolátricos [36], pero no menciona las denuncias citadas. Motolinía, hay que subrayarlo, observa con sincero horror tanta destrucción humana, denuncia tanto la injusticia y la crueldad de conquistadores y colonizadores como la violencia que «criados y negros», encargados por sus dueños de cobrar los tributos y «entender en sus granjerías», ejercen sobre el indígena, y pone de relieve la confusión de las clases sociales, si gente de bajo origen manda ya sobre los se-

---

[35] T. de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España,* ob. cit., Tratado I, cap. I.

[36] R. Menéndez Pidal, *El Padre Las Casas, su doble personalidad,* Madrid, Espasa Calpe, 1963, p. 250.

ñores locales: «aunque por la mayor parte son labradores de España, hanse enseñoreado de esta tierra y mandan a los señores principales naturales de ella como si fuesen sus esclavos; [...]» [37].

Tantos atropellos debían de haber hecho, y hacían, estos personajes que el fraile hubiera preferido callar, pero no se lo permite la indignación:

... y porque yo querría describir sus defectos, callaré lo que siento con decir, que se hacen servir y temer como si fuesen señores absolutos y naturales, y por mucho que les den nunca están contentos, que a do quiera que están todo lo enconan y corrompen, hediendo como carne dañada, y que no se aplican a hacer nada sino a mandar: son zánganos que comen la miel de las pobres abejas, que son los indios, y no les basta lo que los tristes les pueden dar, sino que son importunos. En los años primeros eran tan absolutos estos calpixques en maltratar a los indios y en cargarlos y enviarlos lejos de su tierra y darles otros muchos trabajos, que muchos indios murieron por su causa y a sus manos, que es lo peor [38].

Añádase a ello la sed de oro de conquistadores y colonizadores, que los empujaba a buscar doquiera minas, haciendo trabajar indios y esclavos, que en gran número morían. Como testigo que fue, Motolinía escribe que los muertos «no se podían contar» y que el oro fue «como otro becerro por Dios adorado, porque desde Castilla le vienen a adorar pasando tantos trabajos y peligros; y ya que lo alcanzan, plega a Nuestro Señor que no sea para su condenación» [39].

Sobre este argumento aún peor le parecerá a fray Toribio la situación en el Perú, donde afirma que la tierra es menos dotada que la mexicana, porque sobre mucha de ella «ni cae lluvia, ni llueve, ni rocía» [40]. En ese sitio lejano y por evidentes motivos todavía misterioso y poco

[37] T. de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España,* Tratado I, cap. I.
[38] *Ibidem.*
[39] *Ibidem.*
[40] *Ibid.,* Tratado III, cap. XI.

conocido en el resto de la América ocupada, «el negro oro se vuelve —según el fraile— en amargo lloro, por cuya codicia muchos vendieron sus patrimonios, con que se pudieran sustentar tan bien como sus antepasados! » [41].

Azote no inferior para los indios mexicanos fue la reconstrucción de la capital, que Cortés emprendió inmediatamente, obra en la cual durante los primeros años «andaba más gentes que en la de Jerusalén» [42]. Muchos fueron, aquí también, los muertos, por derrumbes durante la demolición de edificios y templos «principales del demonio» [43]. La reconstrucción estuvo completamente a cargo de los indígenas, desde los materiales hasta la mano de obra. Parece que un gran entusiasmo se había apoderado de los indios: nos informa el fraile que ellos solían trabajar cantando, pero que esto ocurría «por el gran fervor que traían en la edificación del pueblo los primeros días» [44]. Tanto fervor debió de atenuarse, parece evidente.

La intervención divina

Las denuncias de Motolinía demuestran su humanidad, la sensibilidad y la participación en la historia humana de la Nueva España, sin que ello signifique que el fraile ponía en un mismo plan a indio y europeo. Todo lo contrario. El franciscano parece dudar continuamente si debe considerar al indio un hombre ingenuo, un demonio o un animal, que de todos modos hay que tratar humanamente. Su obra evangelizadora chocaba continuamente con arraigadas creencias, para él demoníacas; su mentalidad no lograba explicarse una organización del mundo como la indígena [45]. Incansable, no

---

41 *Ibidem.*
42 *Ibid.,* Tratado I, cap. I.
43 *Ibidem.*
44 *Ibidem.*
45 Fray Toribio ve a cierto punto la Nueva España como un «traslado del infierno». Cfr. *ibid.,* Tratado I, cap. II.

obstante, en su obra evangelizadora, encontraba auxilio y aliento en una continua intervención divina. Su entusiasmo misionero lo lleva a proponernos en su obra numerosas intervenciones milagrosas, en las cuales cree ciegamente y que para nosotros son de difícil aceptación. Sin embargo, por lo que se refiere a su narración, entramos en un clima de maravilloso edificante. Es el caso del pasaje en que refiere del indio Benito, muerto el viernes de Ramos de 1537 en Tlaxcallán: enfermo, se convierte, después de haber sido llevado su espíritu al infierno y luego a los parajes felices del Paraíso, donde un ángel le dice «Benito, Dios quiere haber misericordia de ti: ve y confiésate, y aparéjate muy bien, porque Dios manda que vengas a este lugar a descansar» [46]. Lo mismo le ocurre a un muchacho de Chiantempán, asegura fray Toribio. Fe ciega, ingenua, y una nota de intensa poesía.

Un rico repertorio de intervenciones milagrosas acompaña, en la obra de Motolinía, también la denuncia de la crueldad de colonizadores y mercaderes y de ellas vuelve a hacer mención en el Tratado segundo de su *Historia*. Dios les envía tremendos castigos; por su maldad los hace «morir malas muertes y arrebatadas, tanto que se trae por refrán: 'el que con los indios es cruel Dios lo será con él'» [47]. La participación de fray Toribio al drama del indígena, indefenso frente al blanco, le induce a proponernos ejemplos terrificantes. La narración se vuelve dramática, se puebla de personajes crueles, que maltratan, pegan e insultan a los indios sus esclavos. Es el momento en que «sale un tigre y apaña al Español, y llévale atravesado en la boca y métese en el monte y cómesele; y así el cruel animal libró a los mansos Indios de aquel que cruelmente los maltrataba» [48].

A otro español que maltrataba a sus hombres de carga le sucede lo mismo: durante la noche el comerciante

---

[46] *Ibid.*, Tratado II, cap. VI.
[47] *Ibid.*, cap. X.
[48] *Ibidem.*

suele dormir rodeado de su gente para defenderse de las fieras, pero «a la media noche vino el león o el tigre, y entra en medio de todos y saca al Español y allí cerca lo comió» [49]. Igual le pasa a otro estanciero que «llevaba ciento cincuenta Indios, y él tratándolos mal y apaleándolos»: llegada la noche se queda a dormir en el campo y «llegó el tigre y sacóle de en medio de todos los indios y se lo comió [...]» [50].

La repetición del «ejemplo» llega a ser obsesiva en la *Historia,* pero el fraile intenta hacer más creíble su cuento acudiendo a la afirmación de una experiencia directa suya, que sin embargo es una suerte de testimonio *a posteriori:* «y yo estuve luego cerca del lugar adonde fue comido» [51]. El candor guía ciertamente a Motolinía en la exposición de hechos tan extraordinarios, en cuya verdad, evidentemente, creía; una especie de «real maravilloso», para el cual la tierra americana presentaba adecuado espacio.

Si los españoles son crueles, como ejemplifica y denuncia abundantemente fray Toribio de Benavente, los indígenas tienen que arreglárselas también con la saña del demonio, que abandonan con la conversión a la religión católica. Con gran seriedad el fraile introduce en su relación la voz airada del inquietante personaje, quien ásperamente reprocha a uno de sus fieles que lo ha abandonado:

> A muchos —escribe Motolinía— se les ha parecido el demonio muy espantoso y diciéndoles con mucha furia: «¿por qué no me servís? ¿por qué no me llamáis? ¿por qué no me honráis como solíades?, etc.»; y éstos llamando y diciendo: «Jesús, Jesús, Jesús», son librados, y se han escapado de sus manos, y algunos han salido muy maltratados y heridos de sus manos, quedándoles bien que contar»; [...] [52]

---

[49] *Ibidem.*
[50] *Ibidem.*
[51] *Ibidem.*
[52] *Ibidem.*

Ciertamente, el lector queda perplejo frente a la impavidez con que el fraile refiere estos hechos. La fe de fray Toribio debía de ser bien fuerte, como fértil su imaginación. Hay que apreciar, sin embargo, el hecho de que todo estaba al servicio de una preocupada defensa del indígena y no cabe duda, por otra parte, de que muchas almas sencillas, o en pecado, debieron de temblar frente a la noticia de episodios como los que el franciscano nos cuenta.

En el tercer Tratado de su *Historia* Motolinía vuelve a contarnos intervenciones milagrosas de Dios en favor de los indios. Corriente es que intervenga para que sanen de enfermedades o heridas y milagroso es el contacto con el cordón del hábito de San Francisco, «con el cual cordón se han librado muchas mujeres preñadas de partos muy peligrosos», por lo cual «tiene el portero un cordón para darlo luego a los que le vienen a demandar» [53]. Aunque estima fray Toribio que con la virtud del cordón actúa la devoción que le tienen los indígenas.

Narración «impertérrita», diría García Márquez, por la cual todo parece estar en suspenso entre invención y realidad. Ni deja el fraile de aducir ejemplos de hechos que asegura realmente ocurridos, como la resurrección del pequeño Ascensio de Atlacuihuaya, cerca de Chapultepec, debida a la gran fe de sus padres en San Francisco, milagro cuya fama se difundió rápidamente y «fue causa que muchos se edificasen más en la fe y comenzaran a creer los otros milagros y maravillas que de Nuestro Redentor y de sus santos se les predican» [54].

También en este caso, de todos modos, el fraile es referente: la noticia del milagro que cuenta la aprendió de fray Pedro de Gante, que durante once años fue evangelizador en México. A pesar de ello, como parece lógico, no tiene la mínima duda, como no la tenía Berceo de los milagros de la Virgen, por curiosos que fueran.

---

[53] *Ibid.*, Tratado III, cap. I.
[54] *Ibidem.*

Misión de los franciscanos

Ingenuidad de la fe, candor, transporte religioso ardiente es lo que forma la base de las afirmaciones de fray Toribio de Benavente, y la certeza de que Dios le ha confiado a la Orden seráfica una especial misión evangelizadora. El final del primer capítulo del Tratado tercero es particularmente significativo: se afirma en él una suerte de privilegio que Dios ha concedido a los franciscanos para la conversión de las Indias, la confirmación del empeño milenarista de la Orden [55].

El capítulo citado es también una especie de introducción al relato de la santa vida y milagros de fray Martín de Valencia. Motolinía destaca, en particular, la preferencia indígena por los franciscanos, que afirma deberse a su humildad, bondad y «mansa conversación que tuvieron en el tratamiento e inteligencia que con los indios tenían» [55], a su falta de apetitos terrenos, profesando, al contrario, humildad y pobreza, por las cuales a menudo se mofaban de ellos los españoles, condición en la cual sólo los superaban los indígenas.

La exaltación de las cualidades morales de la Orden seráfica entra, no cabe duda, en la polémica contra otras Ordenes religiosas presentes ya, a la sazón, en la Nueva España, como los dominicos y los jesuitas; pero, destacando la condición indígena, el franciscano denuncia una situación dramática para atenuar la cual, la Orden a la que pertenecía, pronto poderosísima, intervino siempre. No olvidemos que fue el mismo Motolinía quien defendió, acogiéndolos en su convento, a algunos jefes indios perseguidos por la Audiencia de México por su conducta hostil hacia su actuación, y que fray Juan de Zumárraga, primer obispo de la capital mexicana, él también franciscano, en la Cuaresma de 1530, el 7 de marzo, llegó a lanzar el interdicto contra la ciudad y los oidores, después de la captura, tortura y muerte con mutilación de

[55] *Ibidem.*
[56] *Ibid.*, cap. IV.

dos prisioneros del tribunal eclesiástico: declarada la «cessatio a divinis» los franciscanos, consumado el SS. Sacramento, abandonaron la ciudad de México encaminándose hacia Texcoco. Era un hecho de gravedad enorme para la tranquilidad de la colonia y obligó a la Audiencia a largas y complicadas negociaciones y actos de reparación [57].

Con todos los límites que pusimos de relieve, fray Toribio de Benavente se califica como dignísima expresión de la Orden a la que perteneció, en una actividad intensa no solamente de evangelización sino de defensa del indígena, de cuyo mundo condenaba, naturalmente la idolatría, los sacrificios humanos, la esclavitud, las costumbres no conformes con las disposiciones de la religión católica; por ejemplo la poligamia. También en este ámbito la lucha de los franciscanos —lo confirma Motolinía en el VIII capítulo del segundo Tratado— fue dura. El primer matrimonio católico, o mejor dicho serie de matrimonios, tuvo lugar en Texcoco el domingo 14 de octubre de 1526, cuando «se desposó y casó pública y solemnemente Don Hernando, hermano del señor de Texcoco, con otros siete compañeros, criados todos en la casa de Dios», con gran concurso de público, fiestas, bailes y regalos, hasta del Marqués del Valle [58].

Exaltación del indio y de la Nueva España

Del mundo mexicano —dejando a un lado las reservas y los rechazos por lo que estimaba demoníaco— fray Toribio fue gran admirador. Con atención vivísima estudia y describe las costumbres, los monumentos arquitectónicos, la organización, la naturaleza particularmente feliz. La capital, México, a pesar de definirla por su pasado azteca «una Babilonia, llena de confusiones y

---

[57] Cfr. G. Baudot, *ob. cit.*, pp. 261-262.

[58] T. de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*, ob. cit., Tratado II, cap. VI.

maldades», presentemente el fraile la aprecia por su transformación espiritual debida a la evangelización, que la volvió «otra Jerusalén, madre de provincias y reinos» [59]. Sin embargo, tratando de la antigua fundación de la ciudad y de cómo la encontraron los españoles, fray Toribio celebra su pasado esplendor y aún más la singularidad de la tierra mexicana, que nos describe rica en montes, llanuras y ríos, minerales, plantas, frutas y flores, llegada a ser, con el aporte hispánico, compendio del mundo:

> En la tierra adentro, lo que ella en sí tenía y con lo que se ha traído de España, y ella en sí es capaz de producir y criar, tiene aparejo para fructificar todo lo que hay en Asia y en Africa, y en Europa; por lo cual se puede llamar otro Nuevo Mundo [60].

Esta observación no es indiferente pues revela una consciencia clara de América como entidad en sí. Leyendo estas páginas vuelve al recuerdo la serie recurrente de las celebraciones de la fertilidad de España, comenzando desde S. Isidoro hasta la *General Historia.* Pero en la celebración de Motolinía hay algo más: la afirmación de una capacidad de integración que promete un mundo nuevo, reservado a América.

En su presentación de la tierra mexicana fray Toribio de Benavente es observador atento, inteligente, eficaz en sus descripciones, nunca prolijas. La contención es su característica. A veces, la sugestión de lo fantástico se apodera de él, hombre de su tiempo, metido en un mundo donde todo es posible. En el capítulo VII del tercer Tratado, refiriéndose a las aves mexicanas se demora tratando de un fabuloso «grifo», que afirma encontrarse en medio de altas montañas, en el norte del país, ave que rapta y devora a los hombres. También trata de otro animal curioso «que es como león, el cual es lanudo, sino que la lana o vello tira algo a pluma», y es muy feroz, provisto de dientes muy fuertes, y «llámase

[59] *Ibid.,* Tratado III, cap. VI.
[60] *Ibid.,* cap. IX.

este animal *ocotichtli*» [61]. En realidad parece que se trata del gato montés, nada más.

Motolinía afirma haber visto él mismo uno de estos animales, y en cuanto al «grifo» declara que son más de ochenta años «que no parecen ni hay memoria dellos» [62]. Lo fabuloso terrorífico medieval revive, para el fraile, en el Nuevo Mundo, donde la realidad presentará por mucho tiempo, a ojos de los europeos, notas fantásticas.

Fray Toribio de Benavente no deja de subrayar detalladamente los aportes españoles a la Nueva España: caballos, vacas, rebaños, aves, plantas, trigo, hortalizas, flores, etcétera, como por otra parte los mismos aztecas habían hecho cuando habían conquistado las tierras mexicanas [63]. Es un mundo de belleza y prosperidad que solamente la violencia de los hombres y la obra destructora del demonio, según el fraile, insidia.

Precursor de Landívar y de Clavijero, a pesar de todas las diferencias sustanciales, Motolinía destaca del indio el «gran ingenio y habilidad para aprender todas las ciencias, artes y oficios que les han enseñado», para llegar a mayores comparaciones, afirmando que los indígenas aprenden más rápidamente que los mismos españoles, puesto que «en viendo los oficios que en Castilla están muchos años en los deprender, acá en solo mirarlo y verlos hacer, han quedado muchos maestros» [64]. La conclusión positiva es que los indígenas de la Nueva España «tienen el entendimiento vivo, recogido y sosegado, no orgulloso y derramado como otras naciones» [65]. Lo había puesto de relieve el fraile ya desde el comienzo de su libro, en el IV capítulo del primer Tratado, cuando exaltaba la facilidad con que los indios habían aprendido, a través del canto —hábil estrategia de los religiosos— el Ave María, el Pater Noster, el Credo, el Salve Regina, los mandamientos en su idioma.

---

61 *Ibid.*, cap. VII.
62 *Ibidem.*
63 *Ibid.*, cap. XII.
64 *Ibidem.*
65 *Ibidem.*

Para decir la verdad, quedamos algo perplejos cuando leemos el entusiasmo con que los indígenas incansablemente cantaban; pero los frailes debían de estar entusiasmados si Motolinía escribe:

... y era tanta la prisa [de aprender], que por doquier que fuesen, de día o de noche, por todas partes se oía cantar y decir toda la doctrina cristiana, de lo cual los españoles se maravillaban mucho de ver el fervor con que lo decían, y la gana con que lo deprendían, y la prisa que se daban a lo deprender, [...] [66].

No menor habilidad mostraban los indígenas en las representaciones teatrales. Precioso es en el primer Tratado el capítulo XV, donde Motolinía describe las fiestas celebradas en Tlaxcallán en 1538, con motivo del Corpus Christi y la fiesta de San Juan: fueron «autos» alegóricos —cuyo autor, según imagina Baudot [67], debió de ser el mismo fray Toribio— que se representaron durante horas y horas, en un extenso escenario natural. El citado capítulo es documento de especial relieve para la historia del primer teatro colonial, teatro religioso con finalidad edificante, en el cual las presencias indígenas son relevantes.

Entre rechazo y aceptación, entre santo celo, fe ardiente, inteligente juicio, ingenuidad y fantasía y también arraigados prejuicios, fray Toribio de Benavente es, en definitiva, el primer evaluador positivo del indígena en el área mexicana y su decidido defensor [68]. Criatura que necesitaba comprensión y protección, además de iluminación por la religión, es en cada momento un ser no adulto, incapaz de guiarse solo y crearse su futuro. Una postura, la del fraile, que comenzada con el primer contacto colombino con las Antillas, está des-

[66] *Ibid.*, Tratado I, cap. IV.

[67] G. Baudot, *ob. cit.*, p. 273.

[68] Poco sabemos en torno a fray Toribio de Benavente, antes de su actividad en la Nueva España: nació en Paredes (Zamora) probablemente en 1490, murió en México el 10 de agosto de 1569. Sus andanzas americanas las reconstruyó detalladamente el mismo Baudot, en las obras citadas.

tinada a no modificarse sustancialmente en los siglos. Para el europeo, el «otro», será, en efecto, siempre un ser inmaduro.

La *Historia de los indios de la Nueva España* es el documento más convincente de una buena y sincera disposición, la historia de un duro encuentro entre europeos e indígenas; se abre sobre una gran esperanza hacia el futuro, que no llega a concretarse, y en definitiva es la documentación de un difícil momento de la nación mexicana, en suspenso entre una realidad cruel y una prometedora utopía evangelizadora.

GIUSEPPE BELLINI

Hemos seguido hablando de la *Historia de los indios de la Nueva España* como de un texto orgánico: no es tal, sino, como acertadamente lo define Georges Baudot, un «extracto de urgencia, cuidadosa aunque rápidamente elegido entre borradores más amplios, aún incompletos y por ordenar definitivamente» [1]. Lo confirma la serie de repeticiones, el volver sobre temas ya tratados, la denuncia de fechas distintas, sin orden cronológico, que documentan el momento en que el autor está escribiendo, el capítulo final del tercer Tratado, el XX, donde claramente advierte que, por su argumento, este capítulo habrá que ponerlo en el Tratado segundo, y la alusión, en el capítulo IX de este Tratado, a una «cuarta parte», que en la *Historia de los indios de la Nueva España* no está representada.

Una recolección de textos, pues, seguramente pertenecientes a una obra más extensa, que fray Toribio iba

[1] Cfr. G. Baudot, «Introducción biográfica y crítica» a Fray Toribio de Motolinía, *Historia de los indios de la Nueva España,* Madrid, Castalia, 1985, p. 72.

componiendo, reunidos por motivos que desconocemos y que, en vía de suposición, bien pueden ser los de hacer presentes en España, y a través de un protector influyente como el conde de Benavente, los grandes méritos que corresponden en la evangelización y pacificación de la Nueva España a los franciscanos. Esto teniendo en cuenta las rivalidades de las distintas Ordenes religiosas activas ya en territorio mexicano. Pero otro motivo bien podría haber sido la necesidad de defender los métodos evangelizadores de los padres seráficos, con relación especialmente a la práctica de bautizar en masa a los indígenas, cuando ya la oposición de religiosos de otras Ordenes se hacía más dura [2]. Recordemos nuevamente al padre Las Casas, contra el cual fray Toribio escribirá la durísima denuncia-protesta al emperador en la *Carta* varias veces citada.

La urgencia, por consiguiente, la prisa, dan vida a la *Historia de los indios de la Nueva España;* urgencia y prisa que no le permiten al fraile una revisión atenta, como sin duda alguna hubiera sido su deseo. La «Epístola Proemial» es, naturalmente, de última hora: fray Toribio la firma en el convento franciscano de Tehuacán, «día del Apóstol San Matías» de 1541, 24 de febrero, según reconstruyó Baudot [3].

Además de su obra intensa de evangelizador, de su mucho andar por las tierras de la Nueva España, fray Toribio de Benavente debió de desarrollar una notable actividad creativa, sobre todo como cronista, aunque también escribió, y publicó, una *Doctrina cristiana en lengua mexicana* y compuso, si no obras teatrales, sí tramas para la representación, como las que describe en su *Historia de los indios de la Nueva España.* Sin embargo, de todos estos textos no nos han llegado más que la citada *Historia* y los muchos borradores reunidos en los *Memoriales* [4], extraordinariamente importantes,

[2] Es ésta la opinión de Baudot: cfr. *ibid.,* pp. 72-74.

[3] *Ibid.,* p. 27. Baudot publicó un primer borrador.

[4] G. Baudot demuestra cómo muchos de los títulos de obras de fray Toribio de Benavente, mencionados por varios autores y

esto sí, para reconstruir, como lo hizo egregiamente Georges Baudot [5], la que hubiera debido ser la obra magna del franciscano, esa *Relación de las cosas, idolatrías, ritos y ceremonias de la Nueva España,* perdida o nunca definitivamente realizada.

De la *Historia de los indios de la Nueva España,* título que le dio en 1616 el padre José de Sigüenza, nos han llegado, al contrario, tres manuscritos del siglo XVI, con diferente título, y uno del siglo XVIII [6]. La primera edición de la *Historia* se realiza, parcialmente, en 1848. Desde esta fecha varias han sido las ediciones, de mayor o menor valor, y que acuden a fuentes manuscritas diferentes.

La edición más seria, sobre copia manuscrita del siglo XIX del Manuscrito de México, y utilizando también la edición de Lord Kingsbouroug, de 1848 [7], se debe, en 1858, a Joaquín García Icazbalceta [8]. Sucesivamente hubo ediciones de escaso valor o que reproducían en general la del erudito mexicano. En 1869 el marqués de Miraflores y Miguel Salva realizan la transcripción

---

cronistas, no son más que la misma obra, o sea la *Historia de los indios de la Nueva España,* partes de ella o pertenecientes a la obra mayor perdida. Cfr. *ibid.,* pp. 44-47.

5 Cfr. *ibid.,* pp. 58-71.

6. Pertenecen al siglo XVI el Manuscrito de México, *Relación de los ritos antiguos, idolatrías y sacrificios de los Yndios de la Nueva España y de la maravillosa conversión que Dios en ellos ha obrado,* el Manuscrito del Escorial, *Ritos antiguos, sacrificios e idolatrías de los indios de la Nueva España, y de su conversión a la fe, y quienes fueron los que primero la predicaron,* Manuscrito de la Hispanic Society de Nueva York, *Relación de las cosas, ritos, ydolatrías y ceremonias de la Nueva España;* del siglo XVIII es el Manuscrito del Palacio Real de Madrid, *Historia de los indios de la Nueva España.*

7 *Ritos antiguos, sacrificios e idolatrías de los Indios de la Nueva España, y de su conversión a la fe, y quienes fueron los que primero la predicaron,* en E. King, Lord Kingsbourough, *Antiquities of México,* London, H. Bohn, 1848, tomo IX.

8 *Historia de los Indios de la Nueva España,* en J. García Icazbalceta, *Colección de documentos para la historia de México,* México, Librería de J. M. Andrade, 1858, I.

del Manuscrito del Escorial [9] y una reproducción facsimilar de ésta aparece en 1966 [10]. En 1969 Edmundo O'Gorman edita en México el texto de fray Toribio, utilizando la edición Icazbalceta, pero poniendo en seria duda la paternidad de Motolinía [11]. En 1970 el padre Fidel de Lezarza publica, en la «Biblioteca de Autores Españoles», los *Memoriales e Historia de los indios de la Nueva España* [12].

Hemos citado las empresas editoriales más relevantes. Llegamos así a 1985 cuando, a distancia de pocos meses, aparecen en Madrid dos ediciones de la *Historia,* la una cuidada por Claudio Esteva —y acompañada por la *Carta al Emperador,* como ya había hecho O'Gorman—[13], la otra por Georges Baudot [14]. El primero interviene sobre el texto con mesurada frecuencia, aclarando también la terminología indígena y dotando el texto de oportunas notas. Georges Baudot realiza una puntual revisión de los tres manuscritos del siglo XVI, del siglo XVIII de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, del último de los cuales adopta el orden de los capítulos y que considera «pieza clave» en la redacción final de fray Toribio, «copia importante» de un manuscrito autógrafo del

---

[9] *Ritos antiguos, sacrificios e idolatrías de los Indios de la Nueva España, y de su conversión a la fe, y quienes fueron los que primero la predicaron,* en *Colección de Documentos inéditos para la Historia de España,* Madrid, Calero, 1869.

[10] Vaduz, Krauss, 1966.

[11] *Historia de los Indios de la Nueva España.* Estudio crítico, apéndices, notas e índice de E. O'Gorman, México, Porrúa, 1969. En torno a fray Toribio y a su *Historia* cfr. del mismo: *La incógnita de la llamada «Historia de los Indios de la Nueva España» atribuida a Fray Toribio Motolinía,* México, Fondo de Cultura Económica, 1982. Contra O'Gorman argumentó eficazmente G. Baudot en *Utopie et Histoire au Méxique,* Toulouse, Privat, 1977, pp. 356-361.

[12] Madrid, Atlas (B.A.E.), 1970.

[13] *Historia de los indios de la Nueva España,* edición de C. Esteva, Madrid, Historia 16, 1985. Aparece dentro del programa del Quinto Centenario del Descubrimiento, en la colección «Crónicas de América».

[14] *Historia de los Indios de la Nueva España,* edición de G. Baudot, Madrid, Castalia, 1985.

autor [15]. También acude a la edición de García Icazbalceta y a la transcripción de J. O. Aragón del Manuscrito del Escorial, cuya lección normalmente sigue, corrigiéndola, según declara, sólo cuando su lectura personal de los manuscritos difiere o el Manuscrito de Palacio ofrece variantes importantes, o bien cuando la interpretación de García Icazbalceta le parece «más acorde con la organización íntima del relato» [16]. El editor ha tenido presentes, además de los textos de los *Memoriales,* su personal reconstrucción de la obra mayor de fray Toribio. La acentuación, la ortografía y la puntuación han sido modernizadas y corregidos los términos náhuatl según las normas actuales de la lengua.

Nuestra edición ha tenido en cuenta el abundante material disponible y especialmente los resultados editoriales de los últimos años, junto con la siempre fundamental edición de Joaquín García Icazbalceta. Nuestra intención ha sido la de ofrecer un texto que permita una lectura ágil y que al mismo tiempo encuentre en la página el sabor genuino de la época, a pesar de la modernización inevitable de la ortografía y la puntuación. Por eso hemos conservado también la originaria terminología indígena, dando en nota, cuando necesario, oportunas referencias. Tampoco hemos efectuado intervenciones en la disposición de los capítulos, al único fin de dar al lector la impresión genuina de un texto auténticamente provisional, entrando de esta manera directamente en el que llamaremos el «taller» del autor. En notas sucintas damos algunas referencias históricas para aclarar el marco de la época a la que la *Historia* se refiere. Por innecesaria, hemos eliminado también la ritual numeración de los párrafos.

---

15 Cfr. *ibid.*, «Nota previa», p. 91.
16 *Ibid.*, pp. 9192.

Bibliografía selecta

Baudot, Georges: «Le «complot» franciscain contre la première Audience de México», *Caravelle,* 2, 1964.

—— *Utopie et Histoire au Mexique. Les premiers Chroniqueurs de la civilizaion méxicaine (1520-1569),* Toulouse, Privat, 1977 (en castellano: Madrid, Espasa Calpe, 1983).

—— «Introducción biográfica y crítica» a Fray Toribio de Motolinía, *Historia de los indios de la Nueva España,* Madrid, Castalia, 1985.

Crovetto, Pi r Luigi: «I segni del diavolo e i segni di Dio. La *Lettera all'Imperatore Carlo V,* di fra'Toribio de Motolinía», *L'Immagine riflessa,* VIII, 1, 1985.

Esteva, Claudio: «Introducción» a Fray Toribio de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España,* Madrid, Historia 16, 1985.

García Icazbalceta, Joaquín: *Don Fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México,* México, Díaz de León, 1881 (nueva edición por R. Aguayo Spencer y A. Castro Leal, México, Porrúa, 1947).

Gómez Canedo, Lino: «Motolinía, enigma historiográfico», *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas,* México, UNAM, 4, 1970.

Lejarza, Fidel de: «Franciscanismo de Cortés y cortesianismo de los Franciscanos», *Misionalia Hispánica,* 13, 1948.

—— «Fray Toribio Motolinía, misionero e historiador de México en el siglo XVI», estudio preliminar a Fray Toribio Motolinía, *Memoriales e Historia de los Indios de la Nueva España,* Madrid, Atlas (B.A.E.), 1970.

López, Atanasio: «Cuestionario histórico. ¿Escribió Fray Toribio Motolinía una obra intitulada *Guerra de los Indios de la Nueva España* o *Historia de la Conquista de México?*», *Archivo Ibero-Americano,* 1925, 1.

—— «Fray Toribio Motolinía, misionero e historiador de México en el siglo XVI», *Illuminare,* 1931, IX, 71.

Maravall, José Antonio, *Utopía y reformismo en la España de los Austrias,* Madrid, Siglo XXI de España, 1982.

Martínez, Manuel M.: «El obispo Marroquín y el franciscano Motolinía, enemigos de Las Casas. Examen de los motivos de su enemistad», *Boletín de la Real Academia de la Historia,* CXXXII.

O'Gorman, Edmundo: «Estudio crítico», en Fray Toribio Motolinía, *Historia de los indios de la Nueva España,* México, Porrúa, 1969.

—— *La incógnita de la llamada «Historia de los Indios de la Nueva España»,* México, Porrúa, 1969.

—— *La incógnita de la llamada «Historia de los Indios de la Nueva España» atribuida a Fray Toribio Motolinía,* México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

Phelan, John L.: *El reino milenario de los franciscanos en el Nuevo Mundo,* México, U.N.A.M., 1972.

Ramírez, José F.: *Fray Toribio de Motolinía y otros estudios,* México, Porrúa, 1957.

Ricard, Robert: *La «conquête spirituelle» du Mexique,* París, Institut d'Ethnologie, 1933 (en castellano: México, Jus, 1947).

—— «Remarques bibliographiques sur les ouvrages de Fray Toribio Motolinía», *Journal de la Société des Américanistes,* 1933, XXV.

Steck, Francis B.: «Father Toribio de Motolinía, his life and Writtings», en *Motolinía's History of the Indians of New Spain,* Washington, Academy of American Franciscan History, 1951.

Epístola proemial de un fraile menor al Ilustrísimo Señor Don Antonio Pimentel, sexto Conde de Benavente [1]*, sobre la relación de los ritos antiguos, idolatrías y sacrificios de los indios de la Nueva España, y de la maravillosa conversión que Dios en ellos ha obrado. Declárase en esta epístola el origen de los que poblaron y se enseñorearon de la Nueva España.*

La paz del muy Alto Señor Dios nuestro sea siempre con su ánima. Amén.

Nuestro Redentor y Maestro Jesucristo en sus sermones formaba las materias, parábolas y ejemplos según la capacidad de los oyentes; a cuya imitación, digo, que los caballeros cuerdos se deben preciar de lo que su rey y señor se precia; porque lo contrario hacer, sería gran desatino. Y de aquí es, que cuando en la corte el

[1] Don Antonio Pimentel era señor de Paredes (Zamora), donde había nacido fray Toribio. En Benavente cursó sus primeros estudios.

Emperador se precia de justador, todos los caballeros son justadores; y si el rey se inclina a ser cazador, todos los caballeros se dan a la caza; y el traje que el rey ama y se viste, de aquél se visten los cortesanos. Y de aquí es, que como nuestro verdadero Redentor se preció de la cruz, que todos los de su corte se preciaron más de la misma cruz, que de otra cosa ninguna, como verdaderos cortesanos que entendían y conocían que en esto estaba su verdadera salvación. Y de aquí es, que el hombre de ninguna cosa se precia más que de la razón, que le hace hombre, capaz y merecedor de la gloria, y le distingue y aparta de los brutos animales. Dios se preció de la cruz tanto que se hizo hombre y por ella determinó de redimir el humanal linaje. Y pues el señor se precia del fruto de la cruz, que son las ánimas de los que se han de salvar, creo yo que Vuestra Señoría, como cuerdo y leal siervo de Jesucristo, se gozará en saber y oír la salvación y remedio de los convertidos en este nuevo mundo, que ahora la Nueva España se llama, adonde por la gracia y voluntad de Dios cada día tantas y tan grandes y ricas tierras se descubren, adonde Nuestro Señor Jesucristo es nuevamente conocido, y su santo nombre y fe ensalzado y glorificado, cuya es toda la bondad y virtud que en Vuestra Señoría y en todos los virtuosos príncipes de la tierra resplandece. De lo cual no es menos dotado Vuestra Señoría que lo fueron todos sus antepasados, mayormente vuestro ínclito y verdadero padre Don Alonso Pimentel, conde quinto de Benavente, de buena y gloriosa memoria, cuyas pisadas Vuestra Señoría en su mocedad bien imita, mostrando ser no menos generoso que católico señor de la muy afamada casa y excelente dictado de Benavente, por lo cual debemos todos sus siervos y capellanes estudiar y trabajar de servir y reagradecer las mercedes recibidas y a esta causa suplico a Vuestra Señoría reciba este pequeño servicio quitado de mi trabajo y ocupación, hurtando al sueño algunos ratos, en los cuales he recopilado esta relación y servicio que a Vuestra Señoría presento; en la cual sé que he quedado tan corto que podría ser notado de los prácticos

en esta tierra y que han visto y entendido todo o lo más que aquí se dirá.

Y porque esta obra no vaya coja de lo que los hombres naturalmente desean saber, y aun en la verdad es gloria de los señores y príncipes buscar y saber secretos, declararé en ésta brevemente lo que más me parezca de la relación conveniente.

Esta tierra de Anáhuac [2], o Nueva España, llamada así primero por el Emperador nuestro señor, según los libros antiguos que estos naturales tenían de caracteres y figuras, que ésta era su escritura, a causa de no tener letras, sino caracteres, y la memoria de los hombres ser débil y flaca. Los viejos de esta tierra son varios en declarar las antigüedades y cosas notables de esta tierra, aunque algunas cosas se han colegido y entendido por sus figuras [3], cuanto a la antigüedad y sucesión de los señores que señorearon y gobernaron esta tan grande tierra. Lo cual aquí no se tratará, por parecerme no ser menester dar cuenta de personas y nombres que mal se pueden entender ni pronunciar; baste decir cómo en el tiempo que esta tierra fue conquistada por el buen caballero y venturoso capitán Hernando Cortés, marqués que ahora es del Valle, era supremo rey y señor uno llamado Moctezuma [4] y por nombre de mayor dictado llamado de los indios Motecumazin. Había entre estos naturales cinco libros, como dije, de figuras y caracteres. El primero habla de los años y tiempos. El segundo de los días y fiestas que tenían todo el año. El tercero de los sueños, embaimientos [5] y vanidades y agüeros en que creían. El cuarto era el del bautismo y nombres que daban a los niños. El quinto de los ritos y ceremonias y agüeros que tenían en los matrimonios. De todos éstos, del uno,

---

[2] Anáhuac: «tierra cerca del agua», debido a las abundantes aguas de la región, según ampliamente informa fray Toribio.

[3] Son, naturalmente, los «glifos».

[4] Motecuhzoma o Moctezuma fue el último señor de México antes de llegar Cortés, quien puso prácticamente fin a su imperio en 1520. Le sucedió Guatemuz o Guatimozin.

[5] Mentiras, falsedades.

que es el primero, se puede dar crédito, porque habla la verdad, que aunque bárbaros y sin letras, mucha orden tenían en contar los tiempos, días, semanas, meses y años, y fiestas, como adelante parecerá.

Asimismo figuraban las hazañas e historias de vencimientos y guerras, y el suceso de los señores principales; los temporales y notables señales del cielo, y pestilencia generales; en qué tiempo y de qué suerte acontecían; y todos los señores que principalmente sujetaron esta Nueva España, hasta que los españoles vinieron a ello. Todo esto tienen por caracteres y figuras que lo dan a entender. Llaman a este libro, *Libro de la cuenta de los años,* y por lo que de este libro se ha podido colegir de los que esta tierra poblaron, fueron tres maneras de gente, que aún ahora hay algunos de aquellos hombres. A los unos llamaron chichimecas [6], los cuales fueron los primeros señores de esta tierra. Los segundos son los de *Culiua.* Los terceros son los mexicanos.

De los chichimecas no se hallan más de que ha ochocientos años que son moradores de esta tierra, aunque se tiene por cierto ser mucho más antiguos, sino que no tenían manera de escribir ni figurar, por ser gente bárbara y que vivían como salvajes. Los de Culiua se halla que comenzaron a escribir y hacer memoriales por sus caracteres y figuras. Estos chichimecas no se halla que tuviesen casa, ni lugar, ni vestidos, ni maíz, ni otro género de pan, ni otras semillas. Habitaban en cuevas y en los montes; manteníanse de raíces del campo, y de venados y liebres, y conejos y culebras. Comíanlo todo crudo, o puesto a secar al sol; y aún hoy día hay gente que vive de esta manera, según que más larga cuenta dará a Vuestra Señoría el portador de ésta, porque él con otros tres compañeros estuvieron cautivos por esclavos más de siete años, que escaparon de la armada de Pánfilo de Narváez, y después se huyeron, y otros indios los tra-

---

[6] Los chichimecas procedían, según parece, del actual Nuevo México. Fundaron varias ciudades, entre ellas la ciudad santa de Cholula y Tlaxcala.

jeron y sirvieron camino de más de setecientas leguas, y los tenían por hombres caídos del cielo. Y éstos descubrieron mucha tierra encima de la Nueva Galicia, adonde ahora van a buscar las Siete Ciudades [7]. Ya son venidos mensajeros y cartas cómo han descubierto infinita multitud de gente. Llámase la primera tierra la provincia de Cíbola; créese que será gran puerta para adelante. Tenían y reconocían estos chichimecas a uno por mayor, al cual supremamente obedecían. Tomaban una sola por mujer, y no había de ser parienta. No tenían sacrificios de sangre, ni ídolos, mas adoraban al sol y teníanle por dios, al cual ofrecían aves y culebras y mariposas. Esto es lo que de estos chichimecas se ha alcanzado a saber.

Los segundos fueron los de Culiua. No se sabe de cierto de a dónde vinieron, más de que no fueron naturales, sino que vinieron treinta años después que los chichimecas habitaban en la tierra, de manera que hay memoria de ellos de setecientos y setenta años; y que eran gente de razón y labraron y cultivaron la tierra, y comenzaron a edificar y hacer casas y pueblos, y a la fin comenzaron a comunicarse con los chichimecas, y a contraer matrimonios, y casar unos con otros, aunque se sabe que esto no les duró más de ciento y ochenta años.

Los terceros, como hice mención, son los mexicanos [8], de los cuales se tratará adelante. Algunos quieren sentir que son de los mismos de Culiua y créese será así, por ser la lengua toda una. Aunque se sabe que estos mexicanos fueron los postreros, y que no tuvieron señores principales, mas de que se gobernaban por capitanes. Los de Culiua parecieron gente de más cuenta y señores principales. Los unos y los otros vinieron a la laguna de México. Los de Culiua entraron por la parte de oriente, y edificaron un pueblo que se dice Tollantzinco, diez y

[7] Fray Toribio alude aquí a las noticias fabulosas que difundió fray Marcos de Niza a raíz de su expedición de 1539 al norte de México.

[8] O aztecas, originariamente tribu chichimeca; se establecieron en torno a la laguna de México a comienzo del siglo XIII y fundaron Tenochtitlán.

siete leguas de México; y de allí fueron a Tula, doce leguas de México, a la parte del norte, y vinieron poblando hacia Tetzcoco, que es en la orilla del agua de la laguna de México, cinco leguas de traviesa, y ocho de bojeo. Tetzcoco está a la parte de oriente, y México al occidente, la laguna en medio. Algunos quieren decir que Tetzcoco se dice Coliba por respeto de éstos que allí poblaron. Después el señorío de Tetzcoco fue tan grande como el de México. De allí de Tetzcoco vinieron a edificar a Cuaotichan que es poco más de legua de Tetzcoco, a la orilla del agua, entre oriente y mediodía. De allí fueron a Culinaca a la parte del mediodía; tiene a México al norte dos leguas, por una calzada. Allí en Colhuacan asentaron y estuvieron muchos años. Adonde ahora es la ciudad de México era entonces pantanos y cenagales, salvo un poco que estaba enjuto como isleta. Allí comenzaron los de Culiut a hacer unas pocas de casas de paja, aunque siempre el señorío tuvieron en Culiuaca y allí residía el señor principal.

En este medio tiempo vinieron los mexicanos, y entraron también por el puerto llamado Tula, que es a la parte del norte a respecto de México, y vinieron hacia el poniente poblando hasta Ascapulco poco más de una legua de México. De allí fueron a Tlacuba y a Chapultepec, adonde nace una excelente fuente que entra en México, y de allí poblaron a México.

Residiendo los mexicanos en México, cabeza de señorío, y los de Culiua en Culiuaca en esta sazón se levantó un principal de los de Culiua y con ambición de señorear mató a traición al señor de los de Culiua, el cual era ya treceno señor después que poblaron, y levantóse por señor de toda la tierra. Y como era sagaz quiso, por reinar sin sospecha, matar a un hijo que había quedado de aquel señor a quien él había muerto, el cual por industria de su madre se escapó de la muerte y se fue a México, adonde estando muchos días, creció y vino a ser hombre, y los mexicanos, visto su buena manera, trataron con él matrimonios, de suerte que casó con

veinte mujeres, una en vida de otras, y todas hijas y parientas de los más principales de los mexicanos, de las cuales hubo muchos hijos, y de éstos descienden todos los más principales señores de la comarca de México. A éste favoreció la fortuna cuando desfavoreció a su padre, porque vino a ser señor de México, y también de Culiuaca, aunque no de todo el señorío; y dio en su vida a un hijo el señorío de Culiua y él quedó ennobleciendo a México, y reinó y señoreó en ella cuarenta y seis años.

Muerto este señor, que se llamaba Acamapuchi, sucedióle un hijo de tanto valor, y más que el padre, porque por su industria sujetó muchos pueblos, al cual después sucedió un hermano suyo, al cual mataron sus vasallos a traición aunque no sin muy gran culpa suya, por vivir en mucho descuido.

A este tercero señor sucedió otro hermano llamado Izcoazi, que fue muy venturoso, y venció en batallas, y sujetó muchas provincias, e hizo muchos templos, y engrandeció a México.

A éste sucedió otro señor llamado Ueve Moteuczoma [9], que quiere decir Moteuczoma el viejo, que fue nieto del primer señor. Era entre esta gente costumbre de heredar los señoríos los hermanos si los tenía, y a los hermanos sucedía otra vez el hijo del mayor hermano, aunque en algunas partes sucedía el hijo al padre; pero el suceder los hermanos era más general, y en los mayores señoríos, como eran México y Tetzcoco.

Muerto el viejo Moteuczoma sin hijo varón, sucedióle una hija legítima, cuyo marido fue un pariente suyo muy cercano, de quien sucedió y fue hijo Moteuczomatzin [10],

---

[9] La sucesión fue la siguiente: Acamapichtli (1376-96), su hijo Huitzihuitl (1396-1417), el hermano de éste Chimalpopoca (1417-27), otro hermano, Izcóatl (1428-40), que aliándose con Tezcoco y Tlacopán dio gran expansión al imperio. Ueve Moteczoma reinó de 1440 a 1469.

[10] Los predecesores de Motecuhzoma fueron: Axayacate (1469-81), Tizoc (1481-86), Ahuitzotl (1486-1502). Le sucedieron Cuitláhuac y Cuahtémoc (1521-25), justiciado por Cortés, durante

el cual reinaba en el tiempo que los españoles vinieron a esta tierra de Anáhuac. Este Moteuczomatzin reinaba en mayor prosperidad que ninguno de sus pasados, porque fue hombre sabio, y que se supo hacer aceptar y temer, y así fue el más temido señor de cuantos en esta tierra reinaron. Esta dicción *tzin,* en que fenecen los nombres de los señores aquí nombrados, no es propia del nombre, sino que se añade por cortesía y dignidad, que así lo requiere esta lengua.

Este Moteuczoma tenía por sus pronósticos y agüeros que su gloria, triunfo y majestad no había de durar muchos años, y que en su tiempo había de venir gente extraña a esta tierra, y por esta causa vivía triste, conforme a la interpretación de su nombre. Porque Moteuczoma quiere decir hombre triste, y sañudo, y grave, y modesto, que se hace temer y acatar, como de hecho éste lo tuvo todo.

Estos indios además de poner por memorias, caracteres y figuras las cosas ya dichas, y en especial el suceso y generación de los señores y linajes principales, y cosas notables que en su tiempo acontecían, había también entre ellos personas de buena memoria que retenían y sabían contar y relatar todo lo que se les preguntaba [11]. Y de éstos yo topé con uno, a mi ver harto hábil y de buena memoria, el cual sin contradicción de lo dicho, con brevedad, me dio noticia y relación del principio y origen de estos naturales, según su opinión y libros entre ellos más auténticos.

Pues éste dice que estos indios de la Nueva España traen principio de un pueblo llamado Chicunmuitotlec, que en nuestra lengua castellana quiere decir «siete cuevas». Y como un señor de ellos hubo siete hijos, de los cuales el mayor y primogénito pobló Cuauhcachula, y

---

la expedición a la Hibueras, por traidor, hecho que lamenta Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (cap. CLXXVII).

[11] Son los que pertenecían a las escuelas de memorización, encargados de la transmisión de la historia y el patrimonio cultural azteca.

otros muchos pueblos, y su generación vino poblando hasta salir a Teocan, Cuzcatlán y Theutinclan.

Del segundo hijo, llamado Tenoch, vinieron los *tenochcas,* que son los mexicanos, y así llama la ciudad de México, Tenucnca [12].

El tercero y cuarto hijos también poblaron muchas provincias y pueblos, hasta donde está ahora la ciudad de los Ángeles edificada, adonde hubieron grandes batallas y reencuentros según en aquel tiempo se usaba, y poblaron también adelante, adonde ahora está un pueblo de gran trato, adonde se solían ayuntar muchos mercaderes de diversas partes y de lejos tierras, que iban allí a contratar, que se dice Xicalanco. Otro pueblo del mismo nombre me acuerdo haber visto en la provincia de Maxcalzinco, que es cerca del puerto de Veracruz, que poblaron los *xicalancas;* y aunque están ambos en una costa, hay mucha distancia del uno al otro.

Del quinto hijo, llamado Mixtecatl, vinieron los *mixtecas.* Su tierra ahora se llama Mixtecapan, la cual es un gran reino: desde el primer pueblo hacia la parte de México, que se llama Acatlán, hasta el postrero, que se dice Tutatepec, que está en la costa del Mar del Sur, son cerca de ochenta leguas. En esta Mixteca hay muchas provincias y pueblos, y aunque es tierra de muchas montañas y sierras, va toda poblada. Hace algunas vegas y valles; pero no hay vega en toda ella tan ancha que pase de una legua. Es tierra muy poblada y rica, adonde hay minas de oro y plata, y muchos y muy buenos morales, por lo cual se comenzó a criar aquí primero la seda; y aunque en esta Nueva España no ha mucho que esta granjería se comenzó, se dice que se cogerán en este año más de quince mil libras de seda; y sale tan buena, que dicen los maestros que la tratan, que la tonozti es mejor que la joyante de Granada. Y la joyante de esta Nueva España es muy extremada de buena seda.

---

[12] Respectivamente los nombres citados corresponden a: Chimoztoc, Cuauhquechollar, Tehuacán, Teotitlán, Tenochtitlán.

Es esta tierra muy sana. Todos los pueblos están en alto, en lugares secos. Tiene buena templanza de tierra y es de notar que en todo tiempo del año se cría la seda, sin faltar ningún mes. Antes que esta carta escribiese en este año de 1541, anduve por esta tierra que digo más de treinta días; y por el mes de enero vi en muchas partes semilla de seda, una que revivía, y gusanicos negros y otros blancos, de una dormida, y de dos, y de tres, y de cuatro dormidas; y otros gusanos grandes fuera de las panelas, en zarzos; y otros gusanos hilando, y otros en capullo, y palomitas que echaban simiente. Hay en esto que dicho tengo, tres cosas de notar; la una poderse avivar la semilla sin ponerla en los pechos, ni entre ropa como se hace en España; la otra, que en ningún tiempo se mueren los gusanos, ni por frío ni por calor. Y haber en los morales hoja verde todo el año; y esto es por la gran templanza de la tierra. Todo esto oso afirmar porque soy de ello testigo de vista; y digo que se podrá criar seda en cantidad dos veces en el año, y poca siempre todo el año, como está dicho.

En el fin de esta tierra de la Mixteca está el rico valle y fertilísimo de Huaxacac [13], del cual se intitula el señor marqués benemérito don Hernando Cortés, en el cual tiene muchos vasallos. Está en medio de este valle, en una ladera, edificada la ciudad de Antequera, la cual es abundantísima de todo género de ganados, y muy proveída de mantenimientos, en especial trigo y maíz. En principio de este año vi vender en ella la hanega de trigo a real, que en esta tierra no se estima tanto un real, como en España medio. Hay en esta ciudad muy buenos higos, que duran casi todo el año, y hácense en la tierra las higueras muy grandes y hermosas.

Del postrero hijo descienden los *othomis,* llamados de su nombre, que se llamaba Otomilth. Es una de las mayores generaciones de la Nueva España. Todo lo alto de las montañas, o la mayor parte, a la redonda de México, están llenas de ellos. La cabeza de su señorío creo

[13] Es el conocido valle de Oaxaca (Huaxyacac).

que es Xilotepec, que es una gran provincia, y las provincias de Tula y Otumba casi todas son de ellos, sin que en lo bueno de la Nueva España hay muchas poblaciones de estos othomíes, de los cuales proceden los chichimecas. Y en la verdad estas dos generaciones son las de más bajo metal, y de gente más bárbara de toda la Nueva España, pero hábiles para recibir la fe, y han venido y vienen con gran voluntad a recibir el bautismo y la doctrina cristiana.

No he podido bien averiguar cuál de estos hermanos fue a poblar la provincia de Nicaragua, mas de cuanto sé que en tiempo de una gran esterilidad, compelidos muchos indios con necesidad, salieron de esta Nueva España, y sospecho que fue en aquel tiempo que estuvo cuatro años que no llovió en toda la tierra. Porque se sabe que en este propio tiempo por el Mar del Sur fueron gran número de canoas o barcas, las cuales aportaron y desembarcaron en Nicaragua, que está de México más de trescientas y cincuenta leguas y dieron guerra a los naturales que allí tenían poblado, y los desbarataron y echaron de su señorío, y ellos se quedaron, y poblaron allí aquellos nahua. Y aunque no ha más de cien años, poco más o menos, cuando los españoles descubrieron aquella tierra de Nicaragua, que fue en el año de 1522, y fue descubierta por Gil González de Ávila, apodaron haber en la dicha provincia quinientas mil ánimas. Después se edificó allí la ciudad de León, que es cabeza de aquella provincia. Y aunque muchos se maravillaron en ver que Nicaragua sea y esté poblada de nahuales que son de la lengua de México, y no sabiendo cuándo ni por quién fue poblada, pongo aquí la manera, porque apenas hay quien lo sepa en la Nueva España.

El mismo viejo, padre de los arriba dichos, casó segunda vez con una mujer llamada Chimalma, la cual la gente creyó que había salido y sido engendrada de la lluvia y del polvo de la tierra; y asimismo creían que el mismo viejo y su primera mujer habían salido de aquel lugar llamado Siete Cuevas, y que no tenían otro padre ni otra madre. De aquella segunda mujer Chimalmatlh,

dicen que hubo un hijo solo, que se llamó Quetzalcoatl, el cual salió hombre honesto y templado, y comenzó a hacer penitencia de ayunos y disciplinas, y a predicar, según se dice, la ley natural, y enseñar por ejemplo y por palabra el ayuno. Y desde este tiempo comenzaron muchos en esta tierra a ayunar. Y no fue casado, ni se le conoció mujer, sino que vivió honesta y castamente. Dicen que fue éste el primero que comenzó el sacrificio, y a sacar sangre de las orejas y de la lengua; no por servir al demonio, sino en penitencia contra el vicio de la lengua y del oír; después el demonio lo aplicó a su culto y servicio [14].

Un indio llamado Chichimecatl ató una cinta o correa de cuero al brazo de Quetzalcoatl, en lo alto cerca del hombro, y por aquel hecho y acontecimiento de atarle el brazo llamáronle Acalinath y de éste dicen que vinieron los de Coliua, antecesores de Moteuczoma, señores de México y de Culiuacan ya dichos. A este Quetzalcoatl tuvieron los indios por uno de los principales de sus dioses y llamábanle «Dios del aire» y por todas partes le edificaron infinito número de templos, y levantaron su estatua y pintaron su figura.

Acerca del origen de estos naturales hay diversas opiniones, en especial de los de Culiua o Aculiua, que fueron los principales señores de esta Nueva España; y así las unas opiniones como las otras declararé a Vuestra Ilustrísima Señoría.

Los de Tetzcoco, que en antigüedad y señorío no son menos que los mexicanos, se llaman hoy día *acuhuaque* y toda su provincia junta se llama Acuhuaca y este nombre les quedó de un valiente capitán que tuvieron, natural de la misma provincia, que se llamó por nombre Aculi, que así se llama aquel hueso que va desde el codo hasta el hombro y del mismo hueso llaman al hombro aculi. Este capitán Aculi era como otro Saúl, valiente

[14] Quetzalcoatl era considerado un dios redentor; fue al reino de la Muerte a rescatar al hombre y el quinto día apareció en el cielo como «magna estrella», según la leyenda.

y alto de cuerpo, tanto que de los hombros arriba sobrepujaba a todo el pueblo, y no había otro a él semejante. Este Aculi fue tan animoso y esforzado y nombrado en la guerra que de él se llamó la provincia de Texcuco, Acaliuaca.

Los *tlaxcaltecas* que recibieron y ayudaron a conquistar la Nueva España a los españoles, son de los nahuales, esto es, de la misma lengua que los mexicanos. Dicen que sus antecesores vinieron de la parte del noroeste, y para entrar en esta tierra navegaban ocho o diez días; y de los más antiguos que de allí vinieron tenían dos saetas, las cuales guardaban como preciosas reliquias, y las tenían por principal señal para saber si habían de vencer la batalla, o si se debían de retirar con tiempo. Fueron estos tlaxcaltecas gente belicosa, como se dirá adelante en la tercera parte. Cuando salían a la batalla llevaban aquellas saetas dos capitanes, los más señalados en esfuerzo, y en el primer reencuentro herían con ellas a los enemigos, arrojándolas de lejos, y procuraban hasta la muerte de tornarlas a cobrar. Y si con ellas herían y sacaban sangre, tenían por cierta la victoria, y animábanse para herir y vencer a sus enemigos. Y si con las dichas saetas no herían a nadie ni sacaban sangre, lo mejor que podían se retiraban, porque tenían por cierto agüero que les había de suceder mal en aquella batalla.

Volviendo al propósito: los más ancianos de los tlaxcaltecas tienen que vinieron de aquella parte del noroeste; y allí señalan y dicen que vinieron los nahuales, que es la principal lengua y gente de la Nueva España; y esto mismo sienten y dicen otros muchos. Hacia esta misma parte de noroeste están ya conquistadas y descubiertas quinientas leguas, hasta la provincia de Cíbola, y yo tengo carta de este mismo año hecha cómo de aquella parte de Cíbola han descubierto infinita multitud de gente, en las cuales no se ha hallado lengua de los nahuales, por donde parece ser gente extraña y nunca oída.

Aristóteles, en el libro *De admirandis in Natura,* dice que en los tiempos antiguos los cartagineses navegaron por el estrecho de Hércules, que es nuestro estrecho de

Gibraltar, hacia el occidente, navegación de sesenta días, y que hallaban tierras amenas, deleitosas y muy fértiles. Y como se siguiese mucho aquella navegación, y allá se quedasen muchos, hechos moradores, el senado cartaginense mandó, so pena de muerte, que ninguno navegase ni viniese la tal navegación, por temor que no se despoblase su ciudad.

Estas tierras o islas pudieron ser las que están antes de San Juan, o La Española, o Cuba, o por ventura alguna parte de esta Nueva España. Pero una tan gran tierra, y tan poblada por todas partes, más parece traer origen de otras extrañas partes; y aún en algunos indicios parece ser del repartimiento y división de los nietos de Noé.

Algunos españoles, considerados ciertos ritos, costumbres y ceremonias de estos naturales, los juzgan por ser de generación de moros. Otros, por algunas causas y condiciones que en ellos ven, dicen que son de generación de judíos; mas la más común opinión es que todos ellos son gentiles, pues vemos que lo usan y tienen por bueno.

Si esta relación saliere de manos de Vuestra Ilustrísima Señoría, dos cosas le suplico en limosna, por amor de Nuestro Señor: la una, que el nombre del autor se diga ser un fraile menor, y no otro ninguno; la otra, que vuestra señoría la mande examinar en el primer Capítulo que en esa su Villa de Benavente se celebrare, pues en él se ayuntan personas asaz doctísimas, porque muchas cosas después de escritas aún no tuve tiempo de las volver a leer, y por esta causa sé que va algo vicioso y mal escrito. Ruego a Nuestro Señor Dios que su santa gracia more siempre en el ánima de Vuestra Ilustrísima Señoría.

Hecha en el convento de Santa María de la Concepción de Teocaan, día del glorioso Apóstol San Matías, año de la Redención humana 1541.

Pobre y menor siervo y capellán de vuestra ilustrísima señoría, Motolinía, Fray Toribio de Paredes.

Aquí comienza la relación de las cosas, idolatrías, ritos y ceremonias que en la Nueva España hallaron los españoles cuando la ganaron; con otras muchas cosas dignas de notar que en la tierra hallaron.

Capítulo 1

De cómo y cuándo partieron los primeros frailes que fueron en aquel viaje, y de las persecuciones y plagas que hubo en la Nueva España.

En el año del Señor de mil quinientos veintitrés, día de la conversión de San Pablo, que es a 25 de enero, el padre fray Martín de Valencia, de santa memoria, con once frailes sus compañeros, partieron de España para venir a esta tierra de Anáhuac, enviados por el reverendísimo señor fray Francisco de los Angeles, entonces Mi-

nistro General de la Orden de San Francisco [1]. Vinieron con grandes gracias y perdones de nuestro muy Santo Padre, y con especial mandamiento de la Sacra Majestad del Emperador nuestro señor, para la conversión de los indios naturales de esta tierra de Anáhuac, ahora llamada Nueva España.

Hirió Dios y castigó esta tierra, y a los que en ella se hallaron, así naturales como extranjeros, con diez plagas trabajosas. La primera fue de viruelas, y comenzó de esta manera: siendo capitán y gobernador Hernando Cortés, al tiempo que el capitán Pánfilo de Narváez desembarcó en esta tierra, en uno de sus navíos vino un negro herido de viruelas, la cual enfermedad nunca en esta tierra se había visto, y a esta sazón estaba esta Nueva España en extremo muy llena de gente y como las viruelas se comenzasen a pegar a los indios, fue entre ellos tan grande enfermedad y pestilencia en toda la tierra, que en las más provincias murió más de la mitad de la gente y en otras poca menos; porque como los indios no sabían el remedio para las viruelas, antes, como tienen muy de costumbre, sanos y enfermos, el bañarse a menudo, y como no lo dejasen de hacer, morían como chinches a montones. Murieron también muchos de hambre, porque como todos enfermaron de golpe, no se podían curar los unos a los otros, ni había quien les diese pan ni otra cosa ninguna. Y en muchas partes aconteció morir todos los de una casa, y porque no podían enterrar tantos como morían, para remediar el mal olor que salía de los cuerpos muertos, echábanles las casas encima, de manera que su casa era su sepultura. A esta enfermedad llamaron los indios la gran lepra, porque eran tantas las viruelas, que se cubrían de tal manera que parecían leprosos, y hoy día en algunas personas que escaparon parece bien por las señales, que todos quedaron llenos de hoyos.

---

[1] Los «Doce» partieron hacia la Nueva España en 1524, llegando a San Juan de Ulúa el 13 de mayo. Fue la primera misión franciscana.

Después dende ha once años vino un español herido de sarampión, y de él saltó en los indios, y si no fuera por el mucho cuidado que hubo en que no se bañasen, y en otros remedios, fuera otra tan gran plaga y pestilencia como la pasada, y aun con todo esto murieron muchos. Llamaron también a éste, año de la pequeña lepra.

La segunda plaga fue los muchos que murieron en la conquista desta Nueva España, en especial sobre México; porque es de saber que cuando Cortés desembarcó en la costa de esta tierra, con el esfuerzo que siempre tuvo, y para poner ánimo a su gente, dio con los navíos todos que traía al través, y metióse la tierra adentro [2], y andadas cuarenta leguas entró en la tierra de Tlaxcala, que es una de las mayores provincias de la tierra, y más llena de gente; y entrando en lo poblado de ella, aposentóse en unos templos del demonio, en un lugarejo que se llamaba Tecoacazinco; los españoles le llamaron La Torrecilla, porque está en un alto. Y estando allí tuvo quince días de guerra con los indios que estaban a la redonda, que se llaman otomíes, que son gente baja como labradores. De éstos se ayuntaba gran número, porque aquello es muy poblado. Los indios de más adentro hablan la misma lengua de México, y como los españoles peleasen valientemente con aquellos otomíes, sabido en Tlaxcala, salieron señores y principales, y tomaron gran amistad con los españoles, y llevároнlos a Tlaxcala, diéronles grandes presentes y mantenimientos en abundancia, mostrándoles mucho amor. Y no contentos en Tlaxcala, después que reposaron algunos días, tomaron el camino para México. El gran señor de México, que se llamaba Moteuczoma, recibiólos de paz, saliendo con gran majestad, acompañado de muchos señores principales, y dio muchas joyas y presentes al capitán don Hernando Cortés, y a todos sus compañeros hizo muy buen acogimiento.

[2] Todos los cronistas mencionan este hecho. Cortés quería, hundiendo las naves, obligar a su gente a seguir adelante.

Y así anduvieron con su guarda y concierto paseándose por México muchos días.

En este tiempo sobrevino Pánfilo de Narváez [3] con más gente y más caballos, mucho más que la que tenía Hernando Cortés, los cuales puestos de bajo de la bandera y capitanía de Cortés, con presunción y soberbia, confiando en sus armas y fuerzas, humillólos Dios de tal manera que queriendo los indios echarlos de la ciudad y comenzándoles a dar guerra los echaron fuera sin mucho trabajo, muriendo en la salida más de la mitad de los españoles, y casi todos los otros fueron heridos, y lo mismo fue de los indios que eran amigos suyos [5]; y aun estuvieron muy a punto de perderse todos, y tuvieron harto que hacer en volver a Tlaxcala, por la mucha gente de guerra que por todo el camino los seguía. Allegados a Tlaxcala, curáronse y convalecieron, mostrando siempre ánimo; y haciendo de las tripas corazón, salieron conquistando; llevando consigo muchos de los tlaxcaltecas conquistaron la tierra de México. Y para conquistar a México habían hecho en Tlaxcala bergantines, los cuales están hoy en día en las atarazanas de México, los cuales llevaron en piezas desde Tlaxcala a Tetzcoco, que son quince leguas. Y armados los bergantines en Tetzcoco y echados al agua cuando ya tenían ganados muchos pueblos, y otros que les ayudaban de guerra, y de Tlaxcallan que fue gran número de gente de guerra en favor de los españoles contra los mexicanos, que siempre habían sido sus enemigos capitales.

---

[3] Fray Toribio pasa rápidamente sobre la llegada de P. de Narváez, que con 800 hombres había enviado el gobernador de Cuba, Diego Velázquez contra Cortés para reducirlo a obediencia.

[4] Las hostilidades empezaron cuando Pedro de Alvarado se opuso a los sacrificios humanos. Vencido Narváez, Cortés regresó inmediatamente a México, pero los españoles se vieron obligados a dejar la ciudad y grave fue la pérdida de vidas humanas.

[5] A fines de diciembre de 1520 Cortés regresó a la laguna y montadas las piezas de los bergantines, transportadas por 80 kilómetros, puso sitio a la capital, en mayo de 1521.

En México y en su favor había mucha más pujanza, porque estaban en ella y en su favor todos los más principales señores de la tierra. Allegados los españoles pusieron cerco a México, tomando todas las calzadas y con los bergantines peleando por el agua, guardaban que no entrase a México socorro ni mantenimientos. Los capitanes por las calzadas hicieron la guerra cruelmente, y ponían por tierra todo lo que ganaban de la ciudad; porque antes que diesen en destruir los edificios, lo que por día los españoles ganaban, retraídos a sus reales y estancias, de noche tornaban los indios a ganar y a abrir las calzadas. Y después que fueron derribando edificios y cegando calzadas, en espacio de días [6] ganaron a México. En esta guerra, por la gran muchedumbre que de la una parte y de la otra murieron, comparan el número de los muertos, y dicen ser más que los que murieron en Jerusalén, cuando la destruyó Tito y Vespasiano.

La tercera plaga fue una gran hambre luego como fue tomada la ciudad de México, que como no pudieron sembrar con las grandes guerras, unos defendiendo la tierra ayudando a los mexicanos, otros siendo en favor de los españoles, y lo que sembraban los unos los otros lo talaban y destruían, no tuvieron qué comer. Y aunque en esta tierra acontecía haber años estériles y de pocas aguas, otros de muchas heladas, los indios en estos años comen mil raíces y yerbecillas, porque es generación que mejor que otros y con menos trabajo pasan los años estériles; pero aqueste que digo fue de tanta falta de pan, que en esta tierra llaman *centli* cuando está en mazorca, y en lengua de las islas le llaman *maíz*. De este vocablo y de otros muchos usan los españoles, los cuales trajeron de las islas a esta Nueva España, el cual maíz

[6] Sabemos que el número de días, no declarado aquí, fue de 93, según Díaz del Castillo en su *Historia verdadera*. Cuando los españoles entraron en la ciudad había estratos de muertos por todas partes, según refieren Cortés y el mismo Díaz del Castillo hondamente impresionados. Cfr. de éste último *Historia verdadera*, etc., cap. CLVI, y de H. Cortés la tercera *Carta* al emperador fechada 15 de mayo de 1522.

faltó en tanta manera que aun los españoles se vieron en mucho trabajo por falta de ello.

La cuarta plaga fue de los *calpixques,* o estancieros, y negros, que, luego que la tierra se repartió, los conquistadores pusieron en sus repartimientos y pueblos a ellos encomendados, criados o sus negros para cobrar los tributos y para entender en sus granjerías.

Estos residían y residen en los pueblos, y aunque por la mayor parte son labradores de España, hanse enseñoreado en esta tierra y mandan a los señores principales naturales de ella como si fuesen sus esclavos. Y porque no querría descubrir sus defectos, callaré lo que siento con decir que se hacen servir y temer como si fuesen señores absolutos y naturales, y nunca otra cosa hacen sino demandar, y por mucho que les den nunca están contentos; a doquiera que están todo lo enconan y corrompen, hediondos como carne dañada, y que no se aplican a hacer nada sino a mandar. Son zánganos que comen la miel que labran las pobres abejas, que son los indios, y no les basta lo que los tristes les pueden dar, sino que son importunos. En los años primeros eran tan absolutos estos *calpixques* en maltratar a los indios y en cargarlos y enviarlos lejos de su tierra y darles otros muchos trabajos, que muchos indios murieron por su causa y a sus manos, que es lo peor.

La quinta plaga fue los grandes tributos y servicios que los indios hacían, porque como los indios tenían en los templos de los ídolos, y en poder de los señores y principales, y en muchas sepulturas, gran cantidad de oro recogido de muchos años, comenzaron a sacar de ellos grandes tributos. Y los indios, con el gran temor que cobraron a los españoles del tiempo de la guerra, daban cuanto tenían; mas como los tributos eran tan continuos que comúnmente son de ochenta en ochenta días, para poderlos cumplir vendían los hijos y las tierras a los mercaderes; y faltando de cumplir el tributo, hartos murieron por ello, unos con tormentos y otros en prisiones crueles, porque los trataban bestialmente, y los estimaban en menos que a sus bestias.

La sexta plaga fue las minas del oro, que además de los tributos y servicios de los pueblos a los españoles encomendados, luego comenzaron a buscar minas; que los esclavos indios que hasta hoy en ellas han muerto no se podrían contar. Y fue el oro de esta tierra como otro becerro por dios adorado, porque desde Castilla le vienen a adorar pasando tantos trabajos y peligros; y ya que lo alcanzan, plegue a Nuestro Señor que no sea para su condenación.

La séptima plaga fue la edificación de la gran ciudad de México, en la cual los primeros años andaba más gente que en la edificación del templo de Jerusalén, porque era tanta la gente que andaba en las obras que apenas podía hombre romper por algunas calles y calzadas, aunque son muy anchas. Y en las obras a unos tomaban las vigas, otros caían de alto, a otros tomaban debajo los edificios que deshacían en una parte para hacer en otra, en especial cuando deshicieron los templos principales del demonio. Allí murieron muchos indios, y tardaron muchos años hasta los arrancar de cepa, de los cuales salió infinidad de piedra.

Es la costumbre de esta tierra no la mejor del mundo, porque los indios hacen las obras, y a su costo buscan los materiales, y pagan los pedreros y carpinteros, y si ellos mismos no traen qué comer, ayunan. Todos los materiales traen a cuestas; las vigas y piedras grandes traen arrastrando con sogas y como les faltaba el ingenio y abundaba la gente, la piedra o viga que había menester cien hombres, traíanla cuatrocientos. Y tienen por costumbre de ir cantando y dando voces, y los cantos y voces apenas cesaban de noche ni de día, por el gran fervor que traían en la edificación del pueblo los primeros años.

La octava plaga fue los esclavos, que hicieron para echar en las minas. Fue tanta la prisa que en algunos años dieron a hacer esclavos, que de todas partes entraban en México tan grandes manadas como de ovejas, para echarles el hierro; y no bastaban los que entre

los indios llamaban esclavos, que ya que según su ley cruel y bárbara algunos lo sean, pero según ley y verdad casi ninguno es esclavo. Mas por la prisa que daban a los indios para que trajesen esclavos en tributo, tanto número de ochenta en ochenta días, acabados los esclavos traían los hijos y los *macehuales,* que es gente baja como vasallos labradores, y cuantos más haber y juntar podían, y traíanlos atemorizados para que dijesen que eran esclavos. Y el examen, que no se hacía con mucho escrúpulo, y el hierro que andaba bien barato, dábanles por aquellos rostros tantos letreros, demás del principal hierro del rey, tanto que toda la cara traían escrita, porque de cuantos era comprado y vendido llevaba letreros, y por esto esta octava plaga no se tiene por la menor.

La novena plaga fue el servicio de las minas, a las cuales iban de sesenta leguas y más a llevar mantenimientos los indios cargados. Y la comida que para sí mismos llevaban, a unos se les acababa en llegando a las minas, a otros en el camino de vuelta antes de su casa, a otros detenían los mineros algunos días para que les ayudasen a descopetar; o los ocupaban en hacer casas y servirse de ellos, adonde acababa la comida, o se morían allá en las minas, o por el camino; porque dineros no los tenían para comprarla, ni había quién se la diese. Otros volvían tales, que luego se morían, y de éstos y de los esclavos que murieron en las minas fue tanto el hedor, que causó pestilencia, en especial en las minas de Guaxaca [7], en las cuales media legua a la redonda y mucha parte del camino, apenas se podía pisar sino sobre hombres muertos o sobre huesos. Y eran tantas las aves y cuervos que venían a comer sobre los cuerpos muertos, que hacían gran sombra al sol, por lo cual se despoblaron muchos pueblos, así del camino como de los de la comarca. Otros indios huían a los montes, y dejaban sus casas y haciendas desamparadas.

[7] Huaxyacac.

La décima plaga fue las divisiones y bandos que hubo entre los españoles que estaban en México, que fue la que en mayor peligro puso la tierra para se perder, si Dios no tuviera a los indios como ciegos. Y estas diferencias y bandos fueron causa de que se justiciaron algunos españoles, y otros fueron afrontados y desterrados. Otros fueron heridos cuando allegaron a las manos, no habiendo quien los pusiese en paz, ni quien se metiese en medio, si no eran los frailes, porque esos pocos españoles que había, todos estaban apasionados de un bando o de otro, y era menester salir los frailes, unas veces a impedir que no rompiesen, otras a meterse entre ellos después de trabados, andando entre los tiros y armas con que se peleaban, y hollados de los caballos. Porque demás de poner paz porque la tierra no se perdiese, sabíase que los indios estaban apercibidos de guerra y tenían hechas casas de armas, aguardando a que allegase una nueva que esperaban, que al capitán y gobernador Hernando Cortés habían de matar en el camino de las Higueras, por una traición que los indios tenían ordenada, así los que iban con él como los del camino. Lo cual él supo muy cerca del lugar adonde estaba ordenada y justició los principales señores que eran en la traición, y con esto cesó el peligro [8]. Y acá en México se esperaba a cuando los unos españoles desbaratasen a los otros, para dar en los que quedasen y pasarlos todos a cuchillo. Lo cual Dios no permitió, porque no se perdiese lo que con tanto trabajo para su servicio se había ganado. Y el mismo Dios daba gracias a los frailes para los apaciguar, y a los españoles para que los obedeciesen como a verdaderos padres, lo cual siempre hicieron. Y los mismos españoles habían rogado a los frailes menores (que entonces no había otros) que usasen del poder que tenían del Papa, hasta que hubiese obispos; y así, unas veces por ruego, otras poniéndoles censuras, remediaron grandes males y excusaron muchas muertes.

[8] Entre ellos el último señor de México, Guatemuz.

Capítulo II

De lo mucho que los frailes ayudaron en la conversión de los indios, y de muchos ídolos y crueles sacrificios que se hacían. Son cosas dignas de notar.

Quedó tan destruida la tierra de las revueltas y plagas ya dichas, que quedaron muchas casas yermas del todo, y en ninguna hubo adonde no cupiese parte del dolor y llanto, lo cual duró muchos años. Y para poner remedio a tan grandes males, los frailes se encomendaron a la Sacratísima Virgen María, norte y guía de los perdidos y consuelo de los atribulados, y juntamente con esto tomaron por capitán y caudillo al glorioso San Miguel, al cual, con San Gabriel y a todos los ángeles, decían cada lunes una misa cantada, la cual hasta hoy día en algunas casas se dice; y casi todos los sacerdotes en las misas dicen una colecta de los ángeles. Y luego que el primer año tomaron alguna noticia de la tierra, parecióles que sería bien que pasasen algunos de ellos en España, así por alcanzar favor de Su Majestad para los naturales como para traer más frailes, porque la grandeza de la tierra y la muchedumbre de la gente lo demandaba. Y los que quedaron en la tierra recogieron en sus casas los hijos de los señores y principales, y bautizaban muchos con voluntad de sus padres. Estos niños, que los frailes criaban y enseñaban, salieron muy bonitos y muy hábiles, y tomaban tan bien la buena doctrina, que enseñaban a otros muchos; y además de esto ayudaban mucho, porque descubrían a los frailes los ritos e idolatrías, y muchos secretos de las ceremonias de sus padres, lo cual era muy gran materia para confundir y predicar sus errores y la ceguedad en que estaban.

Declaraban los frailes a los indios quién era el verdadero universal Señor, creador del cielo y de la tierra, y de todas las criaturas, y cómo este Dios con su infinita sabiduría lo regía y gobernaba y daba todo el ser que tenía, y cómo por su gran bondad quiere que todos

se salven. Asimismo los desengañaban y decían quién era aquel a quien servían, y el oficio que tenía, que era llevar a perpetua condenación de penas terribles a todos los que en él creían y se confiaban. Y con esto les decían cada uno de los frailes lo más y mejor que entendía que convenía para la salvación de los indios. Pero a ellos les era gran fastidio oír la palabra de Dios, y no querían entender en otra cosa sino en darse a vicios y pecados, dándose a sacrificios y fiestas, comiendo y bebiendo y embeodándose en ellas, y dando de comer a los ídolos de su propia sangre, la cual sacaban de sus propias orejas, lengua y brazos, y de otras partes del cuerpo, como adelante diré.

Era esta tierra un traslado del infierno; ver los moradores de ella de noche dar voces, unos llamando al demonio, otros borrachos, otros cantando y bailando tañían atabales, bocinas, cornetas y caracoles grandes, en especial en las fiestas de sus demonios. Las beoderas que hacían muy ordinarias, es increíble el vino que en ellas gastaban, y lo que cada uno en el cuerpo metía. Antes que a su vino lo cuezan con unas raíces que le echan, es claro y dulce como aguamiel. Después de cocido hácese algo espeso, y tiene mal olor, y los que con él se embeodan, mucho peor. Comúnmente comenzaban a beber después de vísperas, y dábanse tanta prisa a beber de diez en diez, o quince en quince, y los escanciadores que no cesaban, y la comida que no era mucha, a prima noche ya van perdiendo el sentido, ya cayendo, ya estando cantando y dando voces llamaban al demonio. Era cosa de gran lástima ver los hombres criados a la imagen de Dios vueltos peores que brutos animales, y lo que era peor, que no quedaban en aquel solo pecado, mas cometían otros muchos y se herían y descalabraban unos a otros, y acontecía matarse, aunque fuesen muy amigos y propincuos parientes. Y fuera de estar beodos son tan pacíficos, que cuando riñen mucho se empujan unos a otros, y apenas nunca dan voces, si no es las mujeres que algunas veces riñendo dan gritos, como en cada parte donde las hay acontece.

Tenían otra manera de embriaguez que los hacía más crueles, y era con unos hongos o setas pequeñas, que en esta tierra las hay como en Castilla; mas los de esta tierra son de tal calidad, que comidos crudos y por ser amargos, beben tras ellos o comen con ellos un poco de miel de abejas; y de allí a poco rato veían mil visiones, en especial culebras, y como salían fuera de todo sentido, parecíales que las piernas y el cuerpo tenían lleno de gusanos que los comían vivos, y así medio rabiando se salían fuera de casa, deseando que alguno los matase. Y con esta bestial embriaguez y trabajo que sentían, acontecía alguna vez ahorcarse, y también eran contra los otros más crueles. A estos hongos llaman en su lengua *teunanacatlth,* que quiere decir carne de dios, o del demonio que ellos adoraban. Y de la dicha manera con aquel amargo manjar su cruel dios los comulgaba.

En muchas de sus fiestas tenían costumbre hacer bollos de masa, y éstos de muchas maneras, que casi usaban de ellos en lugar de comunión de aquel dios cuya fiesta hacían; pero tenían una que más propiamente parecía comunión, y era que por noviembre cuando ellos habían cogido su maíz y otras semillas, de la simiente de un género de *xenixos* [9], con masa de maíz hacían unos *tamales,* que son bollos redondos, y éstos cocían en agua en una olla, y en tanto que se cocían tañían algunos niños con un género de atabal, que es todo labrado en un palo, sin cuero ni pergamino. Y también cantaban y decían que aquellos bollos se tornaban carne de Tezcatlipoca [10], que era el dios o demonio que tenían por mayor, y a quien más dignidad atribuían. Y solos los dichos muchachos comían aquellos bollos, en lugar de comunión, o carne de aquel demonio; los otros indios procuraban de comer carne humana de los que morían en el sacrificio, y ésta comían comúnmente los señores principales y mercaderes, y ministros de los tem-

---

[9] Cenizo: planta silvestre, de tallo blanquecino y hojas cenicientas por un lado.

[10] Era el dios de la noche y de las brujerías.

plos, que a la otra gente baja, pocas veces les alcanzaba un bocadillo. Después que los españoles anduvieron de guerra, y ya ganada México hasta pacificar la tierra, los indios amigos de los españoles muchas veces o comían de los que mataban, porque no todas veces los españoles se lo podían defender, sino que algunas veces, por la necesidad que tenían de los indios, pasaban por ello, aunque lo aborrecían.

Capítulo III

En el cual prosigue la materia comenzada, y cuenta la devoción que los indios tomaron con la señal de la cruz, y cómo se comenzó a usar.

En todo este tiempo los frailes no estaban descuidados de ayudar a la fe y a los que por ella peleaban, con oraciones y plegarias, mayormente el padre fray Martín de Valencia con sus compañeros, hasta que vino otro padre llamado fray Juan de Zumárraga [11], que fue primer obispo de México, el cual puso luego mucho cuidado y diligencia en adornar y ataviar su iglesia catedral, en lo cual gastó en cuatro años toda la renta del obispado. Entonces no había proveídas dignidades en la Iglesia, sino todo se gastaba en ornamentos y edificios de la Iglesia, por lo cual está tan ricamente ataviada y adornada como una de las buenas iglesias de España, aunque al dicho fray Juan de Zumárraga no le faltaron trabajos, hasta hacerle volver a venir a España, dejando primero levantada la señal de la cruz, de la cual comenzaron a pintar muchas. Y como en esta tierra hay muy altas montañas, también hicieron altas y grandes cruces, a las

[11] Fray Juan de Zumárraga, franciscano, fue ilustrado difusor de la cultura en México, donde fundó escuelas y Bibliotecas. Cuidó especialmente el aprendimiento de parte de los religiosos misioneros de los idiomas indígenas, indispensables, como estima también fray Toribio, para una eficaz evangelización.

cuales adoraban, y mirando, sanaban algunos que aún estaban heridos de la idolatría. Otros muchos, con esta santa señal fueron librados de diversas acechanzas y visiones que se les aparecían, como adelante se dirá en su lugar.

Los ministros principales que en los templos de los ídolos sacrificaban y servían, y los señores viejos, que como todos estaban acostumbrados a ser servidos y gozar de toda la tierra, porque no sólo eran señores de sus mujeres e hijos y haciendas, mas de todo lo que ellos querían y pensaban todo estaba a su voluntad y querer; y los vasallos no tienen otro querer si no es el del señor, y si alguna cosa les mandan, por grave que sea, no saben responder otra cosa sino *mayny,* que quiere decir «así sea». Pues estos señores y ministros principales no consentían la ley que contradice a la carne; lo cual remedió Dios, matando muchos de ellos con las plagas y enfermedades ya dichas y de otras muchas, y otros se convirtieron. Y como de los que murieron han venido los señoríos a sus hijos, que eran de pequeños bautizados y criados en la casa de Dios; de manera que el mismo Dios les entrega sus tierras en poder de los que en El creen; y lo mismo ha hecho contra los opositores que contradicen la conversión de estos indios por muchas vías.

Procuraron también los frailes que se hiciesen iglesias en todas partes y así ahora casi en cada provincia donde hay monasterio hay advocaciones de los doce apóstoles, mayormente de San Pedro y San Pablo, los cuales demás de las iglesias intituladas de sus nombres, no hay retablo en ninguna parte donde no estén pintadas sus imágenes.

En todos los templos de los ídolos, si no era en algunos derribados y quemados de México, en los de la tierra, y aun en el mismo México, eran servidos y honrados los demonios. Ocupados los españoles en edificar México y en hacer casas y moradas para sí, contentábanse con que no hubiese delante de ellos sacrificio de homicidio público, que a escondida y a la redonda de

México no faltaban. Y de esta manera se estaba la idolatría en paz, y las casas de los demonios servidas y guardadas con sus ceremonias. En esta sazón era ido el gobernador don Hernando Cortés a las Higueras [12], y vista la ofensa que a Dios se hacía, no faltó quien se lo escribió, para que mandase cesar los sacrificios del demonio, porque mientras esto no se quitase, aprovecharía poco la predicación, y el trabajo de los frailes sería en balde; en lo cual luego proveyó bien cumplidamente. Mas como cada uno tenía su cuidado, como dicho es, aunque lo había mandado, estábase la idolatría tan entera como de antes, hasta que el primero día del año de mil y quinientos y veinte y cinco, que aquel año fue en domingo, en Tetzcoco, adonde había los más y mayores *teocallis* o templos del demonio, y más llenos de ídolos, y muy servidos de papas o ministros, la dicha noche tres frailes, desde las diez de la noche hasta que amanecía, espantaron y ahuyentaron todos los que estaban en las casas y salas de los demonios. Y aquel día después de misa se les hizo una plática, encareciendo mucho los homicidios, y mandándoles de parte de Dios y del rey no hiciesen más la tal obra, si no que los castigarían según que Dios mandaba que los tales fuesen castigados. Esta fue la primera batalla dada al demonio, y luego en México y sus pueblos y derredores, y en Couathiclan. Y luego casi a la par en Tlaxcallan comenzaron a derribar y destruir ídolos, y a poner la imagen del Crucifijo. Y hallaron la imagen de Jesucristo crucificado y de su bendita Madre puestas entre sus ídolos, ahora que los cristianos se las habían dado pensando que a ellas solas adorarían. O fue que, ellos como tenían cien dioses, querían tener ciento y uno. Pero bien sabían los frailes que los indios adoraban lo que solían. Entonces vieron que tenían algunas imágenes con sus altares, junto con sus demonios e ídolos; y en otras

[12] Cortés fue a las Higueras el 12 de octtubre de 1524 y fue durante esta expedición que mandó matar a Guatemuz y a otros señores principales aztecas.

partes la imagen patente y el ídolo escondido, o detrás de un paramento, o tras la pared, o dentro del altar, y por esto se las quitaron, cuantas pudieron haber, diciéndoles que si querían tener imágenes de Dios o de Santa María, que les hiciesen iglesia. Y al principio, por cumplir con los frailes, comenzaron a demandar que les diesen las imágenes, y a hacer algunas ermitas y adoratorios, y después iglesias, y ponían en ellas imágenes. Y con todo esto siempre procuraron de guardar sus templos sanos y enteros; aunque después, yendo la cosa adelante, para hacer las iglesias comenzaron a echar mano de sus *teocallis* para sacar de ellos piedra y madera, y de esta manera quedaron desollados y derribados; y los ídolos de piedra, de los cuales había infinitos, no sólo escaparon quebrados y hechos pedazos, pero vinieron a servir de cimientos para las iglesias; y como había algunos muy grandes, venían lo mejor del mundo para cimiento de tan grande y santa obra.

Sólo Aquel que cuenta las gotas del agua de la lluvia y las arenas del mar, puede contar todos los muertos y tierras despobladas de Haití o Isla Española, Cuba, San Juan, Jamaica y las otras islas. Y no hartando la sed de su avaricia, fueron a descubrir las innumerables islas de los Lucayos y las de Baraguana, que decían Herrerías de Oro, de muy hermosa y dispuesta gente y sus domésticos *guatiaos* [13], con toda la costa de la Tierra Firme, matando tantas ánimas y echándolas casi todas en el infierno, tratando a los hombres peor que a bestias, y tuviéronla en menos estima, como si en la verdad no fuesen criados a la imagen de Dios. Yo he visto y conocido hartos de estas tierras y confesado algunos de ellos, y son gente de muy buena razón y de buenas conciencias; ¿pues por qué no lo fueran los otros, si no les dieran tanta prisa a los matar y acabar? ¡Oh, cuánta razón sería en la Nueva España abrir los ojos y escarmentar en los que de estas islas han perecido!

[13] Indios antillanos amigos de los españoles.

Llamo Nueva España desde México a la tierra del Perú, y todo lo descubierto de aquella parte de la Nueva Galicia hacia el norte. Toda esta tierra, lo que no está destruido, debería escarmentar y temer el juicio que Dios hará por la destrucción de las otras islas. Baste que ya en esta Nueva España hay muchos pueblos asolados, a lo menos en la costa del Mar del Norte, y también en la de la Mar del Sur, y adonde hubo minas al principio que la tierra se repartió, y aún otros muchos pueblos lejos de México están con media vida.

Si alguno preguntase qué ha sido la causa de tantos males, yo diría que la codicia, que por poner en el cofre unas barras de oro para no sé quién, que tales bienes yo digo que no los gozará el tercero heredero, como cada día vemos que entre las manos se pierden y se deshacen como humo y como bienes de trasgo, y a más tardar duran hasta la muerte, y entonces por cubrir el desventurado cuerpo con desordenadas y vanas pompas y trajes de gran locura, queda la desventurada ánima, pobre, fea y desnuda. ¡Oh, cuántos por esta negra codicia desordenada del oro de esta tierra están quemándose en el infierno! Y plega a Dios que paren en esto; aunque yo sé y veo cada día que hay algunos españoles que quieren ser más pobres en esta tierra, que con minas y sudor de indios tener mucho oro; y por esto hay muchos que han dejado las minas. Otros conozco, que de no estar bien satisfechos de la manera como acá se hacen los esclavos, los han ahorrado. Otros van modificando y quitando mucha parte de los tributos, y tratando bien a sus indios. Otros se pasan sin ellos, porque les parece cargo de conciencia servirse de ellos. Otros no llevan otra cosa más de sus tributos modificados, y todo lo demás de comidas, o de mensajeros, o de indios cargados, lo pagan, por no tener que dar cuenta de los sudores de los pobres. De manera que éstos tendría yo por verdaderos prójimos; digo, que el que se tuviere por verdadero prójimo y lo quisiere ser, que haga lo mismo que estos españoles hacen.

Capítulo IV

De cómo comenzaron algunos de los indios a venir al bautismo, y cómo comenzaron a deprender la doctrina cristiana, y de los ídolos que tenían.

Ya que los predicadores comenzaban a soltar algo en la lengua y predicaban sin libro, y como ya los indios no llamaban ni servían a los ídolos si no era lejos o escondidamente, venían muchos de ellos los domingos y fiestas a oír la palabra de Dios y lo primero que fue menester decirles, fue darles a entender quién es Dios, uno todopoderoso, sin principio ni fin, criador de todas las cosas, cuyo saber no tiene fin, suma bondad, el cual crió todas las cosas visibles e invisibles, y las conserva y da ser, y tras esto lo que más les pareció que convenía decirlos por entonces; y luego junto con esto fue menester darles también a entender quién era Santa María, porque hasta entonces solamente nombraban María, o Santa María, y diciendo este nombre pensaban que nombraban a Dios, y a todas las imágenes que veían llamaban Santa María. Ya esto declarado, y la inmortalidad del ánima, dábaseles a entender quién era el demonio en quien ellos creían, y cómo los traían engañados; y las maldades que en sí tiene, y el cuidado que pone en trabajar que ninguna ánima se salve; lo cual oyendo hubo muchos que tomaron tanto espanto y temor, que temblaban de oír lo que los frailes les decían, y algunos pobres desarrapados, de los cuales hay hartos en esta tierra, comenzaron a venir al bautismo y a buscar el reino de Dios, demandándole con lágrimas y suspiros y mucha importunación.

En servir de leña al templo del demonio tuvieron estos indios siempre muy gran cuidado, porque siempre tenían en los patios y salas de los templos del demonio muchos braseros de diversas maneras, algunos muy grandes. Los más estaban delante de los altares de los ídolos, porque todas las noches ardían. Tenían asimismo unas casas o templos del demonio, redondas, unas grandes y otras menores, según eran los pueblos; la boca hecha

como de infierno y en ella pintada la boca de una temerosa sierpe con terribles colmillos y dientes, y en algunas de éstas los colmillos eran de bulto, que verlo y entrar dentro ponía gran temor y grima; en especial el infierno que estaba en México, que parecía traslado del verdadero infierno. En estos lugares había lumbre perpetua, de noche y de día. Estas casas o infiernos que digo, eran redondos y bajos, y tenían el suelo bajo, que no subían a ellos por gradas como los otros templos, de los cuales también había muchos redondos, mas eran altos con sus altares, y subían a ellos por muchas gradas; éstos eran dedicados al dios del viento, que se decía Quezacoatlchy [14]. Había unos indios diputados para traer leña, y otros para velar, poniendo siempre lumbre; y casi lo mismo hacían en las casas de los señores, adonde en muchas partes hacían lumbres, y aún hoy día hacen algunas y velan las casas de los señores; pero no como solían, porque ya no hacen de diez partes la una.

En este tiempo se comenzó a encender otro fuego de devoción en los corazones de los indios que se bautizaban, cuando deprendían el *Ave María* y el *Pater Noster,* y la doctrina cristiana; y para que mejor lo tomasen y sintiesen algún sabor, diéronle cantado el *Per signum Crucis, Pater Noster* y *Ave María, Credo* y *Salve,* con los mandamientos en su lengua, de un canto llano gracioso. Fue tanta la prisa que se dieron a deprenderlo, y como la gente era mucha, estábanse a montoncillos, así en los patios de las iglesias y ermitas como por los barrios, tres y cuatro horas cantando y aprendiendo oraciones; y era tanta la prisa, que por doquiera que fuesen, de día o de noche, por todas partes se oía cantar y decir toda la doctrina cristiana, de lo cual los españoles se maravillaban mucho de ver el fervor con que los decían, y la gana con que se daban a lo deprender; y no sólo deprendieron aquellas oraciones, mas otras muchas, que saben y enseñan a otros con la doctrina cristiana; y en esto y en otras cosas los niños ayudan mucho.

[14] Quetzalcóatl, simbolizado en la serpiente emplumada.

Ya que pensaban los frailes que con estar quitada la idolatría de los templos del demonio y venir a la doctrina cristiana y al bautismo era todo hecho, hallaron lo más dificultoso y que más tiempo fue menester para destruir, y fue que de noche se ayuntaban, y llamaban y hacían fiestas al demonio, con muchos y diversos ritos que tenían antiguos, en especial cuando sembraban el maíz, y cuando lo cogían, y de veinte en veinte días, que tenían sus meses; y el postrero día de aquellos veinte era fiesta general en toda la tierra. Cada día de éstos era dedicado a uno de los principales de sus dioses, los cuales celebraban con diversos sacrificios de muertes de hombres, con otras muchas ceremonias. Tenían diez y ocho meses, como presto se dirá, y cada mes de veinte días; y acabados éstos, quedábanles otros cinco días que decían que andaban en vano, sin año [15]. Estos cinco días eran también de grandes ceremonias y fiestas, hasta que entraban en año. Demás de éstos tenían otros días de sus difuntos, de llanto que por ellos hacían, en los cuales días después de comer y embeodarse llamaban al demonio, y estos días eran de esta manera: que enterraban y lloraban al difunto, y después a los veinte días tornaban a llorar al difunto y a ofrecer por él comida y rosas encima de su sepultura; y cuando se cumplían ochenta días hacían otro tanto, y de ochenta en ochenta días, lo mismo; y acabado el año, cada año en el día que murió el difunto le lloraban y hacían ofrenda, hasta el cuarto año; y desde allí cesaban totalmente para nunca más se acordar del muerto. Por vía de hacer sufragio, a todos los difuntos nombraban teutl fulano, que quiere decir, fulano dios, o fulano santo.

Cuando los mercaderes venían de lejos, o otras personas, sus parientes y amigos hacíanles gran fiesta y embeodándose con ellos. Tenían en mucho alongarse de sus tierras y darse por allá buena maña y volver hombres, aunque no trajesen más de la persona; también cuando alguno acababa de hacer una casa, le hacían fiesta. Otros

[15] Se consideraban estos días negativamente, funestos.

trabajaban y adquirían dos o tres años cuanto podían, para hacer una fiesta al demonio, y en ella no sólo gastaban cuanto tenían, más aún, se adeudaban, de manera que tenían que servir y trabajar otro año y aun otros dos para salir de deuda; y otros que no tenían caudal para hacer aquella fiesta, vendíanse y hacíanse esclavos para hacer una fiesta un día a el demonio. En estas fiestas gastaban gallinas, perrillos y codornices para los ministros de los templos, su vino y pan, esto abondo, porque todos salían beodos. Compraban muchas rosas y canutos de perfumes, cacao, que es otro brebaje bueno, y frutas. En muchas de estas fiestas daban a los convidados mantas, y en las más de ellas bailaban de noche y de día, hasta quedar cansados o beodos. Demás de éstas hacían otras muchas fiestas con diversas ceremonias, y las noches de ellas todo era dar voces y llamar al demonio, que no bastaba poder ni saber humano para las quitar, porque les era muy duro dejar las costumbres en que se habían envejecido; las cuales costumbres y idolatrías, a lo menos las más de ellas, los frailes tardaron más de dos años en vencer y desarraigar con el favor y ayuda de Dios, y sermones y amonestaciones que siempre les hacían.

Desde ha poco tiempo vinieron a decir a los frailes cómo escondían los indios los ídolos y los ponían en los pies de las cruces, o en aquellas gradas debajo de las piedras, para allí hacer que adoraban la cruz y adorar al demonio, y querían allí guarecer la vida de su idolatría. Los ídolos que los indios tenían eràn muy muchos y en muchas partes, en especial en los templos de sus demonios, y en los patios y en los lugares eminentes, así como bosques, grandes cerrajones, y en los puertos y montes altos, y en los caminos, a doquiera que se hacía algún alto o lugar gracioso, o dispuesto para descansar; y los que pasaban echaban sangre de las orejas o de la lengua, o echaban un poco de incienso de lo que hay en aquella tierra, que llaman *copalli;* otros, rosas que cogían en el camino, y cuando otra cosa no tenían, echaban un poco de yerba verde o unas pajas, y allí descansaban, en es-

pecial los que iban cargados, porque ellos se echaban buenas y grandes cargas.

Tenían asimismo ídolos cerca del agua, mayormente en par de las fuentes, adonde hacían sus altares con su gradas, cubiertos; y en muchas principales fuentes de mucha agua tenían cuatro de estos altares puestos en cruz unos enfrente de otros, la fuente en medio, y allí y en el agua ponían mucho *copalli,* y papel y rosas; y algunos devotos del agua se sacrificaban allí. Y cerca de los grandes árboles, así como cipreses grandes o cedros, hacían los mismos altares y sacrificios, y en sus patios de los demonios y delante de los templos trabajaban por tener y plantar cipreses, plátanos y cedros. También hacían de aquellos altares pequeños, con sus gradas y cubiertos con su terrado, en muchas encrucijadas de los caminos, y en los barrios de sus pueblos, y en los altozanos, y en otras muchas partes tenían como oratorios, en los cuales lugares tenían mucha cantidad de ídolos de diversas formas y figuras, y éstos públicos, que en muchos días no los podían acabar de destruir, así por ser muchos y en diversos lugares como porque cada día hacían muchos de nuevo; porque habiendo quebrantado en mucha parte, muchos, cuando por allí tornaban los hallaban todos nuevos y tornados a poner; porque como no habían de buscar canteros que se los hiciesen, ni escoda para los labrar, ni quién se la amolase, sino que muchos de ellos son maestros, y una piedra labran con otra, no los podían agotar, ni acabar de destruir. Tenían ídolos de piedra y de palo, y de barro cocido, y también los hacían de masa, y de semillas envueltas con masa, y tenían unos gandes, y otros mayores, y medianos y pequeños, y muy chiquitos. Unos tenían figuras de obispos, con sus mitras y báculos, los cuales había algunos dorados, y otros de piedras de turquesas de muchas maneras. Otros tenían figuras de hombres; tenían en la cabeza un mortero en lugar de mitra, y allí le echaban vino, porque era el dios del vino. Otros tenían diversas insignias, en que conocían al demonio que representaba. Otros tenían figuras de mujeres, también de muchas ma-

neras. Otros tenían figuras de bestias fieras, así como leones, tigres, perros, venados, y de cuantos animales se crían en los montes y en el campo.

También tenían ídolos de figuras de culebras, y éstos de muchas maneras, largas y enroscadas; otras con rostro de mujer. Delante de muchos ídolos ofrecían culebras y víboras, y a otros ídolos les ponían muchos sartales de colas de víboras; que hay unas víboras grandes que en la cola hacen unas vueltas con las cuales hacen ruido, y a esta causa los españoles las llaman víboras de cascabel; algunas de éstas hay muy fieras, de diez y quince nudos; su herida es mortal y apenas allega a veinte y cuatro horas la vida del herido. Otras culebras hay muy grandes, tan gruesas como el brazo. Estas son bermejas, y no son ponzoñosas, antes las tienen en mucho para comer los grandes señores. Llámanse éstas culebras de venado, esto es o porque se parecen en la color al venado, o porque se pone en una senda y allí espera al venado, y ella ásese a algunas ramas y con la cola revuélvese al venado y tiénele; y aunque no tiene dientes ni colmillos, por los ojos y por las narices le chupa la sangre. Para tomar éstas no se atreve un hombre, porque ella le apretaría hasta matarle; mas si se hallan dos o tres, síguenla y átanla a un palo grande, y tiénenla en mucho para presentar a los señores. De éstas también tenían ídolos.

Tenían también ídolos de aves, así como de águilas, y de águila y tigre eran muy continuos ídolos. De búho y de aves nocturnas, y de otras como milano, y toda ave grande, o hermosa o fiera, o de preciosas plumas tenían ídolo; y el principal era del sol, y también de la luna y estrellas, de los pescados grandes y de los lagartos de agua, hasta sapos y ranas, y de otros peces grandes, y éstos decían que eran los dioses del pescado. De un pueblo de la laguna de México llevaron unos ídolos de estos peces, que eran unos peces hechos de piedra, grandes; y después volviendo por allí pidiéronles para comer algunos peces, y respondieron que habían llevado el dios del pescado y que no podían tomar peces.

Tenían por dioses al fuego y al aire, y al agua, y a la tierra, y de esto sus figuras pintadas, y de muchos de sus demonios tenían rodelas y escudos, y en ellas pintadas las figuras y armas de sus demonios con su blasón. De otras muchas cosas tenían figuras e ídolos de bulto y de pincel, hasta de las mariposas y pulgas y langostas, y grandes y bien labradas. Acabados de destruir estos ídolos públicos, dieron tras los que estaban encerrados en los pies de las cruces, como en cárcel, por el demonio que no podía estar cabe la cruz sin padecer grande tormento, y a todos los destruyeron; porque aunque había algunos malos indios que escondían los ídolos, había otros buenos indios ya convertidos, que pareciéndoles mal y ofensas a Dios, avisaban de ello a los frailes, y aun de éstos no faltó quien quiso argüir no ser bien hecho. Esta diligencia fue bien menester, así para evitar muchas ofensas a Dios, y que la gloria que a Él se le debe no se la diesen a los ídolos, como para guarecer a muchos del cruel sacrificio, en el cual muchos morían, o en los montes, o de noche, o en lugares secretos; porque en esta costumbre estaban muy encarnizados, y aunque ya no sacrificaban tanto como solían, todavía instigándoles el demonio buscaban tiempo para sacrificar; porque, según presto se dirá, los sacrificios y crueldades de esta tierra y gente sobrepujaron y excedieron a todas las del mundo, según que leemos y aquí se dirá; y antes que entre a decir las crueldades de los sacrificios, diré la manera y cuenta que tenían en repartir el tiempo de años y meses, semanas y días.

Capítulo V

De las cosas variables del año, y cómo en unas naciones comienza diferente de otras; y del nombre que daban al niño cuando nacía, y de las maneras que tenían en contar los años, y de la ceremonia que los indios hacían.

Diversas naciones, diversos modos y maneras tuvieron en la cuenta del año, y así fue en esta tierra de

Anáhuac, y aunque en esta tierra, como es tan grande, hay diversas gentes y lenguas, en lo que yo he visto todos tienen la cuenta del año de una manera. Y para mejor entender qué cosa sea tiempo, es de saber que tiempo es cantidad del año, que significa la tardanza del movimiento de las cosas variables, y éstas se reparten en diez, que son: año, mes, semana, día, cuadrante, hora, punto, momento, onza, átomo. El año tiene doce meses y cincuenta y dos semanas y un día o trescientos sesenta y cinco días y seis horas. El mes tiene cuatro semanas, y algunos meses tienen dos días más, otros uno, salvo febrero. La semana tiene siete días: el día tiene cuatro cuadrantes: el cuadrante tiene seis horas: la hora cuatro puntos: el punto tiene diez momentos; el momento doce onzas: la onza cuarenta y siete átomos: el átomo es indivisible. Los egipcios y los árabes comienzan el año desde septiembre, porque en aquel mes los árboles están con fruta madura, y ellos tienen que en el principio del mundo los árboles fueron creados con fruta, y que septiembre fue el primer mes del año. Los romanos comenzaron el año desde el mes de enero, porque entonces, o poco antes, el sol se comienza a allegar a nosotros. Los judíos comienzan el año desde marzo, porque tienen que entonces fue creado el mundo con flores y yerba verde. Los modernos cristianos, por reverencia de nuestro Salvador Jesucristo, comienzan el año desde su Santa Navidad; otros desde su Sagrada Circuncisión.

Los indios naturales de esta Nueva España, al tiempo que esta tierra se ganó y entraron en ella los españoles, comenzaban su año en principio de marzo; mas por no alcanzar bisiesto irse ía variando su año por todos los meses. Tenían el año de trescientos y sesenta y cinco días. Tenían mes de veinte días, y tenían diez y ocho meses y cinco días en un año, y el día postrero del mes muy solemne entre ellos.

Los nombres de los meses y de los días no se ponen aquí, por ser muy revesados y que se pueden mal escribir; podrá ser que se pongan las figuras por donde se

conocían y tenían cuenta con ellos. Estos indios de la Nueva España tenían semana de trece días, los cuales significaban por estas señales o figuras: el primero, demás del nombre que como los otros tenía, conocían por un espadarte, que es un pescado o bestia marina; el segundo, dos vientos; el tercero, tres casas; el cuarto, cuatro lagartos de agua, que también son bestias marinas; el quinto, cinco culebras; el sexto, seis muertes; el séptimo, siete ciervos; el octavo, ocho conejos; el noveno, nueve aguas; el décimo, diez perros; el onceno, once monas; el doceno, doce escobas; el treceno, trece cañas. De trece en trece días iban sus semanas contadas; pero los nombres de los días eran veinte; todos nombrados por sus nombres y señalados con sus figuras o caracteres; y por esta misma cuenta contaban también los mercados, que unos hacían de veinte en veinte días y otros de trece en trece días, otros de cinco en cinco días, y esto era y es más general, salvo en los grandes pueblos, que éstos cada día tienen su mercado y plaza llena de mediodía para abajo; y son tan ciertos en la cuenta de estos mercados o ferias, como los mercaderes de España en saber las ferias de Villalón y Medina. De la cuenta de los meses y años y fiestas principales había maestros, como entre nosotros los que saben bien el cómputo. Este calendario de los indios tenía para cada día su ídolo o demonio, con nombres de varones y mujeres diosas; y estaban todos los días del año llenos como calendarios de breviarios romanos, que para cada día tienen su santo o santa.

Todos los niños cuando nacían tomaban nombre del día en que nacían, ora fuese una flor, ora dos conejos; y este nombre les daban al séptimo día, y entonces si era varón poníanle una saeta en la mano, y si era hembra dábanle un huso y un palo de tejer, en señal que había de ser hacendosa y casera, buena hilandera y mejor tejedora; el varón porque fuese valiente para defender a sí y a la patria, porque las guerras eran muy ordinarias cada año; y en aquel día se regocijaban los parientes y vecinos con el padre del niño. En otras partes, luego

que la criatura nacía, venían los parientes a saludarla, y decíanle estas palabras: «Venido eres a padecer: sufre y padece»; y esto hecho, cada uno de los que le habían saludado, le ponían un poco de cal en la rodilla. Y a el séptimo día dábanle el nombre del día en que había nacido. Después, desde a tres meses, presentaban aquella criatura en el templo del demonio, y dábanle su nombre, no dejando el que tenía, y también entonces comían de regocijo; y luego el maestro del cómputo decíale el nombre del demonio que caía en aquel día de su nacimiento. De los nombres de estos demonios tenían mil agüeros y hechicerías, de los hados que le habían de acontecer en su vida, así en casamientos como en guerras. A los hijos de los señores principales daban tercero nombre de dignidad o de oficio; a algunos siendo muchachos, a otros ya jóvenes, a otros cuando hombres; o después de muerto el padre, heredaba el mayorazgo y el nombre de la dignidad que el padre había tenido.

No es de maravillar de los nombres que estos indios pusieron a sus días de aquellas bestias y aves, pues los nombres de los días de nuestros meses y semanas los tienen de los nombres de dioses y planetas, lo cual fue obra de los romanos.

En esta tierra de Anáhuac contaban los años de cuatro en cuatro, y este término de años contaban de esta manera [16]. Ponían cuatro casas con cuatro figuras; la primera ponían al mediodía, que era una figura de conejo; la otra ponían hacia oriente, y eran dos cañas; la tercera ponían al septentrión, y eran tres pedernales o tres cuchillos de sacrificar; la cuarta casa ponían hacia occidente, y en ella la figura de cuatro casas. Pues comenzando la cuenta del primero año y de la primera casa, van contando por sus nombres y figuras hasta trece años, que acaban en la misma casa que comenzaron, que tiene la figura de un conejo. Andando tres vueltas, que son tres olimpiadas, la postrera tiene cinco años y las otras cua-

[16] El año contaba 18 meses de 20 días, más los 5 negativos. Cada 4 años había un año bisiesto. El ciclo vital era de 52 años.

tro, que son trece, al cual término podríamos llamar indicción, y de esta manera hacían otras tres indicciones por la cuenta de las cuatro casas, de manera que venían a hacer cuatro indicciones, cada una de a trece años, que venían a hacer una hebdómada de cincuenta y dos años, comenzando siempre el principio de la primera hebdómada en la primera casa; y es mucho de notar la ceremonia y fiesta que hacían en el fin y postrero día de aquellos cincuenta y dos años, y en el primer día que comenzaban nuevo año y nueva olimpíada. El postrero día del postrer año, a hora de vísperas, en México y en toda su tierra, y en Tetzcoco y sus provincias, por mandamiento de los ministros de los templos, mataban todos los fuegos con agua, así de los templos del demonio como de los lugares que había fuego perpetuo, que era en los infiernos ya dichos, este día también mataban los fuegos. Luego salían ciertos ministros de los templos de México, dos leguas a un lugar que se dice Ixtapalapa, y subían a un cerrejón que allí está, sobre el cual estaba un templo del demonio, al cual tenía mucha devoción y reverencia el gran señor de México, Motezuma. Pues allí a la medianoche, que era principio del año de la siguiente hebdómada, los dichos ministros sacaban nueva lumbre de un palo que llamaban palo de fuego, y luego encendían tea, y antes que nadie encendiese, con mucho fervor y prisa la llevaban al principal templo de México, y puesta la lumbre delante de los ídolos, traían un cautivo tomado en guerra, y delante el nuevo fuego sacrificándole, le sacaban el corazón, y con la sangre, el ministro mayor rociaba el fuego a manera de bendición. Esto acabado, ya que el fuego quedaba como bendito, estaban allí esperando de muchos para llevar lumbre nueva a los templos de sus lugares, lo cual hacían pidiendo licencia al gran príncipe o pontífice mexicano, que era como papa, y esto hacían con gran fervor y prisa. Aunque el lugar estuviese hasta leguas, ellos se daban tanta prisa que en breve tiempo ponían allá la lumbre. En las provincias lejos de México hacían la misma ceremonia, y esto se hacía en todas partes con mucho rego-

cijo y alegría; y en comenzando el día, en toda la tierra, y principalmente en México, hacían gran fiesta, y sacrificaban cuatrocientos hombres en sólo México.

Capítulo VI

De la fiesta llamada Panquezalizthi y de los sacrificios y homicidios que en ella se hacían; y cómo sacaban los corazones y los ofrecían, y después comían los que sacrificaban.

En aquellos días de los meses que arriba quedan dichos, en uno de ellos que se llamaba *Panquezalizthi,* que era el catorceno, el cual era dedicado a los dioses de México, mayormente a dos de ellos que se decían ser hermanos y dioses de la guerra, poderosos para matar y destruir, vencer y sujetar; en este día, como pascua o fiesta más principal, se hacían muchos sacrificios de sangre, así de las orejas como de la lengua, que esto era muy común; otros se sacrificaban de los brazos y pechos y de otras partes del cuerpo; pero porque en esto de sacarse un poco de sangre para echar a los ídolos, como quien esparce agua bendita con los dedos, o echar la sangre en unos papeles y ofrecerlos de las orejas y lengua, a todos y en todas partes era general; pero de las otras partes del cuerpo en cada provincia había su costumbre: unos de los brazos, otros de los pechos, que en esto de las señales se conocían de qué provincia eran. Demás de estos y otros sacrificios y ceremonias, sacrificaban y mataban a muchos de la manera que aquí diré.

Tenían una piedra larga, de una brazada de largo, y casi palmo y medio de ancho, y un buen palmo de grueso o de esquina. La mitad de esta piedra estaba hincada en la tierra, arriba en lo alto encima de las gradas, delante del altar de los ídolos. En esta piedra tendían a los desventurados de espaldas para los sacrificar, y el pecho muy tenso, porque los tenían atados los pies y las

manos, y el principal sacerdote de los ídolos o su lugarteniente, que eran los que más ordinariamente sacrificaban, y si algunas veces había tantos que sacrificar que éstos se cansasen, entraban otros que estaban ya diestros en el sacrificio, y de presto con una piedra de pedernal con que sacan lumbre, de esta piedra hecho un navajón como hierro de lanza, no mucho agudo, porque como es piedra muy recia y salta, no se puede hacer muy aguda; esto digo porque muchos piensan que eran de aquellas navajas de piedra negra, que en esta tierra las hay, y sácanlas con el filo tan delgado como de una navaja, y tan dulcemente corta como navaja, sino que luego saltan mellas; con aquel cruel navajón, como el pecho estaba tan tenso, con mucha fuerza abrían al desventurado y de presto sacábanle el corazón, y el oficial de esta maldad daba con el corazón encima del umbral del altar de parte del fuera, y allí dejaba hecha una mancha de sangre; y caído el corazón, estaba un poco bullendo en la tierra, y luego poníanle en una escudilla delante del altar. Otras veces tomaban el corazón y levantábanle hacia el sol, y a las veces untaban los labios de los ídolos con la sangre. Los corazones, a las veces, los comían los ministros viejos; otras los enterraban, y luego tomaban el cuerpo y echábanle por las gradas abajo a rodar; y allegado abajo, si era de los presos en guerra, el que lo prendió, con sus amigos y parientes llevábanlo y aparejaban aquella carne humana con otras comidas, y otro día hacían fiesta y le comían; y el mismo que le prendió, si tenía con qué lo poder hacer, daba aquel día a los convidados, mantas; y si el sacrificado era esclavo no le echaban a rodar, sino abajábanle a brazos, y hacían la misma fiesta y convite que con el preso en guerra, aunque no tanto con el esclavo; sin otras fiestas y días de más de muchas ceremonias con que las solemnizaban, como en estotras fiestas parecerá. Cuanto a los corazones de los que sacrificaban, digo: que en sacando el corazón al sacrificado, aquel sacerdote del demonio tomaba el corazón en la mano, y levantábale como quien le muestra al sol, y luego

volvía a hacer otro tanto al ídolo, y poníasele delante en un vaso de palo pintado, mayor que una escudilla, y en otro vaso cogía la sangre y daban de ella como a comer al principal ídolo, untándole los labios, y después a los otros ídolos y figuras del demonio. En esta fiesta sacrificaban de los tomados en guerra o esclavos, porque casi siempre eran de éstos los que sacrificaban, según el pueblo, en unos veinte, en otros treinta, en otros cuarenta, y hasta cincuenta y sesenta; en México sacrificaban ciento, y de ahí arriba.

En otro día de aquellos ya nombrados se sascrificaban muchos, aunque no tantos como en la fiesta ya dicha; y nadie piense que ninguno de los que sacrificaban matándoles y sacándoles el corazón, o cualquiera otra muerte, que no era de su propia voluntad, sino por fuerza. Y sintiendo muy sentida la muerte y su espantoso dolor. Los otros sacrificios de sacarse sangre de las orejas o lengua, o de otras partes, estos eran voluntarios casi siempre.

De aquellos que así sacrificaban, desollaban algunos, en unas partes dos o tres, en otras cuatro o cinco, en otras, diez, y en México, hasta doce o quince, y vestían aquellos cueros, que por las espaldas y encima de los hombros dejaban abiertos, y vestido lo más justo que podían, como quien viste jubón y calzas, bailaban con aquel cruel y espantoso vestido. Y como todos los sacrificados o eran esclavos o tomados en la guerra, en México para este día guardaban alguno de los presos en la guerra, que fuese señor o persona principal, y a aquél desollaban para vestir el cuero de él el gran señor de México, Moteuczoma, el cual con aquel cuero vestido bailaba con mucha gravedad, pensando que hacía gran servicio al demonio que aquel día honraban; y esto iban muchos a ver como cosa de gran maravilla, porque en los otros pueblos no se vestían los señores los cueros de los desollados, sino otros principales. Otro día de otra fiesta, en cada parte sacrificaban una mujer, y desollábanla, y vestíase uno el cuero de ella y bailaba con to-

dos los otros del pueblo; aquél con el cuero de la mujer vestido, y los otros con sus plumajes.

Había otro día en que hacían fiesta al dios del agua. Antes que este día allegase, veinte o treinta días, compraban un esclavo y una esclava y hacíanlos morar juntos como casados; y allegado el día de la fiesta, vestían al esclavo con las ropas e insignias de aquel dios, y a la esclava con las de la diosa, mujer de aquel dios, y así vestidos bailaban todo aquel día hasta la medianoche que los sacrificaban; y a éstos no los comían sino echábanlos en una hoya como silo que para esto tenían.

Capítulo VII

De las muy grandes crueldades que se hacían el día del dios del fuego y del dios del agua; y de una esterilidad que hubo en que no llovió en cuatro años.

Otro día de fiesta en algunas partes y pueblos, como Tlacuba, Cuyuacan Azcapuzalco [17], levantaban un gran palo rollizo de hasta diez brazas de largo, y hacían un ídolo de semillas, y envuelto y atado con papeles ponían-le encima de aquella viga; y la víspera de la fiesta levantaban este árbol, que digo, con aquel ídolo, y bailaban todo el día a la redonda de él; y aquel día por la mañana tomaban algunos esclavos y otros que tenían cautivos de guerra, y traíanlos atados de pies y manos, y echábanlos en un gran fuego para esta crueldad aparejado, y no los dejando acabar de quemar, no por piedad, sino porque el género de tormento fuese mayor; porque luego los sacrificaban y sacaban los corazones, y. a la tarde echaban la viga en tierra y trabajaban mucho por haber parte de aquél ídolo para comer; porque creían que con aquello se harían valientes para pelear. Otro día era dedicado al dios del fuego, o al mismo fuego al cual te-

[17] Respectivamente: Tlacopán, Coyohuacan, Azcapotzalco.

nían y adoraban por dios, y no de los menores, que era general por todas partes; este día tomaban uno de los cautivos en la guerra y vestíanle de las vestiduras y ropas del dios del fuego, y bailaba a reverencia de aquel dios, y sacrificábanle a él y a los demás que tenían presos de guerra; pero mucho más es de espantar de lo que particularmente hacían aquí en Coauhtitlan, adonde esto escribo, que todo lo general, adonde parece que se mostraba el demonio más cruel que en otras partes. Una víspera de una fiesta en Coauhtitlan, levantaban seis grandes árboles como mástiles de naos con sus escaleras; y en esta vigilia cruel, y el día muy más cruel también, degollaban dos mujeres esclavas en lo alto encima de las gradas, delante el altar de los ídolos, y allí arriba las desollaban todo el cuerpo y el rostro, y sacábanles las canillas de los muslos; y el día por la mañana, dos indios principales vestíanse los cueros, y los rostros también como máscaras, y tomaban en las manos las canillas, en cada mano la suya, y muy paso a paso bajaban bramando, que parecían bestias encarnizadas; y en los patios abajo gran muchedumbre de gente, todos como espantados, decían: «Ya vienen nuestros dioses; ya vienen nuestros dioses». Allegados abajo comenzaban a tañer sus atabales, y a los así vestidos ponían a cada uno sobre las espaldas mucho papel, no plegado sino cosido en ala, que habría obra de cuatrocientos pliegos; y ponían a cada uno una codorniz ya sacrificada y desollada, y atábansela al bezo que tenía horadado; y de esta manera bailaban estos dos, delante los cuales mucha gente sacrificaba y ofrecían muy muchas codornices, que también era para ellas día de muerte; y sacrificadas, echábanselas delante, y eran tantas que cubrían el suelo por do iban, porque pasan de ocho mil codornices las que aquel día ofrecían, porque todos tenían mucho cuidado de las buscar para esta fiesta, a la cual iban desde México y de otros muchos pueblos. Allegado el mediodía cogían todas las codornices, y repartíanlas por los ministros de los templos y por los señores y principales, y los vestidos no hacían sino bailar todo el día.

Hacíase este mismo día otra mayor y nunca oída crueldad y era que en aquellos seis palos que la víspera de la fiesta habían levantado, en lo alto ataban y aspaban seis hombres cautivos en la guerra, y estaban debajo a la redonda más de dos mil muchachos y hombres con sus arcos y flechas, y éstos, en bajándose los que habían subido a los atar a los cautivos, disparaban en ellos las saetas como lluvia; y asaetados y medio muertos subían de presto a los desatar y dejábanlos caer de aquella altura, y del gran golpe que daban, se quebrantaban y molían los huesos todos del cuerpo; y luego les daban la tercera muerte sacrificándolos y sacándolos los corazones; y arrastrándolos desviábanlos de allí, y degollábanlos, y cortábanles las cabezas, y dábanlas a los ministros de los ídolos; y los cuerpos llevábanlos como carneros para los comer los señores y principales. Otro día con aquel nefando convite hacían también fiesta, y con gran regocijo bailaban todos.

Una vez en el año, cuando el maíz estaba salido de obra de un palmo, en los pueblos que había señores principales, que a su casa llamaban palacio, sacrificaban un niño y una niña de edad de hasta tres o cuatro años; éstos no eran esclavos, sino hijos de principales, y este sacrificio se hacía en un monte, en reverencia de un ídolo que decían que era el dios del agua y que les daba la pluvia, y cuando había falta de agua la pedían a este ídolo. A estos niños inocentes no les sacaban el corazón, sino degollábanlos, y envueltos en mantas ponían los en una caja de piedra como lucillo [18] antiguo, y dejábanlos así por la honra de aquel ídolo, a quien ellos tenían por muy principal dios; y su principal templo y casa era en Tezcuco, juntamente con los dioses de México, éste estaba a la mano derecha, y los de México a la mano izquierda; y ambos altares estaban levantados sobre una cepa, y tenía cada uno tres sobrados, a los cuales yo fui a ver algunas veces. Estos templos fueron los más altos y mayores de toda la tierra, y más que los de México.

[18] Era una urna de piedra.

El día de *Atemuytle* [19] ponían muchos papeles pintados, y llevábanlos a los templos de los demonios, y ponían también *ulli* [20], que es una goma de un árbol que se cría en tierra caliente, del cual punzándole salen unas gotas blancas, y ayúntanlo uno con otro, que es cosa que luego se cuaja y para negro, casi como pez blanda; y de éste hacen las pelotas con que juegan los indios, que saltan más que las pelotas de viento de Castilla, y son del mismo tamaño, y un poco más prietas; aunque son mucho más pesadas las de esta tierra, corren y saltan tanto que parece que traen azogue dentro de sí. De este *ulli* usaban mucho ofrecer a los demonios, así en papeles que quemándolo corrían unas gotas negras, y éstas caían sobre papeles, y aquellos papeles con aquellas gotas, y otros con gotas de sangre, ofrecíanlo al demonio y también ponían de aquel *ulli* en los carillos a los ídolos, y algunos tenían dos y tres dedos de costra sobre el rostro, y ellos feos, parecían bien figuras del demonio, sucias y feas y hediondas. Este día se ayuntaban los parientes y amigos a llevar comida, que comían en las casas y patios del demonio. En México este mismo día salían y llevaban en una barca muy pequeña un niño y una niña, y en medio del agua de la gran laguna los ofrecían al demonio, y allí los sumergían con la *acalli* o barca, y los que los llevaban se volvían en otras barcas mayores.

Cuando el maíz estaba a la rodilla, para un día repartían y echaban pecho, de que compraban cuatro niños esclavos de edad de cinco o seis años, y sacrificábanlos a *Tlaloc,* dios del agua, poniéndolos en una cueva, y cerrábanla hasta otro año que hacían lo mismo. Este cruel sacrificio tuvo principio de un tiempo que estuvo cuatro años que no llovió y apenas quedó cosa verde en el campo, y por aplacar el demonio del agua, su dios *Tlaloc,* y porque lloviese, le ofrecían aquellos cuatro niños. Estos ministros de estos sacrificios eran los mayores sacerdotes y de más dignidad entre los indios; criaban sus cabellos

[19] Atemoztli.
[20] Trátase del hule.

a manera de nazarenos, y como nunca los cortaban ni peinaban y ellos andaban mucho tiempo negros y los cabellos muy largos y sucios, parecían al demonio. A aquellos cabellos grandes llamaban *nopapa,* y de allí les quedó a los españoles llamar a estos ministros papas, pudiendo con mayor verdad llamarlos crueles verdugos del demonio.

Uey-Tezozthi [21]. Este día era cuando el maíz estaba ya grande hasta la cinta. Entonces cada uno cogía de sus maizales algunas cañas, y envueltas en mantas, delante de aquellas cañas, ofrecían comida y *atuli* [22], que es un brebaje que hacen de la masa del maíz, y es espesa y también ofrecían *copalli* [23], que es género de incienso que corre de un árbol, el cual en cierto tiempo del año punzan para que salga y corra aquel licor, y ponen debajo o en el mismo árbol atadas unas pencas de maguey, que adelante se dirá lo que es y hay bien que decir de él; y allí cae y se cuajan unos panes de manera de la jibia de los plateros; hácese de este *copalli* envuelto con aceite muy buena trementina; los árboles que lo llevan son graciosos y hermosos de vista y de buen color: tienen la hoja muy menuda. Críase en tierra caliente en lugar alto o do goce de aire. Algunos dicen que este *copalli* es mirra probatísima. Volviendo a la ofrenda digo: que toda junta a la tarde la llevaban a los templos de los demonios y bailábanle toda la noche porque les guardase los maizales.

Tititlh [24]. Este día y otro con sus noches bailaban todos al demonio y le sacrificaban muchos cautivos presos en las guerras de los pueblos de muy lejos, que según decían los mexicanos algunas provincias tenían cerca de sí de enemigos y de guerra, como Tlaxcala y Huejuzinco, que más lo tenían para ejercitarse en la guerra y tener cerca de dónde haber cautivos para sacrificar,

---

21 Es el cuarto mes del año.
22 Atolli.
23 Es el copal.
24 *Tititl* era el decimoséptimo mes.

que no por pelear y acabarlos; aunque los otros también decían lo mismo de los mexicanos y que de ellos prendían y sacrificaban tantos, como los otros de ellos. Otras provincias había lejos, donde a tiempos, o una vez en el año, hacían guerra y salían capitanías ordenadas a esto; y de éstas era una la provincia o reino de Michuachanpanco, que ahora los españoles llaman Pánuco; de estos cautivos sacrificaban aquel día, y no de los más cercanos, ni tampoco esclavos.

Capítulo VIII

De la fiesta y sacrificios que hacían los mercaderes a la diosa de la sal; y de la venida que fingían de su dios; y de cómo los señores iban una vez en el año a los montes a cazar para ofrecer a sus ídolos.

Los mercaderes hacían una fiesta, no todos juntos, sino los de cada provincia por su parte, para la cual procuraban esclavos que sacrificar, los cuales hallaban bien baratos, por ser la tierra muy poblada. En este día morían muchos en los templos que a su parte tenían los mercaderes, en los cuales otras muchas veces hacían grandes sacrificios.

Tenían otro día de fiesta en que todos los señores y principales se ayuntaban de cada provincia en su cabecera a bailar, y vestían una mujer de las insignias de la diosa de la sal, y así vestida bailaba toda la noche, y a la mañana, a hora de las nueve, sacrificábanla a la misma diosa. En este día echan mucho de aquel incienso en los braseros.

En otra fiesta, algunos días antes aparejaban grandes comidas, según cada uno podía y le bastaba la pobre hacienda, que ellos muy bien parten, aunque lo ayunen, por no parecer vacíos delante de su dios. Aparejada la comida, fingían como día de adviento, y llegado el día llevaban la comida a la casa del demonio y decían: «Ya

viene nuestro dios, ya viene, ya viene nuestro dios, ya viene».

Un día en el año salían los señores y principales para sacrificar en los templos que había en los montes, y andaban por todas partes cazadores a cazar de todas animalias y aves para sacrificarlas al demonio, así leones y tigres como cayutles [25] que son unos animalejos entre lobo y raposa, que ni son bien lobos ni bien raposas, de los cuales hay muchos, y muerden tan bravamente, que ha de ser muy escogido el perro que le matare diente por diente. Cazaban venados, liebres, conejos, codornices, hasta culebras y mariposas, y todo lo traían al señor, y él daba y pagaba a cada uno según lo que traía; primero daba la ropa que traía vestida, y después otra que tenía allí aparejada para dar, no pagando por vía de precio ni de conciencia, que maldito el escrúpulo que de ello tenían, ni tampoco por paga de los servicios, sino por una liberalidad con la cual pensaban que agradaban mucho al demonio, y luego sacrificaban todo cuanto habían podido haber.

Sin las fiestas ya dichas, había otras muchas, en cada provincia, y a cada demonio le servían de su manera, con sacrificios y ayunos y otras diabólicas ofrendas, especialmente en Tlaxcala, Huexuzinco y Cholola, que eran señoríos por sí. En todas estas provincias que son comarcas y venían de un abolengo, todos adoraban y tenían un dios por más principal, al cual nombraban por tres nombres. Los antiguos que estas provincias poblaron, fueron de una generación; pero después que se multiplicaron, hicieron señoríos distintos y hubo entre ellos grandes bandos y guerras. En estas tres provincias se hacían siempre crueles y grandes sacrificios y muy crueles, porque como todos estaban cercados de provincias sujetas a México, que eran sus enemigos, y entre sí mismos tenían continuas guerras, había entre ellos hombres prácticos en la guerra, y de buen ánimo y fuerzas, especial en Tlaxcala, que es la mayor de estas pro-

[25] Coyotes.

vincias, y aun de gente algo más dispuesta y crecida y guerrera, y es de las enteras y grandes provincias, y más poblada de la Nueva España, como se dirá adelante. Estos naturales, tenían de costumbre en sus guerras de tomar cautivos para sacrificar a sus ídolos, y a esta causa, en la batalla, arremetían y entraban hasta abrazarse con el que podían, y sacábanle fuera y atábanle cruelmente. En esto se mostraban y señalaban los valientes.

Estos tenían otras muchas fiestas con grandes ceremonias y crueldades, de las cuales no me acuerdo bien para escribir verdad, aunque moré allí seis años entre ellos, y oí y supe muchas cosas; pero no me informaba para lo haber de escribir.

En Tlaxcala había muchos señores y personas principales, y mucho ejercicio de guerra, y tenían siempre como gente de guarnición, y todos cuantos prendían, demás de muchos esclavos, morían en sacrificio; y lo mismo en Huejuzinco y Cholola. A esta Cholola tenían por gran santuario como otra Roma, en la cual había muchos templos del demonio; dijéronme que había más de trescientos y tantos. Yo la vi entera y muy torreada y llena de templos del demonio, pero no los conté. Por lo cual hacía muchas fiestas en el año, y algunos venían de más de cuarenta leguas, y cada provincia tenía sus salas y casas de aposento para las fiestas que se hacían.

Capítulo IX

De los sacrificios que hacían en los ministros tlamagazques, en especial en Teocan, Cuzcatlan y Teuticlan; y de los ayunos que tenían.

Demás de los sacrificios y fiestas dichas había otros muchos particulares que hacían muy continuamente, en especial aquellos ministros que los españoles llamaron papas. Estos se sacrificaban a sí mismos muchas veces

de muchas partes del cuerpo, y en algunas fiestas hacían en lo alto de las orejas con una navajuela de piedra negra un agujero que la sacaban de la manera de una lanceta de sangrar, y tan aguda y con tan vivos filos; y así muchos españoles se sangran y sangran a otros con éstas, y cortan muy dulcemente, sino que algunas veces despuntan, cuando el sangrador no es de los buenos; que acá cada uno procura de saber sangrar y herrar y otros muchos oficios que en España no se tendrían por honrados de los aprender; aunque por otra parte tienen presunción y fantasía, aunque tienen todos los españoles que acá están la mejor y más humilde conversación que puede ser en el mundo. Tornando al propósito, digo: que por aquel agujero que hacían en las orejas y por las lenguas sacaban una caña tan gorda como el dedo de la mano, y tan larga como el brazo; mucha de la gente popular, así hombres como mujeres, sacaban o pasaban por la oreja y por la lengua unas pajas tan gordas como cañas de trigo, y otros unas puntas de maguey, o de *metl,* que a la fin se dice qué cosa es, y todo lo que así sacaban ensangrentado, y la sangre que podían coger en unos papeles, lo ofrecían delante de los ídolos.

En Teoachan, y en Theuticlan y en Cuztaclan [26], que eran provincias de frontera y tenían guerra por muchas partes, también hacían muy crueles sacrificios de cautivos y de esclavos; y en sí mismos los *tlamagazques,* o papas mancebos, hacían una cosa de las extrañas y crueles del mundo; que cortaban y hendían el miembro de la generación entre cuero y carne y hacían tan grande abertura que pasaban por allí una soga tan gruesa como el brazo por la muñeca, y en largor según la devoción del penitente; unas eran de diez brazas, otras de quince y otras de veinte; y si alguno desmayaba de tan cruel desatino, decíanle que aquel poco ánimo era por haber pecado y allegado a mujer; porque éstos que hacían esta locura y desatinado sacrificio eran mancebos por casar, y

[26] Respectivamente: Tehuacan, Teotitlan, Cuzcatlan.

no era maravilla que desmayasen, pues se sabe que la circuncisión es el mayor dolor que puede ser en el mundo, si no, díganlo los hijos de Jacob. La otra gente del pueblo sacrificábanse de las orejas, y de los brazos, y del pico de la lengua, de que sacaban unas gotas de sangre para ofrecer; y los más devotos, así hombres como mujeres, traían más arpadas las lenguas y las orejas, y hoy día se parece en muchos. En estas tres provincias que digo, los ministros del templo y todos los de sus casas ayunaban cada año ochenta días. También ayunaban sus cuaresmas y ayunos antes de las fiestas del demonio, en especial aquellos papas, con sólo pan de maíz y sal y agua; unas cuaresmas de a diez días, y otras de veinte y de cuarenta; y alguna como la de *Panquezalizthi* en México que era de ochenta días, de que algunos enfermaban y morían, porque el cruel de su dios no les consentía que usasen consigo de misericordia.

Llamábanse también estos papas «dadores de fuego», porque echaban incienso en lumbre o en brasas con su incensario tres veces en el día y tres en la noche. Cuando barrían los templos del demonio era con plumajes en lugar de escobas, y andando para atrás, sin volver las espaldas a los ídolos. Mandaban al pueblo y hasta los muchachos que ayunasen, ya dos, ya cuatro, ya cinco días, y hasta diez días ayunaba el pueblo. Estos ayunos no eran generales, sino que cada provincia ayunaba a sus dioses según su devoción y costumbre. Tenía el demonio en ciertos pueblos de la provincia de Thoacan capellanes perpetuos que siempre velaban y se ocupaban en oraciones, ayunos y sacrificios; y este perpetuo servicio repartíanlo de cuatro en cuatro años, y los capellanes asimismo eran cuatro. Cuatro mancebos que habían de ayunar cuatro años, entraban en la casa del demonio como quien entra en treintanario cerrado [27] y daban a cada uno una sola manta de algodón delgada de un *maxtil,* que es como toca de camino con que se ciñen y tapan sus vergüenzas, y no tenían más ropa de noche ni de

[27] Eran treinta días sin comunicación con nadie.

día, aunque en invierno hace razonable frío las noches; la cama era la dura tierra y la cabecera una piedra. Ayunaban todos aquellos cuatro años, en los cuales se abstenían de carne y de pescado, sal y de ají; no comían cada día más de una sola vez a medio día, y era su comida una tortilla, que según señalaban, sería de dos onzas, y bebían una escudilla de un brebaje que se dice *atolli.* No comían otra cosa, ni fruta, ni miel, ni cosa dulce, salvo que veinte días, que eran sus días festivales, como nuestro domingo a nosotros. Entonces podían comer de todo lo que tuviesen, y de año en año les daban una vestidura. Su ocupación y mora era estar siempre en la casa y presencia del demonio y para velar toda la noche repartíanse de dos en dos. Velaban una noche los dos, y dormían los otros dos, sin dormir sueño, y otra noche los otros dos. Ocupábanse cantando al demonio muchos cantares, y a tiempos sacrificábanse y sacábanse sangre de diversas partes del cuerpo, que ofrecían al demonio, y cuatro veces en la noche ofrecían incienso, y de veinte en veinte días hacían este sacrificio; que hecho un agujero en lo alto de las orejas sacaban por allí sesenta cañas, unas gruesas y otras delgadas como los dedos; unas varas de tirar; y todas ensangrentadas poníanlas en un montón delante de los ídolos, las cuales quemaban acabados los cuatro años. Montábanse, si no me engaño, diez y siete mil y doscientas ochenta, porque cinco días del año no los contaban, sino diez y ocho meses a veinte días cada mes. Si alguno de aquellos ayunadores o capellanes del demonio moría, luego suplían otro en su lugar y decían que había de haber gran mortalidad, y que habían de morir muchos señores, por lo cual todos vivían aquel año muy atemorizados, porque son gente que miran mucho en agüeros. A éstos les aparecía muchas veces el demonio, o ellos lo fingían, y decían al pueblo lo que el demonio les decía, o a ellos se les antojaba, y lo que querían y mandaban los dioses; y lo que más veces decían que veían era una cabeza con largos cabellos. Del ejercicio de estos ayunadores y de sus visiones holgaba mucho de saber al gran señor Motezuma,

porque le parecía servicio muy especial y acepto a los dioses. Si alguno de estos ayunadores se hallaba que en aquellos cuatro años tuviese ayuntamiento de mujer, ayuntábanse muchos ministros del demonio y mucha gente popular, y sentenciábanle a muerte, la cual le daban de noche y no de día; y delante de todos le achocaban y quebrantaban la cabeza con garrotes, y luego le quemaban y echaban los polvos por el aire, derramando la ceniza, de manera que no hubiese memoria de tal hombre; porque aquel hecho, en tal tiempo, le tenían por enorme y por cosa descomunal y que nadie había de hablar en ella.

Las cabezas de los que sacrificaban, especial de los tomados en guerra, desollábanlas, y si eran señores o principales personas los así presos, desollábanlas con sus cabellos y secábanlas por las guardar. De éstas había muchas al principio; y si no fuera porque tenía algunas barbas, nadie juzgara sino que eran rostros de niños de cinco o seis años, y causábanlo estar, como estaban, secas y curadas. Las calaveras ponían en unos palos que tenían levantados a un lado de los templos del demonio; de esta manera: levantaban quince o veinte palos, más y menos, de largo de cuatro o cinco brazas fuera de tierra, y en tierra entraba más de una braza, que eran unas vigas rollizas apartadas unas de otras cuando seis pies y todas puestas en hilera, y todas aquellas vigas llenas de agujeros; y tomaban las cabezas horadadas por las sienes, y hacían unos sartales de ellas en otros palos delgados pequeños, y ponían los palos en los agujeros que estaban hechos en las vigas que dije, y así tenían de quinientas en quinientas, y de seiscientas en seiscientas, y en algunas partes de mil en mil calaveras; y en cayéndose una de ellas ponían otras, porque valían muy barato; y en tener aquellos tendales muy llenos de aquellas cabezas mostraban ser grandes hombres de guerra y devotos sacrificadores a sus ídolos.

Cuando habían de bailar en las fiestas solemnes, pintábanse y tiznábanse de mil maneras; y para esto el día que había baile, por la mañana luego venían pintores

y pintoras al *tianguez,* que es el mercado, con muchos colores y sus pinceles, y pintaban, a los que habían de bailar, los rostros, y brazos, y piernas de la manera que ellos querían, o la solemnidad y ceremonia de la fiesta lo requería; y así embijados y pintados íbanse a vestir diversas divisas, y algunos se ponían tan feos que parecían demonios; y así servían y festejaban al demonio, y de esta manera se pintaban para salir a pelear cuando tenían guerra o había batalla.

A las espaldas de los principales templos había una sala a su parte de mujeres, no cerrada, porque no acostumbraban puertas, pero honestas y muy guardadas; las cuales servían a los templos por votos que habían hecho; otras por devoción prometían de servir en aquel lugar un año, o dos, o tres; otras hacían el mismo voto en tiempo de algunas enfermedades; y éstas todas eran doncellas vírgenes por la mayor parte, aunque también había algunas viejas, que por su devoción querían allí morir, y acabar sus días en penitencia. Estas viejas eran guardas y maestras de las mozas; y por estar en servicio de los ídolos eran muy miradas las unas y las otras. En entrando luego las trasquilaban; dormían siempre vestidas por más honestidad y para se hallar más prestas al servicio de los ídolos; dormían en comunidad todas en una sala; su ocupación era hilar y tejer mantas de labores y otras de colores para servicio de los templos. A la medianoche iban con su maestra y echaban incienso en los braseros que estaban delante los ídolos. En las fiestas principales iban todas en procesión por una banda, y los ministros por la otra, hasta allegar delante los ídolos, en lo bajo al pie de las gradas, y los unos y las otras iban con tanto silencio y recogimiento, que no alzaban los ojos de tierra ni hablaban palabra. Estas, aunque las más eran pobres, los parientes les daban de comer, y todo lo que habían menester para hacer mantas, y para hacer comida que luego por la mañana ofrecían caliente, así sus tortillas de pan como gallinas guisadas en unas como cazuelas pequeñas, y aquel calor o vaho decían que recibían los ídolos, y lo otro los mi-

nistros. Tenían una como maestra o madre que a tiempo las congregaba y hacía capítulo, como hace la abadesa a sus monjas, y a las que hallaba negligentes, penitenciaba; por esto algunos españoles las llamaron monjas, y si alguna se reía con algún varón dábanla gran penitencia; y si se hallaba alguna ser conocida de varón, averiguada la verdad, a entrambos mataban. Ayunaban todo el tiempo que allí estaban, comiendo a mediodía, y a la noche su colación. Las fiestas que no ayunaban, comían carne. Tenían su parte que barrían de los patios bajos delante de los templos; lo alto siempre lo barrían los ministros, en algunas partes con plumajes de precio y sin volver las espaldas, como dicho es.

Todas estas mujeres estaban aquí sirviendo al demonio por sus propios intereses: las unas porque el demonio las hiciese mercedes; las otras porque les diese larga vida; otras por ser ricas; otras por ser buenas hilanderas y tejedoras de mantas ricas. Si alguna cometía pecado de carne, estando en el templo, aunque más secretamente fuese, creía que sus carnes se habían de podrecer, y hacían penitencia porque el demonio encubriese su pecado. En algunas fiestas bailaban delante de los ídolos muy honestamente.

Capítulo X

De una gran fiesta que hacían en Tlaxcala, de muchas ceremonias y sacrificios.

Después de lo arriba escrito vine a morar en esta casa de Tlaxcala, y preguntando y inquiriendo de sus fiestas, me dijeron de una notable en crueldad, la cual aquí contaré.

Hacíanse en esta ciudad de Tlaxcala, entre otras muchas fiestas, una al principal demonio que ellos adoraban, la cual se hacía en el principio del mes de marzo cada año; porque la que se hacía de cuatro en cuatro años era la fiesta solemne para toda la provincia, mas estotra

que se hacía, llamábanla año de dios. Allegado el año levantábase el más antiguo ministro o *tlamacazque* que en estas provincias de Tlaxcala, Huejuzinco y Chochola había, y predicaba y amonestaba a todos y decíales: «Hijos míos: ya es llegado el año de nuestro dios y señor; esforzaos a le servir y hacer penitencia; y el que se sintiere flaco para ello, sálgase dentro de cinco días, y si se saliere a los diez y dejare la penitencia, será tenido por indigno de la casa de dios, y de la compañía de sus servidores, y será privado, y tomarle han todo cuanto tuviere en su casa». Allegado el quinto día tornábase a levantar el mismo viejo en medio de todos los otros ministros, y decía: «¿Están aquí todos?», y respondían «sí» (o faltaba uno o dos, que pocas veces faltaban). «Pues ahora todos de buen corazón comencemos la fiesta de nuestro señor.» Y luego iban todos a una gran sierra que está de esta ciudad cuatro leguas y las dos de una trabajosa subida, y en lo alto, un poco antes de allegar a la cumbre, quedábanse allí todos orando, y el viejo subía arriba, adonde estaba un templo de la diosa *Matlalcueye,* y ofrecía allí unas piedras, que eran como género de esmeraldas, y plumas verdes grandes, de que se hacen buenos plumajes, y ofrecía mucho papel e incienso de la tierra, rogando con aquella ofrenda al señor su dios y a la diosa su mujer que les diese esfuerzo para comenzar su ayuno y acabarle con salud y fuerzas para hacer penitencia. Hecha esta oración volvíanse para sus compañeros y todos juntos se volvían para la ciudad. Luego venían otros menores servidores de los templos, que estaban repartidos por la tierra sirviendo en otros templos, y traían muchas cargas de palos, tan largos como el brazo y tan gruesos como la muñeca, y ponían los en el principal templo, y dábanles muy bien de comer, y venían muchos carpinteros, que habían rezado y ayunado cinco días, y aderezaban y labraban aquellos palos, y acabados de aderezar fuera de los patios, dábanles de comer, e idos aquellos venían los maes-

[28] Era la diosa de la lluvia. Su falda era verde.

tros que sacaban las navajas, también ayunados y rezados, y sacaban muchas navajas con que habían de abrir las lenguas, y así como sacaban las navajas ponían las sobre una manta limpia, y si alguna se quebraba al sacar, decían les que no habían ayunado bien.

Nadie que no vea cómo se sacan estas navajas podrá bien entender cómo las sacan, y es de esta manera: primero sacaban una piedra de navajas, que son negras como azabache, y puesta tan largo como un palmo, o algo menos, hácenla rolliza y tan gruesa como la pantorrilla de la pierna, y ponen la piedra entre los pies y con un palo hacen fuerza a los cantos de la piedra y a cada empujón que dan, salta una navajuela delgada con sus filos como de navaja; y sacaban de una piedra más de doscientas navajas, y a vueltas algunas lancetas para sangrar; y puestas las navajas en una manta limpia, perfumábanlas con su incienso, y cuando el sol se acababa de poner, todos los ministros allí juntos, cuatro de ellos cantaban a las navajas con cantares del demonio, tañendo con sus atabales; y ya que habían cantado un rato, callaban aquéllos y los atabales, y los mismos, sin atabales, cantaban otro cantar muy triste y procuraban devoción y lloraban; creo que era lo que luego habían de padecer. Acabado aquel segundo cantar estaban todos los ministros aparejados, y luego un maestro bien diestro como cirujano horadaba las lenguas de todos por medio, hecho un buen agujero con aquellas navajas benditas; y luego aquel viejo y más principal ministro sacaba por su lengua de aquella vez cuatrocientos y cinco palos, de aquellos que los carpinteros ayunados y con oraciones habían labrado; los otros ministros antiguos y de ánimo fuerte, sacaban otros cada cuatrocientos cinco palos, que algunos eran tan gruesos como el dedo pulgar de la mano, y otros algo más gruesos; y otros había de tanto grueso como puede abrazar el dedo pulgar, y el que está par de él, puestos en redondo; otros más mozos sacaban doscientos, como quien no dice nada. Esto se hacía la noche que comenzaba el ayuno de la gran fiesta, que era ciento sesenta días antes de su pascua. Acabada aquella cola-

ción de haber pasado los palos, aquel viejo cantaba, que apenas podía menear la lengua: mas pensando que hacía gran servicio a dios esforzándose cuanto podía. Entonces ayunaban de un tiro ochenta días, y de veinte en veinte días sacaba cada uno por su lengua otros tantos palos, hasta que se cumplieran los ochenta días en fin de los cuales tomaban un ramo pequeño y poníanle en el patio adonde todos le viesen, el cual era señal que todos habían de comenzar el ayuno; y luego llevaban todos los palos que habían sacado por las lenguas, así ensangrentados, y ofrecíanlos delante del ídolo, e hincaban diez o doce varas de cada cinco o seis brazas de manera que en el medio pudiesen poner los palos de su sacrificio; los cuales eran muchos por ser los ministros muchos. Los otros ochenta días que quedaban hasta la fiesta, ayunábanlos todos, así señores como todo el pueblo, hombres y mujeres; y en este ayuno no comían ají, que es uno de su principal mantenimiento, y de que siempre usan a comer en toda esta tierra y en todas las islas. También dejaban de bañarse que entre ellos es cosa muy usada; asimismo se abstenían de las propias mujeres; pero los que alcanzaban carne podíanla comer, especialmente los hombres.

El ayuno de todo el pueblo comenzaba ochenta días antes de la fiesta, y en todo este tiempo, no se había de matar el fuego, ni había de faltar en casa de los señores principales de día ni de noche, y si había descuido, el señor de la casa adonde faltaba el fuego mataba un esclavo y echaba la sangre en el brasero o hogar do el fuego se había muerto. En los otros ochenta días, de veinte en veinte días, aquella devota gente, porque la lengua no pudiese mucho murmurar, sacaban por sus lenguas otros palillos de ajeme y de gordor de un cañón de pato, y esto se hacía con gran cantar de los sacerdotes, y cada día destos iba el viejo de noche a la sierra ya dicha y ofrecía al demonio mucho papel, y *copalli* y codornices, y no iban con él sino cuatro o cinco, que los otros, que eran más de doscientos, quedaban en las salas y servicio del demonio ocupados, y los que iban

a la sierra no paraban ni descansaban hasta volver a casa. En estos días del ayuno salía aquel ministro viejo a los pueblos de la comarca, como a su beneficio, a pedir el hornazo [29], y llevaba un ramo en la mano, e iba en casa de los señores y ofrecíanle mucha comida y mantas, y él dejaba la comida y llevábase las mantas.

Antes del día de la fiesta, cuatro o cinco días, ataviaban y aderezaban los templos, y encalábanlos, y el tercer día antes de la fiesta, los ministros pintábanse todos, unos de negro, otros de colorado, otros de blanco, verde, azul, amarillo, y así pintados a las espaldas de la casa o templo principal bailaban un día entero. Luego ataviaban la estatua de aquel su demonio, la cual era de tres estados de altura, cosa muy disforme y espantosa; tenían también un ídolo pequeño, que decían haber venido con los viejos antiguos que poblaron esta tierra y provincia de Tlaxcala; este ídolo ponían junto a la gran estatua, y teníanle tanta reverencia y temor que no le osaban mirar; y aunque le sacrificaban codornices, era tanto el acatamiento que le tenían que no osaban alzar los ojos a mirarle. Asimismo ponían a la grande estatua una máscara, la cual decían que había venido con el ídolo pequeño, de un pueblo que se dice Tula, y de otro que se dice Payauatla, de donde se afirma que fue natural el mismo ídolo. En la vigilia de la fiesta tornaban a ofrecerlo; lo primero, ponían a aquel grande ídolo en el brazo izquierdo una rodela muy galana de oro y pluma, y en la mano derecha una muy larga y grande saeta; el casquillo era de piedra de pedernal del tamaño de un hierro de lanza, y ofrecíanle también muchas mantas y *xícoles,* que es una manera de ropa como capa sin capilla, y al mismo ídolo vestían una ropa larga abierta a manera de loba de clérigo español, y el ruedo de algodón tejido en hilo, y de pelo de conejo, hilado y tejido como seda. Luego entraba la ofrenda de la comida, que era muchos conejos y codornices y culebras, langostas y mariposas, y otras cosas que vuelan en el campo. Toda esta caza se

[29] Regalo, según la tradición.

la ofrecían viva, y puesta delante se la sacrificaban. Después de esto, a la medianoche, venía uno de los que allí servían vestido con las insignias del demonio y sacábales lumbre nueva, y esto hecho sacrificaban uno de los más principales que tenían para aquella fiesta; a este muerto llamaban hijo del sol. Después comenzaba el sacrificio y muertes de los presos en la guerra a honra de aquel gran ídolo; y a la vuelta nombraban otros dioses por manera de conmemoración, a los cuales ofrecían algunos de los que sacrificaban; y porque ya está dicha la manera del sacrificar, no diré aquí sino el número de los que sacrificaban. En aquel templo de aquel grande ídolo que se llamaba Camaxtli [30], que es en un barrio llamado Ocotelulco, mataban cuatrocientos y cinco, y en otro que está de allí a media legua, una gran cuesta arriba, mataban otros cincuenta o sesenta; y en otras veinte y ocho partes de esta provincia, en cada pueblo según que era; de manera que allegaba el número de los que en este día sacrificaban a ochocientos hombres en sola la ciudad y provincia de Tlaxcala; después llevaba cada uno los muertos que había traído vivos al sacrificio, dejando alguna parte de aquella carne humana a los ministros, y entonces todos comenzaban a comer ají con aquella carne humana, que había cerca de medio año que no lo comían.

Capítulo XI

De las otras fiestas que se hacían en la provincia de Tlaxcala, y de la fiesta que hacían los chloltecas a su dios; y por qué los templos se llamaron teucales.

En el mismo dicho día morían sacrificados otros muchos en las provincias de Huexuxinco, Tepeyacac y Zacatlán, porque en todas ellas honraban a aquel ídolo grande *Camaxtle* por principal dios. Y esto hacían casi con las mismas ceremonias que los tlaxcaltecas, salvo que

[30] Corresponde a Huitzilopochtli.

en ninguna sacrificaban tantos ni tan gran multitud como en esta provincia, por ser mayor y de mucha más gente de guerra, y ser más animosos y esforzados para matar y prender los enemigos; que me dicen que había hombres que los muertos y presos por su persona pasaban de ciento, y otros de ochenta, y cincuenta, todos tomados y guardados para sacrificarlos. Pasado aquel nefando día, el día siguiente tornaban a hacer conmemoración, y le sacrificaban otros quince o veinte cautivos. Tenían asimismo otras muchas fiestas, en especial el postrero día de los meses, que era de veinte días en veinte; y éstas hacían con diversas ceremonias y homicidios, semejables a los que hacían en las otras provincias de México; y en esto también excedía esta provincia a las otras, en matar y sacrificar por año más niños y niñas que en otra parte. En lo que hasta ahora he alcanzado, estos inocentes niños los mataban y sacrificaban al dios del agua.

En otra fiesta levantaban un hombre atado en una cruz muy alta, y allí le asaetaban. En otra fiesta ataban otro hombre, más bajo, y con varas de palo de encima del largo de una braza, con las puntas muy agudas, le mataban agarrocheándole como a toro; y casi estas mismas ceremonias y sacrificios usaban en las provincias de Huejuzinco, Tepeaca y Zacatlán en las principales fiestas, porque todos tenían por el mayor de sus dioses a Camaztle, que era la grande estatua que tengo dicha.

Aquí en Tlaxcala un otro día de una fiesta desollaban dos mujeres, después de sacrificadas, y vestíanse los cueros de ellas dos mancebos de aquellos sacerdotes o ministros, buenos corredores, y así vestidos andaban por el patio y por el pueblo tras los señores y personas principales, que en esta fiesta se vestían mantas buenas y limpias, y corrían en pos de ellos, y al que alcanzaban tomábanle sus mantas y así con este juego se acababa esta fiesta.

Entre otras muchas fiestas que en Chaloda por el año hacían, había una de cuatro en cuatro años que llamaban el año de su dios o demonio, comenzando ochenta días antes el ayuno de la fiesta. El principal *tlamagazqui* o

ministro ayunaba cuatro días, sin comer ni beber cada día más de una tortica tan pequeña y tan delgada que aun para colación era poca cosa, que no pesaría más que una onza, y bebía un poco de agua con ella; y en aquellos cuatro días iba aquél sólo a demandar el ayuda y favor de los dioses, para poder ayunar y celebrar la fiesta de su dios. El ayuno y lo que hacían en aquellos ochenta días era muy diferente de los otros ayunos; porque el día que comenzaban el ayuno íbanse todos los ministros y oficiales de la casa del demonio, los cuales eran muchos y entrábanse en las casas y aposentos que estaban en los patios y delante de los templos, y a cada uno daban un incensario de barro con su incienso, y puntas de maguey, que punzan como alfileres gordos, y dábanles también tizne, y sentábanse todos por orden arrimados a la pared, y de allí ninguno se levantba más de hacer sus necesidades; y así sentados habían de velar en los sesenta días primeros. No dormían más de a prima noche hasta espacio de dos horas, y después velaban toda la noche hasta que salía el sol, y entonces tornaban a dormir otra hora; todo el otro tiempo velaban y ofrecían incienso, echando brasas en aquellos incensarios todos juntos a una; esto hacían muchas veces, así de día como de noche. A la medianoche todos se bañaban y lavaban, y luego con aquel tizne se tornaban a entiznar y parar negros; también en aquellos días se sacrificaban muy a menudo de las orejas con aquellas puntas de maguey, y siempre les daban algunas de ellas para que tuviesen, así para se sacrificar como para se despertar, y si algunos cabeceaban de sueño, había guardas que los andaban despertando, y decíanles: «Ves aquí con qué te despiertes y saques sangre, y así no te dormirás». Y no les cumplía hacer otra cosa, porque al que se dormía fuera del tiempo sentado venían otros y sacrificábanles las orejas cruelmente y echábanle la sangre sobre la cabeza, y quebrábanle el incensario, como a indigno de ofrecer incienso a dios, y tomábanle las mantas y echábanlas en la privada, y decíanle que porque había mal ayunado y dormídose en el ayuno de su dios, que aquel año se le

había de morir algún hijo o hija, y si no tenía hijos decíanle que se le había de morir alguna persona de quien le pesase mucho.

En este tiempo ninguno había de salir fuera, porque estaban como en treintanario cerrado, ni se echaban para dormir, sino asentados dormían; y pasados los sesenta días con aquella aspereza y trabajo intolerable, los otros veinte días no se sacrificaban tan a menudo y dormían algo más. Dicen los ayunantes que padecían grandísimo trabajo en resistir el sueño, y que en no se echar estaban muy penadísimos. El día de la fiesta por la mañana íbanse todos los ministros a sus casas, teníanles hechas mantas nuevas muy pintadas, con que todos volvían al templo, y allí se regocijaban como en Pascua. Otras muchas ceremonias guardaban, que por evitar prolijidad las dejo de decir; baste saber las crueldades que el demonio en esta tierra usaba, y el trabajo con que les hacía pasar la vida a los pobres indios, y al fin para llevarlos a perpetuas penas.

Capítulo XII

De la forma y manera de los teucales y de su muchedumbre y de uno que había más principal.

La manera de los templos de esta tierra de Anáhuac, o Nueva España, nunca fue vista ni oída, así de su grandeza y labor, como de todo lo demás; y la cosa que mucho sube en altura también requiere tener gran cimiento; y de esta manera eran los templos y altares de esta tierra, de los cuales había infinitos, de ellos se hace aquí memoria para los que a esta tierra vinieren de aquí en adelante, que lo sepan, porque ya va casi pereciendo la memoria de todos ellos. Llámanse estos templos *teucallis,* y hallamos en toda esta tierra, que en lo mejor del pueblo hacían un gran patio cuadrado; en los grandes pueblos tenían de esquina a esquina un tiro de ballesta

y en los menores pueblos menores los patios. Este patio cercábanle de pared, y muchos de ellos eran almenados; guardaban sus puertas a las calles y caminos principales, que todos los hacían que fuesen a dar al patio, y por honrar más sus templos sacaban los caminos muy derechos por cordel, de una y de dos leguas, que era cosa harto de ver desde lo alto del principal templo, cómo venían de todos los pueblos menores y barrios: salían los caminos muy derechos e iban a dar al patio de los *teucallis*. En lo más eminente de este patio hacían una gran cepa cuadrada y esquinada, que para escribir esto medí una de un pueblo mediano que se dice Tenayuca y hallé que tenía cuarenta brazas de esquina a esquina, lo cual todo henchían de pared maciza, y por la parte de fuera iba su pared de piedra; lo de dentro henchíanlo de piedra, lodo o de barro y adobe; otros de tierra bien tapiada; y como la obra iba subiendo, íbanse metiendo adentro, y de braza y media o de dos brazas en alto iban haciendo y guardando unos relejes metiéndose adentro, porque no labraban a nivel; y por más firme labraban siempre para adentro, esto es, el cimiento ancho, y yendo subiendo la pared iban ensangostando; de manera que cuando iban en lo alto del *teucalli* habían ensangostándose y metiéndose adentro, así por los relejes como por la pared, hasta siete u ocho brazas de cada parte. Quedaba la cepa en lo alto de treinta y cuatro o treinta y cinco brazas. A la parte de occidente dejaban las gradas, y subida, y arriba en lo alto hacían dos altares grandes allegándolos hacia oriente, que no quedaba más espacio detrás de cuanto se podían andar. El uno de los altares a mano derecha y el otro a mano izquierda, y cada uno por sí tenía sus paredes y casa cubierta como capilla. En los grandes *teucallis* tenían dos altares, y en los otros uno, y cada uno de estos altares tenían sus sobrados; los grandes tenían tres sobrados encima de los altares, todos de terrados y bien altos, y la cepa también era muy alta; parecíanse desde muy lejos. Cada capilla de éstas se andaba a la redonda y tenía sus paredes por sí. Delante de estos altares dejaban grande espacio, adonde se hacían

los sacrificios, y sola aquella cepa era tan alta, como una gran torre, sin los sobrados que cubrían los altares. Tenía el *teucalli* de México, según me han dicho algunos que lo vieron, más de cien gradas; yo bien las vi y las conté más de una vez, mas no me acuerdo. El de Tezcuco tenía cinco o seis gradas más que el de México. La capilla de San Francisco de México que es de bóveda y razonable de alta, subiendo encima y mirando a México, hacíale mucha ventaja el templo del demonio en altura, y era muy de ver desde allí a todo México y a los pueblos de la redonda.

En los mismos patios de los pueblos principales había otros cada doce o quince *teucallis* harto grandes, unos mayores que otros; pero no allegaban al principal con mucho. Unos tenían el rostro y gradas hacia otros; otros las tenían a oriente, otros a mediodía, y en cada uno de éstos no había más de un altar con su capilla, y para cada uno había sus salas y aposentos adonde estaban aquellos *tlamacazques* o ministros, y que eran muchos, y los que servían de traer agua y leña; porque delante de todos estos altares había braseros que toda la noche ardían, y en las salas también tenían sus fuegos. Tenían todos aquellos *teucallis* muy blancos, y bruñidos y limpios, y en algunos había huertecillos con flores y árboles. Había en todos los más de estos grandes patios un otro templo, que después de levantada aquella cepa cuadrada, hecho su altar, cubríanlo con una pared redonda, alta y cubierta con su chapitel; éste era del dios del aire, del cual dijimos tener su principal silla en Cholollan, y en toda esta provincia había muchos de éstos. A este dios del aire llamaban en su lengua *Quezalcoatlch,* y decían que era hijo de aquel dios de la grande estatua y natural de Tula, y que de allí había salido a edificar ciertas provincias adonde desapareció y siempre le esperaban que había de volver; y cuando parecieron los navíos del marqués del Valle don Hernando Cortés, que esta Nueva España conquistó, viéndolos venir a la vela de lejos, decían que ya venía su dios; y por las velas blancas y altas decían que traía por la mar *teucallis;* mas cuando después des-

embarcaron decían que no era su dios, sino que eran muchos dioses.

No se contentaba el demonio con los *teucallis* ya dichos, sino que en cada pueblo, en cada barrio, y a cuarto de legua, tenían otros patios pequeños adonde había tres o cuatro *teucallis,* en algunos más, en otras partes sólo uno, y en cada mogote o cerrejón uno o dos; y por los caminos y entre los maizales había otros muchos pequeños, y todos estaban blancos y encalados, que parecían y abultaban mucho, que en la tierra bien poblada parecía que todo estaba lleno de casas, en especial de los patios del demonio, que eran muy de ver, y había harto que mirar entrando dentro de ellos, y sobre todos hacían ventaja los de Tezocuco y México.

Los chololas comenzaron un *teucalli* extremadísimo de grande, que sólo la cepa de él que ahora parece tendrá esquina a esquina un buen tiro de ballesta, y desde el pie a lo alto ha de ser buena la ballesta que echare un pasador, y aun los indios naturales de Chalola señalan que tenía de cepa mucho más, y que era mucho más alto que ahora parece; el cual comenzaron para le hacer más alto que la más alta sierra de esta tierra, aunque están a vista las más altas sierras que hay en toda la Nueva España, que son el volcán y la sierra blanca, que siempre tienen nieve. Y como éstos porfiasen a salir con su locura, confundiólos Dios, como a los que edificaban la torre de Babel, con una gran piedra que en figura de sapo cayó con una terrible tempestad que sobre aquel lugar vino, y desde allí cesaron de más labrar en él. Y hoy día es tan de ver este edificio, que si no pareciese la obra de ser piedra y barro, y a partes de cal y canto, y de adobes, nadie creería sino que era alguna sierra pequeña. Andan en él muchos conejos y víboras, y en algunas partes están sementeras de maizales. En lo alto estaba un *teucalli* viejo y pequeño, y desbaratáronle, y pusieron una cruz alta, la cual quebró un rayo, y tornado a poner otra, y otra, también las quebró, y a la tercera yo fui presente, que fue el año pasado de mil y quinientos y treinta y cinco. Por lo cual descopetaron y cavaron mucho de lo

alto, a do hallaron muchos ídolos e idolatrías ofrecidas al demonio; y por ello yo confundía a los indios, diciendo que por los pecados en aquel lugar cometidos no quería Dios que allí estuviese su cruz. Después pusieron allí una gran campana bendita, y no han venido más tempestades ni rayos después que la pusieron.

Aunque los españoles conquistaron esta tierra por armas, en la cual conquista Dios mostró muchas maravillas en ser ganada de tan pocos una tan gran tierra, teniendo los naturales muchas armas, así ofensivas como defensivas de las de Castilla; y aunque los españoles quemaron algunos ídolos, fue muy poca cosa en comparación de los que quedaron, y por esto ha mostrado Dios más su potencia en haber conservado esta tierra con tan poca gente, como fueron los españoles; porque muchas veces que los naturales han tenido tiempo para tornar a cobrar su tierra con mucho aparejo y facilidad, Dios les ha cegado el entendimiento, y otras veces que para esto han estado todos ligados y unidos, y todos los naturales uniformes, Dios maravillosamente ha desbaratado su consejo; y si Dios permitiera que lo comenzaran, fácilmente pudieran salir con ello, por ser todos a una, y estar muy conformes, y por tener muchas armas de Castilla; que cuando la tierra en el principio se conquistó había en ella mucha división y estaban unos contra otros, porque estaban divisos, los mexicanos a una parte contra los de Mechuacán, y los tlaxcaltecas contra los mexicanos, y a otra parte los guastecas de Pango o Pánuco; pero ya que Dios los trajo al gremio de su Iglesia, y los sujetó a la obediencia del rey de España, Él traerá los demás que faltan, y no permitirá que en esta tierra se pierdan y condenen más ánimas, ni haya más idolatrías.

Los tres años primeros o cuatro después que se ganó México, en sólo en el monasterio de San Francisco había Sacramento, y después el segundo lugar en que se puso fue en Tezcuco. Y así como se iban haciendo las iglesias de los monasterios iban poniendo el Santísimo Sacramento y cesando las apariciones e ilusiones del demonio, que antes muchas veces aparecía, engañaba y espantaba

a muchos, y los traía en mil maneras de errores, diciendo a los indios «que por qué no le servían y adoraban como solían, pues era su dios y que los cristianos presto se habían de volver a su tierra»; y a esta causa los primeros años siempre tuvieron creído y esperaban su ida, y de cierto pensaban que los españoles no estaban de asiento, por lo que el demonio les decía. Otras veces les decía el demonio que aquel año quería matar a los cristianos, y como no lo podía hacer, decíales que se levantasen contra los españoles y que él les ayudaría; y a esta causa se movieron algunos pueblos y provincias, y les costó caro, porque luego iban los españoles sobre ellos con indios que tenían por amigos, y los destruían y hacían esclavos.

Otras veces les decía el demonio que no les había de dar agua ni llover, porque le tenían enojado; y esto se pareció más claramente ser mentira y falsedad, porque nunca tanto ha llovido ni tan buenos temporales han tenido como después que se puso el Santísimo Sacramento en esta tierra, porque antes tenían muchos años estériles y trabajosos; por lo cual conocido de los indios, está esta tierra en tanta serenidad y paz, como si nunca en ella se hubiera invocado el demonio. Los naturales de ver con cuánta quietud gozan de sus haciendas, y con cuánta solemnidad y alegría se trata el Santísimo Sacramento, y las solemnes fiestas que para esto se hacen, ayuntando los más sacerdotes que se pueden haber y los mejores ornamentos. El pueblo adonde de nuevo se pone Sacramento, convida y hace mucha fiesta a los otros pueblos sus vecinos y amigos, y unos a otros se animan y despiertan para el servicio del verdadero Dios nuestro.

Pónese el Santísimo Sacramento reverente y devotamente en sus custodias bien hechas de plata, y demás de esto los sagrarios atavían de dentro y de fuera muy graciosamente con labores muy lucidas de oro y plumas, que de esta obra en esta tierra hay muy primos maestros, tanto que en España y en Italia los tendrían por muy primos, y los estarían mirando la boca abierta,

como lo hacen los que nuevamente acá vienen; y si alguna de estas obras ha ido a España imperfecta y con figuras feas, halo causado la imperfección de los pintores que sacan primero la muestra o dibujo, y después el *amantecatlh,* que así se llama el maestro de esta obra que asienta la pluma; y de este nombre tomaron los españoles de llamar a todos los oficiales *amantecas;* mas propiamente no pertenece sino a éstos de la pluma, que los otros oficiales cada uno tiene su nombre, y si a estos amantecas les dan buena muestra de pincel tal sacan su obra de pluma, y como ya los pintores se han perfeccionado, hacen muy hermosas y perfectas imágenes y dibujos de pluma y oro. Las iglesias atavían muy bien, y cada día se van más esmerando, y los templos que primero hicieron pequeños y no bien hechos, se van enmendando y haciendo grandes; y sobre todo el relicario del Santísimo Sacramento tan pulido y rico, que sobrepuja a los de España, y aunque los indios casi todos son pobres, los señores dan liberalmente de lo que tienen para ataviar a donde se tiene de poner el Corpus Christi, y los que no tienen, entre todos lo reparten y lo buscan de su trabajo.

Capítulo XIII

De cómo celebran las Pascuas y las otras fiestas del año, y diversas ceremonias que tienen.

Celebran las fiestas y Pascuas del Señor y de Nuestra Señora, y de las advocaciones principales de sus pueblos con mucho regocijo y solemnidad. Adornan sus iglesias muy pulidamente con los paramentos que pueden haber, y lo que les falta de tapicería suplen con muchos ramos, flores, espadañas y juncia que echan por el suelo, yerbabuena, que en esta tierra se ha multiplicado cosa increíble, y por donde tiene de pasar la procesión hacen

muchos arcos triunfales, hechos de rosas, con muchas labores y lazos de las mismas flores; y hacen muchas piñas de flores, cosa muy de ver, y por esto hacen en esta tierra todos mucho por tener jardines con rosas, y no las teniendo ha acontecido enviar por ellas diez y doce leguas a los pueblos de tierra caliente, que casi siempre las hay, y son de muy suave olor.

Los indios señores y principales, ataviados y vestidos de sus camisas blancas y mantas labradas con plumajes, y con piñas de rosas en las manos, bailan y dicen cantares en su lengua, de las fiestas que celebran, que los frailes se los han traducido, y los maestros de sus cantares las han puesto a su modo de manera de metro, que son graciosos y bien entonados; y estos bailes y cantos comienzan a media noche en muchas partes, y tienen muchas lumbres en sus patios, que en esta tierra los patios son muy grandes y muy gentiles, porque la gente es mucha, y no caben en las iglesias, y por esto tienen su capilla fuera en los patios, porque todos hayan misa todos los domingos y fiestas, y las iglesias sirven para entre semana, y después también cantan mucha parte del día sin les hacer mucho trabajo ni pesadumbre. Todo el camino que tiene de andar la procesión tienen enramado de una parte y de otra, aunque haya de ir un tiro y dos de ballesta, y el suelo cubierto de espadaña y juncia y de hojas de árboles y rosas de muchas maneras y a trechos puestos sus altares muy bien aderezados. La noche de Navidad ponen muchas lumbres en los patios de las iglesias y en los terrados de sus casas, y como son muchas las casas de azotea, y van las casas una legua, y dos, y más, parecen de noche un cielo estrellado: y generalmente cantan y tañen atabales y campanas, que ya en esta tierra han hecho muchas. Ponen mucha devoción y dan alegría a todo el pueblo, y a los españoles mucho más.

Los indios en esta noche vienen a los oficios divinos y oyen sus tres misas, y los que no caben en la iglesia por eso no se van, sino delante de la puerta y en el patio rezan y hacen lo mismo que si estuviesen dentro;

y a este propósito contaré una cosa que cuando la vi, por una parte me hacía reír y por otra me puso admiración, y es que entrando yo un día en una iglesia algo lejos de nuestra casa, hallé que aquel barrio o pueblo se había ayuntado, y poco antes habían tañido su campana como ya el tiempo que en otras partes tañen a misa, y dichas las horas de Nuestra Señora, luego dijeron su doctrina cristiana, y después cantaron su *Pater Noster* y *Ave María* y tañendo como a la ofrenda rezaron todos bajo; luego tañeron como a los *santus,* y herían los pechos ante la imagen del crucifijo, y decían que oían misa con el ánima y con el deseo, porque no tenían quién se la dijese.

La fiesta de los Reyes también la regocijan mucho, porque les parece propia fiesta suya: y muchas veces este día representan el auto del ofrecimiento de los Reyes al Niño Jesús, y traen la estrella de muy lejos, porque para hacer cordeles y tirarla no han menester ir a buscar maestros, que todos estos indios, chicos y grandes, saben torcer cordel. Y en la iglesia tienen a Nuestra Señora con su precioso Hijo en el pesebre, delante el cual aquel día ofrecen cera, y de su incienso, y palomas, y codornices, y otras aves que para aquel día buscan, y siempre hasta ahora va creciendo en ellos la devoción de este día.

En la fiesta de la Purificación o Candelaria traen sus candelas a bendecir. Después que con ellas han cantado y andado la procesión, tienen en mucho lo que les sobra, y guárdanlo para sus enfermedades, y para truenos y rayos; porque tienen gran devoción con Nuestra Señora, y por ser benditas en su santo día las guardan mucho.

En el Domingo de Ramos enraman todas sus iglesias, y más a donde se han de bendecir los ramos, y a donde se tiene de decir la misa; y por la muchedumbre de la gente que viene, que apenas bastarán muchas cargas de ramos, aunque a cada uno no se le diese sino un pequeñito, y también por el gran peligro del dar los ramos y tomarlos, en especial en las grandes provincias, que se ahogarían algunos aunque se diesen los ramos por mu-

chas partes, que todo se ha probado, y el mejor remedio ha parecido bendecir los ramos en las manos. Y es muy de ver las diferentes divisas que traen en sus ramos; muchos traen encima de sus ramos unas cruces hechas de flores, y éstas son de mil maneras y de muchos colores; otros traen en los ramos engeridas rosas y flores de muchas maneras y colores, y como los ramos son verdes y los traen alzados en las manos, parece una floresta. Por el camino tienen puestos árboles grandes, y en algunas partes que ellos mismos están nacidos allí, suben los niños, y unos cortan ramos y los echan por el camino al tiempo que pasan las cruces, otros encima de los árboles cantan, otros muchos van echando sus ropas y mantas en el camino, y éstas son tantas que casi siempre van las cruces y los ministros sobre mantas. Y los ramos tienen mucho cuidado de guardarlos, y un día o dos antes del Miércoles de Ceniza llévanlos todos a la puerta de la iglesia, y como son muchos hacen un lamado de ellos, que hay hartos para hacer ceniza para bendecir. Esta ceniza reciben muchos de ellos con devoción el primer día de cuaresma, en la cual muchos se abstienen de sus mujeres, y en algunas partes aquel día se visten los hombres y mujeres de negro.

El Jueves Santo con los otros dos días siguientes vienen a los oficios divinos, y a la noche en el hacer de la disciplina, todos, así hombres como mujeres, son cofrades de la cruz, y no sólo esta noche mas todos los viernes del año, y en la cuaresma tres días en la semana, hacen las disciplinas en sus iglesias, los hombres a una parte y las mujeres a otra, antes que toquen el *Ave María,* y muchos días de la cuaresma después de anochecido. Y cuando tienen falta de agua, o enfermedad, o por cualquiera otra necesidad, con sus cruces y lumbres se van de una iglesia a otra disciplinando. Pero la de Jueves Santo es muy de ver así en México, la de los españoles a una parte y la de los indios a otra, que son innumerables: en una parte son cinco o seis mil, y en otra diez y doce mil, y al parecer de españoles en Tezcuco y en Tlaxcala parecen quince o veinte mil aunque la

gente puesta en procesión parece más de lo que es. Verdad es que van en siete u ocho órdenes, y van hombres y mujeres y muchachos, cojos y mancos; y entre otros cojos este año vi uno que era cosa para notar, porque tenía secas ambas piernas de las rodillas abajo, y con las rodillas y la mano derecha en tierra siempre ayudándose, con la otra se iba disciplinando, que en sólo andar ayudándose con ambas manos tenía bien qué hacer. Unos se disciplinan con disciplinas de sangre, otros de cordel, que no se escuece menos. Llevan muchas hachas bien atadas de tea de pino, que dan mucha lumbre. Su procesión y disciplina es de mucho ejemplo y edificación a los españoles que se hallan presentes, tanto que o se disciplinan con ellos, o toman la cruz o lumbre para alumbrarlos, y muchos españoles he visto ir llorando, y todos ellos van cantando el *Pater Noster* y *Ave María, Credo* y *Salve Regina,* que muy muchos de ellos por todas partes lo saben cantar. El refrigerio que tienen para después de la disciplina es lavarse con agua caliente y con ají.

Los días de los Apóstoles celebran con alegría y el día de los finados casi por todos los pueblos de los indios dan muchas ofrendas por sus difuntos. Unos ofrecen maíz, otros mantas, otros comida, pan, gallinas, y en lugar de vino dan cacao; y su cena cada uno como puede y tiene, porque aunque son pobres, liberalmente buscan de su pobreza y sacan para una candelilla. Es la gente del mundo que menos se mata por dejar ni adquirir para sus hijos. Pocos se irán al infierno por los hijos ni por los estamentos, porque las tierras o casillas que ellos heredaron, aquello dejan a sus hijos, y son contentos con muy chica morada, y menos hacienda; que como caracol pueden llevar a cuestas toda su hacienda. No sé de quién tomaron acá nuestros españoles, que vienen muy pobres de Castilla, con una espada en la mano, y dende en un año más petacas y hato tienen que arrancar ha una reata, pues las casas todas han de ser de caballeros.

Capítulo XIV

De la ofrenda que hacen los tlaxcaltecas el día de Pascua de Resurrección, y del aparejo que los indios tienen para se salvar.

En esta casa de Tlaxcala en el año de mil y quinientos y treinta y seis vi un ofrecimiento que en ninguna otra parte de la Nueva España he visto ni creo que le hay; el cual para escribir y notar era menester otra mejor habilidad que la mía, para estimar y encarecer lo que creo que Dios tiene y estima en mucho; y fue que desde el Jueves Santo comienzan los indios a ofrecer en la iglesia de la Madre de Dios, delante de las gradas adonde está el Santísimo Sacramento, y este día y el Viernes Santo siempre vienen ofreciendo poco a poco; pero desde el Sábado Santo a vísperas y la noche en peso, es tanta la gente que viene que parece que en toda la provincia no queda nadie. La ofrenda es algunas mantas de las con que se cubren; otros pobres traen unas mantillas de cuatro o cinco palmos en largo y poco menos de ancho, que valdrá cada una dos o tres maravedíes, y algunos más pobres ofrecen otras más pequeñas. Otras mujeres ofrecen unos paños como paños de portapaz y de eso sirven después; son todos tejidos de labores de algodón y de pelo de conejo; y éstos son de muchas maneras. Las más tienen una cruz en el medio, y estas cruces muy diferentes unas de otras. Otros de aquellos paños traen en medio un escudo con las cinco plagas, tejido de colores. Otros el nombre de Jesús o de María con sus caireles o labores a la redonda; otros son de flores y rosas tejidas y bien asentadas. Y en este año ofreció una mujer en un paño de éstos un crucifijo tejido a dos haces, aunque la una de cerca parecía ser más la haz que la otra, y era tan bien hecho que todos los que lo vieron, así frailes como seglares españoles, lo tuvieron en mucho, diciendo, que quien aquél hizo también tejería tapicería. Estas mantas y paños tráenlas cogidas, y llegando cerca de las gradas hincan las rodillas,

y hecho su acatamiento, sacan y descogen su manta, y tómanla por los cabos con ambas manos extendida, y levantada hacia la frente levantan las manos dos o tres veces, y luego asientan la manta en las gradas y retráense un poco, tornando a hincar las rodillas como los capellanes que han dado paz a algún gran señor, y allí rezan un poco, y muchos de ellos traen consigo niños por quien también traen ofrenda, y dánsela en las manos y amuéstranles cómo tienen de ofrecer, y a hincar las rodillas; que ver con el recogimiento y devoción que esto hacen, es para poner espíritu a los muertos. Otros ofrecen de aquel *copalli* o incienso, y muchas candelas; unos ofrecen una vela razonable, otros más pequeña, otros su candela delgada de dos o tres palmos, otros menor, otros una candelilla como el dedo; que vérselas ofrecer y allí rezar parecen ofrendas como la de la viuda que delante Dios fue muy acepta, porque todas son quitadas de su propia sustancia, y las dan con tanta simplicidad y encogimiento, como si allí estuviese visible el Señor de la tierra. Otros traen cruces pequeñas de palmo, o palmo y medio, y mayores, cubiertas de oro y pluma, o de plata y pluma. También ofrecen ciriales bien labrados, de ellos cubiertos de oro y pluma bien vistosos, con su argentería colgando, y algunas plumas verdes de precio. Otros traen alguna comida guisada, puesta en sus platos y escudillas, o ofrécenla entre las otras ofrendas. En este mismo año trajeron un cordero y dos puercos grandes vivos; traía cada uno de los que ofrecían puerco, atado en sus palos como ellos traen las otras cargas, y así entraban en la iglesia, y allegados cerca de las gradas, verlos tomar los puercos y ponerlos entre los brazos y así ofrecerlos, era cosa de reír. También ofrecían gallinas y palomas, y todo en grandísima cantidad; tanto que los frailes y los españoles estaban espantados, y yo mismo fui muchas veces a mirar, y me espantaba de ver cosa tan nueva en tan viejo mundo; y eran tantos los que entraban a ofrecer y salían, que a veces no podían caber por la puerta.

Para recoger y guardar esta ofrenda hay personas diputadas, lo cual se lleva para los pobres del hospital que de nuevo se ha hecho, al modo de los buenos de España, y le tienen ya razonablemente dotado, y hay aparejo para curar muchos pobres. De la cera que se ofrece hay tanta que basta para gastar todo el año. Luego el día de Pascua antes que amanezca hacen su procesión muy solemne, y con mucho regocijo de danzas y bailes. Este día salieron unos niños con una danza, y por ser tan chiquitos, que otros mayores que ellos aún no han dejado la teta, hacían tantas y tan buenas vueltas, que los españoles no se podían valer de risa y de alegría. Luego acabado esto, les predican y dicen su misa con gran solemnidad.

Maravíllanse algunos españoles y son muy incrédulos en creer el aprovechamiento de los indios, en especial los que no salen de los pueblos en que residen españoles, o algunos recién venidos de España, y como no lo han visto, piensan que debe ser fingido lo que de los indios se dice, y la penitencia que hacen, y también se maravillan que de lejos se vengan a bautizar, casar y confesar, y en las fiestas a oír misa, pero vistas estas cosas es muy de notar la fe de estos tan nuevos cristianos. Y ¿por qué no dará Dios a éstos, que a su imagen formó, su gracia y gloria, disponiéndose tan bien como nosotros? Estos nunca vieron alanzar demonios, ni sanar cojos, ni vieron quién diese el oír a los sordos, ni la vista a los ciegos, ni resucitar muertos, y lo que los predicadores les predican y dicen es una cifra, como los panes de San Felipe, que no les cabe a migaja; sino que Dios multiplica su palabra, y la engrandece en sus ánimas y entendimientos, y es mucho más el fruto que Dios hace y lo que se multiplica y sobra, que lo que se les administra.

Estos indios en sí no tienen estorbo que les impida para ganar el cielo, de los muchos que los españoles tenemos y nos tienen sumidos, porque su vida se contenta con muy poco, y tan poco, que apenas tienen con qué se vestir ni alimentar. Su comida es muy paupérrima, y lo mismo es el vestido; para dormir, la mayor

parte de ellos aún no alcanza una estera sana. No se desvelan en adquirir ni guardar riquezas, ni se matan por alcanzar estados ni dignidades. Con su pobre manta se acuestan, y en despertando están aparejados para servir a Dios, y si se quieren disciplinar, no tienen estorbo ni embarazo de vestirse y desnudarse. Son pacientes, sufridos sobre manera, mansos como ovejas. Nunca me acuerdo haberlos visto guardar injuria; humildes a todos obedientes, ya de necesidad, ya de voluntad, no saben sino servir y trabajar. Todos saben labrar una pared y hacer una casa, torcer un cordel, y todos los oficios que no requieren mucha arte. Es mucha la paciencia y sufrimiento que en las enfermedades tienen; sus colchones es la dura tierra, sin ropa ninguna; cuando mucho, tienen una estera rota, y por cabecera una piedra o un pedazo de madero, y muchos ninguna cabecera, sino la tierra desnuda. Sus casas son muy pequeñas, algunas cubiertas de un solo terrado, muy bajo, algunas de paja, otras como la celda de aquel santo abad Hilarión, que más parecen sepultura que no casa. Las riquezas que en tales casas pueden caber, dan testimonio de sus tesoros.

Están estos indios y moran en sus casillas, padres, hijos y nietos; comen y beben sin mucho ruido ni voces. Sin rencillas ni enemistades pasan su tiempo y vida, y salen a buscar el mantenimiento a la vida humana necesario, y no más. Si a alguno le duele la cabeza o cae enfermo, si algún médico entre ellos fácilmente se puede haber, sin mucho ruido ni costa, valo a ver, y si no, más paciencia tienen que Job. No es como en México, que cuando algún vecino adolece y muere, habiendo estado veinte días en cama, para pagar la botica y el médico ha menester cuanta hacienda tiene, que apenas le queda para el entierro; que de responsos y pausas y vigilias le llevan tantos derechos, o tuertos, que queda adeudada la mujer, y si la mujer muere queda el marido perdido. Oí decir a un casado, hombre sabio, que cuando enfermase alguno de los dos, teniendo cierta la muerte, luego el marido había de matar a la mujer, y la mujer al marido, y trabajar de enterrar el uno al otro en cualquier

cementerio por no quedar pobres, solos y adeudados. Todas estas cosas ahorra esta gente.

Si alguna de estas indias está de parto, tienen muy cerca la partera, porque todas lo son; y si es primeriza va a la primera vecina o parienta que la ayude, y esperando con paciencia a que la naturaleza obre: paren con menos trabajo y dolor que las nuestras españolas, de las cuales muchas por haberlas puesto en el parto antes de tiempo y poner fuerza, han peligrado y quedan lijadas y quebrantadas para no poder parir más; y si los hijos son dos de un vientre, luego que ha pasado un día natural, y en partes, dos días, no les dan leche, y los toma la madre después, el uno con el un brazo y el otro con el otro, y les da la teta, que no se les mueren, ni les buscan amas que los amamanten, y adelante conoce despertando cada uno su teta. Ni para el parto tienen aparejadas torrejas, ni miel, ni otros regalos de parida, sino el primer beneficio que a sus hijos hace es lavarlos luego con agua fría, sin temor que les haga daño; y con todo esto vemos y conocemos que muchos de éstos así criados desnudos, viven buenos y sanos, y bien dispuestos, recios, fuertes, alegres, ligeros y hábiles para cuanto de ellos quieren hacer; y lo que más hace al caso es, que ya que han venido en conocimiento de Dios, tienen pocos impedimentos para seguir y guardar la vida y ley de Jesucristo.

Cuando yo considero los enredos y embarazos de los españoles, querría tener gracia para me compadecer de ellos, y mucho más y primero de mí. Ver con cuánta pesadumbre se levanta un español de su cama muelle, y muchas veces le echa de ella la claridad del sol, y luego se pone un monjilazo [31], porque no le toque el viento, y pide de vestir, como si no tuviese manos para lo tomar, y así le están vistiendo como a manco, y atacándose está rezando; ya podéis ver la atención que tendrá; y porque le ha dado un poco de frío o de aire, vase al fuego mientras que le limpian el sayo y la gorra;

[31] Especie de hábito monjil, para defenderse del frío.

y porque está muy desmayado desde la cama al fuego, no se puede peinar, sino que ha de haber otro que le peine; después, hasta que vienen los zapatos o pantuflos y la capa, tañen a misa, y a las veces va almorzado, y el caballo no está acabado de aderezar; ya veréis en qué son irá a la misa; pero como alcance a ver a Dios, o que no hayan consumido, queda contento, por no topar con algún sacerdote que diga un poco despacio la misa, porque no le quebrante las rodillas. Algunos hay que no traen maldito el escrúpulo aunque sea domingo o fiesta. Luego de vuelta, la comida ha de estar muy a punto, si no, no hay paciencia, y después reposa y duerme. Ya veréis si será menester lo que resta del día para entender en pleitos y en cuentas, en proveer en las minas y granjerías; y antes que estos negocios se acaben es hora de cenar, y a las veces se comienza a dormir sobremesa, si no desecha el sueño con algún juego. Y si esto fuese un año o dos y después se enmendase la vida, allá pasaría; pero así se acaba la vida creciendo cada año más la codicia y los vicios, de manera que el día y la noche y casi toda la vida se les va sin acordarse de Dios ni de su ánima, sino con algunos buenos deseos que nunca hay tiempo para los poner por obra. Pues qué diremos de los que en diversos vicios y pecados están encenagados y viven en pecado mortal, guardando la enmienda para el tiempo de la muerte, cuando son tan terribles los dolores y trabajos, y las asechanzas y tentaciones del demonio, que son tantas y tan recias, que entonces apenas se pueden acordar de sus ánimas. Y esto les viene de justo juicio de Dios, porque el que viviendo no se acuerda de Dios, muriendo no se acuerde de sí.

Tienen los tales mucha confianza en los testamentos, y aunque algo o mucho deban y lo pueden pagar, con los testamentos piensan que cumplen. Y ellos serán tan bien cumplidos por sus hijos como los mismos cumplieron los de los padres. Entonces la cercana pena y tormentos le abrirán los ojos que en la vida los deleites y penas cerraron y tuvieron ciegos. Esto se entiende de los descuidados de su propia salvación, para que con

tiempo miren por sí y se pongan en estado seguro de gracia, y de caridad y matrimonio, como muchos ya por la bondad de Dios viven en esta Nueva España, amigos de sus ánimas, y cuidadosos de su salvación, y caritativos con sus prójimos. Y con esto es tiempo de volver a nuestra historia.

Capítulo XV

De las fiestas del Corpus Christi y San Juan que se celebraron en Tlaxcala en el año de 1538.

Allegado este santo día del Corpus Christi del año de 1538, hicieron aquí los tlaxcaltecas una tan solemne fiesta, que merece ser memorada, porque creo que si en ella se hallara el papa y emperador con sus cortes, holgaran mucho de verla. Y puesto que no había ricas joyas ni brocados, había otros aderezos tan de ver, en especial de flores y rosas que Dios cría en los árboles y en el campo, que había bien en qué poner los ojos y notar cómo una gente que hasta ahora era tenida por bestial supiesen hacer tal cosa. Iba en la procesión el Santísimo Sacramento y muchas cruces y andas con sus santos; las mangas de las cruces y los aderezos de las andas hechas todas de oro y plumas, y en ellas muchas imágenes de la misma obra de oro y pluma, que las bien labradas se preciarían en España más que de brocado. Había muchas banderas de santos. Había doce apóstoles vestidos con sus insignias. Muchos de los que acompañaban la procesión llevaban velas encendidas en las manos. Todo el camino estaba cubierto de juncia, y de espadañas y flores, y de nuevo había quien siempre iba echando rosas y clavelinas; y hubo muchas maneras de danzas que regocijaban la procesión. Había en el camino sus capillas con sus altares y retablos bien aderezados para descansar, adonde salían de nuevo niños cantores cantando y bailando delante del Santísimo Sacramento. Estaban diez arcos triunfales grandes muy gentilmente compuestos; y lo

que era más de ver y para notar, era que tenían toda la calle a la larga hecha en tres partes como naves de iglesias; en la parte de en medio había veinte pies de ancho; por ésta iba el Sacramento y ministros y cruces con todo el aparato de la procesión, y por las otras dos de los lados que eran de cada quince pies iba toda la gente, que en esta ciudad y provincia no hay poca; y este apartamiento era todo hecho de unos arcos medianos que tenían de hueco a nueve pies; y de éstos había por cuenta mil y sesenta y ocho arcos, que como cosa notable y de admiración lo contaron tres españoles y otros muchos. Estaban todos cubiertos de rosas y flores de diversas colores y manera; apodaban que tenía cada arco carga y media de rosas (entiéndese carga de indios), y con las que había en las capillas, y las que tenían los arcos triunfales, con otros sesenta y seis arcos pequeños, y las que la gente sobre sí y en las manos llevaban, se apodaron en dos mil cargas de rosas. Y cerca de la quinta parte parecía ser de clavelinas, que vinieron de Castilla, y hanse multiplicado en tanta manera que es cosa increíble; las matas son muy mayores que en España, y todo el año tienen flores. Había obra de mil rodelas hechas de labores de rosas, repartidas por los arcos, y en los otros arcos que no tenían rodelas había unos florones grandes, hechos de unos como cascos de cebolla, redondos, muy bien hechos, y tienen muy buen lustre; de éstos había tantos que no se podían contar.

Una cosa muy de ver: tenían en cuatro esquinas o vueltas que se hacían en el camino, en cada una su montaña, y de cada una salía su peñón bien alto; y desde abajo estaba hecho como prado, con matas de yerba y flores, y todo lo demás que hay en un campo fresco, y la montaña, y el peñón tan al natural como si allí hubiera nacido; era cosa maravillosa de ver, porque había muchos árboles, unos silvestres y otros de frutas, otros de flores, y las setas, y hongos, y vello que nace en los árboles de montaña y en las peñas, hasta los árboles viejos quebrados a una parte como monte espeso y a otra más ralo; y en los árboles muchas aves chicas y grandes;

había halcones, cuervos, lechuzas, y de los mismos montes mucha caza de venados y liebres, y conejos, y adives, y muy muchas culebras; éstas atadas y sacados los colmillos, o dientes, porque las más de ellas eran de género de víboras, tan largas como una braza, y tan gruesas como el brazo de un hombre por la muñeca. Tómanlas los indios en la mano como a los pájaros porque para las bravas y ponzoñosas tienen una yerba que las adormece, o entomece, la cual también es medicinable para muchas cosas; llámase esta yerba *picietl.* Y porque no faltase nada para contrahacer a todo lo natural, estaban en las montañas unos cazadores muy encubiertos, con sus arcos y flechas, que comúnmente los que usan este oficio son de otra lengua, y como habitan hacia los montes son grandes cazadores. Para ver estos cazadores había menester aguzar la vista, tan disimulados estaban y tan llenos de rama y de vello de árboles, que a los así encubiertos fácilmente se les vendría la caza hasta los pies; estaban haciendo mil ademanes antes que tirasen, con que hacían picar a los descuidados.

Este día fue el primero que estos tlaxcaltecas sacaron su escudo de armas, que el Emperador les dio cuando a este pueblo hizo ciudad; la cual merced aún no se ha hecho con otro ninguno de indios, sino con éste, que lo merece bien porque ayudaron mucho cuando se ganó toda la tierra, a don Hernando Cortés, por su Majestad. Tenían dos banderas, de éstas y las armas del Emperador en medio, levantadas en una vara tan alta, que yo me maravillé a donde pudieron haber palo tan largo y tan delgado; estas banderas tenían puestas encima del terrado de las casas de su ayuntamiento porque pareciesen más altas. Iba en la procesión capilla de canto de órgano de muchos cantores y su música de flautas que concertaban con los cantores, trompetas y atabales, campanas chicas y grandes, y esto todo sonó junto a la entrada y salida de la iglesia, que parecía que se venía el cielo abajo.

En México, y en todas las partes do hay monasterio, sacan todos cuantos atavíos e invenciones saben y pue-

den hacer, y lo que han tomado y deprendido de nuestros españoles; y cada año se esmeran y hacen más primos, y andan mirando como monas para contrahacer todo cuanto ven hacer, que hasta los oficios, con sólo estarlos mirando, sin poner la mano en ellos, quedan maestros como adelante diré. Sacan de unas yerbas gruesas, que acá nacen en el campo, el corazón, el cual es como cera blanca de hilera, y de esto hacen piñas y rodelas de mil labores y lazos que parecen a los rollos hermosos que se hacen en Sevilla. Sacan letreros grandes de talla, la letra de dos palmos, y después enróscanle y ponen el letrero de la fiesta que celebran aquel día.

Porque se vea la habilidad de esta gente diré aquí lo que hicieron y representaron luego adelante el día de San Juan Bautista, que fue el lunes siguiente, y fueron cuatro autos, que sólo para sacar los dichos en prosa, que no es menos devota la historia que en metro, fue bien menester todo el viernes, y en sólo dos días que quedaban, que fueron sábado y domingo, lo deprendieron, y representaron harto devotamente: la Anunciación de la Natividad de San Juan Bautista hecha a su padre Zacarías, que se tardó en ella obra de una hora, acabando con un gentil motete en canto de órgano. Y luego adelante en otro tablado representaron la Anunciación de Nuestra Señora, que fue mucho de ver, que se tardó tanto como en el primero. Después en el patio de la iglesia de San Juan a do fue la procesión, luego en allegando antes de misa, en otro cadalso, que no eran poco de ver los cadalsos cuán graciosamente estaban ataviados y enrosados, representaron la Visitación de Nuestra Señora a Santa Elisabet. Después de misa se representó la Natividad de San Juan, y en lugar de la Circuncisión fue bautismo de un niño de ocho días de nacido que se llamó Juan, y antes que diesen al mudo Zacarías las escribanías que pedía por señas, fue bien de reír lo que le daban, haciendo que no entendían. Acabóse este auto con *Benedictus Dominus Deus Israel,* y los parientes y vecinos de Zacarías que se regocijaron con el nacimiento del hijo

llevaron presentes y comidas de muchas maneras, que puestas las mesas asentáronse a comer que era ya hora.

A este propósito una carta que escribió un fraile morador de Tlaxcala a su provincial [32], sobre la penitencia y restituciones que hicieron los tlaxcaltecas en la cuaresma pasada del año de 1539, y cómo celebraron la fiesta de la Resurrección y Anunciación.

«No sé con qué mejores Pascuas dar a vuestra caridad, que con contarle y escribirle las buenas que Dios ha dado a estos sus hijos los tlaxcaltecas, y a nosotros con ellos, aunque no sé por dónde lo comience; porque es muy de sentir lo que Dios en esta gente ha obrado, que cierto mucho me han edificado en esta cuaresma, así los de la ciudad como los de los pueblos, hasta los otomíes. Las restituciones que en la cuaresma hicieron yo creo que pasaron de diez o doce mil, de cosas que eran a cargo de tiempo de su infidelidad como de después; unos de cosas pobres, y otros de más cantidad y de cosas de valor; y muchas restituciones de harta calidad, así de joyas de oro y piedras de precio, como de tierras y heredades. Alguno ha habido que ha restituido doce suertes de tierra, la que menos de cuatrocientas brazas, otras de setecientas, y suerte de mil y doscientas brazas, con muchos vasallos y casas dentro en las heredades. Otros han dejado otras suertes que sus padres y abuelos tenían usurpadas y con mal título; los hijos ya como cristianos se descargan y dejan el patrimonio, aunque esta gente ama tanto las heredades como otros, porque no tienen granjerías».

«Han hecho también mucha penitencia, así en limosnas a pobres como a su hospital, y con muchos ayunos de harta abstinencia, muchas disciplinas secretas y públicas. En la cuaresma por toda la provincia se disciplinan tres días en la semana en sus iglesias, y muchos de estos días se tornaban a disciplinar con sus procesiones de iglesia en iglesia, como en otras partes se hace la noche del Jueves Santo; y ésta de este día no la dejaron,

[32] El fraile aludido es el mismo Motolinía.

antes vinieron tantos que a parecer de los españoles que aquí se hallaron, juzgaron haber veinte o treinta y cinco mil ánimas. Toda la Semana Santa estuvieron a los divinos oficios. El sermón de la Pasión lloraron con gran sentimiento, y comulgaron muchos con mucha reverencia, y hartos de ellos con lágrimas de lo cual los frailes recién venidos se han edificado mucho».

«Para la Pascua tenían acabada la capilla del patio, la cual salió una solemnísima pieza; llámanla Belén. Por parte de fuera la pintaron luego al fresco en cuatro días, porque así las aguas nunca la despintaran; en un ochavo de ella pintaron las obras de la creación del mundo de los primeros tres días, y en otro ochavo las obras de los otros tres días; en otros dos ochavos, en el uno la verga de Jesé, con la generación de la madre de Dios, la cual está en lo alto puesta muy hermosa; en otro está nuestro padre San Francisco; en otra parte está la Iglesia, Santo Papa, cardenales, obispos, etc.; y a la otra banda el Emperador, reyes y caballeros. Los españoles que han visto la capilla, dicen que es de las graciosas piezas que de su manera hay en España. Lleva sus arcos bien labrados; dos coros: uno para los cantores, otro para los ministriles. Hízose todo esto en seis meses, y así la capilla como todas las iglesias tenían muy adornadas y compuestas. Han estos tlaxcaltecas regocijado mucho los divinos oficios con cantos y músicas de canto de órgano; tenían dos capillas; cada una de más de veinte cantores, y otras dos de flautas, con las cuales también tañían rabel y jabebas, y muy buenos maestros de atabales concordados con campanas pequeñas que sonaban sabrosamente.» Y con esto este fraile acabó su carta.

Lo más principal he dejado para la postre, que fue la fiesta que los cofrades de Nuestra Señora de la Encarnación celebraron. Y porque no la pudieron celebrar en la cuaresma, guardáronla para el miércoles de las ochavas. Lo primero que hicieron fue aparejar muy buena limosna para los indios pobres, que no contentos con los que tienen en el hospital, fueron por las casas de una legua a la redonda a repartirles setenta y cinco camisas de

hombre y cincuenta de mujer, y muchas mantas y zaragüelles. Repartieron también por los dichos pobres necesitados diez carneros y un puerco, y veinte perrillos de los de la tierra, para comer con chile como es costumbre. Repartieron muchas cargas de maíz, y muchos tamales en lugar de roscas, y los diputados y mayordomos que lo fueron a repartir no quisieron tomar ninguna cosa por su trabajo, diciendo que antes habían ellos de dar de su hacienda al hospital, que no tomársela. Tenían su cena hecha, para cada cofrade un rollo, y sin éstos, que eran muchos, tenían sus velas y doce hachas, y sacaron de nuevo cuatro ciriales de oro y pluma muy bien hechos, más vistosos que ricos.

Tenían cerca de la puerta del hospital aparejado para representar un auto, que fue la caída de nuestros primeros padres [33], y al parecer de todos los que lo vieron fue una de las cosas notables que se han hecho en la Nueva España. Estaba tan adornada la morada de Adán y Eva, que bien parecía paraíso de la tierra, con diversos árboles con frutas y flores, de ellas naturales y de ellas contrahechas de pluma y oro. En los árboles mucha diversidad de aves, desde búho y otras aves de rapiña, hasta pajaritos pequeños, y sobre todo tenía muy muchos papagayos, y era tanto el parlar y gritar que tenían, que a veces estorbaban la representación. Yo conté en un solo árbol catorce papagayos entre pequeños y grandes. Había también aves contrahechas de oro y plumas, que era cosa muy de mirar. Los conejos y liebres eran tantos, que todo estaba lleno de ellos, y otros muchos animalejos que yo nunca hasta allí los había visto. Estaban dos *ocotochles* [34] atados, que son bravísimos, que ni son bien gato ni bien onza; y una vez descuidóse Eva y fue a dar en el uno de ellos, y él, de bien criado, desvióse; esto era antes del pecado, que si fuera después, no tan en hora buena ella se hubiera allegado. Había

[33] Fray Toribio escribió *La caída de nuestros primeros padres*, como las demás piezas, en náhuatl.

[34] Trátase del ocotachtin, marta o gato montés.

otros animales bien contrahechos, metidos dentro unos muchachos; éstos andaban domésticos y jugaban y burlaban con ellos Adán y Eva. Había cuatro ríos o fuentes que salían del paraíso, con sus rótulos que decían Fisón, Geón, Tigris, Eufrates; y el árbol de la vida en medio del paraíso, y cerca de él, el árbol de la ciencia del bien y del mal, con muchas y muy hermosa fruta contrahechas de oro y pluma.

Estaba a la redonda del paraíso tres peñoles grandes, y una sierra grande, todo esto lleno de cuanto se puede hallar en una sierra muy fértil y fresca montaña; y todas las particularidades que en abril y mayo se pueden hallar, porque en contrahacer una cosa al natural estos indios tienen gracia singular, pues aves no faltan chicas ni grandes, en especial de los papagayos grandes, que son tan grandes como gallos de España; de éstos había muchos, y dos gallos y una gallina de las monteses, que cierto son las más hermosas aves que yo he visto en parte ninguna; tendría un gallo de aquellos tanta carne como dos pavos de Castilla. A estos gallos les sale del papo una guedeja de cerdas más ásperas que cerdas de caballo, y de algunos gallos viejos son más largas que de un palmo; de éstas hacen hisopos y duran mucho.

Había en estos peñoles animales naturales y contrahechos. En uno de los contrahechos estaba un muchacho vestido como león, y estaba desgarrando y comiendo un venado que tenía muerto; el venado era verdadero y estaba en un risco que se hacía entre unas peñas, y fue cosa muy notada.

Allegada la procesión, comenzóse luego el auto; tardóse en él gran rato, porque antes que Eva comiese ni Adán consintiese, fue y vino Eva, de la serpiente a su marido y de su marido a la serpiente, tres o cuatro veces, siempre Adán resistiendo, y como indignado alanzaba de sí a Eva; ella rogándole y molestándole decía, que bien parecía el poco amor que le tenía, y que más le amaba ella a él que no él a ella, y echándose en su regazo tanto le importunó, que fue con ella al árbol vedado, y Eva en presencia de Adán comió y dióle a él

también que comiese. Y en comiendo, luego conocieron el mal que habían hecho y aunque ellos se escondían cuanto podían, no pudieron hacer tanto que Dios no lo viese, y vino con gran majestad acompañado de muchos ángeles; y después que hubo llamado a Adán, él se excusó con su mujer, y ella echó la culpa a la serpiente, maldiciéndolos Dios y dando a cada uno su penitencia. Trajeron los ángeles dos vestiduras bien contrahechas, como de pieles de animales, y vistieron a Adán y a Eva. Lo que más fue de notar fue verlos salir desterrados llorando: llevaban a Adán tres ángeles y a Eva otros tres; iban cantando en canto de órgano, *Circumdederunt me*. Esto fue tan bien representado, que nadie lo vio que no llorase muy recio. Quedó un querubín guardando la puerta del paraíso con su espada en la mano. Luego allí estaba el mundo, otra tierra cierto bien diferente de la que dejaban, porque estaba llena de cardos y de espinas, y muchas culebras; también había conejos y liebres. Llegados allí los recién moradores del mundo, los ángeles mostraron a Adán cómo había de cultivar y labrar la tierra, y a Eva diéronle husos para hilar y hacer ropa para su marido e hijos; y consolando a los que quedaban muy desconsolados, se fueron cantando por desecha, en canto de órgano, un villancico que decía:

Para qué comía
Para qué comía
La fruta vedada.
La primer casada,
la primer casada

Ella y su marido,
A Dios han traído
En pobre posada
Por haber comido
La fruta vedada.

Este auto fue representado por los indios en su propia lengua, y así muchos de ellos tuvieron lágrimas y mucho

sentimiento, en especial cuando Adán fue desterrado y puesto en el mundo.

Otra carta del mismo fraile a su prelado, escribiéndole las fiestas que se hicieron en Tlaxcala por las paces hechas entre el Emperador y el rey de Francia, el prelado se llamaba fray Antonio de Ciudad Rodrigo [35].

«Como vuestra caridad sabe, las nuevas vinieron a esta tierra antes de cuaresma pocos días, y los tlaxcaltecas quisieron primero ver lo que los españoles y los mexicanos hacían, y visto que hicieron y representaron la conquista de Rodas, ellos determinaron de representar la conquista de Jerusalén, el cual pronóstico cumpla Dios en nuestros días. Y por la hacer más solemne acordaron de la dejar para el día de Corpus Christi, la cual fiesta regocijaron con tanto regocijo como aquí diré.»

«En Tlaxcala, en la ciudad que de nuevo han comenzado a edificar, abajo en lo llano, dejaron en el medio una grande y muy gentil plaza, en la cual tenían hecha a Jerusalén encima de unas casas que hacen para el Cabildo, sobre el sitio que ya los edificios iban en altura de un estado; igualáronlo todo e hinchiéronlo de tierra, y hicieron cinco torres; la una de homenaje en medio, mayor que las otras, y las cuatro cantos; estaban cercadas de una cerca muy almenada, y las torres también muy almenadas y galanas, de muchas ventanas y galanes arcos, todo lleno de rosas y flores. De frente de Jerusalén, en la parte oriental fuera de la plaza, estaba aposentado el Emperador; a la parte diestra de Jerusalén estaba el real adonde el ejército de España se había de aposentar; al opósito estaba aparejado para las provincias de la Nueva España; en el medio de la plaza estaba Santa Fe, adonde se había de aposentar el Emperador con su ejército. Todos estos lugares estaban cercados y por de fuera pintados de canteado, con sus troneras, saeteras y almenas bien al natural.»

---

[35] Autor de la carta es siempre Motolinía. La descripción de la larga representación nos da una idea adecuada del primer teatro de la Colonia y es, en este sentido, un documento de gran valor.

«Allegado el Santísimo Sacramento a la dicha plaza, con el cual iban el Papa, cardenales y obispos contrahechos, asentáronle en su cadalso, que para esto estaba aparejado y muy adornada cerca de Jerusalén, para que delante del Santísimo Sacramento pasasen todas las fiestas.»

«Luego comenzó a entrar el ejército de España a poner cerco a Jerusalén, y pasando delante del Corpus Christi atravesaron la plaza y asentaron su real a la diestra parte. Tardó buen rato en entrar, porque era mucha gente repartida en diez escuadrones. Iba en la vanguardia, con la bandera de las armas reales, la gente del reino de Castilla y de León, y la gente del capitán general, que era don Antonio Pimentel, conde de Benavente [36], con su bandera de sus armas. En la batalla iban Toledo, Aragón y Galicia, Granada, Vizcaya y Navarra. En la retaguardia iban Alemania, Roma e italianos. Había entre todos pocas diferencias de trajes, porque como los indios no los han visto ni lo saben, no lo usan hacer y por esto entraron todos como españoles soldados, con sus trompetas contrahaciendo a las de España, y con sus atambores y pífanos muy ordenados; iban de cinco en cinco en hilera, a su paso de los atambores.»

«Acabados de pasar éstos y aposentados en su real, luego entró por la parte contraria el ejército de la Nueva España repartido en diez capitanías, cada una vestida según el traje que ellos usan en la guerra. Estos fueron muy de ver, y en España y en Italia los fueran a ver y holgaran de verlos. Sacaron sobre sí lo mejor que todos tenían de plumajes ricos, divisas y rodelas, porque todos cuantos en este auto entraron, todos eran señores y principales, que entre ellos se nombran *tecutlis* y *piles*. Iba en la vanguardia Tlaxcala y México: éstos iban muy lucidos y fueron muy mirados; llevaban el estandarte de las armas reales y el de su capitán general, que era don Antonio de Mendoza, visorrey de la Nueva España.

[36] Fray Toribio hace protagonista importante de la representación a su protector, en señal evidente de agradecimiento.

En la batalla iban los huaxtecas, zempoaltecas, mixtecas, culiuaques y una capitanía que se decían los del Perú e islas de Santo Domingo y Cuba. En la retaguardia iban los tarascos cuahtemaltecas. En aposentándose éstos, luego salieron al campo a dar la batalla el ejército de los españoles, los cuales en buena orden se fueron derecho a Jerusalén, y como el soldán los vio venir, que era el marqués del Valle don Hernando Cortés, mandó salir su gente al campo para dar la batalla; y salida, era gente bien lucida y diferenciada de toda la otra, que traían unos bonetes como los usan los moros; y tocada el arma de ambas partes, se ayuntaron y pelearon con mucha grita y estruendo de trompetas, atambores y pífanos, y comenzó a mostrarse la victoria por los españoles, retrayendo a los moros y prendiendo a algunos de ellos, y quedando otros caídos, aunque ninguno herido. Acabado esto, tornóse el ejército de España a recoger a su real en buena orden.»

«Luego tornaron a tocar arma, y salieron los de la Nueva España, y luego salieron los de Jerusalén, y pelearon un rato, y también vencieron y encerraron a los moros en su ciudad, y llevaron algunos cautivos a su real, quedando otros caídos en el campo.»

«Sabida la necesidad en que Jerusalén estaba, vínole gran socorro de la gente de Galilea, Judea, Samaria, Damasco y de toda la tierra de Suria, con mucha provisión y munición, con lo cual los de Jerusalén se alegraron y regocijaron mucho, y tomaron tanto ánimo que luego salieron al campo, y fuéronse derechos hacia el real de los españoles, los cuales les salieron al encuentro, y después de haber combatido un rato comenzaron los españoles a retraerse y los moros a cargar sobre ellos, prendiendo algunos de los que se desmandaron, y quedando también algunos caídos. Esto hecho, el Capitán General despachó un correo a Su Majestad, con una carta de este tenor.»

«Será Vuestra Majestad sabedor cómo allegó el ejército aquí sobre Jerusalén, y luego asentamos real en lugar fuerte y seguro, y salimos al campo contra la ciu-

dad, y los que dentro estaban salieron al campo, y habiendo peleado, el ejército de los españoles, criados de Vuestra Majestad, y vuestros capitanes y soldados viejos así peleaban que parecían tigres y leones; bien se mostraron ser valientes hombres, y sobre todos pareció hacer ventaja la gente del reino de León. Pasado esto vino gran socorro de moros y judíos con mucha munición y bastimentos, y los de Jerusalén como se hallaron favorecidos, salieron al campo y nosotros les salimos al encuentro. Verdad es que cayeron algunos de los nuestros, de la gente que no estaba muy diestra ni se habían visto en campo con moros; todos los demás están con mucho ánimo, esperando lo que Vuestra Majestad será servido mandar para obedecer en todo. De Vuestra Majestad siervo y criado. Don Antonio Pimentel.»

«Vista la carta del Capitán General, responde el Emperador en este tenor: «A mi caro y muy amado primo, don Antonio Pimentel, Capitán General del ejército de España.»

«Vi vuestra letra, con la cual holgué en saber cuán esforzadamente lo habéis hecho. Tendréis mucho cuidado que de aquí adelante ningún socorro pueda entrar en la ciudad, y para esto pondréis todas las guardas necesarias, y hacerme heis saber si vuestro real está bien proveído; y saber cómo he sido servido de esos caballeros, los cuales recibirán de mí muy señaladas mercedes; y encomendadme a todos esos capitanes y soldados viejos, y sea Dios en vuestra guarda. Don Carlos, Emperador.»

«En esto ya salía la gente de Jerusalén contra el ejército de la Nueva España, para tomar venganza del reencuentro pasado, con el favor de la gente que de refresco había venido, y como estaban sentidos de lo pasado, querían vengarse, y comenzada la batalla, pelearon valientemente, hasta que finalmente la gente de las islas comenzó a aflojar y a perder el campo de tal manera, que entre caídos y presos no quedó hombre de ellos. A la hora el Capitán General despachó un correo a Su Majestad con una carta de este tenor.»

«Sacra, Cesárea, Católica Majestad:»

«Emperador, semper Augusto, Sabrá Vuestra Majestad cómo yo vine con el ejército sobre Jerusalén, y asenté real a la siniestra parte de la ciudad, y salimos contra los enemigos que estaban en el campo, y vuestros vasallos los de la Nueva España lo hicieron muy bien, derribando muchos moros, y los retrajeron hasta meter por las puertas de su ciudad, porque los vuestros peleaban como elefantes y como gigantes. Pasado esto les vino muy gran socorro de gente y artillería munición y bastimento; luego salieron contra nosotros, y nosotros les salimos al encuentro, y después de haber peleado gran parte del día, desmayó el escuadrón de las islas y de su parte echaron en gran vergüenza a todo el ejército, porque como no eran diestros en las armas, ni traían armas defensivas, ni sabían el apellido de llamar a Dios, no quedó hombre que no cayese en manos de los enemigos. Todo el resto de las otras capitanías están muy buenas. De Vuestra Majestad siervo y menor criado. Don Antonio de Mendoza.»

«Respuesta del Emperador.»

«Amado pariente y mi gran capitán sobre todo el ejército de la Nueva España. Esforzaos como valiente guerrero y esforzad a todos esos caballeros y soldados; y si ha venido socorro a esa ciudad, tened por cierto que de arriba del cielo vendrá nuestro favor y ayuda. En las batallas, diversos son los acontecimientos, y el que hoy vence mañana es vencido, y el que vencido otro día es vencedor. Yo estoy determinado de luego esta noche sin dormir sueño andarla toda y amanecer sobre Jerusalén. Estaréis apercibido y puesto en orden con todo el ejército, y pues tan presto seré con vosotros, sed consolados y animados. Y escribid luego al Capitán general de los españoles para que también esté a punto con su gente, porque luego como yo allegue, cuando pensaren que allego fatigado, demos sobre ellos y cerquemos la ciudad, y yo iré por la frontera, y vuestro ejército por la siniestra parte, y el ejército de España por la parte derecha, por manera que no se puedan escapar de nuestras manos.

Nuestro Señor sea en vuestra guarda. Don Carlos, Emperador.»

«Esto hecho, por una parte de la plaza entró el Emperador, y con él el rey de Francia y el rey de Hungría, con sus coronas en las cabezas; y cuando comenzaron a entrar por la plaza, saliéronse a recibir por la una banda el Capitán General de España con la mitad de su gente, y por la otra el Capitán General de la Nueva España, y de todas partes traían trompetas y atabales y cohetes que echaban muchos, los cuales servían por artillería. Fue recibido con mucho regocijo y con gran aparato, hasta aposentarle en su estancia de Santa Fe. En esto los moros mostraban haber cobrado gran temor, y estaban todos metidos en la ciudad; y comenzando la batería, los moros se defendieron muy bien. En esto el maestro de campo, que era Andrés de Tapia, había ido con un escuadrón a reconocer la tierra detrás de Jerusalén, y puso fuego a un lugar, y metió por medio de la plaza un hato de ovejas que había tomado. Tornados a retraer cada ejército a su aposento, tornaron a salir al campo solos los españoles, y como los moros los vieron venir y que eran pocos, salieron a ellos y pelearon un rato, y como de Jerusalén siempre saliese gente, retrajeron a los españoles y ganáronles el campo, y prendieron algunos y metiéronlos a la ciudad. Como fue sabido por su majestad, despachó luego un correo al Papa con esta carta:»

«A nuestro muy Santo Padre:»

«¡Oh muy amado padre nuestro! ¿Quién como tú que tan alta dignidad posea en la tierra? Sabrá tu Santidad cómo yo he pasado a la Tierra Santa, y tengo cercada a Jerusalén con tres ejércitos. En el uno estoy yo en persona; en el otro, españoles; el tercero es de naturales; y entre mi gente y los moros ha habido hartos reencuentros y batallas, en las cuales mi gente ha preso y herido muchos de los moros; y después de esto ha entrado en la ciudad gran socorro de moros y judíos, con mucho bastimento y munición. Como Vuestra Santidad sabrá del mensajero, yo al presente estoy con mucho cui-

dado hasta saber el suceso de mi viaje; suplico a tu Santidad me favorezcas con oraciones y ruegues a Dios por mí y por mis ejércitos, porque yo estoy determinado de tomar a Jerusalén y a todos los otros lugares santos, o morir sobre esta demanda, por lo cual humildemente te ruego que desde allá a todos nos eches tu bendición. Don Carlos, Emperador.»

«Vista la carta por el Papa, llamó a los cardenales, y consultada con ellos, la respuesta fue ésta:»

«Muy amado hijo mío: Vi tu letra con la cual mi corazón ha recibido grande alegría, y he dado muchas gracias a Dios porque así te ha confortado y esforzado para que tomases tan santa empresa; sábete que Dios es tu gracia, y de todos tus ejércitos. Luego a la hora se hará lo que quieres, y así mando luego a mis muy amados hermanos los cardenales, y a los obispos con todos los otros prelados, órdenes de San Francisco y Santo Domingo, y a todos los hijos de la Iglesia, que hagan sufragio; y para que esto tenga efecto, luego despacho y concedo un gran jubileo para toda la cristiandad. El Señor sea con tu ánima. Amén. Tu amado Padre. El Papa.»

«Volviendo a nuestros ejércitos, como los españoles se vieron por dos veces retraídos, y los moros los habían encerrado en su real, pusiéronse todos de rodillas hacia donde estaba el Santísimo Sacramento demandándole ayuda, y lo mismo hicieron el Papa y cardenales. Y cuando todos puestos de rodillas, apareció un ángel en la esquina de su real, el cual consolándolos dijo: «Dios ha oído vuestra oración, y le ha placido mucho vuestra determinación que tenéis de morir por su honra y servicio en la demanda de Jerusalén, porque lugar tan santo no quiere que más le posean los enemigos de la fe; y ha querido poneros en tantos trabajos para ver vuestra constancia y fortaleza; no tengáis temor que vuestros enemigos prevalezcan contra vosotros, y para más seguridad os enviará Dios a vuestro patrón el apóstol Santiago.»

Con esto quedaron todos muy consolados y comenzaron a decir: «Santiago, Santiago, patrón de nuestra España.» En esto entró Santiago en un caballo blanco como la nieve y él mismo vestido como lo suelen pintar; y como entró en el real de los españoles, todos le siguieron y fueron contra los moros que estaban delante de Jerusalén, los cuales fingiendo gran miedo dieron a huir, y cayendo algunos en el camino, se encerraron en la ciudad. Y luego los españoles la comenzaron a combatir, andando siempre Santiago en su caballo dando vueltas por todas partes, y los moros no osaban asomar a las almenas por el gran miedo que tenían. Entonces los españoles, sus banderas tendidas, se volvieron a su real. Viendo esto el otro ejército de los naturales o gente de la Nueva España y que los españoles no habían podido entrar en la ciudad, ordenando sus escuadrones fuéronse de presto a Jerusalén, aunque los moros no esperaron a que llegassen, sino que saliéronles al encuentro, y peleando un rato iban los moros ganando el campo hasta que los metieron en su real, sin cautivar ninguno de ellos; hecho esto, los moros con gran grita se tornaron a su ciudad. Los cristianos viéndose vencidos recurrieron a la oración, y llamando a Dios que les diese socorro, y lo mismo hicieron el Papa y cardenales. Luego les apareció otro ángel en lo alto del real, y les dijo: «Aunque sois tiernos en la fe os ha querido Dios probar, y quiso que fuésedes vencidos para que conozcáis que sin su ayuda valéis poco; pero ya que os habéis humillado, Dios ha oído vuestra oración, y luego vendrá en vuestro favor el abogado y patrón de la Nueva España, San Hipólito, en cuyo día los españoles con vosotros los tlaxcaltecas ganasteis a México». Entonces todo el ejército de naturales comenzaron a decir: «San Hipólito, San Hipólito.» A la hora entró San Hipólito encima de un caballo morcillo, y esforzó y animó a los naturales, y fuese con ellos hacia Jerusalén; y también salió de la otra banda Santiago con los españoles, y el Emperador con su gente tomó la frontera, y todos juntos comenzaron la batería, de manera que los que en ella estaban

aún en las torres, no se podían valer de las pelotas y varas que le tiraban. Por las espaldas de Jerusalén, entre dos torres, estaba hecha una casa de paja harto larga, a la cual al tiempo de la batería pusieron fuego, y por todas las otras partes andaba la batería muy recia, y los moros al parecer con determinación de antes morir que entregarse con ningún partido. De dentro y de fuera andaba el combate muy recio, tirándose unas pelotas grandes hechas de espadañas, y alcancías de barro secas al sol llenas de almagre mojado, que al que acertaban parecían que quedaba mal herido y lleno de sangre, y lo mismo hacían con unas tunas coloradas. Los flecheros tenían en las cabezas de las viras unas bolsillas llenas de almagre, que doquiera que daban parecía que sacaban sangre; tirábanse también cañas gruesas de maíz. Estando en el mayor hervor de la batería apareció en el homenaje el arcángel San Miguel, de cuya voz y visión así los moros como los cristianos espantados dejaron el combate e hicieron silencio. Entonces el arcángel dijo a los moros: «Si Dios mirase a vuestras maldades y pecados y no a su gran misericordia, ya os habría puesto en el profundo del infierno, y la tierra se hubiera abierto y tragádoos vivos; pero porque habéis tenido reverencia a los lugares santos quiere usar con vosotros su misericordia y esperaros a penitencia, si de todo corazón a Él os convertís; por tanto, conoced al Señor de la Majestad, criador de todas las cosas, y creed en su preciosísimo hijo Jesucristo, y aplacadle con lágrimas y verdadera penitencia.» Y esto dicho, desapareció.

Luego el soldán que estaba en la ciudad habló a todos los moros diciendo: «Grande es la bondad y misericordia de Dios, pues así nos ha querido alumbrar estando en tan gran ceguedad de pecados; ya es llegado el tiempo en que conozcamos nuestro error: hasta aquí pensábamos que peleábamos con hombres, y ahora vemos que peleamos con Dios y con sus santos y ángeles; ¿quién les podrá resistir?» Entonces respondió su Capitán General, que era el Adelantado don Pedro de Alvarado, y todos con él dijeron: que se querían poner en manos del

Emperador, y que luego el soldán tratase de manera que les otorgasen las vidas, pues los Reyes de España eran clementes y piadosos, y que se querían bautizar. Luego el soldán hizo señal de paz, y envió un moro con una carta al Emperador de esta manera: »

«Emperador Romano, amado de Dios: Nosotros hemos visto claramente cómo Dios te ha enviado favor y ayuda del cielo; antes que esto yo viese pensaba de guardar mi ciudad y reino, y de defender mis vasallos, y estaba determinando de morir sobre ello; pero que Dios del cielo me haya alumbrado, conozco que tú sólo eres capitán de su ejército; yo conozco que todo el mundo debe obedecer a Dios, y a ti que eres su capitán en la tierra. Por tanto en tus manos ponemos nuestras vidas, y te rogamos que te quieras allegar cerca de esta ciudad, para que nos des tu real palabra y nos concedas las vidas, recibiéndonos con tu continua clemencia por tus naturales vasallos. Tu siervo. El Gran Soldán de Babilonia. Y *tlatoa* de Jerusalén.

«Leída la carta, luego se fue el Emperador hacia las puertas de la ciudad, que ya estaban abiertas, y el Soldán les salió a recibir muy acompañado, y poniéndose delante del Emperador de rodillas, le dio la obediencia y trabajó mucho por le besar la mano; y el Emperador levantándole le tomó por la mano, y llevándole delante del Santísimo Sacramento, adonde estaba el Papa, y allí dando todos gracias a Dios, el Papa le recibió con mucho amor. Traía también muchos turcos o indios adultos, de industria, que tenían para bautizar, y allí públicamente demandaron el bautismo al Papa, y luego Su Santidad mandó a un sacerdote que los bautizase, los cuales actualmente fueron bautizados. Con esto se partió el Santísimo Sacramento, y tornó a andar la procesión por su orden.»

«Para la procesión de este día de *Corpus Christi* tenían tan adornado todo el camino y calles, que decían muchos españoles que se hallaron presentes: quien esto quisiera contar en Castilla, decirle han que está loco, y que se alarga y lo compone. Porque iba el Sacramento entre unas

calles hecha todas de tres órdenes de arcos medianos, todos cubiertos de rosas y flores muy bien compuestas y atadas; y estos arcos pasaban de mil y cuatrocientos, sin otros diez arcos triunfales grandes, debajo de los cuales pasaba toda la procesión. Había seis capillas con sus altares y retablos; todo el camino iba cubierto de muchas yerbas olorosas y diversas. Había también tres montañas contrahechas muy al natural con sus peñones, en las cuales se representaron tres autos muy buenos.»

«En la primera, que estaba luego abajo del patio alto, en otro patio bajo a do se hace una gran plaza, aquí se representó la tentación del Señor, y fue cosa en que hubo mucho que notar, en especial verlas representar a indios. Fue de ver la consulta que los demonios tuvieron para haber de tentar a Cristo, y quién sería el tentador; ya que se determinó que fuese Lucifer, iba muy contrahecho ermitaño; sino que dos cosas no pudo encubrir, que fueron los cuernos y las uñas que de cada dedo, así de las manos como de los pies, le salían unas uñas de hueso tan largas como medio dedo. Y hecha la primera y segunda tentación, la tercera fue en un peñón muy alto, desde el cual el demonio con mucha soberbia contaba a Cristo todas las particularidades y riquezas que había en la provincia de la Nueva España; y de aquí saltó en Castilla, adonde dijo, que demás de muchas naos y gruesas armadas que traía por la mar con muchas riquezas, y muy gruesos mercaderes de paños, y sedas, y brocados, dijo otras muchas particularidades que tenía, y entre otras dijo que tenía muchos vinos y muy buenos, a lo cual todos picaron, así indios como españoles, porque los indios todos se mueren por nuestro vino. Y después que dijo de Jerusalén, Roma, Africa y Europa, y Asia, y que todo se lo daría, respondiendo el señor: «*Vade Satana*», cayó el demonio; y aunque quedó encubierto en el peñón, que era hueco, los otros demonios hicieron tal ruido, que parecía que toda la montaña iba con Lucífer a parar al infierno. Vinieron luego los ángeles con comida para el Señor, que parecía que venían del

cielo, y hecho su acatamiento pusieron la mesa y comenzaron a cantar.»

«Pasando la procesión a otra plaza, en otra montaña se representó como San Francisco predicaba a las aves, diciéndoles por cuántas razones eran obligadas a alabar y bendecir a Dios, por las proveer de mantenimientos sin trabajo de coger, ni sembrar, como los hombres, que con mucho trabajo tienen su mantenimiento; asimismo por el vestir de que Dios las adorna con hermosas y diversas plumas, sin ellas las hilar ni tejer, y por el lugar que les dio, que es el aire, por donde se pasean y vuelan. Las aves allegándose al santo parecían que le pedían su bendición, y él se la dando les encargó que a las mañanas y a las tardes loasen y cantasen a Dios. Ya se iban, y como el santo se abajase de la montaña, salió de través una bestia fiera del monte, tan fea que a los que la vieron así de sobresalto les puso un poco de temor; y como el santo la vio hizo sobre ella la señal de la cruz, y luego se vino para ella; y reconociendo que era una bestia que destruía los ganados de aquella tierra, la reprendió benignamente y la trajo consigo al pueblo, a do estaban los señores y principales en su tablado, y allí la bestia hizo señal que obedecía, y dio la mano de nunca más hacer daño en aquella tierra; y con esto se fue la fiera alimaña.

Quedándose allí el santo comenzó su sermón diciendo: que mirasen cómo aquel bravo animal obedecía la palabra de Dios, y que ellos que tenían razón, y muy grande obligación de guardar los mandamientos de Dios, y estando diciendo esto salió uno fingiendo que venía beodo, cantando muy al propio que los indios cantaban cuando se embeodaban; y como no quisiere dejar de cantar y estorbase el sermón, amonestándole que callase, si no que se iría al infierno, y él perseverase en su cantar, llamó San Francisco a los demonios de un fiero y espantoso infierno que cerca a ojo estaba, y vinieron muy feos, y con mucho estruendo asieron al beodo y daban con él en el infierno. Tornaba luego el santo a proceder con el sermón y salían sus hechiceras muy bien contrahechas,

que con bebedizos en esta tierra muy fácilmente hacen malparir a las preñadas, y como también estorbasen la predicación y no cesasen, venían también los demonios y poníanlas en el infierno. De esta manera fueron representados y reprendidos algunos vicios en este auto.

El infierno tenía una puerta falsa por do salieron los que estaban dentro; y salidos los que estaban dentro pusiéronle fuego, el cual ardió tan espantosamente que pareció que nadie se había escapado, sino que demonios y condenados todos ardían y daban voces y gritos las ánimas y los demonios; lo cual ponía mucha grima y espanto aun a los que sabían que nadie se quemaba. Pasando adelante el Santísimo Sacramento había otro auto, y era del sacrificio de Abraham, el cual por ser corto y ser ya tarde no se dice más de que fue muy bien representado. Y con esto volvió la procesión a la iglesia.»

Preámbulo

De la conversión y aprovechamiento de estos indios; y cómo se les comenzaron a administrar los sacramentos en esta tierra de Anáhuac, o Nueva España, y de algunas cosas o misterios acontecidos.

Estando yo descuidado y sin ningún pensamiento de escribir semejante cosa que ésta, la obediencia me mandó que escribiese algunas cosas notables de estos naturales, de las que en esta tierra la bondad divina ha encomenzado a obrar, y siempre obra; y también para que los que en adelante vinieren, sepan y entiendan cuán notables cosas acontecieron en esta Nueva España, y los trabajos e infortunios que por los grandes pecados que en ella se cometían Nuestro Señor permitió que pasase, y la fe y religión que en ella el día de hoy se conserva, y aumentará adelante, siendo Nuestro Señor de ello servido.

Al principio, cuando esto comencé a escribir, parecíame que más cosas notaba y se me acordaba ahora diez o doce años que no al presente; entonces, como cosas nue-

vas y que Dios comenzaba a obrar sus maravillas y misericordias con esta gente, ahora, como quien ya conversa y trata con gente cristiana y convertida, hay muchas cosas bien de notar, que parece claramente ser venidas por la mano de Dios; porque si bien miramos, en la primitiva Iglesia mucho se notaban algunas personas que venían a la fe, por ser primeros, así como el eunuco Cornelio y sus compañeros, y lo mismo los pueblos que recibieron primero la palabra de Dios, como fueron Jerusalén, Samaría y Cesárea. De Bernabé se escribe que vendió un campo, el precio lo puso a los pies de los apóstoles. Un campo no es muy precioso, según lo que después los seguidores de Cristo dejaron; pero escríbese por ser al principio, y por el ejemplo que daban. Estas cosas ponían admiración; por ser dignas de ejemplos los hombres las escribían; pues las primeras maravillas que Dios en estos gentiles comenzó a obrar, aunque no muy grandes, ponían admiración, que no las muchas y mayores que después y ahora hace con ellos, por ser ya ordinarias. Y a este propósito diré aquí en este segundo tratado algunas cosas de las primeras que acontecieron en esta tierra de la Nueva España, y de algunos pueblos que primero recibieron la fe, cuyos nombres en muchas partes serán ignotos, aunque acá todos son bien conocidos, por ser pueblos grandes y algunos cabezas de provincia. Tratarse ha también en esta segunda parte la dificultad e impedimentos que hubo el bautismo, y el aprovechamiento de estos naturales.

Capítulo I

En que diré cómo comenzaron los mexicanos y los de Coutichan a venir al bautismo y a la doctrina cristiana.

Ganada y repartida la tierra por los españoles, los frailes de San Francisco, que al presente en ella se hallaron, comenzaron a tratar y a conversar entre los indios; primero adonde tenían casa y aposento, como fue en México

y en Texcoco, Tlaxcala, Huexuzinco, que en estas se repartieron los pocos que al principio eran, y en cada provincia destas, y en las en que después se tomó casa, que son ya cerca de cuarenta en este año de 1540, había tanto qué decir que no bastaría el papel de la Nueva España. Siguiendo la brevedad que a todos place, diré lo que vi yo y supe, y pasó en los pueblos que moré y anduve; y aunque yo diga o cuente alguna cosa de una provincia, será del tiempo que en ella moré, y de la misma podrán otros escribir otras cosas allí acontecidas con verdad y más de notar, y mejor escritas que aquí irán, y podráse todo sufrir sin contradicción. En el primer año que a esta tierra allegaron los frailes, los indios de México y Tlatelulco se comenzaron de ayuntar, los de un barrio y feligresía un día, y los de otro barrio otro día, y allí los iban los frailes a enseñar y bautizar los niños. Y dende a poco tiempo los domingos y fiestas se ayuntaban todos, cada barrio en su cabecera, adonde tenían sus salas antiguas, porque iglesia aún no la había, y los españoles tuvieron también, obra de tres años, su misas y sermones en una sala de éstas que servían por iglesia, y ahora es allí en la misma sala la casa de la moneda. Pero no se enterraban allí casi nadie, sino en San Francisco el viejo, hasta que después se comenzaron a edificar iglesias. Anduvieron los mexicanos cinco años muy fríos, o por el embarazo de los españoles y obras de México, o porque los viejos de los mexicanos tenían poco calor. Después de pasados cinco años despertaron muchos de ellos e hicieron iglesias, y ahora frecuentan mucho las misas cada día y reciben los sacramentos devotamente.

El pueblo a que primero salieron los frailes a enseñar fue Quautitlán, cuatro leguas de México, y a Tepusticlán [1], porque como en México había mucho ruido, y entre los hijos de los señores que en la casa de Dios se enseñaban estaban los señoritos de estos dos pueblos, sobrinos o nietos de Motezuma, y éstos eran los princi-

[1] Respectivamente: Cuauhtitlan y Tepotzotlan.

pales que en casa había, por respecto de éstos comenzaron a enseñar allí y a bautizar los niños, y siempre se prosiguió la doctrina, y siempre fueron de los primeros y delanteros en toda buena cristiandad, y lo mismo los pueblos a ellos sujetos y sus vecinos.

En el primero año de la venida de los frailes, el padre fray Martín de Valencia, de santa memoria, vino a México, y tomando un compañero que sabía un poco de la lengua, fuese a visitar los pueblos de la laguna del agua dulce, que apenas se sabía cuántos eran, ni a dónde estaban, y comenzando por Xuchmilco y Cuyoacan, veníanlos a buscar de los otros pueblos, y rogábanles con instancia que fuesen a sus pueblos, y antes que llegasen los salían a recibir, porque ésta es su costumbre, y hallaban que estaba ya toda la gente ayuntada. Y luego por escrito y con intérprete los predicaban y bautizaban algunos niños, rogando siempre a Nuestro Señor que su santa palabra hiciese fruto en las ánimas de aquellos infieles, y los alumbrase y convirtiese a su santa fe. Y los indios señores y principales delante de los frailes destruían sus ídolos, y levantaban cruces y señalaban sitios para hacer sus iglesias. Así anduvieron todos aquellos pueblos que son ocho, todos principales y de mucha gente, y pedían ser enseñados, y el bautismo para sí y para sus hijos; lo cual visto por los frailes, daban gracias a Dios con grande alegría, por ver tan buen principio y en ver que tantos se habían de salvar, como luego sucedió.

Entonces dijo el padre fray Martín, de buena memoria, a su compañero: «Muchas gracias sean dadas a Dios, que lo que en otro tiempo en espíritu me mostró, ahora en obra y verdad lo veo cumplir», y dijo: «que estando él un día en maitines en un convento que se dice Santa María del Hoyo, cerca de Gata, que es en Extremadura, en la provincia de San Gabriel, rezaba ciertas profecías de la venida de los gentiles a la fe, le mostró Dios en espíritu muy gran muchedumbre de gentiles que venían a la fe, y fue tanto el gozo que su ánimo sintió, que comenzó a dar grandes voces», como más largamente parecerá en la tercera parte, en la vida del dicho fray

Martín de Valencia. Y aunque este santo varón procuró muchas veces de ir entre los infieles a recibir martirio, nunca pudo alcanzar licencia de sus superiores; no porque no le tuviesen por idóneo, que en tanto fue estimado y tenido en España, como en estas partes, mas porque Dios lo ordenó así por mayor bien, según se lo dijo una persona muy espiritual, «que cuando fuese tiempo, Dios cumpliría su deseo, como Dios se lo había mostrado». Y así fue, que el General le llamó un día y le dijo cómo él tenía determinado de venir a esta Nueva España con muy buenos compañeros, con grandes bulas que del Papa había alcanzado, y por le haber elegido General de la Orden, el cual oficio le impedía la pasada, que como cosa de mucha importancia y que él mucho estimaba, le quería enviar y que nombrase doce compañeros cuales quisiese [2], y él aceptando la venida, vino, por lo cual, parece lo a él prometido no haber sido engaño.

Entre los pueblos ya dichos de la laguna dulce, el que más diligencia puso para llevar los frailes a que los enseñasen, ya en ayuntar más gente, y en destruir los templos del demonio, fue Cuitlauac, que es un pueblo fresco y todo cercado de agua, y de mucha gente. Y tenía muchos templos del demonio, y todo él fundado sobre agua; por lo cual los españoles la primera vez que en él entraron le llamaron Venezuela. En este pueblo estaba un buen indio, el cual era uno de tres señores principales que en él hay, y por ser hombre de más manera y antiguo, gobernaba todo el pueblo. Este envió a buscar a los frailes por dos o tres veces, y allegados, nunca se apartaba de ellos, mas antes estuvo gran parte de la noche preguntándoles cosas que deseaba saber de nuestra fe. Otro día de mañana, ayuntada la gente después de misa y sermón, y bautizados muchos niños, de los cuales los más eran hijos y sobrinos, y parientes, de este buen hombre que digo, y acabados de bautizar, rogó mucho aquel indio a fray Martín que le bautizase, y vista

[2] Son los doce ya mencionados y de los cuales fray Toribio formaba parte.

su santa importunación y manera de hombre de muy buena razón, fue bautizado y llamado Don Francisco, y después en el tiempo que vivió fue muy conocido de los españoles. Aquel indio hizo ventaja a todos los de la laguna dulce, y trajo muchos niños al monasterio de San Francisco, los cuales salieron tan hábiles que precedieron a los que habían venido muchos días antes. Este don Francisco, aprovechando cada día en el conocimiento de Dios y en la guarda de sus mandamientos, yendo un día muy de mañana en una barca, que los españoles llaman *canoa,* por la laguna oyó un canto muy dulce y de palabras muy admirables, las cuales yo vi y tuve escritas, y muchos frailes las vieron y juzgaron haber sido canto de ángeles, y de allí adelante fue aprovechando más; y al tiempo de su muerte pidió el sacramento de la confesión, y confesado y llamando siempre a Dios, falleció. La vida y muerte de este buen indio fue gran edificación para todos los otros indios, mayormente los de aquel pueblo de Cuitlauac, en el cual edificaron iglesias. La principal advocación es de San Pedro, en la obra de la cual trabajó mucho aquel buen indio don Francisco. Es iglesia grande y de tres naves, hecha a la manera de España.

Los dos primeros años, poco salían los frailes del pueblo adonde residían, así por saber poco de la tierra y lengua como por tener bien en qué entender adonde residían. El tercero año comenzaron en Tezcuco de se ayuntar cada día para deprender la doctrina cristiana; y también vino gran copia de gente al bautismo; y como la provincia de Tezcuco es muy poblada de gente, en el monasterio y fuera no se podían valer ni dar a manos, porque se bautizaron muchos de Tezcuco y Huexuzincla, Coathichan y de Coatepec [3]. Aquí en Coatepec comenzaron a hacer iglesia y diéronse mucha prisa para la acabar, y por ser la primera iglesia, fuera de los monasterios, llamóse Santa María de Jesús. Después de haber andado algunos días por los pueblos sujetos a Tezcuco, que son

[3] Respectivamente: Tezcoco, Huexotzinco, Coatlichan, Coatepe.

muchos, y de lo más poblado de la Nueva España, pasaron adelante a otros pueblos, y como no sabían mucho de la tierra, saliendo a visitar un lugar salían de otros pueblos a rogarles que fuesen con ellos a decirles la palabra de Dios, y muchas veces otros poblezuelos pequeños salían de través, y los hallaban ayuntados con su comida aparejada esperando y rogando a los frailes que comiesen y los enseñasen. Otras veces iban a partes en que ayunaban lo que en otras partes les sobraba, y entre otras partes adonde fueron, fue Otumba y Tepepulco y Tulanzinco [4], que aún desde en buenos años no tuvieron frailes. Y entre éstos, Tepepulco, lo hizo muy bien, y fue siempre creciendo y aprovechando en el conocimiento de la fe. Y la primera vez que allegaron frailes a este lugar, dejado el recibimiento que les hicieron, era una tarde, y como estuviese la gente ayuntada comenzaron luego a enseñarles; y en espacio de tres o cuatro horas muchos de aquel pueblo, antes que de allí se partiesen, supieron persignarse y el *Pater Noster*. Otro día por la mañana vino mucha gente, y enseñados y predicados lo que convenía a gente que ninguna cosa sabía, ni había oído de Dios, y recibido la palabra de Dios, tomados aparte el señor y principales, y diciéndoles cómo Dios del cielo era verdadero Señor, criador del cielo y de la tierra, y quién era el demonio a quien ellos honraban y adoraban, y como los tenía engañados, y otras cosas conforme a ellas, de tal manera se lo supieron decir, que luego allí delante de los frailes destruyeron y quebrantaron todos los ídolos que tenían, y quemaron los *teucales* [5]. Este pueblo de Tepepulco está asentado en un recuesto bien alto, adonde estaba uno de los grandes y vistosos templos del demonio que entonces derribaron; porque como el pueblo es grande y tiene otros muchos sujetos, tenía grandes *teucales* o templos del demonio. Y esta regla general en que se conocía el pueblo ser grande o pequeño, en tener muchos *teucales*.

---

[4] Son Otompan, Tepepulco, Tollantzinco.
[5] Es el nombre del templo indígena.

Capítulo II

Cuándo y a dónde comenzaron las procesiones en esta tierra de la Nueva España; y de la gana con que los indios vienen a bautizarse.

En el cuarto año de la llegada de los frailes a esta tierra fue de muchas aguas, tanto que se perdían los maizales y se caían muchas casas. Hasta entonces nunca entre los indios se habían hecho procesiones, y en Tezcuco salieron con una pobre cruz; y como hubiese muchos días que nunca cesaba de llover, plugo a Nuestro Señor por su clemencia, y por los ruegos de su Sacratísima Madre, y de Santo Antonio, cuya advocación es la principal de aquel pueblo, que desde aquel día mismo cesaron las aguas, para confirmación de la flaca y tierna fe de aquellos nuevamente convertidos. Y luego hicieron muchas cruces y banderas de santos y otros atavíos para sus procesiones; y los indios de México fueron luego allí a sacar muestras para lo mismo; y dende a poco tiempo comenzaron en Huexezinco e hicieron muy ricas y galanas mangas de cruces y andas de oro y pluma; y luego por todas partes comenzaron de ataviar sus iglesias, y hacer retablos, y ornamentos, y salir en procesiones, y los niños deprendieron danzas para regocijarlas más.

En este tiempo en los pueblos que había frailes salían adelante, y de muchos pueblos los venían a buscar y a rogar que los fuesen a ver, y de esta manera por muchas partes se iba extendiendo y ensanchando la fe de Jesucristo, mayormente en los pueblos de Ycapixtla y Uastepec. Para lo cual dieron mucho favor y ayuda los que gobernaban estos pueblos, porque eran indios quitados de vicios y que no bebían vino; que era esto como cosa de maravilla, así a los españoles como a los naturales, ver algún indio que no bebiese vino; porque en todos los hombres y mujeres adultos era cosa general embeodarse; y como este vicio era fomes y raíz de

otros muchos pecados, el que de él se apartaba vivía más virtuosamente.

La primera vez que salió fraile a visitar las provincias de Coyxco y Tlaxco [6], fue de Cuauhnauac [7], la cual casa se tomó el segundo año de su venida, y en el número fue quinta casa. Desde allí visitando aquellas provincias, en las cuales hay muchos pueblos de mucha gente, fueron muy bien recibidos, y muchos niños bautizados; y como no pudiesen andar por todos los pueblos, cuando estaba uno cerca de otro venía la gente del pueblo menor al mayor a ser enseñados, y a oír la palabra de Dios, y a bautizar sus niños. Y aconteció, como entonces fuese el tiempo de las aguas, que en esta tierra comienzan por abril y acaban en fin de septiembre, poco más o menos, había de venir un pueblo a otro, y en medio estaba un arroyo, y aquella noche llovió tanto, que vino el arroyo hecho un gran río, y la gente que venía no pudo pasar; y allí aguardaron a que acabasen de misa y de predicar y bautizar, y pasaron algunos a nado y fueron a rogar a los frailes, que a la orilla del arroyo les fuesen a decir la palabra de Dios, y ellos fueron y en la parte donde más angosto estaba el río, los frailes de una parte y los indios de otra, les predicaron, y ellos no se quisieron ir sin que les bautizasen los hijos. Y para esto hicieron una pobre balsa de cañas, que en los grandes ríos arman las balsas sobre unas grandes calabazas, y así los españoles y su hato pasan grandes ríos. Pues hecha la balsa, medio por el agua y medio en los brazos pasáronlos de la otra parte, adonde los bautizaron con harto trabajo por ser tantos.

Yo creo que después que la tierra se ganó, que fue el año mil quinientos y veinte y uno, hasta el tiempo que esto escribo, que es en el año de 1536, mas de cuatro millones de ánimas se bautizaron, y por dónde yo lo sé, adelante se dirá.

---

6 Taxco.
7 Cuernavaca.

Capítulo III

De la prisa que los indios tienen en venir al bautismo, y de dos cosas que acontecieron en México y en Tezcuco.

Vienen al bautismo muchos, no sólo los domingos y días que para esto están señalados, sino cada día de ordinario, niños y adultos, sanos y enfermos, de todas las comarcas; y cuando los frailes andan visitando, les salen los indios al camino con los niños en los brazos, y con los dolientes a cuestas, y hasta los viejos decrépitos sacan para que los bauticen. También muchos dejan las mujeres y se casan con solo una, habiendo recibido el bautismo. Cuando van al bautismo, los unos van rogando, otros importunando, otros lo piden de rodillas, otros alzando y poniendo las manos, gimiendo y encogiéndose, otros lo demandan y reciben llorando y con suspiros.

En México pidió el bautismo un hijo de Motezuma, que fue el gran señor de México, y por estar enfermo aquel su hijo fuimos a su casa, que era junto adonde ahora está edificada la iglesia de San Hipólito, en el cual día fue ganada México, y por eso en toda la Nueva España se hace gran fiesta aquel día, y le tienen por singular patrón de esta tierra. Sacaron al enfermo para bautizarle en una silla, y haciendo el exorcismo, cuando el sacerdote dijo: «*Ne te lateat Sathana*», comenzó a temblar en tanta manera, no sólo el enfermo, sino también la silla en que estaba, tan recio que al parecer de todos los que allí se hallaban parecía salir de él el demonio. A lo cual fueron presentes Rodrigo de Paz, que a la sazón era alguacil mayor (y por ser su padrino se llamó el bautizado Rodrigo de Paz), y otros oficiales de Su Majestad.

En Tezcuco yendo una mujer bautizada con un niño a cuestas, como en esta tierra se usa traer los niños, el niño era por bautizar. Pasando de noche por el patio de los *teucales,* que son las casas del demonio, salió a ella

el demonio, y echó mano de la criatura, queriéndola tomar a la madre, que muy espantada estaba, porque no estaba bautizado ni señalado con la cruz, y la india decía: «Jesús, Jesús». Y luego el demonio dejaba el niño; y en dejando la india de nombrar a Jesús, tornaba el demonio a quererla tomar el niño. Esto fue tres veces, hasta que salió de aquel temeroso lugar. Luego otro día por la mañana, porque no le aconteciese otro semejante peligro, trajo al niño a que se le bautizasen, y así se hizo. Ahora es muy de ver los niños que cada día se vienen a bautizar, en especial aquí en Tlaxcala, que día hay de bautizar cuatro y cinco veces; y con los que vienen el domingo, hay semana que se bautizan niños de pila trescientos, y semana, de cuatrocientos, otras de quinientos con los de una legua a la redonda. Y si alguna vez hay descuido o impedimento porque se deje de visitar los pueblos que están a dos y a tres leguas, después cargan tantos que es maravilla.

Asimismo han venido y vienen muchos de lejos a se bautizar con hijos y mujeres, sanos y enfermos, cojos y ciegos y mudos, arrastrando y padeciendo mucho trabajo y hambre, porque esta gente es muy pobre.

En muchas partes de esta tierra bañaban los niños recién nacidos a los ocho o diez días, y en bañando al niño poníanle una rodela pequeñita en la mano izquierda, y una saeta en la mano derecha; y a las niñas daban una escoba pequeñita. Esta ceremonia parecía ser figura del bautismo, que los bautizados habían de pelear con los enemigos del ánima, y habían de barrer y alimpiar sus conciencias y ánimas para en que viniese Cristo a entrar por el bautismo.

El número de los bautizados cuento por dos maneras; la una por los pueblos y provincias que se han bautizado, y la otra por número de los sacerdotes que han bautizado. Hay al presente en esta Nueva España obra de sesenta sacerdotes franciscanos, que de otros sacerdotes pocos se han dado a bautizar; aunque han bautizado algunos, el número yo no sé qué tantos serán.

Demás de los sesenta sacerdotes que digo, se habrán vuelto a España más de otros veinte, algunos de los cuales bautizaron muchos indios antes que se fuesen; y más de otros veinte que son ya difuntos, que también bautizaron muy muchos, en especial nuestro padre fray Martín de Valencia, que fue el primer prelado que en esta tierra tuvo veces del Papa, y fray García de Cisneros, y fray Juan Caro, un honrado viejo, el cual introdujo y enseñó primero en esta tierra el canto llano y el canto de órgano, con mucho trabajo; fray Juan de Perpiñán y fray Francisco de Valencia, los que cada uno de estos bautizó pasaron de cien mil; de los sesenta que al presente son este año de 1536, saco otros veinte que no han bautizado, así por ser nuevos en la tierra como por no saber la lengua. Los cuarenta que quedan echo a cada uno de ellos a cien mil o más, porque algunos de ellos hay que han bautizado cerca de trescientos mil, otros hay a doscientos mil, y a ciento cincuenta mil, y algunos de muchos menos. De manera que con los que bautizaron los difuntos, y los que se volvieron a España, serán hasta hoy día bautizados cerca de cinco millones.

Por pueblos y provincias cuento de esta manera: a México y a sus pueblos, y a Xuchimilco con los pueblos de la laguna dulce, y a Tlamanalco y Chalco, Cuauchnauac con Yucapixcla, y a Cuauquechula y Chietla, más de un millón. A Tezcuco, Otumba y Tepepulco y Tualanzinco, Coauthiclan, Tula, Xitotepec, con sus provincias y pueblos, más de otro millón; a Tlaxcala, la ciudad de los Angeles, Cholola, Huejuzinco, Calpa, Tepeaca, Zaclatan, Ueytalpa, más de otro millón. En los pueblos de la Mar del Sur, más de otro millón. Y después que esto se ha sacado en blanco se han bautizado más de quinientos mil, porque en esta cuaresma pasada del año de 1537, en sola la provincia de Tepeaca se han bautizado por cuenta más de sesenta mil ánimas; por manera que, a mi juicio y verdaderamente, serán bautizados en este tiempo que digo, que serán quince años, más de nueve millones de ánimas de indios.

Capítulo IV

De los diversos placeres que hubo sobre el administrar del sacramento del bautismo, y de la manera que se hizo los primeros años.

Cerca del administrar este sacramento del bautismo, aunque los primeros años todos los sacerdotes fueron conformes, después como vinieron muchos clérigos y frailes de las otras órdenes, agustinos, dominicos y franciscanos, tuvieron diversos pareceres contrarios los unos de los otros. Parecíanles a los unos que el bautismo se había de dar con las ceremonias que se usan en España, y no se satisfacían de la manera con que los otros le administraban, y cada uno quería seguir su parecer, y aquél tenía por mejor y más acertado, ora fuese por buen celo, ora sea porque los hijos de Adán todos somos amigos de nuestro parecer. Y los nuevamente venidos siempre quieren enmendar las obras de los primeros, y hacer, si pudiesen, que del todo cesasen y se olvidasen, y que su opinión sola valiese, y el mayor mal era que los que esto pretendían no curaban ni trabajaban en deprender la lengua de los indios, ni en bautizarlos. Estas diversas opiniones y diferentes pareceres fueron causa que algunas veces se dejó de administrar el sacramento del bautismo, lo cual no pudo ser sin detrimento de los que le buscaban, principalmente de los niños y enfermos, que morían sin remedio. Ciertamente esta queja tendrán los que dieron la causa con sus opiniones y inconvenientes que pusieron, aunque ellos piensen que su opinión era muy santa, y que no había más que pedir; y la misma queja creo yo que tendrán otros niños y enfermos, que venidos a recibir este sacramento mientras se hacían las ceremonias, antes que llegasen a la sustancia de las palabras se morían. En la verdad esta fue indiscreción, porque con estos tales ya que querían guardar ceremonias, habían primero de bautizar el enfermo, y asegurado lo principal, pueden después hacer las ceremonias acostumbradas. Demás de lo

dicho, otras causas y razones que éstos decían parecerán en los capítulos siguientes.

Los otros que primero habían venido también daban sus razones por donde administraban de aquella manera el bautismo, diciendo que lo hacían con pareceres y consejo de santos doctores y de doctas personas, en especial de un gran religioso y gran teólogo, llamado fray Juan de Tecto, natural de Gante, catedrático de teología en la Universidad de París, que creo no haber pasado a estas partes letrado más fundado, y por tal el Emperador se confesó con él. Este fray Juan de Tecto [8], con dos compañeros [9], vino en el mismo año que los doce ya dichos, y falleció el segundo año de su llegada a estas partes, con uno de sus compañeros también docto. Estos dos padres, con los doce, consultaron con mucho acuerdo cómo se debía proceder en los sacramentos y doctrina con los indios, allegándose a algunas instrucciones que de España habían traído, de personas doctas y de su Ministro General el señor cardenal de Santa Cruz y de los coroneles [10]. Y dando causas y razones, alegaban doctores muy excelentes y derechos suficientes, y demás de esto decían que ellos bautizaban a necesidad y por haber falta de clérigos, y que cuando hubiese otros que bautizasen, y ayudarían en las predicaciones y confesiones, y que por entonces tenían experiencia que hasta que cesase la multitud de los que venían a bautizarse, y muchos más que en los años pasados se habían bautizado, y los sacerdotes habían sido tan pocos, que no podían hacer el oficio con la pompa y ceremonias que hace un cura cuando bautiza una sola criatura en España, adonde hay tantos ministros. Acá en esta nueva conversión, ¿cómo podía un solo sacerdote bautizar a dos y tres mil en un día, y dar a todos saliva, flato y candela y alba, y hacer sobre cada uno particularmente todas

---

[8] Se refiere al flamenco fray Juan Dekkers.

[9] Los dos compañeros fueron Pedro de Gante y Juan de Aora (Auwera).

[10] Probablemente entiende los consejeros del Ministro General.

las ceremonias, y meterlos en la iglesia adonde no las había? Esto no lo podrán bien sentir sino los que vieron la falta de los tiempos pasados. ¿Y cómo podrían dar candela encendida bautizando con gran viento en los patios, ni dar saliva a tantos? Que en el vino para decir las misas muchas veces se hallaba con trabajo, que era imposible guardar las ceremonias con todos, adonde no había iglesias, ni pilas, ni abundancia de sacerdotes, sino que un solo sacerdote había de bautizar, confesar, desposar y velar, y enterrar, y predicar, y rezar, y decir misa, deprender la lengua, enseñar la doctrina cristiana a los niños, y a leer y cantar. Y por no poderse hacer hacíanlo de esta manera: al tiempo del bautismo ponían todos juntos los que se habían de bautizar, poniendo los niños delante, y hacían sobre todos el oficio del bautismo, y sobre algunos pocos la ceremonia de la cruz, flato, sal, saliva, alba; luego bautizaban los niños cada uno por sí en agua bendita, y esta orden siempre se guardó en cuanto yo he sabido. Solamente supe de un letrado que pensaba que sabía lo que hacía, que bautizó con hisopo, y éste fue después uno de los que trabajaron en estorbar el bautismo de los otros. Tornando al propósito digo: que bautizados primeros los niños, tornaban a predicar y a decir a los adultos y examinados lo que habían de creer, y lo que habían de aborrecer, y lo que habían de hacer en el matrimonio, y luego bautizaban a cada uno por sí.

Esto tuvo tantas contradicciones que fue menester juntarse toda la iglesia que hay en estas partes, así obispos y otros prelados, como los señores de la Audiencia Real[11], adonde se altercó la materia, y fue llevada la relación a España; la cual vista por el Consejo Real y de Indias, y por el señor arzobispo de Sevilla, respondieron, que se debía continuar lo comenzado hasta que se consultase con Su Santidad. Y en la verdad, aunque no faltaban letras, y los que vinieron primero trajeron, como dicho es, la autoridad apostólica y de su opinión

[11] Esto ocurrió en mayo de 1532.

eran santos y excelentes doctores. Pero gran ciencia es saber la lengua de los indios y conocer esta gente, y los que no se ejercitasen primero a lo menos tres o cuatro años no deberán hablar absolutamente en esta materia, y por esto permite Dios que los que luego como vienen de España quieren dar nuevas leyes, y seguir sus pareceres, y juzgar y condenar a los otros y tenerlos en poco, caigan en confusión y hagan cegueras, y sus yerros sean como viga de lagar y una paja lo que reprendían. ¡Oh! y cómo he visto esto por experiencia ser verdad muchas veces en esta tierra; y esto viene de poco temor de Dios, y poco amor con el prójimo, y mucho con el interés. Y para semejantes casos proveyó sabiamente la Iglesia, que en la conversión de algunos infieles y tierras nuevas, «los ministros que a la postre vinieron se conformen con los primeros hasta tener entera noticia de la tierra y gente a donde allegaren».

La lengua es menester para hablar, predicar, conversar, enseñar, y para administrar todos los sacramentos [12]; y no menos el conocimiento de la gente, que naturalmente es temerosa y muy encogida, que no parece que nacieron sino para obedecer, y si los ponen al rincón allí se están como enclavados. Muchas veces vienen a bautizarse y no lo osan demandar ni decir; por lo cual no los deben examinar muy recio, porque yo he visto a muchos de ellos que saben el *Pater Noster* y el *Ave María* y la doctrina cristiana, y cuando el sacerdote se lo pregunta se turban y no lo aciertan a decir. Pues a estos tales no se les debe negar lo que quieren, pues es suyo el reino de Dios, porque apenas alcanzan una estera rota en qué dormir, ni una buena manta que traer cubierta, y la pobre casa en que habitan rota y abierta al sereno de Dios. Y ellos simples y sin ningún mal, no codiciosos de intereses, tienen gran cuidado de aprender lo que les enseñan, y más en lo que toca a la

[12] Este pasaje denota la seriedad de fray Toribio y de los franciscanos en su misión evangelizadora. El obispo Zumárraga, como dijimos, dio impulso al aprendimiento de los idiomas indígenas.

fe; y saben y entienden muchos de ellos cómo se tienen de salvar e irse a bautizar dos y tres jornadas; sino que es el mal que algunos sacerdotes que los comienzan a enseñar, los querrían ver tan santos en dos días que con ellos trabajaban, como si hubiese diez años que los estuviesen enseñando, y como no les parecen tales, déjanlos. Paréceme los tales a uno que compró un carnero muy flaco y diole a comer un pedazo de pan, y luego atentóle la cola para ver si estaba gordo.

Lo que de esta generación se puede decir es, que son muy extraños de nuestra condición, porque los españoles tenemos un corazón grande y vivo como fuego, y estos indios y todas las animalias de esta tierra naturalmente son mansos, y por su encogimiento y condición descuidados en agradecer, aunque muy bien sienten los beneficios, y como no son tan prestos a nuestra condición son penosos a algunos españoles; pero hábiles son para cualquiera virtud, y habilísimos para todo oficio y arte, y de gran memoria y buen entendimiento.

Estando las cosas muy diferentes, y muchos pareceres muy contrarios unos de otros, sobre la manera y ceremonias con que se había de celebrar el sacramento del bautismo, allegó una bula del Papa, la cual mandaba y dispensaba en la orden que en ello se había de tener. Y para mejor la poder poner por la obra, en el principio del año 1539 se ayuntaron, de cinco obispos que en esta tierra hay, los cuatro; y vieron la bula del papa Paulo III, y vista, la determinaron que se guardase de esta manera: el catecismo dejáronle al albedrío del ministro; el exorcismo, que es el oficio del bautismo, abreviáronle cuanto fue posible, rigiéndose por un misal romano, y mandaron que a todos los que se hubieren de bautizar se les ponga óleo y crisma, y que esto se guarde por todos inviolablemente, así con pocos como con muchos, salvo en urgente necesidad. Sobre esta palabra urgente hubo hartas diferencias y pareceres contrarios, sobre cuál se entendería urgente necesidad, porque en tal tiempo una mujer, y un indio, y aun un moro, pueden bautizar en fe de la Iglesia; y por esto fue

puesto silencio al bautismo de los adultos, y en muchas partes no se bautizaban sino niños o enfermos. Esto duró tres o cuatro meses, hasta que en un monasterio que está en un lugar que se llama Coauhchula, los frailes se determinaron de bautizar a cuantos viniesen, no obstante lo mandado por los obispos; lo cual como fue sabido por toda aquella provincia, fue tanta la gente que vino, que si yo por mis propios ojos no lo viera no lo osara decir. Mas verdaderamente era gran multitud de gente la que venía, porque demás de los que venían sanos, venían muchos cojos y mancos, y mujeres con los niños a cuestas, y muchos viejos canos y de mucha edad, y venían de dos y tres jornadas a bautizarse, entre los cuales vinieron dos viejas, asida la una a la otra, que apenas se podían tener, y pusiéronse con los que se querían bautizar, y el que las había de bautizar y las examinaba quísolas echar, diciendo que no estaban bien enseñadas; a lo cual una de ellas respondió, diciendo: «¿A mí que creo en Dios me quieres echar fuera de la iglesia? Pues si tú me echas de la casa del misericordioso Dios, ¿a dónde iré? ¿No ves de cuán lejos vengo, y si me vuelvo sin bautizar en el camino me moriré? Mira que creo en Dios; no me eches de su iglesia». Estas palabras bastaron para que las dos viejas fuesen bautizadas y consoladas con otros muchos. Porque digo verdad, que en cinco días que estuve en aquel monasterio, otro sacerdote y yo bautizamos por cuenta catorce mil y doscientos y tantos, poniendo a todos óleo y crisma, que no nos fue pequeño trabajo. Después de bautizados es cosa de ver el alegría y el regocijo que llevan, con sus hijuelos a cuestas, que parece que no caben en sí de placer.

En este mismo tiempo también fueron muchos al monasterio de Tlaxcala a pedir el bautismo, y como se lo negaron, era la mayor lástima del mundo ver lo que hacían, y cómo lloraban, y cuán desconsolados estaban, y las cosas y lástimas que decían, tan bien dichas, que ponían gran compasión a quien los oía, e hicieron llorar a muchos de los españoles que se hallaban presentes,

viendo cómo muchos de ellos venían de tres y de cuatro jornadas, y era en tiempo de aguas, y venían pasando arroyos y ríos con mucho trabajo y peligro. La comida paupérrima y que apenas les basta, sino que a muchos de ellos se les acaba en el camino; las posadas son a donde los toma la noche, debajo de un árbol, si le hay; no traen sino cruz y penitencia. Los sacerdotes que allí se hallaron, vista la importunación de estos indios, bautizaron los niños y los enfermos, y algunos que no los podían echar de la iglesia; porque diciéndoles que no los podían bautizar, respondían: «Pues en ninguna manera nos iremos de aquí sin el bautismo, aunque sepamos que aquí nos tenemos de morir». Bien creo que si los que lo mandaron y los que lo estorbaron vieran lo que pasaba, que no mandaran una cosa tan contra razón, ni tomaran tan gran carga sobre sus conciencias. Y sería justo que creyesen a los que lo ven y tratan cada día, y conocen lo que los indios han menester, y entienden sus condiciones.

Oído he yo por mis oídos a algunas personas decir que sus veinte años o más de letras no las quieren emplear con gente tan bestial. En lo cual me parece que no aciertan, porque a mi parecer no se pueden las letras mejor emplear que en amostrar al que no lo sabe el camino por donde se tiene de salvar y conocer a Dios. Cuánto más obligados serán a estos pobres indios, que los deberían regalar como a gusanos de seda, pues de su sudor y trabajo se visten y enriquecen a los que por ventura vienen sin capas de España.

En este mismo tiempo que digo, entre los muchos que se vinieron a bautizar, vinieron hasta quince hombres mudos, y no fueron muchos, según la gran copia de gente que se bautizó en estos dos monasterios, porque en Cauquechula que duró más tiempo el bautizar, se bautizaron cerca de ochenta mil ánimas; y en Tlaxcala más de veinte mil. Estos mudos hacían muchos ademanes, poniendo las manos, y encogiendo los hombros y alzando los ojos al cielo, y todo dando a entender la voluntad y gana con que venían a recibir el bautismo.

Asimismo vinieron muchos ciegos, entre los cuales vinieron dos, que eran marido y mujer, ambos ciegos, asidos por las manos, y adestrábanlos tres hijuelos, que también los traían a bautizar, y traían para todos sus nombres de cristianos. Y después de bautizarlos iban tan alegres y tan regocijados, que se les parecía bien la vista que en el ánima habían logrado, con la nueva lumbre de la gracia que con el bautismo recibieron.

Capítulo V

De cómo y cuándo se comenzó en la Nueva España el sacramento de la penitencia y confesión, y de la restitución que hacen los indios.

De los que reciben el sacramento de la penitencia ha habido y cada día pasan cosas notables, y las más y casi todas son notorias a los confesores, por las cuales conocen la gran misericordia y bondad de Dios que así trae a los pecadores a verdadera penitencia. Para en testimonio de lo cual, contaré algunas cosas que he visto, y otras que me han contado personas dignas de todo crédito.

Comenzóse este sacramento en la Nueva España en el año de mil y quinientos y veinte y seis, en la provincia de Tezcuco, y con mucho trabajo, porque como era gente nueva en la fe, apenas se les podía dar a entender qué cosa era este sacramento; hasta que poco a poco han venido a se confesar bien y verdaderamente, como adelante parecerá. Algunos que ya saben escribir traen sus pecados puestos por escrito, con muchas particularidades de circunstancias, y esto no lo hacen una vez en el año, sino en las Pascuas y fiestas principales, y aun muchos hay que si se sienten con algunos pecados se confiesan más a menudo, y por esta causa son muchos los que se vienen a confesar; mas los confesores son pocos, y andan los indios de un monasterio en otro buscando quién los confiese, y no tienen en nada irse a con-

fesar quince o veinte leguas; y si en alguna parte hallan confesores, luego hacen senda como hormigas. Esto es cosa muy ordinaria, en especial en la cuaresma, porque el que así no lo hace no le parece que es cristiano.

De los primeros pueblos que salieron a buscar este sacramento de la penitencia fueron los de Teoacan, que iban muchos hasta Huexuzinco, que son veinte y cinco leguas, a se confesar. Estos trabajaron mucho hasta que llevaron frailes a su pueblo, y hase hecho allí un muy buen monasterio, y que ha hecho mucho provecho en todos los pueblos de la comarca, porque este pueblo de Teoacan está de México cuarenta leguas, y está en frontera de muchos pueblos, asentados al pie de unas sierras y de allí se visitan muchos pueblos y provincias. Esta gente es docible y muy sincera, y de buena condición, más que no la mexicana; bien así como en España, en Castilla la Vieja y más hacia Burgos, son más afables y de *bone indolis* y parece otra masa de gente, que desde Ciudad Rodrigo hacia Extremadura y el Andalucía, que es gente más recatada y más resabida. Así se puede acá decir que los mexicanos y sus comarcas, son como extremeños, y andaluces, y los mixtecas, zapotecas, pinomes, mazatecas, teotlitecas, mijes, éstos digo que son más obedientes, mansos y bien acondicionados, y dispuestos para todo acto virtuoso; por lo cual aquel monasterio de Teocan ha causado gran bien. Habría mucho que decir de los pueblos y provincias que han venido a él cargados con grandísima cantidad de ídolos, que han sido tantos que ha sido una cosa de admiración.

Entre los muchos que allí vinieron vino una señora de un pueblo llamado Teczíztepac, con muchas cargas de ídolos, que traía para que los quemasen, y para que la enseñasen y dijesen lo que tenía que hacer para servir a Dios. La cual después de ser enseñada recibió el bautismo, y dijo: «que no se quería volver a su casa hasta que hubiese dado gracias a Dios por el beneficio y merced que la había hecho en dejarla y alumbrarla para que le conociese». Y determinóse de estar allí algunos días para aprender algo e ir mejor informada en la fe. Había

esta señora traído consigo dos hijos suyos a lo mismo que ella vino, y a el que heredaba el mayorazgo mandó que se enseñase, no sólo para lo que él tocaba, sino también para que enseñase y diese ejemplo a sus vasallos. Pues estando esta señora y nueva cristiana en tan buena obra ocupada, y con gran deseo de servir a Dios, adoleció, de la cual enfermedad murió en breve término, llamando a Dios y a Santa María, y demandando perdón de sus pecados.

Después en este pueblo de Teoacan en el año de 1540, el día de Pascua de la Resurrección, vi una cosa muy de notar, y es que vinieron a oír los oficios divinos de la Semana Santa y a celebrar la fiesta de la Pascua, indios y señores principales de cuarenta provincias y pueblos, y algunos de ellos de cincuenta y sesenta leguas, que ni fueron compelidos ni llamados, y entre otros había de doce naciones y doce lenguas diferentes. Estos todos, después de haber oído los divinos oficios, hacían oración particular a Nuestra Señora de la Concepción, que así se llama aquel monasterio. Estos que así vienen a las fiestas siempre traen consigo muchos para se bautizar, y casar, y confesar, y por esto hay siempre en este monasterio gran concurso de gente.

Restituyen muchos de los indios lo que son a cargo, antes que vengan a los pies del confesor, teniendo por mejor pagar aquí, aunque queden pobres, que no en la muerte. Y de esto hay cada Cuaresma notables cosas, de las cuales diré una que aconteció en los primeros años que se ganó estsa tierra.

Yéndose un indio a confesar, era en cargo cierta cantidad, y como el confesor le dijese que no podía recibir entera absolución si no restituía primero lo que era en cargo, porque así lo mandaba la ley de Dios y requiere la caridad del prójimo; finalmente luego aquel día trajo diez tejuelos de oro, que cada uno pesaría a cinco o seis pesos, que era la cantidad que él debía, queriendo él más quedar pobre, que no se le negase la absolución, aunque la hacienda que le quedaba no pienso que valía la quinta parte de lo que restituyó, más quiso pasar su tra-

bajo con lo que le quedaba, que no irse sin ser absuelto, y por no esperar en purgatorio a sus hijos o testamentarios que restituyesen por él, lo que él en su vida podía hacer.

Un hombre principal, de un pueblo llamado Cuauhquechula, natural, llamado por nombre Juan, éste con su mujer y hijos por espacio de tres años venía las Pascuas y fiestas principales al monasterio de Huexutzinco, que son ocho leguas, y estaba en cada fiesta de éstas, ocho o diez días, en los cuales él y su mujer se confesaban y recibían el Santo Sacramento, y lo mismo algunos de los que consigo traía, que como era el más principal después del señor, y casado con una señora del linaje del gran Motezuma, señor de México, seguíale mucha gente, así de su casa como otros que se le allegaban por su buen ejemplo, el cual era tanto, que algunas veces venía con él el señor principal con otra gente, de los cuales muchos se bautizaban, otros se desposaban y confesaban, porque en su pueblo no había monasterio, ni lo hubo dende en cuatro años. Y como en aquel tiempo pocos despertasen del sueño de sus errores, edificábanse mucho, así los naturales como los españoles y maravillávanse tanto de aquel Juan, que decían que les daba gran ejemplo, así en la iglesia como en su posada. Este Juan vino una Pascua de Navidad, y traía hecha una camisa, que entonces no se las vestía más de los que servían en la casa de Dios, y dijo a su confesor: «Ves aquí traigo esta camisa para que me la bendigas y me la vistas; y pues que ya tantas veces me he confesado, como tú sabes, querría si te parece que estoy para ello, recibir el Cuerpo de mi Señor Jesucristo, que cierto mi ánima lo desea en gran manera». El confesor como le había confesado muchas veces y conocía la disposición que en él había, diole el Santo Sacramento, tanto por el indio deseado. Y cuando confesó y comulgó estaba sano, y luego desde a tres días adoleció y murió brevemente, llamando a Dios y dándole gracias por las mercedes que le había hecho. Fue tenida entre los españoles la muerte de este indio por una cosa muy notada y venida por los

secretos juicios de Dios para salvación de su ánima, porque verdaderamente era tenido por buen cristiano, según se había mostrado en muchas buenas obras que en su día hizo.

El señor de este pueblo de Cuauhquechula, que se dice don Martín, procuró mucho de llevar frailes a su pueblo, e hízose un devoto monasterio, aunque pequeño, que ha aprovechado mucho, porque la gente es de buena masa y bien inclinada; vienen allí de muchas partes a recibir los sacramentos.

En todas partes y más en esta provincia de Tlaxcala, es cosa muy de notar ver a las personas viejas y cansadas la penitencia que hacen, y cuán bien se quieren entregar en el tiempo que perdieron estando en servicio del demonio. Ayunan muchos viejos la cuaresma, y levántanse cuando oyen la campana de maitines, y hacen oración, y disciplínanse, sin nadie los poner en ello; y los que tienen de qué poder hacer limosna buscan otros pobres para la hacer, en especial en las fiestas, lo cual en el tiempo pasado no se solía hacer, ni había quién mendigase, que el pobre y el enfermo allegábase a algún pariente o a la casa del principal señor, y allí se estaban pasando mucho trabajo, y algunos de ellos se morían allí sin hallar quién los consolase.

En esta provincia de Cuauhnauac había un hombre viejo de los principales del pueblo, que se llamaba Pablo, y en el tiempo que yo en aquella casa moré, todos le tenían por ejemplo. Y en la verdad era persona que ponía freno a los vicios y espuelas a la virtud. Éste continuaba mucho la iglesia, y siempre le veían las rodillas desnudas en tierra, y aunque era viejo y todo cano, estaba tan derecho y recio, y al parecer, como un mancebo. Pues perseverando este Pablo en su buen propósito, vínose a confesar generalmente, que entonces pocos se confesaban, y luego como se confesó adoleció de su postrera enfermedad, en la cual se tornó a confesar otras dos veces, e hizo testamento, en el cual mandó distribuir con los pobres algunas cosas. El cual hacer de testamento no se acostumbraba en esta tierra, sino que de-

jaban las casas y heredades a sus hijos, y el mayor, si era hombre, lo poseía y tenía cuidado de sus hermanos y hermanas, y yendo los hermanos creciendo, casándose el hermano mayor partía con ellos según tenía; y si los hijos eran por casar, entrábanse en la hacienda los mismos hermanos, digo en las heredades, y de ellas mantenían a sus sobrinos de la otra hacienda. Todas las mantas y ropas, los señores y principales después de traídas algunos días, que como son blancas y delgadas presto parecen viejas o se ensucian, guardábanlas; y cuando morían enterrábanlos con ellas, algunos con muchas, otros con pocas, cada uno conforme a quien era. También enterraban con los señores las joyas y piedras y oro que tenían. En otras partes dejábanlas a sus hijos, y si era señor, ya sabían según su costumbre cuál hijo había de heredar; señalaban, empero, algunas veces en la muerte el padre a algún hijo, cuál él quería, para que quedase y heredase el estado, y era luego obedecido. Esta era su manera de hacer testamento.

Cuando a la restitución que estos indios hacen, es muy de notar, porque restituyen los esclavos que tenían antes que fuesen cristianos, y los casan, y ayudan, y dan con qué vivan. Pero tampoco se sirven estos indios de sus esclavos con la servidumbre y trabajo que los españoles, porque los tienen casi como libres en sus estancias y heredades, adonde labran cierta parte para sus manos, y parte para sí, y tienen sus casas, y mujeres e hijos, de manera que no tienen tanta servidumbre que por ella se huyan y vayan de sus amos. Vendíanse y comprábanse estos esclavos entre ellos, y era costumbre muy usada; ahora como todos son cristianos, apenas se vende indio, antes muchos de los convertidos tornan a buscar a los que vendieron y los rescatan para darles libertad, cuando los pueden haber, y cuando no, hay muchos de ellos que restituyen el precio porque le vendieron.

Estando yo escribiendo esto, vino a mí un indio pobre y díjome: «Yo soy a cargo de ciertas cosas; ves aquí traigo un tejuelo de oro que valdrá la cantidad; dime

cómo y a quién lo tengo de restituir; y también vendí un esclavo días ha, y héle buscado y no le puedo descubrir; aquí tengo el precio de él: ¿bastará darlo a los pobres, o qué me mandas que haga?». Restituyen asimismo las heredades que poseían antes que se convirtiesen, sabiendo que no las pueden tener con buena conciencia, aunque las hayan heredado ni adquirido según sus antiguas costumbres forcibles, y las que son propias suyas y tienen con buen título, reservan a los *macehuales* o vasallos de muchas imposiciones y tributos que les solían llevar. Y los señores y principales procuran mucho que sus *macehuales* sean buenos cristianos y vivan en la ley de Jesucristo. Cumplen muy bien lo que les es mandado en penitencia, por grave cosa que sea, y muchos de ellos hay que si cuando se confiesan no les mandan que se azoten, que les pesa, y ellos mismos dicen al confesor: «¿Por qué no me mandas disciplinar?». Porque lo tienen por gran mérito, y así se disciplinan muchos de ellos todos los viernes de la Cuaresma, de iglesia en iglesia, y lo mismo hacen en tiempo de falta de agua, y de salud; y adonde yo creo más esto se usa es en esta provincia de Tlaxcala.

Capítulo VI

De cómo los indios se confiesan por figuras y caracteres y de lo que aconteció a dos mancebos indios en el artículo de la muerte.

Una cuaresma estando yo en Cholola, que es un gran pueblo cerca de la ciudad de los Angeles, eran tantos los que venían a confesarse, que yo no podía darles recado como yo quisiera; y díjeles: «Yo no tengo de confesar sino a los que trajeren sus pecados escritos y por figuras», que esto es cosa que ellos saben y entienden, porque esta era su escritura. Y no lo dije a sordos, porque luego comenzaron tantos a traer sus pecados escritos, que tampoco me podía valer, y ellos con una paja apuntando,

y yo con otra ayudándoles, se confesaban muy brevemente; y de esta manera hubo lugar de confesar a muchos, porque ellos lo traían tan bien señalado con caracteres y figuras, que poco más era menester y preguntarles de lo que ellos allí traían escrito o figurado. Y de esta misma manera se confesaban muchas mujeres de las indias que son casadas con españoles, mayormente en la ciudad de los Angeles, que después de México es la mejor de toda la Nueva España, como se dirá adelante en la tercera parte.

Este mismo día que esto escribo, que es Viernes de Ramos del presente año de 1537, falleció aquí en Tlaxcala un mancebo natural de Cholola llamado don Benito, el cual estando sano y bueno se vino a confesar, y desde a dos días adoleció en una casa lejos del monasterio; y dos días antes que muriese, estando muy malo, vino a esta casa, que cuando yo le vi me espanté, de ver cómo había podido allegar a ella, según su gran flaqueza, y me dijo que se venía a reconciliar porque se quería morir. Y después de confesado, descansando un poco, díjome que había sido llevado su espíritu al infierno, adonde de sólo el espanto había padecido mucho tormento. Y cuando me lo contaba temblaba del miedo que le había quedado, y díjome, que cuando se vio en aquel tan espantoso lugar, llamó a Dios demandándole misericordia, y que luego fue llevado a un lugar muy alegre, adonde le dijo un ángel: «Benito, Dios quiere haber misericordia de ti; ve y confiésate, y aparéjate muy bien, porque Dios manda que vengas a este lugar a descansar.»

Semejante cosa que ésta aconteció a otro mancebo natural de Chautenpa, que es una legua de Tlaxcala, llamado Juan, el cual tenía cargo de saber los niños que nacían en aquel pueblo, y el domingo recogerlos y llevarlos a bautizar; y como adoleciese de la enfermedad que murió, fue su espíritu arrebatado y llevado por unos negros, los cuales le llevaron por un camino muy triste y de mucho trabajo, hasta un lugar de muchos tormentos. Y queriendo los que lo llevaban echarle en ellos, comenzó a grandes voces a decir: «Santa María, Santa

María» (que es su manera de llamar a Nuestra Señora): «Señora, ¿por qué me echan aquí? ¿Yo no llevaba los niños a hacer cristianos, y los llevaba a la casa de Dios? ¿Pues en esto yo no serví a Dios y a vos, Señora mía? Pues Señora, valedme y sacadme de aquí, que de mis pecados yo me enmendaré.» Y diciendo esto fue sacado de aquel temeroso lugar, y vuelta su ánima al cuerpo. A esto, dice la madre, que le tenía por muerto aquel tiempo que estuvo sin espíritu. Todas estas cosas de grande admiración dijo aquel mancebo Juan llamado, el cual murió de la misma enfermedad, aunque duró algunos días doliente. Muchos de estos convertidos han visto y cuentan diversas revelaciones y visiones, las cuales visto la sinceridad y simpleza con que las dicen, parece que es verdad. Mas porque podría ser el contrario, yo no las escribo, ni las afirmo, ni las repruebo, y también porque de muchos no sería creído.

El Santísimo Sacramento se daba en esta tierra a muy pocos de los naturales, sobre lo cual hubo diversas opiniones y pareceres de letrados, hasta que vino una bula del Papa Paulo III, por la cual, vista la información que se le hizo, mandó que no se les negase, sino que fuesen admitidos como los otros cristianos.

En Huexuzinco, en el año 1528, estando un mancebo llamado Diego, criado en la casa de Dios, hijo de Miguel, hermano del señor del lugar; estando aquel hijo suyo enfermo, después de confesado demandó el Santísimo Sacramento muchas veces con mucha importunación, y como disimulasen con él no se le queriendo dar, vinieron a él dos frailes en hábito de San Francisco y comulgáronle, y luego desaparecieron, y el Diego enfermo quedó muy consolado. Y entrando luego su padre a darle de comer, respondió el hijo diciendo que ya había comido lo que él más deseaba, y que no quería comer más, que estaba satisfecho. El padre maravillado preguntóle, que ¿quién le había dado de comer? Respondió el hijo: «¿No viste aquellos dos frailes que de aquí salieron ahora? Pues aquellos me dieron lo que yo deseaba y tantas veces había pedido». Y luego desde a poco falleció.

Muchos de nuestros españoles son tan escrupulosos que piensan que aciertan en no comulgar, diciendo que no son dignos, en lo cual gravemente yerran y se engañan, porque si por merecimientos hubiese de ser, ni los ángeles, ni los santos bastarían. Mas quiere Dios que baste que te tengas por indigno, confesándote y haciendo lo que es en ti; y el cura que lo tal niega al que lo pide, pecaría mortalmente.

Capítulo VII

De a donde comenzó en la Nueva España el sacramento del matrimonio, y de la gran dificultad que hubo en que los indios dejasen las muchas mujeres que tenían.

El sacramento del matrimonio en esta tierra de Anáhuac, o Nueva España, se comenzó en Tezcuco. En el año de 1526, domingo 14 de octubre, se desposó pública y solemnemente don Hernando, hermano del señor de Tezcuco, con otros siete compañeros suyos, criados todos en la casa de Dios. Y para esta fiesta llamaron de México, que son cinco leguas, a muchas personas honradas, para que les honrasen y festejasen sus bodas, entre los cuales vinieron Alfonso de Avila y Pedro Sánchez Farfán con sus mujeres, y trajeron otras personas honradas que ofrecieron a los novios a la manera de España, y les trajeron buenas joyas, y trajeron también mucho vino, que fue la joya con que más todos se alegraron. Y porque estas bodas habían de ser ejemplo de toda la Nueva España, veláronse muy solemnemente, con las bendiciones y arras y anillos, como lo manda la Santa Madre Iglesia. Acabada la misa, los padrinos con todos los señores y principales del pueblo, que Tezcuco fue muy gran cosa en la Nueva España, llevaron sus ahijados al palacio o casa del señor principal, yendo delante muchos cantando y bailando; y después de comer hicieron muy gran *netotlilizth* o baile. En aquel tiempo ayuntábanse a un baile de éstos mil y dos mil indios. Dichas

las vísperas, y saliendo al patio adonde bailaban, estaba el tálamo bien aderezado, y allí delante de los novios ofrecieron al uso de Castilla los señores y principales parientes del novio, ajuar de casa y atavíos para sus personas; y el marqués del Valle mandó a un criado que allí tenía que ofreciese en su nombre, el cual ofreció muy largamente.

Pasaron tres o cuatro años que no se velaban, sino los que se criaban en la casa de Dios, sino que todos estaban con las mujeres que querían, y había algunos que tenían hasta doscientas mujeres, y de allí abajo cada uno tenía las que quería. Y para esto, los señores y principales robaban todas las mujeres, de manera que cuando un indio común se quería casar apenas hallaba mujer. Y queriendo los religiosos españoles poner remedio en esto, no hallaban manera para lo poder hacer, porque como los señores tenían las más mujeres, no las querían dejar, ni ellos se las podían quitar, ni bastaba ruegos ni amenazas, ni sermones, ni otra cosa que con ellos se hiciese, para que dejadas todas se casasen con una sola en faz de la Iglesia. Y respondían que también los españoles tenían muchas mujeres, y si les decíamos que las tenían para su servicio, decían que ellos también las tenían para lo mismo; y así, aunque estos indios tenían muchas mujeres con quien según su costumbre eran casados, también las tenían por manera de granjería, porque las hacían a todas tejer y hacer mantas y otros oficios de esta manera, hasta que ya ha placido a Nuestro Señor que de su voluntad de cinco a seis años a esta parte comenzaron algunos a dejar la muchedumbre de mujeres que tenían y a contentarse con una sola, casándose con ella como lo manda la Iglesia. Y con los mozos que de nuevo se casan son ya tantos, que hinchen las iglesias, porque hay días de desposar cien pares, y días de doscientos y de trescientos y días de quinientos; y como los sacerdotes son tan pocos reciben mucho trabajo, porque acontece un sólo sacerdote tener muchos que bautizar y confesar, y desposar, y velar, y predicar, y decir misa, y otras cosas que no puede dejar. En

otras partes he yo visto que a una parte están unos examinando casamientos, otros enseñando los que se tienen de bautizar, otros que tienen cargo de los enfermos, otros de los niños que nacen, otros de diversas lenguas e intérpretes que declaran a los sacerdotes las necesidades con que los indios vienen, otros que proveen para celebrar las fiestas de las parroquias y pueblos comarcanos, que por quitarles y desarraigarles las fiestas viejas celebran con solemnidad, así de oficios divinos, y en la administración de los sacramentos, como con bailes y regocijos; y todo es menester hasta desarraigarlos de las malas costumbres con que nacieron.

Mas tornando al propósito, y para que se entienda el trabajo que los sacerdotes tienen, diré cómo se ocupó un sacerdote, que estando yo escribiendo esto, vinieron a llamar de un pueblo una legua de Tlaxcala, que se dice Santa Ana de Chautenpa, para que confesase ciertos enfermos y también para bautizar. Allegado el fraile halló más de treinta enfermos para confesar, y doscientos pares que desposar, y muchos que bautizar, y un difunto que enterrar, y también tenía de predicar al pueblo que estaba ayuntado. Bautizó este fraile aquel día entre chicos y grandes mil quinientos, poniéndoles a todos óleo y crisma, y confesó en este mismo día quince personas, aunque era una hora de noche y no había acabado. Esto no le aconteció a este solo sacerdote, sino a todos los que acá están, que se quieren dar a servir a Dios y a la conversión y salud de las ánimas de los indios; esto acontece muy ordinariamente.

En Xupanzinco, que es un pueblo de harta gente, con una legua a la redonda que todo es bien poblado, en domingo ayuntáronse todos para oír la misa y desposáronse así antes de misa como después por todo el día, cuatrocientos cincuenta pares, y bautizáronse más de setecientos niños y quinientos adultos. A la misa del domingo se velaron doscientos pares, y el lunes adelante se desposaron ciento cincuenta pares, y los más de éstos se fueron a Tecoac, tras los frailes. Y éstos todos lo hacen ya de su propia voluntad, sin parecer que re-

ciben ningún trabajo ni pesadumbre. En Tecoac se bautizaron otros quinientos, y se desposaron doscientos cuarenta pares, y luego el martes se bautizaron otros ciento y se desposaron cien pares. La vuelta fue por otros pueblos a do se bautizaron muchos, y hubo día que se desposaron más de setecientos cincuenta pares; y en esta casa de Tlaxcala y en otra, se desposaron en un día más de mil pares, y en los otros pueblos era de la misma manera, porque en este tiempo fue el fervor de casarse los indios naturales con una sola mujer; y ésta tomaban, aquella con quien estando en su gentilidad primero habían contraído matrimonio.

Para no errar ni quitar a ninguno su legítima mujer, y para no dar a nadie, en lugar de mujer, manceba, había en cada parroquia quien conocía a todos los vecinos, y los que se querían desposar venían con todos sus parientes, y venían todas sus mujeres, para que todas hablasen y alegasen en su favor, y el varón tomase la legítima mujer, y satisficiese a las otras, y les diese con que se alimentasen y mantuviesen los hijos que les quedaban. Era cosa de ver verlos venir, porque muchos de ellos traían un hato de mujeres y hijos como de ovejas, y despedidos los primeros venían otros indios que estaban muy instructos en el matrimonio y en la práctica del árbol de la consanguinidad y afinidad. A éstos llamaban los españoles licenciados, porque lo tenían tan entendido como si hubieran estudiado sobre ello muchos años. Estos platicaban con los frailes los impedimentos; las grandes dificultades, después de examinadas y entendidas, enviábanlas a los señores obispos y a sus provisores, para que los determinasen; porque todo ha sido bien menester, según las contradicciones que ha habido, que no han sido menores ni menos que las del bautismo.

De estos indios se han visto muchos con propósito y obra determinados de no conocer otra mujer sino la con quien legítimamente se han casado después que se convirtieron, y también se han apartado del vicio de la embriaguez y hanse dado tanto a la virtud y a el

servicio de Dios, que en este año pasado de 1536 salieron de esta ciudad de Tlaxcala dos mancebos indios confesados y comulgados, y sin decir nada a nadie se metieron por la tierra adentro más de cincuenta leguas, a convertir y enseñar a otros indios. Y allá anduvieron padeciendo hartos trabajos y hicieron mucho fruto, porque dejaron enseñado todo lo que ellos sabían y puesta la gente en razón para recibir la palabra de Dios, y después son vueltos, y hoy día están en esta ciudad de Tlaxcala. Y de esta manera han hecho otros algunos en muchas provincias y pueblos remotos, adonde por sola la palabra de éstos han destruido sus ídolos, y levantado cruces, y puesto imágenes, adonde rezan eso poco que les han enseñado.

Como yo vi en este mismo año que salí a visitar cerca de cincuenta leguas de aquí de Tlaxcala hacia la costa del norte, por tan áspera tierra y tan grandes montañas, que en partes entramos mi compañero y yo adonde para salir hubimos de subir sierra de tres leguas en alto. Y la una legua iba por una esquina de una sierra, que a las veces subimos por unos agujeros en que poníamos las puntas de los pies, y unos bejucos o sogas en las manos; y éstos no eran diez o doce pasos, mas uno pasamos de esta manera, de tanta altura como una alta torre. Otros pasos muy ásperos subimos por escaleras, y de éstas había nueve o diez; y hubo una que tenía diez y nueve escalones, y las escaleras eran de un palo sólo, hechas unas concavidades, cavado un poco en el palo, en que cabía la mitad del pie, sogas en las manos. Subimos temblando de mirar abajo, porque era tanta la altura que se desvanecía la cabeza; y aunque quisiéramos volver por otro camino, no podíamos porque después que entramos en aquella tierra había llovido mucho, y habían crecido los ríos, que eran muchos y muy grandes. Aunque por esta tierra tampoco faltaban, mas los indios nos pasaban algunas veces en balsas, y otras atravesada una larga soga y a volapié la soga en la mano. Uno de estos ríos es el que los españoles llamaron el río de Almería, el cual es un río muy poderoso.

En este tiempo está la yerba muy grande, y los caminos tan cerrados que apenas parecía una pequeña senda, y éstas las más veces allega la yerba de la una parte a la otra a cerrar, y por debajo iban los pies sin poder ver el suelo. Y había muy crueles víboras, que aunque en toda esta Nueva España hay más y mayores que en Castilla, las de la tierra fría son menos ponzoñosas, y los indios tienen muchos remedios contra ellas; pero por esta tierra que digo son tan ponzoñosas que al que muerden no allega a veinte y cuatro horas. Y como íbamos andando nos decían los indios: aquí murió uno, allí otro y acullá otro, de mordedura de víboras; y todos los de la compañía iban descalzos; aunque Dios por su misericordia nos pasó a todos sin lesión ni embarazo ninguno.

Toda esta tierra que he dicho es habitable por todas partes, así en lo alto como en lo bajo, aunque en otro tiempo fue mucho más poblada, que ahora está muy destruida.

En este mismo año vinieron los señores de Tepeutila al monasterio de Santa María de la Concepción de Teoacan, que son veinte y cinco leguas, movidos de su propia voluntad; y trajeron gente de toda su tierra, los cuales fueron tantos, que causaron admiración a los españoles y naturales, y en ver de adónde venían y por dónde pasaban.

Capítulo VIII [13]

De las muchas supersticiones y hechicerías que tenían los indios, y de cuán aprovechados están en la fe.

No se contentaba el demonio con el servicio que esta gente le hacía adorándole en los ídolos, sino que

[13] Antes de este capítulo habría que poner, según la indicación de Motolinía, el capítulo XX del tercer Tratado. No lo hacemos para conservar al texto su carácter de obra *in fieri*.

también los tenía ciegos en mil maneras de hechicerías y ceremonias supersticiosas. Creían en mil agüeros y señales, y mayormente tenían gran agüero en el búho, y si le oían graznir o aullar sobre la casa que se asentaba, decían que muy presto había de morir alguno de aquella casa; y casi lo mismo tenían de las lechuzas y mochuelos y otras aves nocturnas; también si oían graznir un animalejo que ellos llaman *cuzatlh* le tenían por señal de muerte de alguno. Tenían también agüero en encuentros de culebras y alacranes, y de otras muchas sabandijas que se mueven sobre la tierra. Tenían también que la mujer que paría dos de un vientre, lo cual en esta tierra acontece muchas veces, que el padre o la madre de los tales había de morir. Y el remedio que el cruel demonio les daba era que mataban uno de los mielgos, y con esto creían que ni moriría el padre ni la madre, y muchas veces lo hacían. Cuando temblaba la tierra a donde había alguna mujer preñada, cubrían de presto las ollas o quebrábanlas porque no moviese, y decían que el temblor de la tierra era señal que se habían presto de gastar y acabar el maíz de las trojes. En muchas partes de esta tierra tiembla muy a menudo la tierra, como es en Tecoatepec, que en medio año que allí estuve tembló muchas veces, y mucho más me dicen que tiembla en Cuautimala. Si alguna persona enfermaba de calenturas recias, tomaban por remedio hacer un perrillo de masa de maíz, y poníanle sobre una penca de maguey y luego de mañanica sácanle a un camino; y dicen que el primero que pasa lleva el mal apegado en los zancajos, y con esto quedaba el paciente muy consolado.

Tenían también libros de sueños y de lo que significaban, todo puesto por figuras y caracteres, y había maestros que los interpretaban, y lo mismo tenían de los casamientos.

Cuando alguna persona perdía alguna cosa hacían ciertas hechicerías, con unos granos de maíz, y miraban en un lebrillo o vasija de agua, y allí decían que veían al que lo tenía, y la casa adonde estaba, y allí también

decían que veían si el que estaba ausente era muerto o vivo. Para saber si los enfermos eran de vida tomaban un puñado de maíz de lo más grueso que podían haber y echábanlo como quien echa unos dados, y si algún grano quedaba enhiesto, tenían por cierta la muerte del enfermo. Tenían otras muchas y endiabladas hechicerías e ilusiones con que el demonio los traía engañados, las cuales han ya dejado, en tanta manera, que a quien no lo viere no lo podrá creer la gran cristiandad y devoción que mora en todos estos naturales, que no parece sino que a cada uno le va la vida en procurar de ser mejor que su vecino ni conocido; y verdaderamente hay tanto que decir y tanto que contar de la buena cristiandad de estos indios, que de sólo ello se podría hacer un buen libro. Plega a Nuestro Señor los conserve y dé gracia para que perseveren en su servicio, y en tan santas y buenas obras como han comenzado.

Han hecho los indios muchos hospitales adonde curan los enfermos y pobres y de su pobreza los proveen abundantemente, porque como los indios son muchos, aunque dan poco, de muchos pocos se hace mucho, y más siendo continuo, de manera que los hospitales están bien proveídos; y cómo ellos saben servir tan bien que parece que para ello nacieron, no les falta nada, y de cuando en cuando van por toda la provincia a buscar los enfermos. Tienen sus médicos, de los naturales experimentados, que saben aplicar muchas yerbas y medicinas, que para ello basta; y hay algunos de ellos de tanta experiencia, que muchas enfermedades viejas y graves, que han padecido españoles largos días sin hallar remedio, estos indios las han sanado.

En esta ciudad de Tlaxcala hicieron en el año de 1537 un solemne hospital, con su cofradía para servir y enterrar los pobres, y para celebrar las fiestas, el cual hospital se llama la Encarnación, y para aquel día estaba acabado y aderezado, y yendo a él con solemne procesión, por principio y estreno, metieron en el nuevo hospital ciento y cuarenta enfermos y pobres, y el día

siguiente de Pascua de flores fue muy grande la ofrenda que el pueblo hizo, así de maíz y frijoles, ají, ovejas y puercos, y gallinas de la tierra, que son tan buenas que dan tres y cuatro gallinas de las de España por una de ellas. De éstas ofrecieron ciento y cuarenta y de las de Castilla, infinitas; y ofrecieron mucha ropa, y cada día ofrecen y dan mucha limosna, tanto, que aunque no ha más de siete meses que está poblado, vale lo que tiene en tierras y ganado cerca de mil pesos de oro y crecerá mucho, porque como los indios son recién venidos a la fe hacen muchas limosnas. Y entre ellas diré lo que he visto, que en el año pasado en sola esta provincia de Tlaxcala ahorraron los indios más de veinte mil esclavos, y pusieron grandes penas que nadie hiciese esclavo, ni le comprase ni vendiese; porque la ley de Dios no lo permite.

Cada tercero día después de dicha la misa se dice la doctrina cristiana, y los domingos y fiestas, de manera que casi chicos y grandes saben no sólo los mandamientos, sino todo lo que son obligados a creer y guardar; y como lo traen tan por costumbre, viene de aquí el confesarse a menudo, y aun hay muchos que no se acuestan con pecado mortal, sin primero le manifestar a su confesor; y algunos hay que hacen votos de castidad, otros de religión, aunque a esto les van mucho a la mano, por ser aún muy nuevos y no les quieren dar el hábito. Y esto es por quererlos probar antes de tiempo, porque el año de 1527 dieron el hábito a tres o cuatro mancebos y no pudieron prevalecer en él, y ahora son vivos y casados y viven como cristianos, y dicen que entonces no sintieron lo que hacían, que si ahora fuera que no volvieran atrás aunque supieran morir. Y a este propósito contaré de uno que el año pasado hizo voto de ser fraile.

Un mancebo llamado don Juan, señor principal y natural de un pueblo de la provincia de Michuacán, que en aquella lengua se llama Tarecato, y en la de México, Tepeoacán; este mancebo, leyendo en la vida de San Francisco que en su lengua estaba traducida, tomó tanta

devoción que prometió de ser fraile, y porque su voto no se le imputase a liviandad, perseverando en su propósito vistióse de sayal grosero, y dio libertad a muchos esclavos que tenía y predicóles y enseñóles los mandamientos y lo que él más sabía, y díjoles que si él hubiera tenido conocimiento de Dios y de sí mismo, que antes los hubiera dado libertad, y que de allí adelante supiesen que eran libres y que les rogaba que se amasen unos a otros y que fuesen buenos cristianos, y que si lo hacían así los tendría por hermanos. Y hecho esto, repartió las joyas y muebles que tenía y renunció el señorío y demandó muchas veces el hábito en Michuacán, que son cuarenta leguas de aquella parte de México, y como allá no se le quisiesen dar, vínose a México, y allí le tornó a pedir, y como no se le quisiesen dar, fuese al obispo de México, el cual vista su habilidad y buena intención, se le diera si pudiera, y le amaba mucho y trataba muy bien. Y él perseverando con su capotillo de sayal, venida la Cuaresma se tornó a su tierra, por oír los sermones en su lengua y confesarse; y después de Pascua tornó al capítulo que se hizo en México, perseverando siempre en su demanda, y lo que se le otorgó fue, que con el mismo hábito que traía anduviese entre los frailes, y que si les pareciese tal su vida, que le diesen el hábito. Este mancebo como era señor y muy conocido ha sido gran ejemplo a toda la provincia de Michuacán, que es muy grande y muy poblada, adonde ha habido grandes minas de todos metales.

Algunos de estos naturales han visto, al tiempo de alzar la hostia consagrada, unos un niño muy resplandeciente, otros a Nuestro Redentor crucificado, con gran resplandor, y esto muchas veces. Y cuando lo ven no pueden estar sin caer sobre su faz, y quedan muy consolados. Asimismo han visto sobre un fraile que les predicaba una corona muy hermosa, que una vez parece de oro y otra vez parece de fuego; otras personas han visto en la misa, sobre el Santísimo Sacramento, un globo o llama de fuego. Una persona que venía muy de mañana a la iglesia, hallando la puerta cerrada una mañana,

levantó los ojos al cielo y vio que el cielo se abría, y por aquella abertura le pareció que estaba dentro muy hermosa cosa; y esto vio dos días. Todas estas cosas supe de personas dignas de fe, y los que las vieron son de muy buen ejemplo y que frecuentan los sacramentos. No sé a qué lo atribuya, sino que Dios se manifiesta a estos simplecitos porque lo buscan de corazón y con limpieza de sus ánimas, como Él mismo se lo promete.

Capítulo IX

Del sentimiento que hicieron los indios cuando les quitaron los frailes, y de la diligencia que tuvieron para que se los diesen; y de la honra que hacen a la señal de la cruz.

En el capítulo que los frailes menores celebraron en México en el año de 1538, a 19 días del mes de mayo, que fue la domínica cuarta después de Pascua, se ordenó por la falta que había de frailes, que algunos monasterios cercanos de otros no fuesen conventos, sino que de otros fuesen proveídos y visitados. Esto fue luego sabido por los indios de otra manera, y era que les dijeron que del todo los dejaban sin frailes; y como se leyó la tabla del capítulo, que la estaban esperando los indios que los señores tenían puestos como en postas para saber a quién les daban por guardián o predicador que los enseñe, y como para algunas casas no se nombraron frailes, sino que de otras se proveyesen, una de las cuales fue Xuchimilco, que es un gran pueblo en la laguna dulce, cuatro leguas de México, y aunque se leyó la tabla un día muy tarde, luego por la mañana otro día lo sabían todos los de aquel lugar. Y tenían en su monasterio tres frailes, y júntase todo el pueblo y entran en el monasterio, en la iglesia, que no es pequeña, y quedaron muchos de fuera del patio que no cupieron, porque dicen que eran más de diez mil ánimas, y pónense todos de rodillas delante del Santísimo Sacramento, y

comienzan a clamar y a rogar a Dios que no consintiese que quedasen desamparados, pues los había hecho tanta merced de traerlos a su conocimiento; con otras muchas palabras muy lastimeras y de compasión, cada uno las mejores que su deseo y necesidad les dictaba; y esto era con grandes voces, y lo mismo hacían los del patio. Y como los frailes vieron el grande ayuntamiento, y que todos lloraban y los tenían en medio, lloraban también sin saber por qué, porque aún no sabían lo que en el capítulo se había ordenado, y por mucho que trabajaban en consolarlos, era tanto el ruido, que ni los unos ni los otros no se podían entender. Duró esto todo el día entero, que era un jueves, y siempre recreciendo más gente; y andando la cosa de esta manera acordaron algunos de ir a México, y ni los que iban ni los que quedaban se acordaban de comer. Los que fueron a México allegaron a hora de misa, y entraron en la iglesia de San Francisco con tanto ímpetu, que espantaron a los que en ella se hallaron, e hincándose de rodillas delante del Santísimo decían cada uno lo que mejor le parecía que convenía, y llamaban a Nuestra Señora para que les ayudase, otros a San Francisco y otros santos, con tan vivas lágrimas, que dos o tres veces que entré en la capilla y sabida la causa quedé fuera de mí espantado, e hiciéronme llorar en verlos tan tristes, y aunque yo y otros frailes los queríamos consolar, no nos querían oír, sino decíannos: «Padres nuestros, ¿por qué nos desamparáis ahora, después de bautizados y casados? Acordaos que muchas veces nos decíades, que por nosotros habíades venido de Castilla, y que Dios os había enviado. Pues si ahora nos dejáis, ¿a quién iremos?, que los demonios otra vez nos querrán engañar, como solían y tornaremos a su idolatría». Nosotros no les podíamos responder por el mucho ruido que tenían, hasta que hecho un poco de silencio les dijimos la verdad de lo que pasaba, cómo en el capítulo se había ordenado, consolándolos lo mejor que pudimos, y prometiéndoles de no les dejar hasta la muerte. Muchos españoles que se hallaron presentes estaban maravillados;

y otros que oyeron lo que pasaba vinieron luego, y vieron lo que no creían, y volvían maravillados de ver la armonía que aquella pobre gente tenía con Dios y con su Madre, y con los santos, porque muchos de los españoles están incrédulos en esto de la conversión de los indios, y otros como si morasen mil leguas de ellos no saben ni ven nada, por estar demasiadamente intentos y metidos en adquirir el oro que vinieron a buscar, para en teniéndolo volverse con ello a España. Y para mostrar su concepto, es siempre su ordinario juramento, «Así Dios me lleve a España». Pero los nobles y caballeros virtuosos y cristianos, muy edificados están de ver la buena conversión de estos indios naturales. Estuvieron los indios de la manera que está dicha, hasta que salimos de comer a dar gracias, y entonces el provincial consolándolos muchos, les dio dos frailes, para que fuesen con ellos; con los cuales fueron tan contentos y tan regocijados, como si les hubiesen dado a todo el mundo.

Cholola era una de las casas adonde también quitaban los guardianes; y aunque está de México casi a veinte leguas, supiéronlo en breve tiempo y de la manera que los de Xuchimilco, y lo primero que hicieron fue juntarse todos e irse al monasterio de San Francisco con las mismas lágrimas y alboroto, que en la otra parte habían hecho, y no contentos con esto vanse para México, y no tres o cuatro, sino ochocientos de ellos, y aun algunos decían que eran más de mil, y allegan con gran ímpetu y no con poca agua, porque llovía muy recio, a San Francisco de México, y comienzan a llorar y a decir: «que se compadeciesen de ellos y de todos los que quedaban en Cholola, y que no les quitasen los frailes; y que si ellos por ser pecadores no lo merecían, que lo hiciesen por muchos niños inocentes que se perderían si no tuviesen quién les doctrinase y enseñase la ley de Dios»; y con esto decían otras muchas y muy buenas palabras, que bastaron a alcanzar lo que demandaban.

Y porque la misericordia de Dios no dejase de alcanzar a todas partes, como siempre lo hizo, hace y hará, y más adonde hay más necesidad, proveyó que andando

la cosa de la manera que está dicho, vinieron de España veinte y cinco frailes, que bastaron para suplir la falta que en aquellas casas había y no sólo esto, pero cuando el general de la orden de los menores no quería dar frailes, y todos los provinciales de la dicha orden estorbaban que no pasasen acá ningún fraile, y así casi cerrada la puerta de toda esperanza humana, inspiró Dios en la Emperatriz doña Isabel, que es en gloria, y mandó que viniesen de España más de cien frailes, aunque de ellos no vinieron sino cuarenta; los cuales hicieron mucho fruto en la conversión de estos naturales o indios.

En México, en el año de 1528, la justicia sacó a un hombre del monasterio de San Francisco por fuerza, y por causa tan liviana, que aunque le prendieran en la plaza, se librara, si le quisieran oír por su juicio con procurador y abogado, porque sus delitos eran ya viejos y estaba libre de ellos; mas como no le qusieron oír fue justiciado [14]. Y antes de esto había la justicia sacado del mismo monasterio otros tres o cuatro, con mucha violencia, quebrantando el monasterio; y los delitos de éstos no merecían muerte, y sin los oír fueron justiciados, ni casi darles lugar para que se confesasen, siendo contra derecho divino y humano; y ni por estas muertes ni por la ya dicha la justicia nunca hizo penitencia ni satisfacción ninguna a la Iglesia, ni a los difuntos, sino que los absolvieron a reincidencia, o no sé cómo; aunque Dios no ha dejado sin castigo a alguno de ellos, y yo lo he bien notado, y así hará a los demás si no se humillaren, porque un idiota los absolvió, sin que penitencia se haya visto por tan enorme pecado público, y por estas causas y por otras de esta calidad el prelado de los frailes sacó los frailes del monasterio de San Francisco de México, y consumieron el Santísimo Sacramento y descompusieron los altares, sin que por ello respondiesen ni lo sintiesen los españoles vecinos que eran de

[14] En torno a este grave episodio ocurrido en tiempos de la primera Audiencia cfr. los estudios citados de G. Baudot, y nuestra Introducción.

México, no teniendo razón de lo hacer, porque los frailes franciscanos fueron sus capellanes y predicadores en la conquista, y tres frailes de muy buena vida y de muy grande ejemplo murieron en Tezcuco antes que se habitase México, y los que quedaron perseveraron siempre en su compañía. San Francisco fue la primera iglesia de toda esta tierra, y adonde primero se puso el sacramento, y siempre han predicado a los españoles y a sus indios, y éstos son los que descargan sus conciencias, porque con esta condición les da el rey los indios. Y con todo esto estuvo San Francisco de México sin frailes y sin sacramento más de tres meses, que apenas hubo sentimiento en los cristianos viejos, y si lo tuvieron callaron por el temor de la justicia; y los recién convertidos, porque no les quitasen el sacramento y sus maestros que les enseñaban y doctrinaban, hicieron lo que está dicho. .

Está tan ensalzada la señal de la cruz por todos los pueblos y caminos, que se dice que ninguna parte de la cristiandad está más ensalzada, ni adonde tantas ni tales ni tan altas cruces haya; en especial las de los patios de las iglesias son muy solemnes, las cuales cada domingo y cada fiesta adornan con muchas rosas y flores, y espadañas y ramos. En las iglesias y en los altares las tienen de oro y de plata, y pluma, no macizas, sino de hoja de oro y plata sobre palo. Otras muchas cruces se han hecho y hacen en piedras de turquesas, que en esta tierra hay muchas, aunque sacan pocas de tumbo, sino llanas, éstas, después de hecha la talla de la cruz, o labrada en palo, y puesto un fuerte betún o engrudo, y labradas aquellas piedras, van con fuego sutilmente ablandando el engrudo y asentando las turquesas hasta cubrir toda la cruz y entre estas turquesas asientan otras piedras de otros colores. Estas cruces son muy vistosas, y los lapidarios las tienen en mucho, y dicen que son de mucho valor. De una piedra blanca, transparente y clara hacen también cruces, con sus pies, muy bien labrados; de éstas sirven de portapaces en los altares, porque las hacen del grandor de un palmo o poco mayores. Casi en todos los retablos pintan en el medio la imagén del crucifijo. Hasta ahora

que no tenían oro batido, y en los retablos, que no son pocos, ponían a las imágenes diademas de hoja de oro. Otros crucifijos hacen de bulto, así de palo como de otros materiales, y hacen de manera que aunque el crucifijo sea tamaño coo un hombre, le levantara un niño del suelo con una mano. Delante de esta señal de la cruz han acontecido algunos milagros, que dejo de decir por causa de brevedad; mas digo que los indios la tienen con tanta veneración, que muchos ayunan los viernes y se abstienen aquel día de tocar a sus mujeres, por devoción y reverencia de la cruz.

Los que con temor y por fuerza daban sus hijos para que los enseñasen y doctrinasen en la casa de Dios, ahora vienen rogando para que los reciban y los amuestren la doctrina cristiana y cosas de la fe; y son ya tantos los que se enseñan, que hay algunos monasterios adonde se enseñan trescientos y cuatrocientos y seiscientos, y hasta de mil de ellos, según son los pueblos y provincias; y son tan dociles y mansos, que más ruido dan diez de España que mil indios. Sin los que se enseñan aparte en las salas de las casas, que son hijos de personas principales, hay otros muchos de los hijos de gente común y baja, que los enseñan en los patios, porque los tienen puestos en costumbre, de luego de mañana cada día oír misa, y luego enseñarles un rato. Y con esto vanse a servir y ayudar a sus padres, y de éstos salen muchos que sirven las iglesias y después se casan y ayudan a la cristiandad por todas partes.

En estas partes es costumbre general que en naciendo un hijo o hija le hacen una cuna pequeñita de palos delgados como jaula de pájaros, en que ponen los niños en naciendo, y en levantándose la madre, le lleva sobre sus hombros a la iglesia o doquiera que va, y desde que llega a cinco o seis meses, pónenlos desnuditos *inter scapulas,* y échanse una manta encima con que cubre su hijuelo, dejándole la cabeza de fuerza, y ata la manta a sus pechos la madre, y así anda con ellos por los caminos y tierras a doquiera que van, y allí se van durmiendo como en buena cama. Y hay de ellos que así a cuestas, de los

pueblos que se visitan de tarde en tarde, los llevan a bautizar; otros en naciendo o pasados pocos días, y muchas veces los traen en acabando de nacer; y el primer manjar que gustan es la sal que les ponen en el bautismo, y antes es lavado en el agua del Espíritu Santo que guste de la leche de su madre ni de otra. Porque en esta tierra es costumbre tener los niños un día natural sin mamar, y después pónenle la teta en la boca, y como está con apetito y gana de mamar, mama sin que haya menester quien lo amamante, ni miel para paladearle. Y le envuelven en pañales pequeños, bien ásperos y pobres, armándole del trabajo al desterrado hijo de Eva que nace en este valle de lágrimas y viene a llorar.

Capítulo X

De algunos españoles que han tratado mal a los indios, y del fin que han habido; y pónese la conclusión de la segunda parte.

Hase visto por experiencia en muchos y muchas veces, los españoles que con estos indios han sido crueles, morir malas muertes y arrebatadas, tanto que se trae ya por refrán: «El que con los indios es cruel, Dios lo será con él». Y no quiero contar crueldades, aunque sé muchas, de ellas vistas y de ellas oídas, mas quiero decir algunos castigos que Dios ha dado a algunas personas que trataban mal a sus indios. Un español que era cruel con los indios, yendo por un camino con indios cargados, y allegando en medio del día por un monte, iba apaleando los indios que iban cargados, llamándolos perros, y no cesando de apalearlos, y perros acá y perros acullá; a esta sazón sale un tigre y apaña al español, y llévale atravesado en la boca y métese en el monte, y cómesele; y así el cruel animal libró a los mansos indios de aquél que cruelmente los trataba.

Otro español que venía del Perú, de aquella tierra adonde se ha bien ganado el oro, y traía muchos *tame-*

mes, que son indios cargados, y había de pasar un despoblado, y dijéronle: «Mira que no durmáis en tal parte que hay leones y tigres encarnizados»; y él pensando más en su codicia y en hacer andar los indios demasiadamente, y que con ellos se escudaría, fueles forzado dormir en el campo, y él comenzó a llamar perros a los indios y que todos lo cercasen, y él echado en medio. A la medianoche vino el león o el tigre, y entra en medio de todos y saca al español y allí cerca le comió. Semejante aconteció a otro calpixque o estanciero que llevaba ciento cincuenta indios cargados, y él tratándolos mal y apaleándolos; paró una noche a dormir en el campo, y llegó el tigre y sacóle de en medio de todos los indios y se lo comió. Y yo estuve luego cerca del lugar a donde fue comido.

Tienen estos indios en grandísima reverencia el santo nombre de Jesús contra las tentaciones del demonio, que han sido muy muchas veces las que los demonios han puesto las manos en ellos queriéndolos matar, y nombrando el nombre de Jesús son dejados. A muchos se les ha parecido el demonio muy espantoso y diciéndoles con mucha furia: «¿Por qué no me servís?, ¿Por qué no me llamáis?, ¿Por qué no me honráis como solíades? ¿Por qué me habéis dejado?, ¿Por qué te has bautizado?». Y éstos llamando y diciendo: «Jesús, Jesús, Jesús», son librados, y se han escapado de sus manos, y algunos han salido muy maltratados y heridos de sus manos, quedándoles bien qué contar. Y así el nombre de Jesús es conhorte y defensa contra todas las astucias de nuestro adversario el demonio; y ha Dios manifestado su benditísimo nombre en los corazones de esta gente, que lo muestran con señales de fuera, porque cuando en el Evangelio se nombra a Jesús, hincan muchos indios ambas las rodillas en tierra, y lo van tomando muy en costumbre, cumpliendo con lo que dice San Pablo.

También derrama Dios la virtud de su amantísimo nombre tanto, que aun por las partes aún no conquistadas, y adonde nunca clérigo, ni fraile, ni español ha entrado, está este santísimo nombre pintado y reveren-

ciado. Está en esta tierra tan multiplicado, así escrito como pintado en las iglesias y templos, de oro y de plata, y de pluma y oro, de todas estas maneras muy gran número; y por las casas de los vecinos, y por otras muchas partes lo tienen entallado de palo con su festón, y cada domingo y fiesta lo enrosan y componen con mil maneras de rosas y flores.

Pues concluyendo con esta segunda parte digo: ¿que quién no se espantará viendo las nuevas maravillas y misericordias que Dios hace con esta gente? Y ¿por qué no se alegrarán los hombres de la tierra delante cuyos ojos Dios hace estas cosas, y más los que con buena intención vinieron y conquistaron tan grandes provincias como son éstas, para que Dios fuese en ellas conocido y adorado? Y aunque algunas veces tuviesen codicia de adquirir riquezas, de creer es que sería accesoria y remotamente. Pero a los hombres que Dios dotó de razón, y se vieron en tan grandes necesidades y peligros de muerte, tantas y tantas veces, ¿quién no creerá que formarían y reformarían sus conciencias e intenciones, y se ofrecerían a morir por la fe y por la ensalzar entre los infieles, y que ésta fuese su singular y principal demanda? Y estos conquistadores y todos los cristianos amigos de Dios se deben mucho alegrar de ver una cristiandad tan cumplida en tan poco tiempo, e inclinada a toda virtud y bondad. Por tanto ruego a todos los que esto leyeren, que alaben y glorifiquen a Dios con lo íntimo de sus entrañas. Digan estas alabanzas que siguen, que según San Buenaventura en ellas se encierran y se hallan todas las maneras de alabar a Dios que hay en la Sagrada Escritura: «Alabanzas y bendiciones, engrandecimientos y confesiones, gracias y glorificaciones, sobrealzamientos, adoraciones y satisfacciones sean a vos, Altísimo Señor Dios nuestro, por las misericordias hechas con estos indios nuevos convertidos a vuestra santa fe. Amén. Amén. Amén» [15].

---

[15] El capítulo termina aquí. Lo que sigue parece añadidura de última hora, para atenuar la impresión de las anteriores acusaciones.

En esta Nueva España siempre había muy continuas y grandes guerras, los de unas provincias con los de otras, adonde morían muchos, así en las peleas, como en los que prendían para sacrificar a sus demonios. Ahora por la bondad de Dios se ha convertido y vuelto en tanta paz y quietud, y están todos en tanta justicia que un español o un mozo puede ir cargado de barras de oro de trescientas y cuatrocientas leguas, por montes y sierras, y despoblados y poblados, sin más temor que iría por la rúa de Benavente, y es verdad que en fin de este mes de febrero del año de 1541 en un pueblo llamado Zaputitlan sucedió dejar un indio en medio del mercado, en un sitio, más de cien cargas de mercadería, y estarse de noche y de día en el mercado sin faltar cosa ninguna. El día del mercado que es de cinco en cinco días, pónese cada uno par de su mercaduría a vender; y entre estos cinco días hay otro mercado pequeño, y por esto está siempre la mercaduría en el tianguez o mercado, si no es en tiempo de las aguas. Aunque esta simplicidad no ha llegado a México ni a su comarca.

Capítulo I

De cómo los indios notaron el año que vivieron los españoles y también notaron el año que vinieron los frailes. Cuentan algunas maravillas que en la tierra acontecieron.

Muchos notaron estos naturales indios, entre las cuentas de sus años, el año que vinieron y entraron en esta tierra los españoles, como cosa muy notable y que al principio les puso muy grande espanto y admiración, ver una gente venida por el agua (lo que ellos nunca habían visto ni oído que se pudiese hacer), de traje tan extraño del suyo, tan denodados y animosos, tan pocos entrar por todas las provincias de esta tierra con tanta autoridad y osadía, como si todos los naturales fueran sus vasallos. Asimismo se admiraban de ver los caballos, y lo que hacían los españoles encima de ellos, y algunos pensaron que el hombre y el caballo fuese todo una persona, aunque esto fue al principio en los primeros pueblos,

porque después todos conocieron ser el hombre por sí, el caballo ser bestia, que esta gente mira y nota mucho las cosas, y en viéndolos apear, llamaron a los caballos *castillan mazatl,* que quiere decir ciervo de Castilla, porque acá no había otro animal a quien mejor los comparar. A los españoles llamaron *tetehuv,* que quiere decir dioses, y los españoles corrompiendo el vocablo decían *teules,* el cual nombre les duró más de tres años, hasta que dimos a entender a los indios que no había más de un solo Dios, y que a los españoles que los llamasen cristianos, de lo cual algunos españoles necios se agraviaron, y quejaron, e indignados contra nosotros decían que les quitábamos su nombre, y esto muy en forma, y no miraban, los pobres de entendimiento, que ellos usurpaban el nombre que a sólo Dios pertenece. Después que fueron muchos los indios bautizados, llámanlos españoles.

Asimismo los indios notaron y señalaron para tener cuenta con el año que vinieron los doce frailes juntos. Y aunque en el principio entre los españoles vinieron frailes de San Francisco [1], o por venir de dos en dos, o por el embarazo que con las guerras tenían, no hicieron caso de ellos. Y este año digo, que le notaron y tienen por más principal que otro, porque desde allí comienzan a contar, como año de la avenida o advenimiento de Dios, y así comúnmente dicen: «El año que vino nuestro Señor; el año que vino la fe». Porque luego que los frailes llegaron a México dende a en quince días, tuvieron capítulo y se repartieron los doce frailes y otros cinco que estaban en México. Todos estos diez y siete fueron repartidos por las principales provincias de esta tierra, y luego comenzamos a deprender la lengua y a predicar con intérprete. Había asimismo en México otros dos o tres clérigos, y no muchos españoles, porque en obra de un año salieron con Pedro de Alvarado para Guatimala un buen escuadrón de gente de a pie y razonable de caballos. Fue luego a las Higueras otro con Cristóbal

[1] Con Cortés iba fray Bartolomé de Olmedo.

de Olid, y fue luego sobre él, con otro, Francisco de las Casas, y no pasaron muchos días cuando el marqués Hernando Cortés se partió con toda la más lucida gente y la mayor parte de los caballos que había, que me parece que podrían quedar en México hasta cincuenta caballos y doscientos españoles infantes, pocos más o menos. Y a esta razón estaban todos los señores naturales de la tierra hechos a una y concertados para se levantar y matar a todos los cristianos, y entonces aún vivían muchos de los señores viejos, porque cuando los españoles vinieron estaban todos los señores y las provincias muy diferentes y andaban todos embarazados en guerras que tenían los unos con los otros, y a este tiempo que digo que esta gente salió de México, yo los vi a todos tan unidos y ligados unos con otros, y tan apercibidos de guerra, que tenían por muy cierto salir con la victoria, comenzando la cosa. Y así fuera de hecho, sino que Dios maravillosamente los cegó y embarazó, y también fue mucha parte lo que los frailes hicieron, así por la oración y predicación como por el trabajo que pusieron en pacificar las disensiones y bandos de los españoles, que en esta sazón estaban muy encendidos, y tan trabados que vinieron a las armas sin haber quién los pusiese en paz, ni se metiese entre las espadas y lanzas sino los frailes, y a éstos dio Dios gracias para ponerlos en paz. Estaban las pasiones tan trabadas como ahora dice que están los españoles en el Perú. (Dios les envíe quien los ponga en paz aunque ellos dicen que ni quieren paz ni frailes.) Bien pudiera alargarme en esto de los bandos de México, porque me hallé presente a todo lo que pasó; mas paréceme que sería meterme en escribir historia de hombres.

En este mismo tiempo se descubrieron unas muy ricas minas de plata, a las cuales se iban muchos de los españoles, y donde había pocos en México quedaban pocos y los que querían ir iban en mayor peligro de las vidas, pero ciegos con su codicia no lo entendían, y por las represiones y predicaciones y consejos de los frailes, así en general como en particular, pusieron guardas y velaron la ciudad, y pusieron silencio a las minas, y man-

daron recoger a los que estaban por las estancias, y desde a pocos días lo remedió Dios cerrando aquellas minas con una gran montaña que les echó encima, de manera que nunca jamás parecieron. Por otra parte con los indios, que ya conocían a los frailes y daban crédito a sus consejos, los detuvieron por muchas vías y maneras que serían largas de contar. El galardón que de esto recibieron fue decir: «Estos frailes nos destruyen y quitan que no estemos ricos, y nos quitan que se hagan los indios esclavos; éstos hacen bajar los tributos y defienden a los indios y los favorecen contra nosotros; son unos tales y unos cuales». Y no miran los españoles que si por los frailes no fuera ya no tuviera de quién se servir, ni en casa ni en las estancias, que todos los hubieran ya acabado, como parece por experiencia en Santo Domingo y en las otras islas, adonde acabaron los indios.

Cuanto a lo demás, esta gente de indios naturales son tan encogidos y callados, que por esta causa no se saben los muchos y grandes milagros que Dios entre ellos hace, mas de que yo veo venir a doquiera que hay casa de nuestro padre San Francisco muchos enfermos de todos géneros de enfermedades, y muchos muy peligrosos, y véolos convalecidos y sanos volverse con grande alegría a sus casas y tierras, y sé que particularmente tienen gran devoción con el hábito y cordón de San Francisco, con el cual cordón se han librado muchas mujeres preñadas de partos muy peligrosos, y esto ha sido en muchos pueblos y muchas veces, y aquí en Tlaxcala es muy común, y no ha muchos días que se ha bien experimentado. Por lo cual tiene el portero un cordón para darlo luego a los que le vienen a demandar, aunque yo bien creo que obra tanto la devoción que con el cordón tienen, como la virtud que en él hay, aunque también creo que la virtud no es poca, como se parecerá claro por lo que aquí diré.

En un pueblo que se dice Atlacubaya, cerca del Chapultepec, adonde nace el agua que va a México, que está una legua de México, adoleció un hijo de un hombre

llamado Domingo, de oficio *tezozonqui,* que quiere decir carpintero o pedrero, el cual con su mujer e hijos son devotos de San Francisco y de sus frailes. Cayó enfermo uno de sus hijos de edad de siete u ocho años, el cual se llamaba Ascencio, que en esta tierra se acostumbra a dar a cada uno el nombre del día en que nacen, y los que se bautizan grandes, del día en que se bautizan, y a este niño llamáronle Ascencio por haber nacido el día de la Ascensión, el cual como enfermase, y de sus padres fuese muy amado, luego acorrieron a nuestro monasterio, invocando el nombre de San Francisco, y mientras más la enfermedad del niño crecía, los padres con más importunación venían a demandar el ayuda y favor del santo. Y como Dios tenía ordenado lo que había de ser, permitió que el niño Ascencio muriese; el cual murió un día por la mañana, dos horas después de salido el sol; y muerto, no por eso dejaban los padres con muchas lágrimas de llamar a San Francisco, en el cual tenían mucha confianza, y ya que pasó de mediodía amortajaron el niño, y antes que lo amortajasen vio mucha gente el niño estar muerto, y frío, y yerto, y la sepultura abierta. Ya que lo querían llevar a la iglesia, dicen hoy día sus padres, que siempre tuvieron esperanza que San-Francisco se le había de resucitar alcanzando de Dios la merced de la vida del niño. Y como a la hora que le querían llevar a enterrar, los padres tornasen a llamar y a rogar a San Francisco, comenzóse a mover el niño, y de presto comenzaron a desatar y descoger la mortaja, y tornó a revivir el que era muerto. Esto sería a hora de vísperas, de lo cual todos los que allí estaban, que eran muchos, quedaron muy espantados y consolados e hiciéronlo saber a los frailes de San Francisco, y vino el que tenía cargo de los enseñar, que se llamaba fray Pedro de Gante, y llegando con su compañero vio el niño vivo y sano, y certificado de sus padres y de todos los que presentes se hallaron, que eran dignos de fe, ayuntaron todo el pueblo, y delante de todos dio el padre del niño resucitado testimonio cómo era verdad que su hijo se había muerto y resucitado. Y este milagro se publicó

y divulgó por todos aquellos pueblos de a la redonda, que fue causa que muchos se edificasen más en la fe y comenzaron a creer los otros milagros y maravillas que de Nuestro Redentor y de sus santos se les predican. Este milagro, como aquí lo escribo, recibí del dicho fray Pedro de Gante, el cual en México y su tierra fue maestro de los niños, y tuvo cargo de visitar y doctrinar aquellos pueblos más de once años.

Es tanta la devoción que en esta tierra, así los españoles como los indios naturales, tienen con San Francisco, y ha hecho Dios en su nombre tantos milagros y tantas maravillas, y tan manifiestas, que verdaderamente se puede decir que Dios le tenía guardada la conversión de estos indios, como dio a otros de sus apóstoles las de otras Indias y tierras apartadas [2], y por lo que aquí digo, y por lo que he visto, barrunto y aún creo, que una de las cosas y secretos que en el seráfico coloquio pasaron entre Cristo y San Francisco en el monte Alverna, que mientras San Francisco vivió nunca lo dijo, fue esta riqueza que Dios aquí le tenía guardada, adonde se tiene de extender y ensanchar mucho su sacra religión. Y digo que San Francisco, padre de mucha gente, vio y supo de este día [3].

Capítulo II

De los frailes que han muerto en la conversión de los indios de la Nueva España, cuéntase también la vida de fray Martín de Valencia, que es mucho de notar y tener en la memoria.

Perseverando y trabajando fielmente en la conversión de estos indios, son ya difuntos en esta Nueva España más de treinta frailes menores, los cuales acabaron sus

[2] Se refiere fray Toribio a Asia y al papel evangelizador de las órdenes religiosas.

[3] Afirmación apasionada del destino misionero franciscano en América por voluntad divina.

días llenos de observancia de su profesión, ejercitados en la caridad de Dios y del prójimo, y en la confesión de nuestra santa fe, recibiendo los sacramentos, algunos de los cuales fueron adornados de muchas virtudes, mas el que entre todos dio mayor ejemplo de santidad y doctrina, así en la vieja España como en la Nueva, fue el padre de santa memoria fray Martín de Valencia, primer prelado y custodio en esta Nueva España: fue el primero que Dios envió a este nuevo mundo con autoridad apostólica.

Las cosas que aquí diré no querría que nadie las ponderase más de lo que las leyes divinas y humanas permiten y la razón demanda, dejando por juez a Aquél que lo es de los vivos y de los muertos, en cuyo acatamiento todas las vidas de los mortales son muy claras y manifiestas, y dando la determinación a su santa Iglesia, a cuyos pies toda esta obra va sometida. Porque los hombres pueden ser engañados en sus juicios y opiniones, y Dios siempre es recto en la balanza de su juicio y los hombres no; por lo cual dice San Agustín, que muchos tiene la Iglesia en veneración que están en el infierno, esto es, de aquellos que no están canonizados por la Iglesia Romana regida por el Espíritu Santo, y con esta protestación comenzaré a escribir en breve, lo más que a mí fuera posible, la vida del siervo de Dios fray Martín de Valencia, aunque según sé que un fraile devoto suyo la tiene más largamente escrita [4].

Comienza la vida de fray Martín de Valencia

Este buen varón fue natural de la villa de Valencia, que dicen de Don Juan, que es entre la ciudad de León y la villa de Benavente, en la ribera del río que se dice Ezcla; es en el obispado de Oviedo. De su juventud no hay relación en esta Nueva España, más del argu-

[4] Alude Motolinía a la obra de fray Francisco López, otro de los «Doce».

mento de la vida que en su mediana y última edad hizo. Recibió el hábito en la villa de Mayorga, lugar del conde de Benavente, que es convento de la provincia de Santiago y de las más antiguas casas de España. Tuvo por su maestro a fray Juan de Argumanes que después fue provincial de la provincia de Santiago, con la doctrina del cual, y con su grande estudio, fue alumbrado su entendimiento, para seguir la vida de nuestro Redentor Jesucristo. Adonde, como ya después de profeso le enviasen a la villa de Valencia, que es muy cerca de Mayorga, viéndose distraído, por estar entre sus parientes y conocidos, rogó a su compañero que saliesen presto de aquel pueblo; y desnudándose el hábito púsole delante de los pechos, y echóse el cordón a la garganta como malhechor, y quedó en carnes con sólo los paños menores, y así salió en medio del día, viéndole sus deudos y amigos, por mitad del pueblo, llevándole el compañero tirándole por la cuerda. Después que cantó misa fue siempre creciendo de virtud en virtud; porque demás de lo que yo vi en él, porque le conocí por más de veinte años, oí decir a muchos buenos religiosos que en su tiempo no habían conocido religioso de tanta penitencia, ni que con tanto tesón perseverase siempre en allegarse a la cruz de Jesucristo, tanto que cuando iba por otros conventos y provincias a los capítulos, parecía que a todos reprendía su aspereza, humildad y pobreza, y como fuese dado a la oración procuró licencia de su provincial para ir a morar a unos oratorios de la misma provincia de Santiago, que están no muy lejos de Ciudad Rodrigo, que se llaman los Angeles y el Hoyo, casas muy apartadas de conversación y dispuestas para contemplar y orar. Alcanzada licencia para ir a morar a Santa María del Hoyo, queriendo, pues, el siervo de Dios recogerse y darse a Dios en el dicho lugar, el enemigo le procuró muchas maneras de tentaciones, permitiéndolo Dios para más aprovechamiento de su ánima. Comenzó a tener en su espíritu muy gran sequedad y dureza, y tibieza en el corazón; aborrecía el yermo; los árboles le parecían demonios; no podía ver los frailes

con amor y caridad; no tomaba sabor en ninguna cosa espiritual; cuando se ponía a orar hacíalo con gran pesadumbre; vivía muy atormentado. Vínole una terrible tentación de blasfemia contra la fe, sin poderla alcanzar de sí; parecíale que cuando celebraba y decía misa, no consagraba, y como quien se hace grandísima fuerza y a regañadientes comulgaba. Tanto le fatigaba aquesta imaginación, que no quería ya celebrar, ni podía comer. Con estas tentaciones habíase parado tan flaco, que no parecía tener sino los huesos; y el cuerpo parecíale a él que estaba muy esforzado y bueno. Esta sutil tentación le traía Satanás para derrocarle, de tal manera que cuando ya le sintiese del todo sin fuerzas naturales le dejase, y así desfalleciese, y no pudiese tomar en sí, y saliese de juicio. Y para esto también le desvelaba, que es también mucha ocasión para enloquecer. Pero como Nuestro Señor nunca desampara a los suyos, ni quiere que caigan, ni da a nadie más de aquella tentación que puede sufrir, dejóle llegar hasta donde pudo sufrir la tentación sin detrimento de su ánima, y convirtióla en su provecho, permitiendo que una pobrecilla mujer le despertase y diese medicina para su tentación; que no es pequeña materia para considerar la grandeza de Dios; que no escoge los sabios, sino los simples y humildes, para instrumentos de sus misericordias. Y así lo hizo con esta simple mujer que digo.

Que como el varón de Dios fuese a pedir pan a un lugar que se dice Robleda, que son cuatro leguas del Hoyo, la hermana de los frailes del dicho lugar viéndole tan flaco y debilitado díjole: «¡Ay, padre! ¿Y vos qué habéis? ¿Cómo andáis que parece que queréis expirar de flaco; y cómo no miráis por vos, que parece que os queréis morir?» Así entraron en el corazón del siervo de Dios estas palabras como si se las dijera un ángel, y como quien despierta de un pesado sueño, así comenzó a abrir los ojos de su entendimiento, y a pensar cómo no comía casi, y dijo entre sí: «Verdaderamente ésta es tentación de Satanás»; y encomendándose a Dios que le alumbrase y sacase de la ceguedad en que el

demonio le tenía, dio la vuelta a su vida. Viéndose Satanás descubierto, apartóse de él y cesó la tentación. Luego el varón de Dios comenzó a sentir flaqueza y desmayo, tanto, que apenas se podía tener en los pies; y de ahí adelante comenzó a comer, y quedó avisado para sentir los lazos y astucias del demonio. Después que fue librado de aquellas tentaciones quedó con gran serenidad y paz en su espíritu, gozábase en el yermo, y los árboles, que antes aborrecía, con las aves que en ellos cantaban, parecíale un paraíso; y de allí le quedó que doquiera que estaba luego plantaba una arboleda, y cuando era prelado a todos rogaba que plantasen árboles, no sólo de frutales, pero de los monteses, para que los frailes se fuesen allí a orar.

Asimismo lo consoló Dios en la celebración de las misas, las cuales decía con mucha devoción y aparejo, que después de maitines o no dormía nada o muy poco, por mejor se aparejar. Y casi siempre decía misa muy de mañana, y con muchas lágrimas muy cordiales, que regaban y adornaban su rostro como perlas. Celebraba casi todos los días, y comúnmente se confesaba cada tercero día.

Otrosí: de allí adelante tuvo grande amor con los otros frailes, y cuando alguno venía de fuera, recibíale con tanta alegría y con tanto amor, que parecía que le quería meter en las entrañas; y gozábase de los bienes y virtudes ajenas como si fueran suyas propias; y así perseverando en aquesta caridad, trájole Dios a un amor entrañable del prójimo, tanto, que por el amor general de las ánimas vino a desear padecer martirio, y pasar entre los infieles a los convertir y predicar. Aqueste deseo y santo celo alcanzó el siervo de Dios con mucho trabajo y ejercicios de penitencia, de ayunos, disciplinas, vigilias y muy continuas oraciones.

Pues perseverando el varón de Dios en sus santos deseos quísole el Señor visitar y consolar en esta manera: que estando él una noche en maitines en tiempo de Adviento, que en el coro se rezaba la cuarta matinada, luego que se comenzaron los maitines comenzó a

sentir nueva manera de devoción y mucha consolación en su ánima; y vínole a la memoria la conversión de los infieles; y meditando en esto, los salmos que iba diciendo en muchas partes hallaba entendimientos devotos a este propósito, en especial en aquel salmo que comienza: *Eripe me de inimicis meis.* Y decía el siervo de Dios entre sí: «¡Oh! ¿Y cuándo será esto? ¿Cuándo se cumplirá esta profecía? ¿No sería yo digno de ver este convertimiento, pues ya estamos en la tarde y fin de nuestros días, y en la última edad del mundo?» Pues ocupado el varón de Dios todos los salmos en estos piadosos deseos, y lleno de caridad y amor del prójimo, por divina dispensación, aunque no era hebdomadario ni cantor del coro, le encomendaron que dijese las lecciones, y se levantó y las comenzó a decir, y las mismas lecciones, que eran del profeta Isaías, hacían a su propósito, levantábanle más y más su espíritu, tanto, que estándolas leyendo en el púlpito vio en espíritu muy gran muchedumbre de ánimas de infieles que se convertían y venían a la fe y bautismo. Fue tanto el gozo y alegría que su ánima sintió interiormente, que no se pudo sufrir ni contener sin salir fuera de sí, y alabando a Dios y bendiciéndole, dijo en alta voz tres veces: «Loado sea Jesucristo, loado sea Jesucristo, loado sea Jesucristo». Y esto dijo con muy alta voz, porque no fue en su mano dejarlo de hacer así. Los frailes, viéndole que parecía estar fuera de sí, no sabiendo el misterio, pensaron que se tornaba loco, y tomándole le llevaron a una celda, y enclavando la ventana y cerrando la puerta por de fuera tornaron a acabar los maitines. Estuvo el varón de Dios así atónito en la cárcel hasta que fue buen rato del día, que tornó en sí, y como se halló encerrado y oscuro quiso abrir la ventana, porque no había sentido que la habían enclavado, y como no la pudo abrir dizque se sonrió, de que conoció el temor que los frailes habían tenido de que como loco se echase por la ventana: y desde que se vio así encerrado tornó a pensar y contemplar en la visión que había visto y rogar a Dios que se la dejase ver con los ojos corporales,

y desde entonces creció en él más el deseo que tenía de ir entre los infieles, y predicarlos y convertirlos a la fe de Jesucristo.

Esta visión quiso Nuestro Señor mostrar a su siervo cumplida en esta Nueva España, adonde como el primer año que a esta tierra vino visitase siete y ocho pueblos cerca de México, y como se ayuntasen muchos a la doctrina, y viniesen muchos a la fe y al bautismo, viendo el siervo de Dios tanta muestra de cristiandad en aquéllos, y creyendo (como de hecho fue así) que había de ir creciendo, dijo a su compañero: «Ahora veo cumplido lo que el Señor me mostró en espíritu». Y declaróle la visión que en España había visto, en el monasterio de Santa María del Hoyo, en Extremadura.

Antes de esto, no sabiendo él cuándo ni cómo se había de cumplir lo que Dios le había mostrado, comenzó a desear pasar a tierra de infieles, y a demandarlo a Dios con muchas oraciones. Y comenzó a mortificar la carne, y a sujetarla con muchos ayunos y disciplinas; que además de las veces en que la comunidad se disciplinaba, los más de los días se disciplinaba él dos veces, porque así ejercitado mediante la gracia del Señor, se aparejase a recibir martirio; y como la regla de los frailes menores diga: «Si algún fraile por divina inspiración fuere movido a desear ir entre los moros u otros infieles, pida licencia a su provincial para efectuar su deseo». Este siervo de Dios demandó esta licencia por tres veces, y una de estas veces había de pasar un río, el cual llevaba mucha agua e iba recio tanto, que tuvo quehacer en pasarse a sí solo, y fue menester que soltase unos libros que llevaba, entre los cuales iba una Biblia, y el río se los llevó un buen trecho; y él encomendando al Señor sus libros, y rogándole que se los guardase, y suplicando a Nuestra Señora que no perdiese sus libros, en los cuales él tenía cosas notadas para su espiritual consolación. Fuelos a tomar buen rato el río abajo, sin haber padecido detrimento ninguno del agua. En todas estas tres veces, no le fue concedida por su Provincial la licencia que demandaba; mas él nunca dejó de suplicarlo a Dios

con muy continuas oraciones, y asimismo para alcanzar y merecer esto ponía por intercesora a la Madre de Dios, con la cual tenía singular devoción, y así celebraba sus festividades y octavas con toda la solemnidad que podía, y con tan grande alegría que bien parecía salirle de lo íntimo de sus entrañas. En este tiempo estaba en la custodia de la Piedad el padre de santa memoria fray Juan de Guadalupe, el cual con otros compañeros vivían en suma pobreza. Pues allí trabajó fray Martín de Valencia por pasarse en su compañía, para lo cual alcanzar no le faltaron hartos trabajos. Y habida la licencia con harta dificultad, moró con él algún tiempo; pero como aún aquella provincia, que entonces era custodia, tuviese muchas contradicciones y contradictores, así de otras provincias, porque quizá les parecía que su extremada pobreza y vida muy áspera era intolerable, o porque muchos buenos frailes procuraban pasarse a la compañía de dicho fray Juan de Guadalupe, el cual tenía facultad del Papa para los recibir, procuraron contra ellos favores de los Reyes Católicos y del rey de Portugal para los echar de sus reinos. Y creció tanto esta persecución, que vino tiempo que tomadas las casas y monasterios, y algunas de ellas derribadas por tierra, y ellos perseguidos de todas partes, se fueron a meter en una isla que se hace entre dos ríos, que ni bien es en Castilla ni bien en Portugal. Los ríos se llaman Tajo y Guadiana, adonde pasando harto trabajo estuvieron algunos días, hasta que pasada esta persecución y favoreciendo Dios a los que celaban y querían guardar perfectamente su estado, tornaron a reedificar sus monasterios, y añadir otros, de los cuales se hizo la provincia de la Piedad en Portugal, y quedaron otras cuatro casas en Castilla.

En este tiempo los frailes de la provincia de Santiago rogaron a fray Martín de Valencia que se tornase a su provincia, y que le darían una casa cual él quisiese, en la cual pusiese toda la perfección y estrechura que él quisiese. Y él aceptándolo, edificó una casa junto a Belvís, adonde hizo un monasterio que se llama Santa María del Berrocal, adonde moró algunos años, dando

tan buen ejemplo y doctrina, así en aquella villa de Belvís como en toda aquella comarca, que le tenían por un apóstol, y todos le amaban y obedecían como a su padre.

Morando en la casa, como siempre tuviese en su memoria la visión que había visto, y en su ánima tuviese confianza de verla cumplida; en aquel tiempo crecía la fama de la sierva de Dios la beata del Barco de Avila a quien Dios comunicaba muchos secretos; determinó el siervo de Dios de ir a visitarla para tomar su parecer y consejo, sobre el cumplimiento de su deseo que era ir entre infieles. Ella, oída su embajada y encomendándolo a Dios, respondióle: «que no era la voluntad de Dios que por entonces procurase la ida, porque venida la hora Dios le llamaría, y que de ello fuese cierto». Pasado algún tiempo hízose la custodia de San Gabriel, provincia de aquellas cuatro casas que dije que tenían los compañeros de fray Juan de Guadalupe, y de otras siete que dio la provincia de Santiago, una de las cuales era la de Belvís, que el mismo fray Martín había edificado; todas ellas caían debajo de los términos de la provincia de Santiago, y ayuntados los frailes de todas once casas, año del Señor de 1516, vigilia de la Concepción de Nuestra Señora, fue elegido por primer custodio fray Miguel de Córdoba, varón de alta contemplación. En este mismo capítulo rogó el conde de Feria que echasen al siervo de Dios fray Martín de Valencia a San Onofre de la Lapa, que es un monasterio de los siete, y está a dos leguas de Zafra, en tierra del conde. Fue procurado por la fama de su santidad para consolación del conde, y llevóle Dios para que pusiese paz y concordia entre las dos casas, que muy poco antes se habían ayuntado, conviene a saber, la casa de Priego y la de Feria, y aunque el marqués y la marquesa eran buenos casados, y muy católicos cristianos, los caballeros y criados de aquella casa estaban muy discordes. Entonces el marqués envió por el padre fray Martín, y estuvo con él en Montilla una Cuaresma predicando y confesando, y también confesó al marqués; y puso tanta con-

cordia y paz entre las dos casas, que más les pareció a todos ángel del Señor que no persona terrenal, y así todos atribuían a sus oraciones aquella concordia de las dos casas. También hizo mucho fruto en los vecinos de aquel pueblo, y fueron muy edificados y consolados por el grande ejemplo que en aquella Cuaresma les dejó, y lo mismo era en todas las partes en donde moraba, así dentro de casa a los frailes, como de fuera a la tierra y comarca, porque todos le tenían por espejo de doctrina y santidad.

Después, en el año de 1518, vigilia de la Asunción de Nuestra Señora, fue aquella custodia de San Gabriel hecha provincia, y elegido por primer Provincial el padre fray Martín de Valencia, el cual la gobernó con mucho ejemplo de humildad y penitencia, predicando y amonestando a sus frailes, más por ejemplo que por palabras. Y aunque siempre iba aumentando en su penitencia, en aquel tiempo se esforzó más, aunque siempre traía cilicio y muchos días ayunaba, demás de los ayunos de la Iglesia y de la regla, y traía ceniza para echarla en la cocina y a las veces en el caldo; y en lo que comía, si estaba sabroso, le echaba un golpe de agua encima por salsa, acordándose de la hiel y vinagre que dieron a Jesucristo.

Veníanse muchos frailes y buenos religiosos a la provincia por su buena fama, y el siervo de Dios recibíalos con entrañas de amor. Muchas veces cuando quería tener capítulo a los frailes y oír las culpas de los otros, primero se acusaba él a sí mismo delante de todos, no tanto por lo que a él tocaba cuanto por dar ejemplo de humildad, porque él se reputaba por indigno de que otro le dijese sus culpas, y luego allí delante de todos se disciplinaba, y levantándose besaba los pies a sus frailes. Con tal ejemplo no había súbdito que no se humillase hasta la tierra. Acabado esto comenzaba su oficio de prelado, y asentado en su lugar con autoridad pastoral, todos los súbditos decían sus culpas, según es costumbre en las religiones, y el siervo de Dios reprendíalos caritativamente, y después hablaba cordialmente,

ya de la virtud de la pobreza, ya de la obediencia y humildad, ya de la oración, que de ésta, como él siempre la tenía en ejercicio, hablaba más largo y más comúnmente.

Habiendo regido la provincia de San Gabriel con grande ejemplo y estando siempre con su continuo deseo de pasar a los infieles, cuando más descuidado estaba le llamó Dios de esta manera. Como fuese Ministro General el reverendísimo fray Francisco de los Angeles, que después fue cardenal de Santa Cruz, y viniendo visitando, allegó a la provincia de San Gabriel. Hizo capítulo en el monasterio de Belvís en el año de 1523, día de San Francisco, en el tiempo que había dos años que esta tierra se había ganado por Hernando Cortés y sus compañeros. Pues estando en este capítulo, el General un día llamó a fray Martín de Valencia, e hízole un muy buen razonamiento, diciéndole cómo esta tierra de la Nueva España era nuevamente descubierta y conquistada, adonde, según las nuevas de la muchedumbre de la gente y de su calidad, creía y esperaba que se haría muy gran fruto espiritual, habiendo tales obreros como él, y que él estaba determinando de pasar en persona al tiempo que lo eligieron por General, el cual cargo le embarazó la pasada que él tanto deseaba; por tanto, que le rogaba que él pasase con doce compañeros, porque si lo hiciese, tenía él muy gran confianza en la bondad divina, que sería grande el fruto y convertimiento de gente que de su venida esperaban. El varón de Dios que tanto tiempo había que estaba esperando que Dios había de cumplir su deseo, bien puede uno pensar qué gozo y alegría recibiría su ánima con tal nueva y por él tan deseada, y cuántas gracias debió de dar a Nuestro Señor. Aceptó luego la venida como hijo de obediencia, y acordóse bien entonces de lo que la beata del Barco de Avila le había dicho. Pues luego, lo más brevemente que a él fue posible, escogió los doce compañeros, y tomada la bendición de su mayor y Ministro General, partieron del puerto de Sanlúcar de Barrameda, día de la conversión de San Pablo, que aquel año fue en martes.

Vinieron a la Gomera a 4 de febrero, y allí dijeron misa en Santa María del Paso, y recibieron el cuerpo de Nuestro Redentor muy devotamente, y luego se tornaron a embarcar. Allegaron a la isla de San Juan y desembarcaron en Puerto Rico en veinte y siete días de navegación, que fue tercero día de marzo, que en aquel día demedió la Cuaresma aquel año. Estuvieron allí en la isla de San Juan diez días, partiéronse *Dominica in Passione,* y miércoles siguiente entraron en Santo Domingo. En la isla Española estuvieron seis semanas, y después embarcáronse y vinieron a la isla de Cuba, adonde desembarcaron postrero día de abril. En la Trinidad estuvieron sólo tres días. Tornados a embarcar vinieron a San Juan de Ulúa a 12 de mayo, que aquel año fue vigilia de Pentecostés; y en Medellín estuvieron diez días. Y allí dadas a Nuestro Señor muchas gracias por el buen viaje que les había dado, vinieron a México, y luego se repartieron por las provincias más principales. En todo este viaje el padre fray Martín padeció mucho trabajo, porque como era persona de edad, y andaba a pie y descalzo, y el Señor muchas veces le visitaba con enfermedades, fatigábase mucho, y por dar ejemplo, como buen caudillo siempre iba delante, y no quería tomar para su necesidad más que sus compañeros, ni aún tanto, por no dar materia de relajación adonde venía a plantar de nuevo, y así trabajó mucho. Porque demás de su disciplina y abstinencia ordinaria, que era mucha y mucho el tiempo que se ocupaba en oración, trabajó mucho por aprender la lengua; pero era ya de edad de cincuenta años, y también por no dejar lo que Dios le había comunicado, no pudo salir con la lengua, aunque tres o cuatro veces trabajó de entrar en ella. Quedó con algunos vocablos comunes para enseñar a leer a los niños, que trabajó mucho en esto; y ya que no podía predicar en la lengua de los indios, holgábase mucho cuando otros predicaban, y poníase junto a ellos a orar mentalmente y a rogar a Dios que enviase su gracia al predicador y a los que le oían. Asimismo a la vejez aumentó la penitencia a ejemplo del santo Abad Hilarión, que ordinariamente

ayunaba cuatro días en la semana con pan y legumbres; y en su tiempo muchos de sus súbditos, viendo que él con ser tan viejo les daba tal ejemplo, le imitaron. Añadió también hincarse de rodillas muchas veces en el día, y estar cada vez un cuarto de hora, en el cual parecía recibir mucho trabajo, porque al cabo del ejercicio quedaba acezando y muy cansado; en esto pareció imitar a los gloriosos apóstoles Santiago el Menor y San Bartolomé, que de entrambos se lee haber tenido este ejercicio.

Desde *Dominica in Passione* hasta la Pascua de Resurrección dábase tanto a contemplar en la pasión del Hijo de Dios más que otro tiempo, que muy claramente se le parecía en lo exterior. Y una vez en este tiempo que digo, viéndole un fraile, buen religioso, muy flaco y debilitado, preguntándole dijo: «Padre, ¿estáis mal dispuesto?, porque cierto os veo muy flaco y debilitado. Si no es enfermedad, dígame vuestra reverencia la causa de su flaqueza.» Respondió: «Creedme, hermano, pues me compeléis a que os diga la verdad, que desde la *Dominica in Passione,* que el vulgo llama domingo de Lázaro, hasta la Pascua, que estas dos semanas siente tanto mi espíritu, que no lo puedo sufrir sin que exteriormente el cuerpo lo sienta y lo muestre como veis.» En la Pascua tornó a tomar fuerzas de nuevo. Estas cosas no las decía el varón de Dios a todos, sino a aquellos religiosos que eran más sus familiares, y a quienes él sentía que convenía y cabía bien decirlas; porque era muy enemigo de manifestar a nadie sus secretos. Y que esto sea verdad, verse ha por lo que ahora contaré.

Estando el siervo de Dios en España, en el monasterio de Belvís, predicando la Pasión, allegando al paso de cuando Nuestro Señor fue puesto y enclavado en la cruz, fue tanto el sentimiento que tuvo, que saliendo de sí fue arrobado y se quedó yerto como un palo, hasta que le quitaron del púlpito. Otras dos veces le aconteció lo mismo, aunque la una, que fue morando en el monasterio de la Lapa, que tornó en sí más aína y quiso

acabar de predicar la Pasión, era ya la gente ida del monasterio.

Por mucho que huía del mundo y de los hombres por mejor vacar a sólo Dios, a tiempos no le valía esconderse, porque como colgaban de él tantos negocios, así de su oficio como de cosas de conciencia que se iban a comunicar con él, no le dejaban. Y muchas veces los que le iban a buscar, hablándole le veían tan fuera de sí, que les respondía como quien despierta de algún pesado sueño. Otras veces, aunque hablaba y comunicaba con los frailes, parecía que no oía ni veía, porque tenía el sentido ocupado con Dios. Era tan enemigo de su cuerpo, que apenas le dejaba tomar lo necesario así del sueño como del comer. En las enfermedades, con ser ya viejo, no quería más cama de un corcho o una tabla, ni beber un poco de vino, ni quería tomar otras medicinas. Aunque estaba muchas veces enfermo, jamás le vimos curar con médico, ni curaba de otra medicina sino de la que daba salud a su ánima.

Vivió el siervo de Dios fray Martín de Valencia en esta Nueva España diez años, y cuando a ella vino había cincuenta, que son por todos sesenta. De los diez que digo los seis fue Provincial, y los cuatro fue Guardián de Tlaxcala; y él edificó aquel monasterio, y le llamó «La Madre de Dios»; y mientras en esta casa moró enseñaba a los niños desde el ABC hasta leer por latín, y poníanlos a tiempos en oración, y después de maitines cantaba con ellos himnos; y también enseñaba a rezar en cruz, levantados y abiertos los brazos, siete *Pater Noster* y siete *Ave María,* lo cual él acostumbró siempre hacer. Enseñaba a todos los indios chicos y grandes, así por ejemplo como por palabras, y por esta causa siempre tenía intérprete; y es de notar que tres intérpretes que tuvo, todos vinieron a ser frailes, y salieron muy buenos religiosos.

El año postrero que dejó de tener oficio por su voluntad, escogió de ser morador en un pueblo que se dice Talmanalco; que es ocho leguas de México, y cerca de este monasterio está otro que es visita de éste, en un

pueblo que se dice Amaquemanca [5], que es casa muy quieta y aparejada para orar; porque está en la ladera de una serrecilla, y es un eremitorio devoto, y junto a esta casa está una cueva devota y muy al propósito del siervo de Dios, para a tiempos darse allí a la oración, y a tiempos salirse fuera de la cueva en una arboleda, y entre aquellos árboles había uno muy grande, debajo del cual se iba a orar por la mañana. Y certifícanme que luego que allí se ponía a rezar, el árbol se henchía de aves, las cuales con su canto hacían dulce armonía, con lo cual él sentía mucha consolación, y alababa y bendecía al Señor; y como él se partía de allí, las aves también se iban; y que después de la muerte del siervo de Dios nunca más se ayuntaron las aves de aquella manera. Lo uno y lo otro fue notado de muchos que allí tenían alguna conversación con el siervo de Dios, así en verlas ayuntar e irse para él, como en el no parecer más después de su muerte. He sido informado de un religioso de buena vida, que en aquel eremitorio de Amaquemaca aparecieron al varón de Dios San Francisco y San Antonio, y dejándole muy consolado se partieron de su presencia.

Pues estando muy consolado en esta manera de vida, acercósele la muerte, deuda que todos debemos, y estando bueno, el día de San Gabriel dijo a su compañero: «Ya se acaba». El compañero respondió: «¿Qué padre?», y él callado, de ahí a un rato dijo: «La cabeza me duele», y desde entonces fue en crecimiento de su enfermedad. Fuese con su compañero al convento de San Luis de Talmanalco, y como su enfermedad creciese, habiendo recibido los sacramentos, por mandado y obediencia de su guardián lo llevaban a curar a México, aunque muy contra su voluntad, y poniéndole en una silla le llevaron hasta el embarcadero, que son dos leguas de Talmanalco, para desde allí embarcarle y llevarle por agua hasta México. Iban con él tres frailes, y en llegando allí sintió serle cercana la muerte, y encomendando su

[5] Amecameca.

ánima a Dios que la crió, expiró allí en aquel campo o ribera. Él mismo había dicho muchos años antes, que no tenía de morir en casa ni en cama sino en el campo, y así pareció cumplirse. Estuvo enfermo no más de cuatro días. Falleció víspera del domingo de Lázaro, sábado, día de San Benito, que es a 21 de marzo, año del Señor 1534. Volvieron su cuerpo a enterrar al monasterio de San Luis de Talmanalco.

Sabida la muerte de este buen varón por el Provincial o Custodio, que estaba a ocho leguas de allí, vino luego, y habiendo cuatro días que estaba enterrado mandóle desenterrar; y púsole en un ataúd, y dijo misa de San Gabriel por él, porque sabía que le era devoto. A la cual misa dijo una persona de crédito (según la manera y al tiempo que lo dijo), que vio delante del su misma sepultura al siervo de Dios fray Martín de Valencia levantando en pie, con su hábito y cuerda, las manos compuestas metidas en las mangas y los ojos bajos; y que de esta manera le vio desde que se comenzó la Gloria hasta que hubo consumido. No es maravilla que este buen varón haya tenido necesidad de algunos sufragios, porque varones de gran santidad leemos haber tenido necesidad y ser detenidos en purgatorio, y por eso no dejan de hacer milagros. Hanme dicho que resucitó un muerto a él encomendado, y que sanó una mujer enferma que con devoción le llamó; y que un fraile que era afligido de una recia tentación fue por él librado; y otras muchas cosas, las cuales, porque de ellas no tengo bastante certidumbre, ni las creo ni las dejo de creer, mas de que como amigo de Dios, y que piadosamente creo que Dios le tiene en su gloria, le llamo y invoco su ayuda e intercesión.

Los nombres de los frailes que de España vinieron con este santo varón, son: fray Francisco de Soto, fray Martín de la Coruña, fray Antonio de Ciudad Rodrigo, fray García de Cisneros, fray Juan de Rivas, fray Francisco Jiménez, fray Juan Juárez, fray Luis de Fuensalida, fray Toribio Motolinia. Estos diez sacerdotes y dos legos, fray Juan de Palos, fray Andrés de Córdoba. Los

sacerdotes todos tomaron el hábito en la provincia de Santiago. Otros vinieron después que han trabajado y trabajan mucho en esta santa obra de la conversión de los indios, cuyos nombres creo yo que tiene Dios escritos en el libro de la vida, mejor que no de otros que también han venido de España, que aunque parecen buenos religiosos no han perseverado. Y los que solamente se dan a predicar a los españoles, ya que algún tiempo se hallan consolados, mientras que sus predicaciones son regadas con el agua del loor humano, en faltándoles aquel cebillo hállanse más secos que un palo, hasta que se vuelven a Castilla. Y pienso que esto les viene por juicio de Dios, porque los que acá pasan no quiere que se contenten con sólo predicar a los españoles, que para esto más aparejo tenían en España; pero quiere también que aprovechen a los indios, como a más necesitados y para quien fueron enviados y llamados. Y es verdad que Dios ha castigado por muchas vías a los que aborrecen o desfavorecen a esta gente, hasta los frailes, que de estos indios sienten flacamente o les tienen manera de aborrecimiento, los trae Dios desconsolados, y están en esta tierra como en tormento, hasta que la tierra los alanza y echa de sí como cuerpos muertos, y sin provecho. Y a esta causa algunos de ellos han dicho en España cosas ajenas de la verdad, quizá pensando que era así, porque acá los tuvo Dios ciegos. Y también permitió Dios que a los tales, los indios los tengan en poco, no los recibiendo en sus pueblos y a veces van a otras partes a buscar los sacramentos; porque sienten que no les tienen el amor que sería razón. Y ha acontecido viniendo los tales frailes a los pueblos, huir los indios de ellos, en especial en un pueblo que se llama Ychclatlan, que yendo por allí un fraile de cierta orden que no les ha sido muy favorable en obra ni en palabra, y queriendo bautizar los niños de aquel pueblo, el español a quien estaban encomendados puso mucha diligencia en ayuntar los niños y toda la otra gente, porque había mucho tiempo que no habían ido por allí frailes a visitar, y deseaban la venida de algún

sacerdote; y como por la mañana fuese el fraile con el español, de los aposentos a la iglesia, a do la gente estaba ayuntada, y los indios mirasen no sé de qué ojo al fraile, en un instante se alborotan todos y dan a huir cada uno por su parte, diciendo: amo, amo, que quiere decir: «No, no, que no queremos que éste nos bautice a nosotros, ni a nuestros hijos». Y ni bastó el español ni los frailes a poderlos hacer juntar, hasta que después fueron los que ellos querían. De lo cual no quedó poco maravillado el español que los tenía a cargo, y así lo contaba como cosa de admiración. Y aunque este ejemplo haya sido particular, yo lo digo por todos en general los frailes de todas órdenes que acá pasan; y digo: que los que de ellos acá no trabajan fielmente, y los que se vuelven a Castilla, que los demandará Dios estrechísima cuenta de cómo emplearon el talento que se les encomendó. ¿Pues qué diré a los españoles seglares que con éstos han sido y son tiranos y crueles, que no miran más de a sus intereses y codicias, que los ciega, deseándolos tener por esclavos y de hacerse ricos con sus sudores y trabajo? Muchas veces oí decir que los españoles crueles contra los indios morían a las manos de los mismos indios, o que morían muertes muy desastradas, y de éstos oí nombrar muchos; y después que yo estoy en esta tierra lo he visto muchas veces por experiencia, y notado en personas que yo conocía y había reprendido el tratamiento que los hacían.

Capítulo III

De que no se debe alabar ninguno en esta vida; y del mucho trabajo en que se vieron los frailes hasta quitar a los indios las muchas mujeres que tenían; y cómo se ha gobernado esta tierra después que en ella hay Audiencia.

Según el consejo del Sabio, no deben ser los hombres loados en esta caduca vida de absoluta alabanza, porque

aún navegan en este grande y peligroso mar, y no saben si hallarán vía para tomar el puerto seguro. A aquél se debe con razón loar, que Dios tiene guiado de manera que está ya puesto en salvamento, y ha llegado al puerto de la salvación, porque al fin se canta la gloria. Y esto es mi intento, de no loar a ningún vivo en particular, sino decir loores de la buena vida y ejemplo que los frailes menores en esta tierra han tenido; los cuales obedeciendo a Dios salieron de su tierra dejando a sus parientes y a sus padres, dejando las casas y monasterios en que moraban, que todos están apartados de los pueblos, y muchos en las montañas metidos, ocupados en la oración y contemplación, con grande abstinencia y mayor penitencia; y muchos de ellos vinieron con deseo de martirio y lo procuraron mucho tiempo antes, y habían demandado licencia para ir entre infieles, aunque hasta ahora Dios no ha querido que padezcan martirio de sangre. Mas trájolos a esta tierra de Canaán para que le edificasen nuevo altar entre esta gentilidad e infieles y para que multiplicasen y ensanchasen su santo nombre y fe, como parece en muchos capítulos de este libro. De los pueblos y provincias que convirtieron y bautizaron en el principio de la conversión cuando la multitud venía al bautismo, que eran tantos los que se venían a bautizar, que los sacerdotes bautizantes muchas veces les acontecía no poder levantar el jarro con que bautizaban por tener el brazo cansado, y aunque remudaban, el jarro les cansaba ambos brazos, y de traer el jarro en la manos se les hacían callos y aun llagas. A un fraile aconteció que como hubiese poco que se había rapado la corona y la barba, bautizando en un gran patio a muchos indios, que aún entonces no había iglesias, y el sol ardía tanto que le quemó toda la cabeza y la cara, de tal manera, que mudó los cueros todos de la cabeza y del rostro. En aquel tiempo acontecía a un solo sacerdote bautizar en un día cuatro, y cinco y seis mil; y en Xuchimilco bautizaron en un día dos sacerdotes más de quince mil; el uno ayudó a tiempos y a tiempos descansó éste; bautizó poco más de cinco mil, y el otro que más tuvo tela bau-

tizó más de diez mil por cuenta. Y porque eran muchos los que buscaban el bautismo, visitaban y bautizaban en un día tres y cuatro pueblos, y hacían el oficio muchas veces al día, y salían los indios a recibirlos y a buscarlos por los caminos y dábanlos muchas rosas y flores y algunas veces les daban cacao, que es una bebida que en esta tierra se usa mucho, en especial en tiempo de calor. Este acatamiento y recibimiento que hacen a los frailes vino de mandarlo el señor marqués del Valle don Hernando Cortés a los indios; porque desde el principio les mandó que tuviesen mucha reverencia y acatamiento a los sacerdotes, como ellos solían tener a los ministros de sus ídolos. Y también hacían entonces recibimientos a los españoles, lo cual ya todos no lo han querido consentir y han mandado a los indios que no lo hagan, y aun con todo esto en algunas partes no basta.

Después que los frailes vinieron a esta tierra, dentro de medio año comenzaron a predicar, a las veces por intérprete y otras por escrito; pero después que comenzaron a hablar la lengua predica muy a menudo los domingos y fiestas, y muchas veces entre semana, y en un día iban y andaban muchas parroquias y pueblos; días hay que predican dos y tres veces, y acabado de predicar siempre hay algunos que bautizar. Buscan mil modos y maneras para traer a los indios en conocimiento de un solo Dios verdadero; y para apartarlos del error de los ídolos diéronles muchas maneras de doctrina. Al principio para les dar sabor enseñáronle el *Per signum crucis,* el *Pater Noster, Ave María, Credo, Salve,* todo cantado de un canto muy llano y gracioso. Sacáronles en su propia lengua de Anáhuac los mandamientos en metro y los artículos de la fe, y los sacramentos también cantados; y aún hoy día los cantan en muchas partes de la Nueva España. Asimismo les han predicado en muchas lenguas y sacado doctrinas y sermones. En algunos monasterios se ayuntan dos y tres lenguas diversas; y frailes hay que predican en tres lenguas todas diferentes, y así van discurriendo y enseñando por muchas partes, a donde nunca fue oída ni recibida la palabra de Dios. No tuvieron tam-

poco poco trabajo en quitar y desarraigar a estos naturales la multitud de las mujeres, la cual cosa era de mucha dificultad, porque se les hacía muy dura cosa dejar la antigua costumbre carnal, y cosa que tanto abraza la sensualidad; para lo cual no bastaban fuerzas ni industrias humanas, sino que el Padre de las misericordias les diese su gracia porque no mirando la honra y parentesco que mediante las mujeres con muchos contraían, y gran favor que alcanzaban, tenían con ellas mucha granjería y quien tejía y hacía mucha ropa eran muy servidos, porque las mujeres principales llevaban consigo otras criadas. Después de venidos al matrimonio tuvieron muy gran trabajo y muchos escrúpulos hasta darles la verdadera y legítima mujer, por lo muy arduos y muy nuevos casos y en gran manera intrincados contraimientos que en estas partes se halla. Habían éstos contraído con las hijas de los hombres o del demonio de do procedieron gigantes que son lo enormes y grandes pecados. Y no se contentaban con una mujer, porque un pecado llama y trae otro pecado, de que se hace la cadena de muchos eslabones de pecados con que el demonio los trae encadenados. Mas ahora ya todos reciben el matrimonio y ley de Dios, aunque en algunas provincias aún no han dejado las mancebas y concubinas todas.

El continuo y mayor trabajo que con estos indios se pasó, fue en las confesiones, porque son tan continuas que todo el año es una cuaresma, a cualquiera hora del día y en cualquier lugar, así en las iglesias como en los caminos; y sobre todo son los continuos enfermos; las cuales confesiones son de muy gran trabajo; porque como los agravian las enfermedades, y muchos de ellos nunca se confesaron, y la caridad demanda ayudarlos y disponer como quien está *in articulo mortis* para que vayan en vía de salvación. Muchos de éstos son sordos, otros llagados, que cierto los confesores en esta tierra no tienen de ser delicados ni asquerosos para sufrir esta carga. Y muchos días son tantos los enfermos, que los confesores están como Josué rogando a Dios que detenga el sol y alargue el día para que se acaben de confesar los

enfermos. Bien creo yo que los que en este trabajo se ejercitaren y perseveraren fielmente, que es género de martirio y delante de Dios muy acepto servicio; porque son éstos como los ángeles que señalan con el *tau* [6] a los gimientes y dolientes; ¿qué otra cosa es bautizar, desposar, confesar, sino señalar siervos de Dios, para que no sean heridos del ángel percuciente, y los así señalados trabajen de los defender y guardar de los enemigos que no los consuman y acaben?

Tiempo fue, y algunos años duró, que los que de oficio debieran defender y conservar los indios, los trataban de tal manera que entraban buenas manadas de esclavos en México, hechos como Dios sabe. Y los tributos de los indios no pequeños, y las obras que sobre todo esto les cargaron, encima no pocas, y los materiales a su costa. Iba la cosa de tal manera que como quien se come una manzana, se iban a tragar los indios. Pero el pastor de ellos, al cual principalmente pertenecía de oficio, que fue el primer obispo de México, don fray Juan de Zumárraga, y aquellos de quien al presente hablo, que son escorias y heces del mundo, opusiéronse de tal manera para que no tragasen la manzana sin las mondaduras, y así les amargaron las cortezas; que no se tragaron ni acabaron los indios; porque Dios, que tiene a muchos de estos indios y muchos de sus hijos y nietos predestinados para su gloria, lo remedió, y el Emperador desde que fue informado proveyó de tales personas que desde entonces les va a los indios de bien en mejor [7].

Bien son dignos de perpetua memoria los que tan buen remedio pusieron a esta tierra; éstos fueron el obispo don Sebastián Ramírez, Presidente de la Audiencia Real, el cual tuvo singular amor a estos indios y los

---

[6] Referencia a la señal con la cual, según cuenta la Biblia, los ángeles marcaron, para salvarlos, a los servidores de Dios. Cfr. *Apocalipsis,* VII, 3.

[7] En los párrafos anteriores fray Toribio resume argumentos ya tratados y en este último vuelve a condenar la criminal actuación de Nuño de Guzmán, Presidente de la Primera Audiencia de México.

defendió y conservó sabiamente, y rigió la tierra en mucha paz con los buenos coadjutores que tuvo, los cuales, no menos gracias merecen, que fueron los Oidores que con él fueron proveídos. De la cual Audiencia había bien que decir, y de cómo remediaron esta tierra, que la hallaron con la candela en la mano, que si mucho se tardaran bien la pudieran hacer la sepultura como a las otras islas. Más de esto es lo que siento que lo que digo. Yo creo que son dignos de gran corona delante del Rey del cielo y del de la tierra también. Y para todo buen aprovechamiento trajo Dios al señor don Antonio de Mendoza, visorrey y gobernador, que ha echado el sello, y en su oficio ha procedido prudentemente, y ha tenido y tiene grande amor a esta patria, conservándola en todo buen regimiento de cristiandad y policía. Los oidores fueron el licenciado Juan de Salmerón, el licenciado Alonso Maldonado, el licenciado Ceynos, el licenciado Quiroga.

Capítulo IV

De la humildad que los frailes de San Francisco tuvieron en convertir a los indios, y de la paciencia que tuvieron en las adversidades.

Fue tanta la humildad y mansa conversación que los frailes menores tuvieron en el tratamiento e inteligencia que con los indios tenían, que como algunas veces en los pueblos de los indios quisieron entrar o poblar y hacer monasterios religiosos y frailes de otras órdenes, iban los mismos indios a rogar al que estaba en lugar de Su Majestad, que regía la tierra, que entonces era el señor obispo don Sebastián Ramírez, diciéndole que no les diesen otros frailes sino de los de San Francisco, porque los conocían y amaban, y eran de ellos amados. Y como el señor presidente les preguntase la causa por qué querían más aquellos que a otros, respondían los indios: «Porque éstos andan pobres y descalzos como nosotros,

comen de lo que nosotros, asiéntanse entre nosotros, conversan entre nosotros mansamente». Otras veces queriendo dejar algunos pueblos para que entrasen frailes de otras órdenes, venían los indios llorando a decir: «Que si se iban y los dejaban, que también ellos dejarían sus casas y se irían tras ellos». Y de hecho lo hacían y se iban tras los frailes; esto yo lo vi por mis ojos. Y por esta buena humildad que los frailes tenían con los indios, todos los señores de la Audiencia Real les tuvieron mucho miramiento, aunque al principio venían de Castilla indignados contra ellos, y con propósito de los reprender y abatir, porque venían informados que los frailes con soberbia mandaban a los indios y se enseñoreaban de ellos. Pero después que vieron lo contrario tomáronles mucha afición, y conocieron haber sido pasión lo que en España de ellos se decía.

Algunos trataron y conversaron con personas que pudieran ser parte para les procurar obispados y no lo admitieron; otros fueron elegidos en obispos y venidas las lecciones las renunciaron humildemente excusándose diciendo que no se hallaban suficientes ni dignos para tan alta dignidad, aunque en esto hay diversos pareceres en si acertaron o no en renunciar. Porque para esta nueva tierra y entre esta humilde generación convenía mucho que fueran los obispos como en la primitiva Iglesia, pobres y humildes, que no buscaran rentas, sino ánimas, ni fuera menester llevar tras sí más de su pontificial, y que los indios no vieran obispos regalados, vestidos de camisas delgadas y dormir en sábanas y colchones y vestirse de muelles vestiduras, porque los que tienen ánimas a su cargo han de imitar a Jesucristo en humildad y pobreza, y traer su cruz a cuestas y desear morir en ella. Pero como renunciaron simplemente, y por se allegar a la humildad, creo que delante de Dios no serán condenados [8].

---

[8] El celo reformador de Motolinía lleva a éste a duros reproches contra los eclesiásticos que traicionan su misión y le hace ensalzar la conducta de la orden a la que pertenece.

Una de las buenas cosas que los frailes tienen en esta tierra es la humildad, porque muchos de los españoles los humillan con injurias y murmuraciones, pues de parte de los indios no tienen de qué tomar vanagloria, porque ellos les exceden en penitencia y en menosprecio. Y así cuando algún fraile de nuevo viene de Castilla, que allá era tenido por muy penitente, y que hacía raya a los otros, venido acá es como río que entra en la mar, porque acá toda la comunidad vive estrechamente y guarda todo lo que se puede guardar. Y si miran a los indios, verlos han paupérrimamente vestidos y descalzos, las camas y moradas en extremo pobres; pues en la comida al más estrecho penitente exceden, de manera que no hallarán de qué tener vanagloria ninguna [9]. Y si rigen por razón muy menos tendrán soberbia; porque todas las cosas son de Dios, y el que afirma alguna cosa buena ser suya es blasfemia, porque es querer hacerse Dios. Pues luego locura es gloriarse el hombre de las cosas ajenas, pues para esperar y recibir los bienes de la gloria que por Cristo no son prometidos, y para sufrir los males y adversidades que a cada paso se ofrecen a los que piadosa y justamente quieren vivir, *patientia necessaria est*. Esta sufre y lleva la carga de todas las tribulaciones y sufre los golpes de los enemigos sin ser herida el ánima; así como contra los bravos tiros de artillería ponen cosas muelles y blandas en que ejecuten su furia, bien así contra las tentaciones y tribulaciones del demonio y del mundo y de la carne se debe poner la paciencia; que con lo contrario nuestra ánima será presto turbada y rendida. De esta manera ponían los frailes la paciencia por escudo contra las injurias de los españoles. Cuando ellos muy indignados decían que los frailes destruían la tierra en favorecer a los indios, y que algún día se levantarían los indios contra ellos, los frailes para mitigar su ira respondían con paciencia: «Si nosotros no defendiésemos los indios, ya vosotros no tendríades quién os sir-

[9] Es constante la participación de fray Toribio en la desastrada condición del indígena después de la conquista española.

viese. Si nosotros los favorecemos, es para conservarlos, y para que tengáis quién os sirva; y en defenderlos y enseñarlos, a vosotros servimos y vuestras conciencias descargamos; porque cuando de ello os encargasteis, fue con obligación de enseñarlos; y no tenéis otro cuidado, sino que os sirvan y os den cuanto tienen y pueden hacer. Pues ya que tienen poco o no nada si los acabásedes ¿quién os serviría? Y así muchos de los españoles, a lo menos los nobles y los virtuosos, decían y dicen muchas veces: que si no fuera por los frailes de San Francisco, la Nueva España fuera como las Islas, que ni hay indio a quien enseñar la ley de Dios, ni quien sirva a los españoles. Los españoles también se quejaban y murmuraban diciendo mal de los frailes, porque mostraban querer más a los indios que no a ellos, y que los reprendían ásperamente; lo cual era causa que les faltasen muchos con sus limosnas y les tuviesen una cierta manera de aborrecimiento. A esto respondían los frailes diciendo: «que siempre habían tenido a los españoles por domésticos de la fe, y que si alguno o algunos de ellos alguna vez tenían alguna necesidad espiritual o corporal, más aína acudían a ellos que no a los indios; mas como los españoles en comparación de los indios son muy pocos y saben bien buscar su remedio, así espiritual como corporal, mejor que los indios, que no tienen otros sino aquellos que han aprendido la lengua, porque los principales y casi todos son de los frailes menores, hay razón que se vuelvan a remediar a los indios que son tantos, y tan necesitados de remedio; y aun con estos no pueden cumplir por ser tantos, es mucha razón que se haga así, pues no costaron menos a Jesucristo las ánimas de estos indios como las de los españoles y romanos, y la ley de Dios obliga a favorecer y a animar a éstos que están con la leche de la fe en los labios, que no a los que la tienen ya tragada con la costumbre».

Por la defensión de los indios, y por les procurar algún tiempo en que pudiesen ser enseñados de la doctrina cristiana, y porque no les ocupasen en domingos ni fiestas, y por les procurar moderación en sus tributos,

los cuales eran tan grandes que muchos pueblos no los pudieron cumplir, vendían a mercaderes renoveros que solía haber entre ellos, los hijos de los pobres y las tierras, y como los tributos eran ordinarios, y no bastase para ellos vender lo que tenían, algunos pueblos, casi del todo se despoblaron, y otros se iban despoblando, si no se pusiera remedio a moderar los tributos. Lo cual fue causa que los españoles se indignasen tanto contra los frailes, que estuvieron determinados de matar algunos de ellos, que les parecía que por su causa perdían el interés que sacaban de los pobres indios. Y estando por esta causa para dejar los frailes del todo la tierra y volverse a Castilla, Dios que socorre en las mayores tribulaciones y necesidades, no lo consintió, porque siendo la Católica Majestad del Emperador don Carlos informado de la verdad, procuró una bula del papa Paulo III, para que de la vieja España viniesen a esta tierra ciento y cincuenta frailes.

Capítulo V

De cómo fray Martín de Valencia procuró de pasar adelante a convertir nuevas gentes, y no lo pudo hacer, y otros frailes después lo hicieron.

Después que el padre fray Martín de Valencia hubo predicado y enseñado con sus compañeros en México y en las provincias comarcanas ocho años, quiso pasar adelante y entrar en la tierra de más adentro, haciendo su oficio de predicación evangélica. Y como en aquella sazón él fuese prelado, dejó en su lugar un Comisario, y tomando consigo ocho compañeros, se fue a Coatepec [10], puerto en la Mar del Sur, que está de México más de cien leguas, para embarcarse allí para ir adelante, porque siempre tuvo opinión que en aquel paraje de la Mar del Sur había mucha gente que estaba por descubrir. Y para

[10] Tehuantepec.

efectuar este viaje, don Hernando Cortés, marqués del Valle, le había prometido de darle naves, para que le pusiesen a donde tanto deseaba, para que allí predicasen el Evangelio y la palabra de Dios, sin que precediese conquista de armas. Estuvo en el puerto de Coatepec, esperando los navíos siete meses, para el cual tiempo habían quedado los maestros de darlos acabados, y para mejor cumplir su palabra, el marqués en persona fue desde Cuauhunahuac, que es un pueblo de su marquesado a do siempre reside, que está de México once leguas, fue a Tecoantepec a despachar y dar los navíos, y con toda la diligencia que él pudo poner no se acabaron; porque en esta tierra con mucha dificultad, y costa y tiempo, se echan los navíos al agua. Pues viendo el siervo de Dios que los navíos le faltaban dio la vuelta para México, dejando allí tres compañeros de los suyos para que acabados los navíos fuesen en ellos a descubrir.

En el tiempo que fray Martín de Valencia, que fueron siete meses los que estuvo en Coatepec, siempre él y sus compañeros trabajaron en enseñar y doctrinar a la gente de la tierra, sacándoles la doctrina cristiana en su lengua que es de zapotecas, y no sólo a éstos, pero en todas las lenguas y pueblos por do iban, predicaban y bautizaban.

Entonces pasaron por un pueblo que se dice Mictlan, que en nuestra lengua quiere decir infierno, adonde hallaron algunos edificios más de ver que en parte ninguna de la Nueva España, entre los cuales había un templo del demonio y aposentos de sus ministros, muy de ver, en especial una sala como de artesanos [11]. La obra era de piedra, hecha con muchos lazos y labores; había muchas portadas, cada una de tres piedras grandes, dos a los lados y una por encima, las cuales eran muy gruesas y muy anchas; había en aquellos aposentos otra sala, que tenía unos pilares redondos, cada uno de una sola pieza, tan gruesos, que dos hombres abrazados con un pilar apenas se tocaban las puntas de los dedos; serían de cinco brazas de alto. Decía fray Martín que se des-

[11] Se refiere Motolinía al centro ceremonial de Michtlan.

cubrirían en aquella costa gente más hermosa y de más habilidad que ésta de la Nueva España, y que si Dios le diese vida que la gastaría con aquella gente como había hecho con estotra. Mas Dios no fue servido que por él fuese descubierto lo que tanto deseaba, aunque permitió que fuese descubierto por frailes menores; porque como uno de los compañeros del dicho fray Martín de Valencia, llamado fray Antonio de Ciudad Rodrigo, siendo Provincial en el año de 1537, envió cinco frailes a la costa del Mar del Norte, y fueron predicando y enseñando por los pueblos de Guazacualco [12] y Puitel; aquí está poblado de españoles, y el pueblo se llama Santa María de la Victoria; ya esto es en Tabasca. Pasaron a Xicalanco, adonde en otro tiempo había muy gran trato de mercaderes e iban hasta allí mercaderes mexicanos y aún ahora van algunos. Y pasando a la costa adelante llegaron los frailes a Champotón y a Campeche; a este Campeche llaman los españoles Yucatán. En este camino y entre esta gente estuvieron dos años, y hallaban en los indios habilidad y disposición para todo bien, porque oían de grado la doctrina y palabra de Dios. Dos cosas notaron mucho los frailes en aquellos indios, que fueron, ser gente de mucha verdad, y no tomar cosa ajena, aunque estuviese caída en la calle muchos días. Saliéronse los frailes de esta tierra por ciertas diferencias que hubo entre los españoles y los indios naturales. En el año de 1538 envió otros tres frailes en unos navíos del marqués del Valle que fueron a descubrir por la Mar del Sur; de éstos aunque se sonó y dijo que habían hallado tierra poblada y muy rica, no está muy averiguado, ni hasta ahora, que es en principio del año de 1540, no ha venido nueva cierta.

Este dicho año envió este mismo provincial fray Antonio de Ciudad Rodrigo, dos frailes, por la costa del Mar del Sur, la vuelta hacia el norte por Xalisco, y por la Nueva Galicia, con un capitán que iba a descubrir. Y ya que pasaban la tierra que por aquella costa está

[12] Coatzacoalco.

descubierta y conocida y conquistada, hallaron dos caminos bien abiertos. El capitán escogió y se fue por el de la mano derecha, que declinaba la tierra adentro, el cual a muy pocas jornadas dio en unas sierras tan ásperas, que no las pudiendo pasar le fue forzado volverse por el mismo camino que había ido.

De los dos frailes adoleció el uno, y el otro, con dos intérpretes, tomó por el camino de la mano izquierda, que iba hacia la costa, hallóle siempre abierto y seguido; y a pocas jornadas dio en tierra poblada de gente pobre, los cuales salieron a él llamándole mensajero del cielo, y como a tal le tocaban todos y besaban el hábito. Acompañábanle de jornada en jornada trescientas y cuatrocientas personas, y a veces muchas más, de los cuales algunos en siendo hora de comer, iban a caza, de la cual había mucha, mayormente de liebres, conejos y venados, y ellos que se saben dar buena maña en poco espacio tomaban cuanto querían; y dando primero al fraile, repartían entre sí lo que había. De esta manera anduvo más de trescientas leguas, y casi en todo este camino tuvo noticia de una tierra muy poblada de gente vestida, y que tienen casas de terrado, y de muchos sobrados. Esta gente dicen estar pobladas a la ribera de un gran río, a do hay muchos pueblos cercados, y a tiempos tienen guerras los señores de los pueblos contra los otros. Y dicen que pasado aquel río hay otros pueblos mayores y más ricos. Lo que hay en los pueblos que están en la primera ribera del río dicen que son vacas, menores que las de España, y otros animales muy diferentes de los de Castilla; buena ropa, no sólo de algodón mas también de lana, y que hay ovejas de que se saca aquella lana; estas ovejas no se sabe de qué manera sean. Esta gente usan de camisas y vestiduras con que se cubren sus cuerpos. Tienen zapatos enteros que cubren todo el pie, lo cual no se ha hallado en todo lo hasta ahora descubierto. También traen de aquellos pueblos muchas turquesas, las cuales y todo lo demás de aquí digo había entre aquella gente pobre a donde allegó el fraile; no que en sus tierras se criasen, sino

que las traían de aquellos pueblos grandes adonde iban a tiempos a trabajar, y a ganar su vida como hacen en España los jornaleros.

En demanda de esta tierra habían salido ya muchas armadas, así por mar como por tierra, y de todos la escondió Dios y quiso que un pobre fraile descalzo la descubriese [13]; el cual cuando trajo la nueva, al tiempo que lo dijo, le prometieron que no la conquistarían a fuego y a sangre como se ha conquistado casi todo lo que en esta tierra firme está descubierto, sino que se les predicaría el Evangelio. Pero como esta nueva fue derramada, voló brevemente por todas partes, y como a cosa hallada muchos la quisiesen ir a conquistar, por más bien o menor mal, tomó la delantera el visorrey de esta Nueva España don Antonio de Mendoza, llevando santa intención y buen deseo de servir a Dios en todo lo que en sí fuere, sin hacer agravio a los prójimos.

En el año de 1539 otros dos frailes entraron por la provincia de Michuacán a una gente que se llama chichimecas, que ya otras veces habían consentido entrar en sus tierras frailes menores, y los habían recibido en paz y con mucho amor, que de los españoles siempre se han defendido y vedádoles la entrada, así por ser gente belicosa y que poco más poseen de un arco con sus flechas, como porque los españoles ven poco interés en ellos. Aquí descubrieron estos dos frailes que digo, cerca de treinta pueblos pequeños, que el mayor de ellos no tendría seiscientos vecinos. Estos recibieron de muy buena voluntad la doctrina cristiana, y trajeron sus hijos a bautismo; y por tener más paz y mejor disposición para recibir la fe, demandaron libertad por algunos años, y que después darían tributo moderado de lo que cogen y crían en sus tierras; y que de esta manera darían la obediencia al rey de Castilla. Todo se lo concedió el visorrey don Antonio Mendoza, y les dio diez años de libertad para que no pagasen ningún tributo.

[13] Alude fray Toribio a la expedición de fray Marcos de Niza al norte de México, en 1539, y a las noticias fantásticas que difundió y que en vano Vázquez Coronado intentó verificar.

Después de estos pueblos se siguen unos llanos, los mayores que hay en toda la Nueva España; son de tierra estéril, aunque poblada toda de gente muy pobre, y muy desnuda, que no cubre sino sus vergüenzas; y en tiempo de frío se cubren con cueros de venados, que en todos aquellos llanos hay mucho número de ellos, y de liebres y conejos, y culebras y víboras; y de esto comen asado, que cocido ninguna cosa comen, ni tienen choza, ni casa, ni hogar, más de que se abrigan par de algunos árboles, y aún de éstos no hay muchos sino *tunales,* que son unos árboles que tienen las hojas del grueso de dos dedos, unas más y otras menos, tan largas como un pie de un hombre, y tan anchas como un palmo; y de una hoja de éstas se planta y van procediendo de una hoja en otra, y a los lados también van echando hojas, y haciéndose de ellas árbol. Las hojas del pie engordan mucho, y fortalécense tanto hasta que se hacen como pie o tronco de árbol. Este vocablo *tunal,* y *tuna* por su fruta, es nombre de las Islas, porque en ellas hay muchos de estos árboles, aunque la fruta no es tanta ni tan buena como la de esta tierra. En esta Nueva España al árbol llaman *nucpal,* y a la fruta *nuchtli.* De este género de *nuchtli* hay muchas especies; unas llaman montesinas, éstas no las comen sino los pobres; otras hay amarillas y son buenas; otras llaman picadillas, que son entre amarillas y blancas, y también son buenas; pero las mejores de todas son las blancas, y a su tiempo hay muchas y duran mucho, y los españoles son muy golosos de ellas, mayormente en verano y de camino con calor, porque refrescan mucho. Hay algunas tan buenas que saben a peras, y otras a uvas.

Otras hay muy coloradas y no son nada apreciadas, y si alguno las come es porque vienen primero que otras ningunas. Tiñen tanto, que hasta la orina del que las come tiñen, de manera que parece poco menos que sangre; tanto, que de los primeros conquistadores que vinieron con Hernando Cortés, allegando un día adonde había muchos de estos árboles, comieron mucha de aquella fruta sin saber lo que era, y como después todos se

viesen que orinaban sangre, tuvieron mucho temor, pensando que habían comido alguna fruta ponzoñosa, y que todos habían de ser muertos; hasta que después fueron desengañados por los indios. En estas *tunas,* que son coloradas, nace la grana, que en esta lengua se llama *nocheztli.* Es cosa tenida en mucho precio porque es muy subido colorado; entre los españoles se llama carmesí. Estos indios que digo, por ser la tierra tan estéril que a tiempo carece de agua, beben del zumo de estas hojas de *nocpal.* Hay también en aquellos llanos muchas turmas de tierra, las cuales no sé yo que en parte ninguna de esta Nueva España se hayan hallado sino allí.

Capítulo VI

De unos muy grandes montes que cercan toda esta tierra, y de su gran riqueza y fertilidad, y de muchas grandezas que tiene la ciudad de México.

No son de menos fruto y provecho las salidas y visitaciones que continuamente se hacen de los monasterios a do residen los frailes que las ya dichas, porque demás de los pueblos cercanos que visitan a menudo, salen a otros pueblos y tierras que están apartados cincuenta y cien leguas, de los cuales antes que acaben la visita y vuelvan a sus casas, han andado ciento cincuenta leguas y a veces doscientas. Porque es cierto que a donde no allegan frailes no hay verdadera cristiandad; porque como todos los españoles pretenden su interés, no curan en enseñarlos y doctrinarlos, ni hay quién les diga lo que toca a la fe y creencia de Jesucristo, verdadero Dios y universal señor, ni quién procure destruir sus supersticiones y ceremonias y hechicerías, muy anejas a la idolatría, y es muy necesario andar por todas partes. Y esta Nueva España es toda llena de sierras, tanto que puesto uno en la mayor vega o llano, mirando a todas partes hallará sierra o sierras a seis y a siete leguas, salvo en

aquellos llanos que dije en el capítulo pasado y en algunas partes de la costa de la mar. Especialmente va una cordillera de sierras sobre el Mar del Norte, esto es, encima del mar océano, que es la mar que traen los que vienen de España. Estas sierras van muchas leguas de largo, que es todo lo descubierto, que son ya más de cinco mil leguas, y todavía pasan adelante y van descubriendo más tierras. Esta tierra se ensangosta tanto, que queda de mar a mar en solas quince leguas, porque desde el Nombre de Dios, que es un pueblo en la costa del Mar del Sur, no hay más de solas quince leguas; y estas sierras que digo, pasada esta angostura de tierra, hacen dos piernas; la una prosigue la misma costa del Mar del Norte, y la otra va la vuelta de la tierra del Perú, en muy altas y fragosas sierras, mucho más sin comparación que los Alpes ni que los montes Pirineos. Y pienso que en toda la redondez de la tierra no hay otras montañas tan altas ni tan ásperas, y puédense sin falta llamar estos montes los mayores y más ricos del mundo, porque ya de esta cordillera de sierras, sin la que vuelve al Perú, están como dije, descubiertas más de cinco mil leguas, y no las han llegado al cabo. Y lo que más es de considerar, y que causa grandísima admiración es que tantos y tan grandes montes hayan estado encubiertos tanta multitud de años como ha que pasó el gran diluvio general, estando en la mar océana, adonde tantas naos navegan, y los recios temporales y grandes tormentas y tempestades han echado y derramado tantas naos muy fuera de la derrota que llevan y muy lejos de su navegación, y siendo tantas y en tantos años y tiempos, nunca con estas sierras toparon, ni estos montes parecieron. La causa de esto debemos dejar para El que es causa de todas las causas; creyendo que pues Él ha sido servido de que no se manifestasen ni descubriesen hasta nuestros tiempos, que esto ha sido lo mejor y que más conviene a la fe y religión cristiana.

Lo más alto de esta Nueva España, y los más altos montes, por estar en la más alta tierra, parecen ser los que están a redor de México. Está México toda cer-

cada de montes, y tiene una muy hermosa corona de sierras a la redonda de sí, y ella está puesta en medio, lo cual le causa gran hermosura y ornato, y mucha seguridad y fortaleza; y también le vienen de aquellas sierras mucho provecho, como se dirá adelante. Tiene muy hermosos montes, los cuales la cercan toda como un muro. En ella asiste la presencia divina en el Santísimo Sacramento, así en la iglesia catedral como en tres monasterios que en ella hay, de agustinos, dominicos y franciscanos, y sin éstas hay otras muchas iglesias. En la iglesia mayor reside el obispo con sus dignidades, canónigos, curas y capellanes. Está muy servida y muy adornada de vasijas y ornamentos para el culto divino, como de instrumentos musicales. En los monasterios hay muchos y muy devotos religiosos, de los cuales salen muchos predicadores, que no sólo en lengua española más en otras muchas lenguas de las que hay en las provincias de los indios, los predican y convierten a la creencia verdadera de Jesucristo.

Asimismo está en México representando la persona del Emperador y gran Monarca Carlos V, el visorrey y Audiencia Real que en México reside, rigiendo y gobernando la tierra y administrando justicia. Tiene esta ciudad su cabildo o regimiento muy honrado, el cual la gobierna y ordena en toda buena policía. Hay en ella muy nobles caballeros y muy virtuosos casados, liberalísimos en hacer limosnas. Tiene muchas y muy buenas cofradías, que honran y solemnizan las fiestas principales, y consuelan y recrean muchos pobres y enfermos, y entierran honradamente los difuntos. Tiene esta ciudad un muy solemne hospital, que se llama de la Concepción de Nuestra Señora, dotado de grandes indulgencias y perdones, las cuales ganó don Hernando Cortés, marqués del Valle, que es su patrón. Tiene también este hospital mucha renta y hacienda. Está esta ciudad tan llena de mercaderes y oficiales como lo está una de las mayores de España.

Está esta ciudad de México o Temistitan muy bien trazada y mejor edificada de muy buenas, grandes y muy

fuertes casas. Es muy proveída y bastecida de todo lo necesario, así de lo que hay en la tierra como de cosas de España. Andan ordinariamente cien arrias o recuas desde el puerto, que se llama la Veracruz, proveyendo esta ciudad, y muchas carretas que hacen lo mismo; y cada día entran gran multitud de indios, cargados de bastimentos o tributos, así por tierra como por agua, en *acales* o barcas, que en lengua de las Islas llaman *canoas*. Todo esto se gasta y consume en México, lo cual pone alguna admiración, porque se ve claramente que se gasta más en sola la ciudad de México que en dos ni en tres ciudades de España de su tamaño. La causa de esto es que todas las casas están muy llenas de gente, y también que como están todos holgados y sin necesidad, gastan largo.

Hay en ella muchos y muy hermosos caballos, porque los hace el maíz y el continuo verde que tienen, que lo comen todo el año, así de la caña de maíz, que es muy mejor que alcacer, y dura mucho tiempo este pienso, y después entra un junquillo muy bueno, que siempre le hay verde en el agua, de que la ciudad está cercada. Tiene muchos ganados de vacas y yeguas, y ovejas, y cabras, y puercos. Entra en ella por una calzada un grueso caño de muy gentil agua, que se reparte por muchas calles. Por esta misma calzada tiene una muy hermosa salida, de una parte y de otra llena de huertas que duran una legua.

¡Oh México, que tales montes te cercan y coronan! Ahora con razón volará tu fama, porque en ti resplandece la fe y evangelio de Jesucristo. Tú que antes eras maestra de pecados, ahora eres enseñadora de verdad; y tú que antes estabas en tinieblas y oscuridad, ahora das resplandor de doctrina y cristiandad. Más te ensalza y engrandece la sujeción que tiene al invictísimo César don Carlos que el tirano señorío con que otro tiempo a todas querías sujetar. Eras entonces una Babilonia, llena de confusiones y maldades; ahora eres otra Jerusalén, madre de provincias y reinos. Andabas e ibas a do querías, según te guiaba la voluntad de un idiota

gentil, que en ti ejecutaba leyes bárbaras; ahora muchas velan sobre ti, para que vivas según leyes divinas y humanas. Otro tiempo con autoridad del príncipe de las tinieblas, anhelando amenazabas, prendías y sacrificabas, así hombres como mujeres, y su sangre ofrecías al demonio en cartas y papeles; ahora con oraciones y sacrificios buenos y justos adoras y confiesas al Señor de los señores. ¡Oh México! Si levantases los ojos a tus montes, de que estás cercada, verías que son en tu ayuda y defensa más ángeles buenos que demonios fueron contra ti en otro tiempo, para te hacer caer en pecados y yerros [14].

Ciertamente de la tierra y comarca de México, digo de las aguas vertientes de aquella corona de sierras que tiene a vista en derredor, no hay poco que decir sino muy mucho. Todos los derredores y laderas de las sierras están muy pobladas, en el cual término hay más de cuarenta pueblos grandes y medianos, sin otros muchos pequeños a éstos sujetos. Están en sólo este circuito que digo nueve o diez monasterios bien edificados y poblados de religiosos, y todos tienen bien en qué entender en la conversión y aprovechamiento de los indios.

En los pueblos hay muchas iglesias, porque hay pueblo, fuera de los que tienen monasterios, de más de diez iglesias; y éstas muy bien aderezadas, y en cada una su campana o campanas muy buenas. Son todas las iglesias por de fuera muy devotas y lucidas y almenadas, y la tierra en sí que es alegre y muy vistosa, por causa de la frescura de las montañas que están en lo alto, y el agua en lo bajo, de todas partes parecen muy bien, y adornan mucho a la ciudad.

Parte de las laderas y lo alto de los montes son de las buenas montañas del mundo, porque hay cedros y muchos cipreses, y muy grandes; tanto, que muchas iglesias y casas son de madera de ciprés. Hay muy gran

[14] Es ésta la primera celebración «cristiana» de la ciudad de México, más tarde ensalzada por Bernardo de Balbuena en su *Grandeza Mexicana* y *El Siglo de Oro en las selvas de Erifile*.

número de pinos, y en extremos grandes y derechos; y otros que también los españoles llaman pinos y hayas. Hay muchas y muy grandes encinas y madroños, y algunos robles. De estas montañas bajan arroyos y ríos, y en las laderas y bajos salen muchas y muy grandes fuentes. Toda esta agua y más la llovediza hace una gran laguna, y la ciudad de México está asentada parte dentro de ella, y parte a la orilla. A la parte de occidente por medio del agua va una calzada que la divide; la una parte es de muy pestífera agua, y la otra parte es de agua dulce, y la dulce entra en la salada porque está más alta. Y aquella calzada tiene cuatro o cinco ojos con sus puentes, por donde sale de la agua dulce a la salada mucha agua. Estuvo México al principio fundada más baja que ahora está, y toda la mayor parte de la ciudad la cercaba agua dulce, y tenía dentro de sí muy frescas arboledas de cedros, y cipreses y sauces, y de otros árboles de flores; porque los indios señores no procuran árboles de fruta, porque se la traen sus vasallos, sino árboles de floresta, de donde cojan rosas y adonde se críen aves, así para gozar del canto como para las tirar con cervatana, de la cual son grandes tiradores [15].

Como México estuviese así fundada dentro de la laguna, obra de dos leguas adelante, hacia la parte de oriente, se abrió una gran boca, por la cual salió tanta agua, que en pocos días que duró hizo crecer a toda la laguna, y subió sobre los edificios bajos o sobre el primer suelo más de medio estado. Entonces los más de los vecinos se retrajeron hacia la parte poniente, que era tierra firme. Dicen los indios que salían por aquella boca muchos peces, tan grandes y tan gruesos como el muslo de un hombre; lo cual les causaba grande admiración, porque en el agua salada de la laguna no se crían peces, y en la dulce son tan pequeños, que los mayores son como un palmo de un hombre. Esta agua que así reventó debe ser de algún río que anda por aquellos montes,

[15] Este pasaje recuerda el de Hernán Cortés en su segunda *Carta* de relación.

porque ya ha salido otras veces por entre dos sierras nevadas que México tiene a vista delante de sí hacia la parte de oriente y mediodía; la una vez fue después que los cristianos están en la tierra, y la otra pocos años antes. La primera vez fue tanta el agua que señalan los indios ser dos tanta que el río grande de la ciudad de los Angeles, el cual río por las más partes siempre se pasa por puente; y también salían aquellos grandes pescados como cuando se abrió por la laguna. Entonces el agua vertió de la otra parte de la sierra hacia Huexuzinco, y yo he estado cerca de donde salió esta agua que digo, y me he certificado de todos los indios de aquella tierra.

Entre estas dos sierras nevadas está el puerto que al principio solían pasar yendo de la ciudad de los Angeles para México, el cual ya no se sigue porque los españoles han descubierto otros caminos mejores. A la una de estas sierras llaman los indios sierra blanca, porque siempre tiene nieve; a la otra llaman sierra que echa humo; y aunque ambas son bien altas, la del humo me parece ser más alta, y es redonda desde lo bajo, aunque el pie baja y se extiende mucho más. La tierra que esta sierra tiene de todas partes es muy hermosa y muy templada, en especial la que tiene al mediodía. Este volcán tiene arriba en lo alto de la sierra una gran boca, por la cual solía salir un grandísimo golpe de humo, el cual algunos días salía tres y cuatro veces. Habrá de México a lo alto de esta sierra o boca doce leguas, y cuando aquel humo salía parecíase tan claro, como si estuviera muy cerca, porque salía con gran ímpetu y muy espeso. Y después que subía en tanta altura y gordor como la torre de la iglesia mayor de Sevilla, aflojaba la furia, y declinaba a la parte que el viento le quería llevar. Este salir de humo cesó desde el año mil y quinientos y veinte y ocho, no sin grande nota de los españoles y de los indios. Algunos querían decir que era boca del infierno [16].

[16] Los dos volcanes son respectivamente el Iztaccihuatl y el Popocatépetl, en la Sierra Transversal.

Capítulo VII

De los nombres que México tuvo, y de quien dicen que fueron sus fundadores; y del estado y grandeza del señor de ella, llamado Motezuma.

México, según la etimología de esta lengua, algunos lá interpretan fuente o manadero. Y en la verdad, en ella y a la redonda hay muchos manantiales, por lo cual la interpretación no parece ir muy fuera de propósito. Pero los naturales dicen, que aquel nombre de México trajeron sus primeros fundadores, los cuales dicen que se llamaban *mexitli,* y aún después de algún tiempo los moradores de ella se llamaron mexitis; el cual nombre ellos tomaron de su principal dios o ídolo, porque al sitio en que poblaron y a la población que hicieron llamaron *Timixtitan,* por causa de un árbol que allí hallaron, que se llamaba *michtli,* el cual salía de una piedra, a la cual llamaba *tetl,* de manera que se diría «fruta que sale de piedra». Después andando el tiempo y multiplicándose el pueblo y creciendo la vecindad, hízose esta ciudad dos barrios o dos ciudades. Al más principal barrio llamaron México, y a los moradores de él llamaron mexicanos. Estos mexicanos fueron en esta tierra como en otro tiempo los romanos. En este barrio llamado México residía el gran señor de esta tierra, que se llamaba Moctezuma, y nombrado con mejor crianza y más cortesía y acatamiento le decían Moctezumatzi, que quiere decir «hombre que está enojado o grave». Aquí en esta parte, como más principal, fundaron los españoles su ciudad, y este solo barrio es muy grande, y también hay en él muchas casas de indios, aunque fuera de la traza de los españoles.

Al otro barrio llaman Tlatetulco, que en su lengua quiere decir isleta, porque allí estaba un pedazo de tierra más alto y más seco que lo otro todo, que era manantiales y carrizales. Todo este barrio está poblado de indios; son muchas las casas y muchos más los mora-

dores. En cada ciudad o barrio de éstos hay una muy gran plaza, adonde cada día ordinariamente se hace un mercado grande en el cual se ayunta infinita gente a comprar y vender; y en estos mercados que los indios llaman *tianguez* se venden de todas cuantas cosas hay en la tierra, desde oro y plata hasta cañas y hornija. Llaman los indios a este barrio San Francisco de México, porque fue la primera iglesia de esta ciudad y de toda la Nueva España. Al otro barrio llaman Santiago de Tlatelulco, y aunque en este barrio hay muchas iglesias, la más principal es Santiago, porque es una iglesia de tres naves, y a la misa que se dice a los indios de mañana siempre se hinche de ellos, y por la mañana que abren la puerta, ya los indios están esperando, porque como no tienen mucho que ataviarse ni que se componer, en esclareciendo tiran para la iglesia. Aquí en esta iglesia está el colegio de los indios [17], con frailes que los enseñan y doctrinan en lo que tiene de hacer. En toda la tierra nombran los indios primero el santo que tienen en su principal iglesia y después el pueblo, y así nombran: Santa María de Tlaxcala, San Miguel de Huexuzinco, San Antonio de Tezcuco, etc.

Ni piense nadie que me he alargado en contar el blasón de México, porque en la verdad muy brevemente he tocado una pequeña parte de lo mucho que de ella se podría decir, porque creo que en toda nuestra Europa hay pocas ciudades que tengan tal asiento y tal comarca, con tantos pueblos de la redonda de sí, y tan bien asentados; y aún más digo y me afirmo, que dudo si haya alguna tan buena y tan opulenta cosa como Timistitlan; y tan llena de gente, porque tiene esta gran ciudad Temultichan de frente de sí, a la parte de oriente, la laguna en medio, el pueblo de Tezcuco, que habrá cuatro o cinco leguas de traviesa, que la laguna tiene de ancho, y de largo tiene ocho, esto es la salada, y casi otro tanto tendrá la laguna dulce. Esta ciudad de

[17] Es el Colegio franciscano de Santa Cruz, en Tlatelolco, fundado en 1536.

Texcuco era la segunda cosa principal de la tierra, y asimismo el señor de ella era el segundo señor de la tierra. Sujetaba debajo de sí quince provincias hasta la provincia de Tuzapan, que está a la costa del Mar del Norte, y así había en Tezcuco muy grandes edificios de templos del demonio, y muy gentiles casas y aposentos de señores, entre los cuales fue cosa muy de ver la casa del señor principal, así la vieja con su huerta cerrada de más de mil cedros muy grandes y muy hermosos, de los cuales hoy día están los más en pie, aunque la casa está asolada; otra casa tenía que se podrá aposentar en ella un ejército, con muchos jardines, y un muy grande estanque, que por debajo de la tierra solía entrar a él con barcas. Es tan grande la población de Tezcuco, que toma más de una legua en ancho, y más de seis en largo, en la cual hay muchas parroquias e innumerables moradores. A la parte de oriente tiene México-Temistitlan a una legua la ciudad o pueblo de Tlacuba, adonde residía el tercero señor de la tierra, al cual estaban sujetas diez provincias. Estos dos señores ya dichos se podían bien llamar reyes, porque no les faltaba nada para lo ser.

A la parte del norte o septentrión, a cuatro leguas de Temistitlan, está el pueblo de Cuauhtitlan, adonde residía el cuarto señor de la tierra, el cual era señor de otros muchos pueblos. Entre este pueblo y México hay otros grandes pueblos, que por causa de brevedad y por ser nombres extraños no los nombro.

Tiene México a la parte de mediodía, a dos leguas, el pueblo de Coyoacán. El señor de él era el quinto señor, y tenía muchos vasallos. Es pueblo muy fresco. Aquí estuvieron los españoles después que ganaron a Temistitlan, hasta que tuvieron edificado en México adonde pudiesen estar, porque de la conquista había quedado todo lo más y mejor de la ciudad destruido. Dos leguas más adelante, también hacia el mediodía, que son cuatro de México, está la gran población de Xuchimilco, y desde allí hacia a do sale el sol, están los pueblos que llaman de la laguna dulce, y Tlalamanalco con su

provincia de Chalco, do hay infinidad de gente. De la otra parte de Tezcuco, hacia el norte, está lo muy poblado de Otumba y Tepepulco.

Estos pueblos ya dichos y otros muchos tiene Temistitlan a la redonda de sí dentro aquella corona de sierras, y otros muy muchos que están pasados los montes, porque por la parte más ancha de los poblados hacia México, a los de las aguas vertientes afuera, hay seis leguas, y a todas las partes a la redonda va muy poblada y muy hermosa tierra. Los de las provincias y principales pueblos eran como señores de salva o de dictado, y sobre todos eran los más principales los dos, el de Tezcuco y el de Tlacuba; y éstos con todos los otros todo lo más del tiempo residían en México, y tenían corte a Moteczuma, el cual servía como rey, y era muy temido y en extremo obedecido. Celebraba sus fiestas con tanta solemnidad y triunfo, que los españoles que a ella se hallaron presentes estaban espantados, así de esto como de ver la ciudad y los templos y los pueblos a la redonda, el servicio que tenía, y el aparato con que se servía y las suntuosas casas que tenía Moteczuma, y las de los otros señores, la solicitud y multitud de los servidores, y la muchedumbre de la gente, que era como yerba en el campo. Visto esto estaban tan admirados, que uno a otros se decían: «¿Qué es aquesto que vemos? ¿Esta es ilusión o encantamiento? ¡Tan grandes cosas y tan admirables han estado tanto tiempo encubiertas a los hombres que pensaban tener entera noticia del mundo!»

Tenía Moteczuma en esta ciudad de todos los géneros de animales, así brutos y reptiles, como de aves de todas maneras, hasta aves de agua que se mantienen de pescado, y hasta pajaritos de los que se ceban de moscas, y para todas tenía personas que les daban sus raciones, y les buscaban sus mantenimientos, porque tenía en ellos tanta curiosidad, que si Moteczuma veía ir por el aire volando una ave que le agradase, mandábala tomar, y aquella misma le traían. Un español digno de crédito, estando delante de Moteczuma, vio que le había parecido bien un gavilán, que iba por el aire volando, o fue

para mostrar su grandeza delante de los españoles, mandó que se le trajesen, y fue tanta la diligencia y los que tras él salieron, que el mismo gavilán bravo le trajeron a las manos.

Asimismo tenía muchos jardines y vergeles y en ellos sus aposentos; tenía peñones cercados de agua, y en ellos mucha caza; tenía bosques y montañas cercadas, y en ellas muy buenas casas y frescos aposentos, muy barridos y limpios, porque de gente de servicio tenía tanta como el mayor señor del mundo. Estaban tan limpias y tan barridas todas las calles y calzadas de esta gran ciudad, que no había cosa en qué tropezar, y por doquiera que salía Moteczuma, así en ésta como por do había de pasar, eran tan barrido y el suelo tan asentado y liso, que aunque la planta del pie fuera tan delicada como la de la mano, no recibiera el pie detrimento ninguno en andar descalzo. ¿Pues qué diré de la limpieza de los templos del demonio, y de sus gradas y patios, y las casas de Moteczuma y de los otros señores, que no sólo estaban muy encaladas, sino muy bruñidos, y cada fiesta los renovaban y bruñían?

Para entrar en su palacio, a que ellos llaman *tecpan,* todos se descalzaban, y los que entraban a negociar con él habían de llevar mantas groseras encima de sí; y si eran grandes señores o en tiempo de frío, sobre las mantas buenas que llevaban vestidas ponían una manta grosera y pobre; y para hablarle estaban muy humillados y sin levantar los ojos; y cuando él respondía era con tan baja voz y con tanta autoridad, que no parecía menear los labios, y esto era pocas veces, porque las más respondía por sus privados y familiares, que siempre estaban a su lado para aquel efecto, que eran como secretarios. Y esta costumbre no la había solamente en Moteczuma, sino en otros de los señores principales lo vi yo mismo usar al principio, y esta gravedad tenían más los mayores señores. Lo que los señores hablaban y la palabra que más ordinariamente decían, al fin de las pláticas y negocios que se les comunicaban, era decir

con muy baja voz *Tlaa,* que quiere decir «sí», o «bien, bien».

Cuando Moteczuma salía de su palacio, salían con él muchos señores y personas principales, y toda la gente que estaba en las calles por donde había de pasar se le humillaban y hacían profunda reverencia y grande acatamiento sin levantar los ojos a le mirar, sino que todos estaban hasta que era pasado, tan inclinados como frailes en *gloria patri.* Teníanle todos sus vasallos, así grandes como pequeños, gran temor y respeto, porque era cruel y severo en castigar. Cuando el marqués del Valle entró en la tierra, hablando con un señor de una provincia le preguntó: «¿Si reconocía señorío o vasallaje?» y el indio le respondió: «¿Quién hay que no sea vasallo y esclavo de Moteczuma? ¿Quién tan grande señor como Moteczumzi?» Queriendo sentir que en toda la tierra no había superior suyo ni aun igual.

Tenía Moteczumazi en su palacio enanos y corcovadillos, que de industria siendo niños los hacían jibosos, y los quebraban y descoyuntaban, porque de estos se servían los señores en esta tierra como ahora hace el Gran Turco, de eunucos.

Tenía águilas reales que las de esta Nueva España se pueden con verdad decir reales, porque son en extremo grandes. Las jaulas en que estaban eran grandes y hechas de unos maderos rollizos tan gruesos como el muslo de un hombre. Cuando el águila se allegaba a la red adonde estaba metida, así se apartaban y huían de ella como si fuera un león u otra bestia fiera. Tienen muy fuertes presas, la mano y los dedos tienen tan gruesa como un hombre, y lo mismo el brazo; tienen muy gran cuerpo y el pico muy fiero. De sola una comida come un gallo de papada, que es tan grande y mayor que un buen pavo español. Y este gallo que digo tiene más de pavo que de otra ave, porque hace la rueda como de pavo, aunque no tiene tantas ni tan hermosas plumas, y en la voz es tan feo como es el pavo.

En esta tierra he tenido noticias de grifos, los cuales dicen que hay en unas sierras grandes, que están cuatro

o cinco leguas de un pueblo que se dice Teocán, que es hacia el norte, y de allí bajaban a un valle llamado Auacatlan, que es un valle que se hace entre dos sierras de muchos árboles, los cuales bajaban y se llevaban en las uñas a los hombres hasta las sierras, adonde se los comían, y fue de tal manera, que el valle se vino a despoblar por el temor que de los grifos tenían. Dicen los indios que tenían las uñas como de hierro fortísimas. También dicen que hay en estas sierras un animal que es como león, el cual es lanudo, sino que la lana o vello tira algo a pluma; son muy fieros, y tienen tan fuertes dientes, que los venados que toman comen hasta los huesos. Llámase este animal *ocotochotli*. De estos animales he yo visto uno de ellos; de los grifos ha más de ochenta años que no parecen ni hay memoria de ellos.

Tornemos al propósito de Temistitlan y de sus fundadores y fundamento. Los fundadores fueron extranjeros, porque los que primero estaban en la tierra llámanse chichimecas y otomís. Estos no tenían ídolos, ni casas de piedra, ni de adobes, sino chozas pajizas; manteníanse de caza, no todas veces asada, sino cruda y seca al sol; comían alguna poca de fruta que la tierra de suyo producía, y raíces y yerbas; en fin, vivían como brutos animales. Fueron los señores en esta tierra como ahora son y han sido los españoles, porque se enseñorearon de la tierra, no de la manera que los españoles, sino muy poco a poco y en algunos años. Y como los españoles, han traído tras sí muchas cosas de las de España, como son caballos, vacas, ganados, vestidos, trajes, aves, trigo, plantas y muchos géneros de semillas, así de flores como de hortalizas, bien así en su manera los mexicanos trajeron muchas cosas que antes no las había, y enriquecieron esta tierra con su industria y diligencia, desmontáronla y cultiváronla, que antes estaba hecha toda bravas montañas, y los que antes la habitaban vivían como salvajes. Trajeron estos mexicanos los primeros ídolos, y los trajes de vestir y calzar; el maíz, y algunas aves; comenzaron los edificios, así de adobes como de piedra, y así hoy día casi todos los canteros de

la tierra son de Temistitlan o de Tezcuco, y éstos salen a edificar y a labrar por sus jornales por toda la tierra, como en España vienen los vizcaínos y montañeses. Hay entre todos los indios muchos oficios, y de todos dicen que fueron inventores los mexicanos.

Capítulo VIII

Del tiempo en que México se fundó, y de la gran riqueza que hay en sus montes y comarca, y de sus calidades, y de otras muchas cosas que hay en esta tierra.

Entraron a poblar esta tierra los mexicanos, según que por sus libros se halla, y por memorias que tienen en libros muy de ver, de figuras y caracteres muy bien pintadas, las cuales tenían por memoria de sus antigüedades, así como linajes, guerras, vencimientos, y otras muchas cosas de esta calidad dignas de memoria. Por los cuales libros se halla que los mexicanos vinieron a esta Nueva España, contando hasta este presente año de 1540, cuatrocientos cuarenta y ocho años; y ha que se edificó Temistitlan doscientos y cuarenta años [18]. Y hasta hoy no se ha podido saber ni averiguar qué gente hayan sido estos mexicanos, ni de a dónde hayan traído origen. Lo que por más cierto se tuvo algún tiempo fue que habían venido de un pueblo que se dice Teoculhuacan, que los españoles nombran Culiacán; está este pueblo de México doscientas leguas. Mas después que este pueblo de Culiacán se descubrió y conquistó, hállase ser de muy diferente lengua de la que hablan los naturales de México; y demás de la lengua ser otra, tampoco en ella hubo memoria por do se creyese ni aún sospechase haber salido los mexicanos de Culiacán. La lengua de los mexicanos es la de los nauales [19].

[18] En realidad la llegada de los mexica y la fundación de Tenochtitlán son posteriores, remontan respectivamente al siglo XIII y a 1325.

[19] O sea de los pueblos nahuas.

México en el tiempo de Moteczuma y cuando los españoles vinieron a ella, estaba toda muy cercada de agua, y desde el año de 1524 siempre ha ido menguando. Entonces por solas tres calzadas podían entrar a México; por la una que es al poniente salían a tierra firme a media legua, porque de esta parte está México cercana a la tierra; por las otras dos calzadas que son al mediodía y al norte, por la que está al mediodía, habían de ir cerca de dos leguas, y por la otra del norte habían de ir una legua hasta salir a tierra firme. De la parte de oriente está cercada toda de agua y no hay calzada ninguna.

Estaba México muy fuerte y bien ordenada, porque tenía unas calles de agua anchas y otras calles de casas, una calle de casas, y otra de agua; en la acera de las casas pasaba o iba por medio un callejón o calle angosta, a la cual salían las puertas de las casas. Por las calles de agua iban muchas puentes que atravesaban de una parte a otra. Demás de esto tenía sus plazas y patios delante de los templos del demonio y de las casas del señor. Había en México muchas *acales* o barcas para servicio de las casas, y otras muchas de tratantes que venían con bastimentos a la ciudad, y todos los pueblos de la redonda, que están llenos de barcas que nunca cesan de entrar y salir a la ciudad, las cuales eran innumerables. En las calzadas habían puentes que fácilmente se podían alzar; y para guardarse de la parte del agua eran las barcas que digo, que eran sin cuento, porque hervían por el agua y por las calles. Los moradores y gente eran innumerables. Tenía por fortaleza los templos del demonio y las casas de Moteczuma, señor principal, y las de los otros señores, porque todos los señores sujetos a México tenían casas en la ciudad, porque residían mucho en ella, que por gran señor que fuese holgaba de tener palacio a Moteczuma, y si de esto algún señor tenía exención era sólo el de Tezcuco. Para indios no era poca ni mala su munición, porque tenían muchas casas de varas con sus puntas de pedernal, y muchos arcos y flechas, y sus espadas de palo largas hechas de un palo muy fuerte, engeridas de pedernales agudísi-

mos, que de una cuchillada cortaban cercén el pescuezo de un caballo, y de estos mismos pedernales tenían unos como lanzones. Tenían también muchas hondas, que cuando comenzaban a disparar juntamente las hondas y las flechas y las varas, parecía lluvia muy espesa, y así estaba tan fuerte esta ciudad, que parecía no bastar poder humano para ganarla; porque demás de su fuerza y munición que tenía, era cabeza y señora de toda la tierra, y el señor de ella Moteczuma gloriábase en su silla y en la fortaleza de su ciudad, y en la muchedumbre de sus vasallos; y desde ella enviaba mensajeros por toda la tierra, los cuales eran muy obedecidos y servidos. Otros de lejos, oída su potencia y fama, venían con presentes a darle la obediencia; mas contra los que se rebelaban o no obedecían sus mandamientos y a sus capitanes, que por muchas partes enviaba, mostrábase muy severo vengador. Nunca se había conocido ni oído en esta tierra señor tan temido y obedecido como Moteczuma, ni nadie así había ennoblecido y fortalecido a México; tanto, que de muy confiado se engañó, porque nunca él ni ningún otro señor de los naturales podían ni pudieran creer que había en el mundo tan bastante poder que pudiese tomar a México. Y con esta confianza recibieron en México a los españoles, y los dejaron entrar de paz, y estar en la ciudad diciendo: «Cuando los quisiéramos echar de nuestra ciudad y de toda la tierra será en nuestra mano, y cuando los quisiéramos matar los mataremos, que en nuestra voluntad y querer será». Pero Dios entregó la gran ciudad en las manos de los suyos, por los muy grandes pecados y abominables cosas que en ella se cometían. Y cuando en esto es mucho de notar la industria y ardid inaudito que don Hernando Cortés, marqués del Valle, tuvo en hacer los bergantines para tomar a México, porque sin ellos fuera cosa imposible ganarla según estaba fortalecida [20]. Ciertamente esto que digo, y la determinación que tuvo, y el ánimo que mostró cuando

[20] Trátase de la vuelta de Cortés a la capital azteca, después de la «Noche triste».

echó los navíos en que había venido al través [21], y después cuando le echaron de México y salió desbaratado, y esos pocos compañeros que le quedaron, todos heridos, no tornar ni arrostrar a la costa por mucho que se lo requerían, y cómo se hubo sagaz y esforzadamente en toda la conquista de esta Nueva España, cosas son para le poder poner en el paño de la fama, y para igualar y poner su persona al parangón con cualquiera de los capitanes y reyes y emperadores antiguos. Porque hay tanto que decir de sus proezas y ánimo invencible, que de sólo ello se podía hacer un gran libro [22].

Algunas veces tuve pensamiento de escribir y decir algo de las cosas que hay en esta Nueva España, naturales y criadas en ella, como de las que han venido de Castilla, cómo se han hecho en esta tierra, y veo que aún por falta de tiempo esto va remendado y no pude salir bien con mi intención en lo comenzado, porque muchas veces me corta el hilo la necesidad y caridad con que soy obligado a socorrer a mis prójimos, a quien soy compelido a consolar cada hora. Mas ya que he comenzado, razón será para decir algo de estos montes, que dije ser grandes y ricos. De la grandeza ya está dicho; diremos su riqueza, y de la que hay en ellos, y en los ríos que de ellos salen, que hay mucho oro y plata, y todos los metales y piedras de muchas maneras, en especial turquesas, y otras que acá se dicen *chalchihuit*; las finas de éstas son esmeraldas. En la costa de estos montes está la Isla de las Perlas, aunque lejos de esta Nueva España, y es una de las grandes riquezas del mundo. Hay también alumbres y pastel, la simiente de lo cual se trajo de Europa, y entre estos montes se hace en extremo muy buena, y se cogen más veces y de más paños que en ninguna parte de Europa. Hay también mucho brasil y muy bueno.

---

21 Alude a la decisión de hundir las naves, al comienzo de la conquista.

22 Conocido es el entusiasmo de fray Toribio por Cortés y su obra en la Nueva España.

La tierra que alcanza estas montañas, en especial lo que llaman Nueva España, o hasta el Golfo Dulce, cierto es preciosísima, y más si la hubieran plantado de plantas que en ella se harían muy bien, como son viñas y olivares; porque estos montes hacen muchos valles y laderas y quebradas en que se harían extremadas viñas y olivares. En esta tierra hay muchas zarzamoras; su fruta es más gruesa que la de Castilla. Hay en muchas partes de estos montes parras bravas muy gruesas, sin se saber quién las haya plantado, las cuales echan muy largas vástigas y cargan de muchos racimos y vienen a se hacer uvas que se comen verdes. Y algunos españoles hacen de ellas vinagre, y algunos han hecho vino, aunque ha sido muy poco. Dase en esta tierra mucho algodón y muy bueno. Hay mucho cacao, que la tierra adonde se da el cacao tiene de ser muy buena, y porque este cacao es comida y bebida, y moneda de esta tierra, quiero decir qué cosa es, y cómo se cría.

Si cacao es una fruta de un árbol mediano, el cual luego como le plantan de su fruto, que son unas almendras casi como las de Castilla, sino que lo bien granado es más grueso, en sembrándolo ponen par de él otro árbol que crecen en alto, y le va haciendo sombra, y es como madre del cacao. Da la fruta en unas mazorcas, con unas tajadas señaladas en ella como melones pequeños; tiene cada mazorca de éstas comúnmente treinta granos o almendras de cacao, poco más o menos; cómese verde desque se comienza a cuajar las almendras, y es sabroso, y también lo comen seco, y esto, pocos granos y pocas veces. Mas lo que más generalmente de él se usa es para moneda y corre por toda la tierra; una carga tiene tres números, vale y suma este número ocho mil, que los indios llaman *xicpile*. Una carga son veinte y cuatro mil mil almendros o cacaos. Adonde se recoge vale la carga cinco o seis pesos de oro; llevándolo la tierra adentro va creciendo el precio, y también sube y baja conforme al año, porque en buen año multiplica mucho; grandes fríos es causa de haber poco, que es muy delicado. Es este cacao una bebida muy general, que molido y mez-

clado con maíz y otras semillas también molidas se bebe en toda la tierra y en esto se gasta; en algunas partes lo hacen bien hecho, es bueno y tiénese por muy sustancial bebida.

Hállanse en estos montes árboles de pimientas la cual difiere de la de Malacar porque no requema tanto ni es fina; pero es pimienta natural más doncel [23] que la otra. También hay árboles de canela; es más blanca y más gorda. Hay también muchas montañas de árboles de liquidámbar; son hermosos árboles, y muchos de ellos muy altos; tienen la hoja como hoja de yedra. El licor que de ellos sacan llaman los españoles liquidámbar; es suave en olor, y medicinable en virtud, y de precio entre los indios. Los indios de la Nueva España mézclanclo con su misma corteza para lo cuajar, que no lo quieren líquido, y hacen unos panes envueltos en unas hojas grandes; usan de ello para olores, y también curan con ellos algunas enfermedades. Hay dos géneros de árboles de que sale y se hace el bálsamo, y de ambos géneros se hace mucha cantidad. Del uno género de estos árboles que se llama *chiloxuchil* hacen el bálsamo los indios y lo hacían antes de que los españoles viniesen; éste de los indios es algo más odorífero, y no torna tan prieto como el que hacen los españoles. Estos árboles se dan en las riberas de los ríos que salen de estos montes hacia la Mar del Norte, y no a la otra banda, y lo mismo es de los árboles de donde sacan el liquidámbar, y del que los españoles sacan el bálsamo: todos se dan a la parte del norte, aunque los árboles del liquidámbar y del bálsamo de los españoles también los hay en lo alto de los montes. Este bálsamo es precioso, y curan y sanan con él muchas enfermedades; hácese en pocas partes; yo creo que es la causa que aún no han conocido los árboles, en especial aquel *chilozuchil* que creo que es el mejor, porque está ya experimentado.

---

[23] Dulce.

De género de palmas hay diez o doce especies, las cuales yo he visto, algunas de ellas llevar dátiles. Yo creo que si curasen y adobasen serían buenos. Los indios, como son pobres, los comen así verdes, sin curarse mucho de los curar. Hállanlos buenos porque los comen con salsa de hambre. Hay cañafístolos bravos, que si los ingeriesen se harían buenos, porque acá se hacen bien los otros árboles de la cañafístola. Este árbol plantaron en la Isla Española los frailes menores, primero que otra persona los plantase, y acá en la Nueva España los mismos frailes han plantado casi todos los árboles de fruta, y persuadieron a los españoles para que plantasen ellos también. Y enseñaron a mucho a ingerir, lo cual ha sido causa que hay muchas y muy buenas huertas, y ha de haber muchas más, porque los españoles, visto que la tierra produce ciento por uno de lo que en ella plantan, danse mucho a plantar y a ingerir buenas frutas y árboles de estima. También se han hecho palmas de los dátiles que han traído de España, y en muy breve tiempo han venido a dar fruto. Hállase en estas montañas ruiponce, y algunos dicen que hay ruibarbo, mas no está averiguado. Hay otras muchas raíces y yerbas medicinales, con que los indios se curan de diferentes y diversas enfermedades, y tienen experiencia de su virtud. Hay unos árboles medianos que echan unos erizos como los de las castañas, sino que no son tan grandes ni tan ásperos, y de dentro están llenos de grana colorada. Son los granos tan grandes como los de la simiente de culantro. Esta grana mezclan los pintores con la otra que dije que es muy buena, que se llama *nocheztli,* de la cual también hay algunas en los montes.

Hay muchos morales y moreras; las moras que dan son muy menudas. Poco tiempo ha que se dan a criar seda; dase muy bien, y en menos tiempo que en España; hay mucho aparejo para criar mucha cantidad andando el tiempo, y aunque se comienza ahora, hay personas que sacan trescientas y cuatrocientas libras, y aun me dicen que hay persona que en este año de mil qui-

nientos y cuarenta sacará mil libras de seda. De la que acá se ha sacado se ha teñido alguna, y sube en fineza; y metida en colada no desdice por la fineza de las colores. Las mejores colores de esta tierra son, colorado, y azul y amarillo; el amarillo, que es de peña, es lo mejor. Muchas colores hacen los indios de flores, y cuando los pintores quieren mudar de pincel de una color en otra, limpian el pincel con la lengua, por ser las colores hechas de zumos de flores.

Hay en estas montañas mucha cera y miel, en especial en Campeche; dicen que hay allí tanta miel y cera y tan buena como en Safi, que es en Africa. A este Campeche llamaron los españoles al principio, cuando vinieron a esta tierra, Yucatán, y de este nombre se llamó esta Nueva España, Yucatán, mas tal nombre no se hallará en todas estas tierras, sino que los españoles se engañaron cuando allí allegaron, porque hablando con los indios de aquella costa, a lo que los españoles preguntaban, los indios respondían: «*Tectetán, tectetán*», que quiere decir: «No te entiendo, no te entiendo». Los cristianos corrompiendo el vocablo, y no entendiendo lo que los indios decían, dijeron: «Yucatán se llama esta tierra». Y lo mismo fue en un cabo que allí hace la tierra, al cual también llamaron cabo de Catoch; y *catoch* en aquella lengua quiere decir casa.

Capítulo IX

En el cual prosigue la materia de las cosas que hay en la Nueva España, y en los montes que están a la redonda de México.

Es tanta la abundancia y tan grande la riqueza y fertilidad de esta tierra llamada la Nueva España, que no se puede creer. Mas lo más y mejor de ella, y la que más ventaja hace a todas las otras tierras y provincias, son aquellos montes y corona de sierras, que como está

dicho, están a la redonda de la ciudad de México, en los cuales se halla en abundancia todo lo que está dicho y mucho más. Y demás de las muchas maneras de árboles y plantas y yerbas virtuosas que en ellos se hallan, tienen en sí tres calidades o diferencia de tierra. Porque en el medio en las cumbres es. fría, pero no tanto que se cubra de nieve, sino es en unas sierras altas que se hacen cerca del camino que va de la Vera Cruz para México, o en algunas puntas de sierras, que se cuaja algún poco de nieve en-años fuertes y tempestuosos y de mucho frío. En estos altos hay pinares muy grandes, y la madera es en extremo buena, y tan hermosa que cuando la labran parece de naranjo o de boj. De lo alto, bajando hacia la costa del norte, va todo tierra templada, y mientras más va y más se acerca a la costa, es más caliente. Esta parte del norte es muy fresca y muy fértil, y lo más del año o llueve, o mollizna, o en lo alto de las sierras hay nieblas. Hay muchos géneros de árboles no conocidos hasta ahora por los españoles, y como son diversos géneros, y de hoja muy diferente los unos de los otros, hacen las más hermosas y frescas montañas del mundo. Es muy propia tierra para ermitaños y contemplativos, y aun creo que los que vivieren antes de mucho tiempo, han de ver que, como esta tierra fue otro Egipto en idolatrías y pecados, y después floreció en gran santidad, bien así estas montañas y tierra han de florecer y en ella tiene de haber ermitaños y penitentes contemplativos. Aun de esto que digo comienza ya a haber harta muestra, como se dirá adelante en la cuarta parte de esta narración o historia [24], si Dios fuere servido de sacarla a luz. Por tanto noten los que vivieren, y veremos cómo la cristiandad ha venido desde Asia, que es en oriente, a parar en los fines de Europa, que es nuestra España, y de allí se

[24] Alude fray Toribio a su obra mayor, la extraviada *Relación de las cosas, ritos, idolatrías y ceremonias de la Nueva España.* Efectivamente, en este extracto no figura tal parte.

viene a más andar a esta tierra, que es en lo más último de occidente. ¿Pues por aventura estorbarlo ha la mar? No por cierto, porque la mar no hace división ni apartamiento a la voluntad y querer del que la hizo. ¿Pues no allegará el querer y gracia de Dios hasta a donde llegan las naos? Sí, y muy más adelante, pues en toda la redondez de la tierra ha de ser el nombre de Dios loado, y glorificado, y ensalzado. Y como floreció en el principio la Iglesia en oriente, que es el principio del mundo, bien así ahora en el fin de los siglos tiene que florecer en occidente, que es el fin del mundo [25].

Pues tornando a nuestro propósito, digo, que hay en esta tierra sierras de yeso muy bueno, en especial en un pueblo que se dice Cuzclatlan. En toda la tierra lo hay, pero es piedra blanca, de la cual se ha hecho y sale bueno; mas esto que digo es de lo de los espejos, y es mucho muy bueno. Hay también fuentes de sal viva, que es cosa muy de ver los manantiales blancos que están siempre haciendo unas venas muy blancas, que sacada la agua y echada en unas eras pequeñas y encaladas y dándoles el sol, en breve se vuelven en sal.

Entre muchas frutas que hay en estos montes, y en toda la Nueva España, es una que llaman *auacatl.* En el árbol parece y así está colgando como grandes brevas, aunque en el sabor tiran a piñones. De estos *auacates* hay cuatro o cinco diferencias: los comunes y generales por toda esta tierra, y que todo el año los hay, son los ya dichos, que son como brevas, y de éstos se ha hecho ya aceite, y sale muy bueno, así para comer como para arder; otros hay tan grandes como muy grandes peras, y son tan buenos, que creo que es la mejor fruta que hay en la Nueva España en sabor y en virtud; otros hay mayores que son como calabazas pequeñas y éstos son de dos maneras, los unos tienen muy grande hueso y poca carne, los otros tienen más carne y son buenos.

[25] Afirma patentemente, aquí, Motolinía su fe redentorista.

Todos estos tres géneros de grandes se dan en tierra bien caliente. Otros hay muy pequeñitos, poco más que aceitunas cordobesas; y de este nombre pusieron los indios a las aceitunas cuando acá las vieron que las llamaron *auacates* pequeños. Esta es tan buena fruta que se da a los enfermos. De éstos se abstienen los indios en sus ayunos por ser fruta de sustancia. Digo de todos estos géneros de *auacates,* cómenlos los perros y los gatos mejor que gallinas, porque yo he visto que después de un perro harto de gallina darle *auacates,* y comerlos de muy buena gana, como un hombre harto de carne que come una aceituna. El árbol es tan grande como grandes perales; la hoja ancha y muy verde, huele muy bien, es buena para agua de piernas y mejor para agua de barbas.

Otras muchas cosas se hallan aguas vertientes de estas montañas a la costa del norte, y he notado y visto por experiencia que las montañas y tierra que están hacia el norte y gozan de este viento aquilón están más frescas y más fructíferas. La tierra adentro hacia la parte del sur y poniente en estos mismos montes es tierra seca, y no llueve sino cuando es el tiempo de las aguas, y aún menos que en las otras partes de esta Nueva España, y así es muy grande la diferencia que hay de la una parte a la otra, porque puesto uno en la cumbre de los montes de la parte de norte, como está dicho que lo más del año llueve, o mollizna, o niebla, tiene cubiertas las puntas de las sierras. Y de la otra parte a un tiro de ballesta, poco más, está lo más del tiempo seco, lo cual es muy de notar que en tan poco espacio haya tan grandes extremos.

En esta parte seca se hallan árboles diferentes de los de la otra parte, como es el *guayacán,* que es un árbol con que se curan los que tienen el mal de las bubas, que acá se llaman las infinitas. Yo creo que este nombre han traído los soldados y gente plática que de poco han venido de Castilla. Ahora de poco tiempo acá han hallado una hierba que llaman zarzaparrilla. Con la agua

de ésta se han curado muchos y sanado de la misma enfermedad. De esta zarzaparrilla hay mucha.

Y porque sería nunca acabar si hubiese de explicar y particularizar las cosas que hay en estos montes, digo: que en esta costa que es tierra caliente conforme a las Islas, aquí se hallan todas las cosas que hay en la Española y en las otras islas, y otras muchas que allá no hay, así de las naturales como de las traídas de Castilla. Aunque es verdad que no se han acá criado tantos árboles de cañafístola ni tantas cañas de azúcar; pero podríase criar y muchos más que allá; porque demás de algunos ingenios que hay hechos, son los indios tan amigos de cañas de azúcar para las comer en caña, que han plantado muchas que se dan muy bien, y los indios mejor a ella, y las venden en sus mercados todo el año, como otra cualquiera fruta. En la tierra adentro, lo que ella en sí tenía y con lo que se ha traído de España, y ella en sí es capaz de producir y criar, tiene aparejo para fructificar todo lo que hay en Asia y en Africa, y en Europa; por lo cual se puede llamar otro Nuevo Mundo. Lo que esta tierra ruega a Dios es que dé mucha vida a su rey y muchos hijos, para que le dé un infante que la señoree y ennoblezca, y prospere así en lo espiritual como en lo temporal, porque en esto le va la vida. Porque una tierra tan grande y tan remota y apartada no se puede de tan lejos bien gobernar; ni una cosa tan divisa de Castilla y tan apartada no puede perseverar sin padecer grande desolación y muchos trabajos, e ir cada día de caída, por no tener consigo a su principal cabeza y rey que la gobierne y mantenga en justicia y perpetua paz, y haga merced a los buenos y leales vasallos, castigando a los rebeldes y tiranos que quieren usurpar los bienes del patrimonio real [26].

---

[26] Se ha llamado varias veces la atención sobre este pasaje, que figura como una suerte de solicitud a una independencia de México legitimada por el emperador español. Distinta será la posición del Inca Garcilaso con relación al Perú y la figura de Gonzalo Pizarro, en su segunda parte de los *Comentarios Reales*.

Capítulo X

*De la abundancia de ríos y aguas que hay en estos montes, en especial de dos muy notables fuentes; y de otras particularidades y calidades de estos monjes*K *y de cómo los tigres y leones han muerto mucha gente.*

La mayor necesidad que la tierra tiene y lo que la hace ser buena, es tener abundancia de agua, de la cual hay mucha en estos montes, así de la que llueve del cielo, de la cual muy a menudo es regada, como de fuentes y manantiales, que de todo es abundantísima, digo a la parte del norte y mediodía, que son tantos los arroyos y ríos que por todas partes corren de estos montes, que en la verdad me acontenció en espacio de dos leguas contar veinte y cinco ríos y arroyos. Y esto no es en la tierra adonde más agua había, sino así acaso, yendo de camino, se me antojó de contar los ríos y arroyos que podría haber en dos leguas, para dar testimonio de la verdad, y hallé estos veinte y cinco ríos y arroyos que digo, y por otras muchas partes de estos montes se hallará esto que digo y mucho más, porque es la tierra muy doblada.

Hay en toda esta Nueva España muy grandes y muy hermosas fuentes, y algunas de ellas tan grandes, que luego como nacen de una fuente se hacen un río. Y esto he yo visto en muchas partes, entre las cuales dos me parecen ser dignas de memoria, y para dar gloria y alabar al Señor que las crió, porque todos los españoles que las han visto les ha sido mucha materia de alabar y bendecir a Dios que tal crió, y todos dicen y confiesan no haber visto semejante cosa en todas las partidas que han andado. Ambas nacen al pie de estos montes y son de muy gentil y clara agua. La una llaman los españoles la fuente de Aulizapa, porque nace en un pueblo que se llama de aquel nombre, que en nuestra lengua quiere decir agua blanca, y así lo es muy clara, y sale con mucho ímpetu. La otra fuente está en un

pueblo que se llama Aticpac. Esta es una fuente redonda, tan grande, que una persona tendrá que hacer con un arco echar un bodoque de la una parte a la otra. Es en el medio muy honda, y por las orillas tiene siete u ocho estados de agua, y está en toda ella la agua tan clara, que en todas partes se ve el suelo, o por mejor decir las piedras, porque nace de entre unas grandes piedras y peñas, y vese todo tan claro como si fuese a medio estado. Luego desde la fuente sale tanta agua, que se hace un grande río ancho y lleno de pescado, y en el mismo nacimiento hay muchos peces y buenos. Esta fuente que digo nace al pie de dos sierras, y tiene encima de sí un muy notable y hermosísimo peñón de muy graciosa arboleda, que ni pintado ni como dicen hecho de cera no podría ser más lindo, ni más entallado ni mejor proporcionado; es por debajo muy redondo, y va subiendo y ensangostándose igualmente por todas partes. Tendrá de altura más de cien estados, y así en el peñón como en la fuente había antiguamente grandes sacrificios, como en lugares notables. Es cierto cosa muy de mirar y de grande admiración ver algo desviado unos montes tan altos y tan grandes, que parece cosa imposible que por allí pueda pasar río, y allá en lo profundo da Dios a los ríos sus canales y cursos, ya anchos, ya llanos, angostos, y apretados. En partes corren con gran mansedumbre, y por otras partes corren con tanta furia, que ponen temor y espanto a los que los miran, de verlos ir por entre altas y grandes rocas de peña tajada, y ver entrar un gran río por muy estrecha canal. Otras veces hace caer los ríos de tan grande altura, que apenas se ve lo profundo, ni hay quien se ose acercar a lo mirar, y si algún monte se le pone delante, con su furia lo mina y barrena, y hace paso por donde pueda colar y pasar su furia a la otra parte, dejando encima hecha puente firme y segura del mismo monte, por donde sin peligro se pueda pasar. En lo alto de estos montes y en lo bajo todo es tierra poblada, y también en las riberas de los ríos, y por las laderas hay poblaciones vistosas de lejos,

que adornan y hermosean en gran manera toda aquella comarca.

Cuando los frailes salen de sus monasterios y van a predicar y a bautizar por los pueblos que están en estos montes, que están desviados de los monasterios, luego como por la tierra se sabe salen al camino los señores de los pueblos, o envían a ellos sus mensajeros de treinta y cuarenta leguas, a rogarles que vayan a sus pueblos a bautizar a mucha gente que los están esperando, para que les enseñen la palabra de Dios. Los unos pueblos están en lo alto de los montes, otros están en lo profundo de los valles, y por esto los frailes es menester que suban a las nubes, que por ser tan altos los montes, están siempre llenos de nubes, y otras veces tienen de abajar a los abismos, y como la tierra es muy doblada, y con la humedad por muchas partes llena de lodo y resbaladeros aparejados para caer, no pueden los pobres frailes hacer estos caminos sin padecer en ellos grandísimos trabajos y fatigas. Yo soy cierto que los que esta tierra anduvieron, que se les acuerde bien de lo que digo, y confiesen y digan ser todo esto verdad. Con todo esto los frailes los van a buscar, y a administrar los sacramentos y predicarles la palabra y Evangelio de Jesucristo, porque viendo la fe y necesidad con que lo demandan, ¿a qué trabajo no se pondrán por Dios y por las ánimas que Él crió a su imagen y semejanza, y redimió con su preciosa sangre, por los cuales Él mismo dice haber pasado días de dolor y de mucho trabajo?

Los pueblos que están más abajo de la costa, en sabiendo que los frailes andan visitando, luego van a los recibir y a llevar en *acales* o barcas, en que vengan a sus pueblos, que la tierra hacia la costa en muchas partes se manda por los ríos, por estar perdidos los caminos, por la falta de la gente, porque está muy despoblada, según lo que solía ser bien poblada y abundante de gente, que por una parte los grandes tributos y servicios, y casas que hacían a los españoles lejos de sus pueblos, y esclavos que sacaron y los hicieron sin lo

ser, y en otras partes guerras y entradas que los españoles hicieron, han quedado pocos indios. Y por otra parte los tigres y leones han comido mucha gente, lo cual no solían hacer antes que los españoles viniesen. La causa de esto se cree que es, que cuando la gente era mucha, los tigres y leones no osaban salir ni bajar de las montañas altas a lo bajo, y después encarnizándose en los indios que morían por los caminos, o fue por permisión de Dios, porque cuando todos los otros pueblos de la tierra recibían la fe y el bautismo, entonces también fuera razón que ellos despertaran y buscaran al verdadero Dios, y no hicieron. Acontecióles a éstos como a los gentiles advenedizos que poblaron a Samaría, que porque no temieron a Dios ni lo adoraron, mandó Dios a los leones que descendiesen de las montañas y los matasen y comiesen. De esta manera acá, en este tiempo que digo, los leones y tigres salían a los pueblos de las costas y mataron y comieron muchos indios, y algunos españoles a vueltas, tanto, que casi se despoblaron muchos pueblos, y a los indios les fue forzado a desamparar la tierra, y los que quedaron en ella morar juntos, y hacer cercados y palenques, y aún con todo esto si de noche no se velaban no estaban seguros.

Otros pueblos vi yo mismo que los moradores de ellos cada noche se acogían a dormir en alto, que ellos tienen sus casillas de paja armadas sobre cuatro pilares de palo, y en aquella concavidad que cubre la paja se hace un desván o barbacoa cerrado por todas partes, y cada noche se suben allí a dormir, y allí meten consigo sus gallinas y perrillos y gatos, y si algo se les olvida de encerrar, son tan ciertos los tigres y leones que comen todo cuanto abajo se olvida. Pero están ya tan diestros los perros y gatos y aves, que venida la tarde todos se ponen en cobro, sin que sea menester tañer la queda, porque todos tienen cuidado de ponerse en cobro con tiempo, so pena de la vida y de ser comido de los leones y tigres. Después que se han bautizado y se confiesan y han hecho iglesias, ha cesado mucho la crueldad de aquellas animalias.

Los españoles para defender y conservar a sus indios, buscaron buenos perros que trajeron de Castilla, con los cuales han muerto muchos tigres y leones. En un pueblo que se dice Chocamán, se han muerto por cuenta ciento y diez tigres y leones, y en otro pueblo que se dice Amatlán, el indio señor de este pueblo hubo dos perros de los de España, el uno de ellos era muy bueno, con los cuales ha muerto ciento y veinte leones y tigres. Yo vi muchos de los pellejos. Cuando los matan es menester ayudar a los perros, porque en estas partes los tigres y los leones en viéndose acosados, luego se encaraman por los árboles; y para echarlos abajo es menester flecharlos, porque muchas veces no alcanzan con una larga lanza adonde ellos se encaraman, porque suben por un árbol como un gato. Cuando algunos caminan en compañía por estas tierras y duermen en el campo, hacen a la redonda de sí muchos fuegos, porque los leones y tigres tienen mucho temor al fuego y huyen de él. Por estas causas dichas lo más del trato y camino de los indios en aquella tierra es por *acales* o barcas por el agua. *Acale* en esta lengua quiere decir casa hecha sobre el agua; con éstas navegan por los grandes ríos, como son los de la costa, y para sus pesquerías y contrataciones; y con éstas salen a la mar; y con las grandes de estas *acales* navegan de una isla a otra, y se atreven a atravesar algún golfo pequeño. Estas *acales* o barcas de cada una es de una sola pieza, de un árbol tan grande y tan grueso como lo demanda la longitud, y conforme al ancho que le pueden dar, que es de lo grueso del árbol de que se hacen. Y para esto hay sus maestros, como en Vizcaya los hay de los navíos. Y como los ríos se van haciendo mayores cuanto más se allegan a la costa, son mayores estos *acales* o barcas. En todos los ríos grandes de la costa, y muchas leguas la tierra adentro, hay tiburones y lagartos, que son bestias marinas. Algunos quieren decir que estos lagartos sean de los cocodrilos. Son algunos de tres brazas en largo, y aun me dicen que en algunas partes los hay mayores y son casi el grueso y cuerpo de

un caballo; otros hay harto menores. Adonde éstos o los tiburones andan encarnizados nadie osa sacar la mano fuera de la barca, porque estas bestias son muy prestas en el agua, y cuanto alcanzan tanto cortan, y llévanse un hombre atravesado en la boca. También éstos han muerto muchos indios y algunos pocos españoles. Los lagartos salen fuera del agua, y están muy armados de su mismo cuero, el cual es tan duro, que no es más dar en él con una lanza o con una saeta que dar en una peña. Las noches que los indios duermen en el agua en aquellos *acales,* no se tienen que descuidar por temor de las bestias marinas. Y por temor de los tigres y leones no osan salir a tierra. También hacen los ríos antes que entren en la mar muy grandes esteros y lagunas muy anchas, tanto, que de la una parte a la otra y a la redonda casi se pierde la tierra de vista. Con temporal recio hace en estas lagunas grandes olas como en la mar, con tanta furia, que si se toma dentro algunos indios que van a pescar en aquellos *acales,* los pone temor y hace peligrar algunos. De manera que, como dice San Pablo, todo este mundo está lleno de barrancos y peligros, y lazos y asechanzas, de lo cual todo libra Dios a los que entienden en la conversión de estos indios, porque hasta hoy se sabe que a ningún fraile haya muerto bestias bravas, aunque algunos se han visto entre ellas, ni ha muerto ningún fraile en ninguna nao de las que han venido de España, ni se ha perdido nao en que viniesen frailes, porque Dios los guarda maravillosamente.

Capítulo XI

En el cual prosigue la materia, y nombra algunos grandes ríos que bajan de los montes, y de su riqueza; trata algo del Perú.

Habiendo dicho algo de los montes, aunque sumariamente, justo será decir algo de los ríos que en ellos

salen, que son muchos y grandes, según que parece por la carta del navegar, adonde claramente se ve su grandeza ser tanta, que de muchos de ellos se coge agua dulce dentro en la mar alta, y se navegan y suben por ellos muchas leguas, y todas sus riberas solían ser muy pobladas de indios, aunque ahora en muchas partes y provincias las conquistas y entradas que han hecho las armadas han despoblado mucho la tierra, y los indios que han quedado, temerosos, se han metido la tierra adentro. De estos ríos que digo he visto algunos, pero de sólo uno quiero decir, que ni es de los mayores ni de los menores, y por éste se podrá entender la grandeza que los otros deben tener, y qué tales deben ser.

Este río de quien trato se llama en lengua de los indios Papaloapa, y es buen nombre, porque él papa y recoge en sí muchos ríos. La tierra que este río riega es de la buena y rica que hay en toda la Nueva España, y adonde los españoles echaron el ojo como a tierra rica. Y los que en ella tuvieron repartimiento llevaron y sacaron de ella grandes tributos, y tanto la chuparon, que la dejaron más pobre que otra, y como estaba lejos de México no tuvo valedores. A este río pusieron los españoles nombre el río de Alvarado, porque cuando vinieron a conquistar esta tierra, el adelantado Pedro de Alvarado [27] se adelantó con el navío que traía, y entró por este río arriba la tierra adentro. El principio de este río y su nacimiento es de las montañas de Zonguilica, aunque la principal y mayor fuente que tiene es la que dije de Aticpac. En este río de Papaloapa entran otros grandes ríos, como son el río de Quiuhtepec y el Uitzila, el de Chinantla, y el Queuhquepaltepec y el de Tuztlan, y el de Teuziyuca. En todos estos ríos hay oro y no poco, pero el más rico es el de Uitzila. Cada uno de estos ríos, por ser grandes, se navegan con *acales,* y hay en ellos mucho pescado y bueno. Después que todos entran en la madre, hácese un muy hermoso

[27] Pedro de Alvarado fue, como sabemos, en nombre de Cortés, a la conquista de Guatemala.

río y de muy hermosa ribera llena de grandes arboledas. Cuando va de avenida arranca aquellos árboles, que cierto es cosa de ver su braveza, y lo que hinche. Antes que entre en la mar, revienta y hinche grandes esteros y hace grandes lagunas, y con todo esto cuando va más bajo lleva dos estados y medio de altura, y hace tres canales, la una de peña, la otra de lama, y la otra de arena. Es tanto el pescado que este río lleva, que todos aquellos esteros y lagunas están cuajados que parece hervir los peces por todas partes. Mucho había que decir de este río y de su riqueza, y para que algo se vea quiero contar de un solo estero, que dura siete u ocho leguas, que se llama el Estanque de Dios.

Este estero o laguna que digo parte términos entre dos pueblos; al uno llaman Queuhquepaltepec, y al otro Otlaitlan. Ambos fueron bien ricos y gruesos, así de gente como de todo lo demás. Va tan ancho este estero como un buen río, y es bien hondo; y aunque lleva harta agua, como va por tierra muy llana, parece que no corre para ninguna parte. Al mucho pescado que en él hay suben por él tiburones, lagartos, bufeos. Hay en este estero sábalos tan grandes como toninas, y así andan en manadas y saltando sobre aguadas como toninas. Hay también de los sábalos de España y de aquel tamaño, y los unos y los otros son de escama y manera y nombre los unos como los otros. Por este estero suben y se crían en él manatíes o malatíes. Asimismo se ceban en este estero muchas aves de muchas maneras; andan muchas garzas reales y otras tan grandes como ellas, sino que son más pardas y más oscuras, y no de tan grande cuello; andan otras aves como cigüeñas, y el pico es mayor, y es una cruel bisarma; hay garzotas, de muchas de las cuales se hacen hermosos penachos, por ser las plumas mucho mayores que las garzotas de España. Hay de estas cosas sinnúmero: alcatraces, cuervos marinos. Algunas de éstas y otras aves somorgujando debajo del agua sacaban muchos peces. Las otras menores aves que no saben pescar están esperando la pelea que los pescados grandes tienen con los

menores, y los medianos a los pequeños, y en este tiempo como se desbarata el cardumen del pescado, y van saltando los unos y los otros guareciéndose a la orilla, entonces se ceban las aves en los peces que saltan y en los que se van a la orilla del agua. Y al menor tiempo vienen de encima gavilanes y halcones a cebarse en aquellas aves que andan cebándose en los peces, y como son tantas tienen bien en qué se cebar. Lo uno y lo otro es tan de ver, que pone admiración ver cómo los unos se ceban en los otros, y los otros en los otros, y cada uno tiene su matador. Pues mirando a la ribera y prados, hay muchos venados y conejos y liebres en grande abundancia, mayormente venados, adonde vienen los tigres y leones a cebarse en ellos. Demás de esto, de una parte y de otra va muy gentil arboleda, que demás de las aves ya dichas, hay unas como sierpes que los indios llaman queuhquezpal, que quiere decir sierpe de monte. A los lagartos grandes llaman sierpe de agua. En las Islas llaman a las primeras *iguanas*. Estas andan en tierra y entre tierra y agua, y parecen espantosas a quien no las conoce; son pintadas de muchas colores, y el largo de seis palmos, más o menos. Otras hay en las montañas y arboledas que son más pardas y menores; las unas y las otras comen en día de pescado, y su carne y sabor es como de conejo; éstas salen al sol y se ponen encima de los árboles, en especial cuando hace día claro.

En este estero y en el río hay otros muchos géneros de aves, en especial unas aves huy hermosas, a que los indios llaman *teucachule,* que quiere decir «dios *cachule*». Estas así por su hermosura como por su preciosidad, los indios las tenían por dioses. Toda la pluma que estas aves tienen es muy buena y fina para las obras que los indios labran de pluma y oro. Son mayores que gallos de Castilla. Entre otras muchas especies de patos y ánades, hay también unos negros, y las alas un poco blancas, que ni son bien ansares ni bien lavancos; éstos también son de precio. De éstos sacan la pluma de que tejen las mantas ricas de pluma. Solía valer uno de éstos en la tierra adentro un esclavo. Ahora de los patos que han

venido de Castilla y de los lavancos, los tienen los indios para pelar y sacar pluma para tejer. La pluma de los de Castilla no es tan buena como la de los de esta tierra.

En este río y sus lagunas y esteros se toman *manatíes,* que creo que es el más precioso pescado que hay en el mundo. Algunos de éstos tienen tanta carne como un buey, y en la boca se parecen mucho al buey; tienen algo más escondida la boca, y la barba más gruesa y más carnuda que el buey; sale a pacer a la ribera, y sabe escoger buen pasto, porque de yerba se mantiene; no sale afuera del agua más de medio cuerpo, y levántase sobre dos manos o tocones que tiene algo anchos, en los cuales señala cuatro uñas como de elefante, sino que son mucho menores, y así tiene los ojos y el cuero como de elefante. Lo demás de su manera y propiedades pone bien el libro de la *Historia general de las Indias* [28]. Haylos en este estero y aquí los arponan los indios y los toman con redes.

De dos veces que yo navegué por este estero que digo, la una fue una tarde de un día claro y sereno, y es verdad que yo iba la boca abierta mirando aquel Estanque de Dios, y veía cuán poca cosa son las cosas de los hombres y las obras y estanques de los grandes príncipes y señores de España, y cómo todo es cosa contrahecha adonde están los príncipes del mundo, que tanto trabajan por cazar las aves para volar las altanerías y desvaneciéndose tras ellas; y otros en atesorar plata y oro y hacer casas y jardines y estanques; en lo cual ponen su felicidad. Pues miren y vengan aquí, que todo lo hallarán junto, hecho por la mano de Dios, sin afán ni trabajo, lo cual todo convida a dar gracias a quien hizo y crió las fuentes y arroyos, y todo lo demás en el mundo, criado con tanta hermosura. Y todo para servicio del hombre, y con todo ello malcontentos; pues que desde una tierra tan rica y tan lejos como es España mu-

---

[28] Se refiere a la *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra firme del Mar Océano* de Gonzalo Fernández de Oviedo, impresa en su primera parte en 1535.

chos han venido no contentos con lo que sus padres se contentaron (que por ventura fueron mejores y para más que no ellos), a buscar el negro oro de esta tierra, que tan caro cuesta, y a enriquecerse y usurpar en tierra ajena lo de los pobres indios, y tratarlos y servirse de ellos como de esclavos. Pues mirándolo y notándolo bien, todos cuantos ríos hay en esta Nueva España, ¿qué han sido sino ríos de Babilonia, adonde tantos llantos y tantas muertes ha habido, y adonde tantos cuerpos y ánimas han perecido? ¡Oh, y cómo lloran esto las viudas y aún las casadas en España, por los ahogados en estos ríos y muertos en esta tierra y a los acá olvidados y abarraganados sin cuidado de volver a sus casas, ni a donde dejaron sus mujeres, dadas por la ley y mandamiento de Dios; otro dilatando su partida, no queriendo ir hasta que estén muy ricos; y los más de éstos permite Dios que vienen a morir en un hospital! Había de haber para éstos un fiscal que los apremiase con penas; porque más les valiera ser buenos por mal, que no dejarlos perseverar en su pecado. No sé si les cabrá parte de la culpa a los prelados y confesores; porque si éstos hiciesen lo que es en sí y los castigasen y reprendiesen, ellos volvieran a sus casas y a remediar a sus hijos.

A los moradores de las Islas no les bastan los indios que de ellas han acabado y despoblado, sino buscan mil modos y maneras para con sus armadas venir a hacer saltos a la tierra firme. Denle cuanto buena color quisiere delante de los hombres, que delante de Dios yo no sé qué tal será.

¡Oh, qué río de Babilonia se abrió en la tierra del Perú! ¡Y cómo el negro oro se vuelve en amargo lloro, por cuya codicia muchos vendieron sus patrimonios, con que se pudieran sustentar tan bien como sus antepasados! Y engañados de sus vanas fantasías, de adonde pensaban llevar con qué se gozar, vinieron a llorar, porque antes que allegaran al Perú, de diez apenas escapaba uno, y de ciento, diez; y de aquellos que escapaban, allegados al Perú han muerto mil veces de hambre y otras tantas de sed, sin otros muchos e innumerables trabajos, sin

los que han muerto a espada, que no han sido la menor parte. Y porque de mil ha vuelto uno a España, y éste lleno de bienes, por ventura mal adquiridos, y según San Agustín, no llegarán al tercero heredero; y ellos y el oro todos van de una color, porque con el oro cobraron mil enfermedades, unos tullidos de bubas, otros con mal de ijada, bazo y piedra, y riñones, y otras mil maneras y géneros de enfermedades, que los que por esta Nueva España aportan en la color los conocen, y luego dicen: «Este perulero es». Y por uno que con todos estos males (sin el mayor mal que es el de su alma) aporta a España rico, se mueven otros mil locos a venir a buscar la muerte del cuerpo y del ánima. Y pues no os contentaste con lo que en España teníades, para pasar y vivir como vuestros pasados, en pena de vuestro yerro es razón que padezcáis fatigas y trabajos sin cuento.

¡Oh, tierra del Perú, río de Babilonia, montes de Gelboe, adonde tantos españoles y tan noble gente ha perecido y muerto, la maldición de David te comprendió, pues sobre muchas partes de tu tierra ni cae lluvia, ni llueve, ni rocía! ¡Nobles de España, llorad sobre estos malditos montes!, pues los que en las guerras de Italia y Africa peleaban como leones contra sus enemigos, volaban como águilas siguiendo a sus adversarios, en la tierra del Perú murieron no como valerosos, ni como quien ellos eran, sino de hambre y sed, y frío, padeciendo otros innumerables trabajos, unos en la mar, otros en los puertos, otros en los caminos, otros en los montes y despoblados. Oído he certificar que aunque la tierra del Perú ha sido de las postreras que se descubrieron, ha costado más vidas de españoles que costaron las Islas y Tierra Firme y Nueva España. ¿A dónde ha habido en tierra de infieles de tan pocos años acá tantas batallas como ha habido de cristianos contra cristianos, tan crueles con en el Perú, y a donde tantos muriesen? [29].

[29] Refiérese fray Toribio a las guerras civiles del Perú en tiempos de Francisco Pizarro y al morir éste asesinado (1541) por los almagristas.

Bien señalado quedó el campo de la sangre que allí se derramó, y de lo que después sucedió muestra el grande espanto de las crueles muertes. Porque como esta batalla se dio en unos campos rasos, adonde no hay árboles ni montes, fueron vistas lumbres algunas noches, y muy temerosas y espantosas voces como de gente trabada en batalla, que decían: « ¡Mueran, mueran, mátalos, mátalos, a ellos, préndelo, llévale, no le dejes vida! », etc. Y que esto sea verdad muchos españoles que del Perú han venido a esta Nueva España lo han certificado, y también ha venido por testimonio, que quedó aquel lugar donde fue la batalla tan temeroso, que aun de día no osaban pasar por allí, y los que de necesidad han de pasar parece que van como espantados y que los cabellos se les respeluzan, sin poder ser otra cosa en su mano.

Mas bastante fue la avaricia de nuestros españoles para destruir y despoblar esta tierra que todos los sacrificios y guerras y homicidios que en ella hubo en tiempo de su infidelidad, con todos los que por todas partes se sacrificaban [30], que eran muchos. Y porque algunos tuvieron fantasía y opinión diabólica que conquistando a fuego y a sangre servirían mejor los indios, y que siempre estarían en aquella sujeción y temor, asolaban todos los pueblos a donde llegaban. ¡Como en verdad fuera mejor haberlos ganado con amor, para que tuvieran de quién se servir! Y estando la tierra poblada, estuviera rica, y todos ellos fueran ricos, y no tuvieran tanto de qué dar estrecha cuenta al tiempo de la final residencia, pues el mismo Dios dice que por cada ánima de un prójimo darás la tuya y no otra prenda. Porque Cristo como Señor soberano echa mano de lo bien parado y entrégase en lo mejor, así por el indio, que por el demasiado trabajo que le das muerte en tu servicio o por tu causa, y más si por tu culpa el tal muere sin bautismo. Pues mira que sois sus guardas, y que se dan en guarda y encomienda, y que tenéis de dar cuenta de ellos muy

[30] Los conocimientos de Motolinía sobre los ritos peruanos son inexactos: no existía sacrificio humano.

estrecha, porque la sangre y muerte de éstos tan poco estimáis clamará delante de Dios, así de la tierra del Perú como de las Islas y Tierra Firme. Por eso ande buena olla y mal testamento, que el que no hace lo que debe, su muerte come en la olla. Por eso no curéis de saber de dónde viene la gallina sin pagarla, y por qué se traen los conejos y codornices y los otros muchos presentes y servicios, que queréis de vuestra boca sea medida, descuidados de saber el daño que hacen vuestros ganados en las heredades y sementeras ajenas, las joyas al tiempo del tributo demasiadas, y mandar que den mantas y alpargates a los criados y criadas, y de vestir y calzar a los esclavos, y que traigan miel y cera, sal y loza, y esteras y todo cuanto se les antoja a las señoras. Y al negro y a la negra demandar esto, es de remediar y sentir que se recibe con mala conciencia, porque todas estas cosas serán traídas y presentadas en el día de la muerte, si acá primero no se restituyen, y no aguardan al tiempo del dar de la cuenta, cuando no se puede volver el pie atrás, ni hay lugar de enmienda. Ciertamente gran merced hace Dios a los que de esta parte de la muerte los detrae de los pecados y les da tiempo de penitencia y lumbre de conocimiento. A este fin se escriben semejantes cosas, para que despierte el que duerme.

Cuando los españoles se embarcan para venir a estas tierras ,a unos les dicen, a otros se les antoja, que van a la isla de Ofir, de donde el rey Salomón llevó el oro muy fino, y que allí se hacen ricos cuantos a ella van; otros piensan que van a las islas de Tarsis o al gran Zupango [31], a do por todas partes es tanto el oro, que lo recogen a haldadas; otros dicen que van en demanda de las Siete Ciudades [32], que son tan grandes y tan ricas, que todos han de ser señores de salva. ¡Oh, locos y más que locos! ¡Y si quisiere Dios y tuviese por bien que de cuantos han muerto por estas partes resucitase uno

---

31 Trátase, como se sabe, del Japón.

32 Nueva referencia al mito difundido por fray Marcos de Niza. Pero este mito era antiguo en Occidente.

para que fuese a desengañar y testificar y dar voces por el mundo, para que no viniesen los hombres a tales lugares a buscar la muerte con sus manos! Y son como las suertes, que salen en ello y con preseas veinte y salen diez o doce mil en blanco [33].

Capítulo XII

Que cuenta del buen ingenio y grande habilidad que tienen los indios en aprender todo cuanto les enseñan; y todo lo que ven con los ojos lo hacen en breve tiempo.

El que enseña al hombre la ciencia, ese mismo proveyó y dio a estos indios naturales grande ingenio y habilidad para aprender todas las ciencias, artes y oficios que les han enseñado, porque con todos han salido en tan breve tiempo, que en viendo los oficios que en Castilla están muchos años en deprender, acá en sólo mirarlos y verlos hacer, han muchos quedado maestros. Tienen el entendimiento vivo, recogido y sosegado, no orgulloso ni derramado como otras naciones [34].

Deprendieron a leer brevemente, así en romance como en latín, y de tirado y letra de mano. Apenas hay carta en su lengua, de muchas que unos a otros se escriben, que como los mensajeros son baratos, andan bien espesas. Todos las saben leer, hasta los que ha poco se comenzaron a enseñar.

Escribir se enseñaron en breve tiempo, porque en pocos días que escriben luego contrahacen la materia que les dan sus maestros, y si el maestro les muda otra forma de escribir, como es cosa muy común que diversos hombres hacen diversas formas de letras, luego ellos también mudan la letra y la hacen de la forma que les da su maestro.

---

[33] Esta larga invectiva contra la codicia documenta el generoso compromiso de fray Toribio con el mundo americano.

[34] Es una especie de preludio a la celebración que del indio hará siglos después Rafael Landívar en su poema *Rusticatio Mexicana.*

En el segundo año que los comenzamos a enseñar dieron a un muchacho de Tezcuco por muestra una bula, y sacóla tan al natural, que la letra que hizo parecía el mismo modelo, porque el primer renglón era de letra grande, y abajo sacó la firma ni más ni menos, y un I.H.S. con una imagen de Nuestra Señora, todo tan al propio, que parecía no haber diferencia del molde a la otra letra; y por cosa notable y primera la llevó un español a Castilla. Letras grandes y griegas, pautar y apuntar, así canto llano como canto de órgano, hacen muy liberalmente, y han hecho muchos libros de ello, y también han deprendido a encuadernar e iluminar, algunos de ellos muy bien, y han sacado imágenes de planchas de bien perfectas figuras, tanto que se maravillan cuantos las ven, porque de la primera vez las hacen perfectas, de las cuales tengo yo bien primas muestras.

El tercero año les impusimos en el canto, y algunos se reían y burlaban de ellos, así porque parecían desentonados como porque parecían tener flacas voces. Y en la verdad no las tienen tan recias ni tan suaves como los españoles, y creo que lo causa andar descalzos y mal arropados los pechos, y ser las comidas tan pobres, pero como hay muchos en qué escoger, siempre hay razonables capillas. Fue muy de ver el primero que los comenzó a enseñar el canto; era un fraile viejo y apenas sabía ninguna cosa de la lengua de los indios, sino la nuestra castellana, y hablaba tan en forma y en seso con los muchachos como si fuera con cuerdos españoles. Los que lo oíamos no nos podíamos valer de risa, y los muchachos la boca abierta oyéndole muy atentos ver qué quería decir. Fue cosa de maravilla, que aunque al principio ninguna cosa entendían, ni el viejo tenía intérprete, en poco tiempo le entendieron y aprendieron el canto de tal manera, que ahora hay muchos de ellos tan diestros que rigen capillas. Y como son de vivo ingenio y gran memoria, lo más de lo que cantan saben de coro, tanto, que si estando cantando se revuelven las hojas o se cae el libro, no por eso dejan de cantar, sin errar en un punto; y si ponen el libro en una mesa tan bien

cantan los que están al revés y a los lados como los que están delante. Un indio de estos cantores, vecino de esta ciudad de Tlaxcala, ha compuesto una misa entera, apuntada por puro ingenio, aprobada por buenos cantores de Castilla que la han visto.

En lugar de órganos tienen música de flautas concentradas, que parecen propiamente órganos de palo, porque son muchas flautas. Esta música enseñaron a los indios unos menestriles que vinieron de España; y como acá no hubiese quién a todos juntos los recibiese y diese de comer, rogámosles que se repartiesen por los pueblos de los indios, y que les enseñasen pagándoselo, y así los enseñaron. Hacen también chirimías, aunque no las saben dar el tono que han de tener. Un mancebo indio que tañía flauta enseñó a tañer a otros indios en Teuacan, y en un mes todos supieron oficiar una misa y vísperas, himnos, y *magnificat,* y motetes; y en medio año estaban muy gentiles tañedores. Aquí en Tlaxcala estaba un español que lo enseñase, el cual le dio solas tres lecciones, en las cuales deprendió todo lo que el español sabía. Y antes que pasasen diez días tañía con el rabel entre las flautas, y discantaba sobre todas ellas. Ahora he sabido que en México hay maestro que tañe vihuela de arco, y tiene ya hechas todas cuatro voces. Yo creo que antes del año sabrán tanto los indios como su maestro, o ellos podrán poco.

Hasta comenzarlos a enseñar el latín o gramática hubo muchos pareceres, así entre los frailes como de otras personas, y cierto se les ha enseñado con harta dificultad, mas con haber salido muy bien con ello se da el trabajo por bien empleado, porque hay muchos de ellos buenos gramáticos, y que componen oraciones largas y bien autorizadas, y versos hexámetros y pentámetros, y lo que en más se debe tener es el recogimiento de los estudiantes, que es como de novicios frailes, y esto con poco trabajo de su maestro. Porque estos estudiantes y colegiales tienen su colegio bien ordenado, adonde solos ellos se enseñan; porque después que vieron que aprovechaban en el estudio, pasaron los del barrio de San Fran-

cisco de México al otro barrio que se llama Santiago de Tepepulco Tatelulco adonde ahora están con dos frailes que los enseñan, y con un bachiller indio que les lee gramática.

Una muy buena cosa aconteció a un clérigo recién venido de Castilla, que no podía creer que los indios sabían la doctrina cristiana, ni *pater noster,* ni Credo bien dicho; y como otros españoles le dijesen que sí, él todavía incrédulo. Y a esta sazón habían salido dos estudiantes del colegio y el clérigo pensando que eran de los otros indios, preguntó a uno si sabía el *pater noster,* y dijo que sí, e hízosele decir, y después hízole decir el Credo, y díjole bien. Y el clérigo acusóle una palabra que el indio bien decía, y como el indio se afirmase en que decía bien, y el clérigo que no, tuvo el estudiante necesidad de probar cómo decía bien, y preguntóle hablando en latín; *reverende pater, cujus casus est?* Entonces como el clérigo no supiese gramática, quedó confuso y atajado.

Capítulo XIII

De los oficios mecánicos que los indios han aprendido de los españoles, y de los que ellos de antes sabían.

En los oficios mecánicos, así los que de antes los indios tenían como los que de nuevo han aprendido de los españoles, se han perfeccionado mucho; porque han salido grandes pintores después que vinieron las muestras y imágenes de Flandes y de Italia que los españoles han traído, de las cuales han venido a esta tierra muy ricas piezas, porque a donde hay oro y plata viene todo; en especial los pintores de México, porque allí va a parar todo lo bueno que a esta tierra viene. Y de antes no sabían pintar sino una flor o un pájaro, o una labor, y si pintaban un hombre o un caballo, era muy mal entallado; ahora hacen buenas imágenes. Aprendieron también a batir oro, porque un batidor de oro que pasó a esta

Nueva España, aunque quiso esconder su oficio de los indios, no pudo, porque ellos miraron todas las particularidades del oficio y contaron los golpes que daba con el martillo, y cómo volvía y revolvía el molde, y antes que pasase un año sacaron oro batido. Han salido también algunos que hacen guadamaciles [35] buenos, hurtado el oficio al maestro, sin él se lo querer amostrar, aunque tuvieron harto trabajo en dar la color dorado y plateado. Han sacado también algunas buenas campanas y de buen sonido; éste fue uno de los oficios con que mejor han salido. Para ser buenos plateros no les falta otra cosa sino la herramienta, que no la tienen; pero una piedra sobre otra hacen una taza llana y un plato, mas para fundir una pieza y hacerla de vaciado, hacen ventaja a los plateros de España, porque funden un pájaro que se le anda la lengua y la cabeza y las alas; y vacían un mono u otro monstruo que se le anda la cabeza, lengua, pies y manos. Y en las manos pónenle unos trebejuelos que parece que bailan con ellos. Y lo que más es, que sacan una pieza la mitad de oro y la mitad de plata, y vacían un pece con todas sus escamas, la una de oro y la otra de plata.

Han deprendido a curtir corambres, a hacer fuelles de herreros, y son buenos zapateros, que hacen zapatos y servillas, borceguíes, y pantuflos, chapines de mujeres, todo lo demás que se hace en España. Este oficio comenzó en Michuacán, porque allí se curten los buenos cueros de venado.

Hacen todo lo que es menester para una silla jineta, bastos y fustes, coraza y sobrecoraza. Verdad es que el fuste no le acertaban a hacer, y como un sillero tuviese un fuste a la puerta, un indio esperó a que el sillero se entrase a comer, y hurtóle el fuste para sacar otro por él, y luego otro día a la misma hora estando el sillero comiendo, tornóle a poner el fuste en su lugar; y desde a seis o siete días vino el indio vendiendo fustes por las calles, y fue a casa del sillero y díjole si le quería com-

[35] Cuero pintado o repujado.

prar de aquellos fustes, de lo cual creo yo que pesó al sillero, porque en sabiendo un oficio los indios, luego abajan los españoles los precios, porque como no hay más que un oficial de cada uno, venden como quieren, y para esto ha sido gran matador la habilidad y buen ingenio de los indios.

Hay indios herreros y tejedores, y canteros, y carpinteros y entalladores. Y el oficio que el mejor han tomado y con que mejor han salido ha sido sastres, porque hacen unas calzas, y un jubón y sayo, y capa, de la manera que se lo mandan, tan bien como en Castilla, y todas las otras ropas, que no tienen número sus hechuras, porque nunca hacen sino mudar trajes y buscar invenciones nuevas. También hacen guantes y calzas de aguja de seda, y bonetillos de seda, y también son bordadores razonables. Labran bandurrias, vihuelas y arpas, y en ellas mil labores y lazos. Sillas de caderas han hecho tantas que las casas de los españoles están llenas. Hacen también flautas muy buenas. En México estaba un reconciliado, y como traía sambenito, viendo los indios que era nuevo traje de ropa, pensó uno que los españoles usaban aquella ropa por devoción en la Cuaresma, y luego fuese a su casa e hizo sus sambenitos muy bien hechos y muy pintados, y sale por México a vender su ropa entre los españoles y decía en lengua de indios: «*ticouazne quibenito*», que quiere decir: ¿quieres comprar sambenito? Fue la cosa tan reída por toda la tierra, que creo que allegó a España, y en México quedó como refrán: «Ti que quis benito».

Capítulo XIV

De la muerte de tres niños, que fueron muertos por los indios, porque les predicaban y destruían sus ídolos, y de cómo los niños mataron al que se decía ser dios del vino.

Al principio, cuando los frailes menores vinieron a buscar la salud de las ánimas de estos indios, parecióles

que convenía que los hijos de los señores y personas principales se recogiesen en los monasterios. Y para esto dio mucho favor y ayuda el marqués del Valle, que a la sazón gobernaba, y para todo lo demás tocante a la doctrina cristiana. Y como los indios naturales le amaban y temían mucho, obedecían de buena gana su mandamiento en todo, hasta dar sus hijos, que al principio se les hizo tan cuesta arriba, que algunos señores escondían a sus hijos, y en su lugar ataviaban y componían algún hijo de su criado o vasallo, o esclavillo, y enviábanle acompañado con otros que le sirviesen por mejor disimular, y por no dar al hijo propio. Otros daban algunos de sus hijos, y guardaban los mayores y los más regalados. Esto fue al principio, hasta que vieron que eran bien tratados y doctrinados los que se criaban en la casa de Dios, que como conocieron el provecho, ellos mismos los venían después a traer y a rogar con ellos, y luego se descubrió también el engaño de los niños escondidos. Y porque viene a propósito contaré de la muerte que los niños dieron a un indio que se hacía dios, y después la muerte que un padre dio a su hijo, y las muertes de otros dos niños indios, ya cristianos.

Como en el primer año que los frailes menores poblaron en la ciudad de Tlaxcala recogiesen los hijos de los señores y personas principales para los enseñar en la doctrina de nuestra santa fe, los que servían en los templos del demonio no cesaban en el servicio de los ídolos, e inducir al pueblo para que no dejasen sus dioses, que eran más verdaderos que no los que los frailes predicaban, y que así lo sustentarían. Y por esta causa salió uno de los ministros del demonio que por venir vestido de ciertas insignias de un ídolo o demonio *Umotochtli,* y ser su ministro, se llamaba *umetoch cocoya,* según que aquí se pintará, salió al tianguez o mercado. Este demonio *Umotochtli* era uno de los principales dioses de los indios, y era adorado por el dios del vino, y muy temido y acatado, porque todos se embeodaban y de la beodez resultaban todos sus vicios y pecados.

Y estos ministros que así estaban vestidos de las vestiduras de este demonio, salían pocas veces fuera de los templos o patios del demonio, y cuando salían teníanles tanto acatamiento y reverencia, que apenas osaba la gente a alzar los ojos para mirarles. Pues este ministro así vestido salió y andaba por el mercado comiendo o mascando unas piedras agudas de que acá usan en lugar de cuchillos, que son unas piedras tan negras como azabaches, y con cierta arte las sacan delgadas y del largor de un jeme, con tan vivos filos como una navaja, sino que luego saltan y se mellan. Este ministro para mostrarse feroz y que hacía lo que otros no podían hacer, andaba mascando aquellas navajas por el mercado y mucha gente tras él. A esta sazón venían los niños, que se enseñaban en el monasterio del río, de lavarse, y habían de atravesar por el tianguez o mercado; y como viesen tanta gente tras el demonio, preguntaron qué era aquello, y respondieron unos indios diciendo: «Nuestro dios *Umotoch*». Los niños dijeron: «No es dios sino diablo, que os miente y engaña». Estaba en medio del mercado una cruz, adonde los niños de camino iban a hacer oración, y allí se detenían hasta que todos se ayuntaban, que como eran muchos iban derramados. Estando allí, vínose para ellos aquel mal demonio, o que traía sus vestiduras, y comenzó de reñir a los niños y mostrarse muy bravo, diciéndoles: «que presto se morirían todos, porque le tenían enojado, y habían dejado su casa e ídose a la de Santa María». A lo cual algunos de los grandecillos que tuvieron más ánimo le respondieron: «que él era el mentiroso, y que no le tenían ningún temor porque él no era dios sino diablo y malo y engañador». A todo esto el ministro del demonio no dejaba de afirmar que él era dios y que los había de matar a todos, mostrando el semblante muy enojado, para les poner más temor. Entonces dijo uno de los muchachos: «Veamos ahora quién morirá, nosotros o éste». Y abajóse por una piedra y dijo a los otros: «Echemos de aquí este diablo, que Dios nos ayudará». Y diciendo esto tiróle con la

piedra, y luego acudieron todos los otros; y aunque a el principio el demonio hacía rostro, como cargaron tantos muchachos comenzó a huir, y los niños con gran grita iban tras él tirándole piedras, e íbaseles por pies. Mas permitiéndolo Dios y mereciéndolo sus pecados, estropezó y cayó, y no hubo caído cuando le tenían muerto y cubierto de piedras, y ellos muy regocijados decían: «Matamos al diablo que nos quería matar. Ahora verán los *macehuales* (que es la gente común) cómo éste no era dios sino mentiroso, y Dios y Santa María son buenos». Acabada la lid y contienda, no parecía que habían muerto hombre sino al mismo demonio. Y como cuando la batalla rompida los que quedan en el campo quedan alegres con la victoria y los vencidos desmayados y tristes, así quedaron todos los que creían y servían a los ídolos, y la gente del mercado quedaron todos espantados, y los niños muy ufanos diciendo: «Jesucristo, Santa María nos han favorecido y ayudado a matar a este diablo.»

En esto ya habían venido muchos de aquellos ministros muy bravos, y querían poner las manos en los muchachos, sino que no se atrevieron porque Dios no lo consintió ni les dio ánimo para ello; antes estaban como espantados en ver tan grande atrevimiento de muchachos. Vanse los niños muy regocijados para el monasterio y entran diciendo cómo habían muerto al diablo. Los frailes no les entendían bien, hasta que el intérprete les dijo cómo habían muerto a uno que traía vestidas las insignias del demonio. Espantados los frailes y queriéndolos castigar y amedrentar, preguntaron ¿quién lo había hecho? A lo cual respondieron todos juntos: «Nosotros lo hicimos». Preguntóles otra vez su maestro: «¿Quién tiró la primera piedra?» Respondió uno y dijo: «Yo la eché». Y luego el maestro mandábale azotar diciéndole: «¿que cómo había hecho tal cosa, y había muerto hombre?» El muchacho respondió: «que no había muerto hombre sino demonio; y que si no lo creían que lo fuesen a ver». Entonces salieron los frailes y fueron al mercado, y no vieron sino un gran

montón de piedras, y descubriendo y quitando de ellas vieron cómo el muerto estaba vestido del pontifical del diablo, y tan feo como el mismo demonio. No fue la cosa de tan poca estima, que por sólo este caso comenzaron muchos indios a conocer los engaños y mentiras del demonio, y a dejar su falsa opinión, y venirse a reconciliar y confederar con Dios y a oír su palabra.

En esta ciudad de Tlaxcala fue un niño encubierto por su padre, porque en esta ciudad hay cuatro cabezas o señores principales, entre los cuales se reduce toda la provincia, que es harto grande, de la cual se dice que salían cien mil hombres de pelea. Demás de aquellos cuatro señores principales, había otros muchos que tenían y tienen muchos vasallos. Uno de los más principales de éstos, llamado por nombre Axutecath, tenía sesenta mujeres, y de las más principales de ellas tenía cuatro hijos; los tres de éstos envió al monasterio a los enseñar, y el mayor y más amado de él y más bonito, e hijo de la más principal de sus mujeres, dejóle en su casa como escondido. Pasados algunos días y que ya los niños que estaban en los monasterios descubrían algunos secretos, así de idolatrías como de los hijos que los señores tenían escondidos, aquellos tres hermanos dijeron a los frailes cómo su padre tenía escondido en su casa a su hermano mayor, y sabido, demandáronle a su padre, y luego le trajo y según me dicen era muy bonito, y de edad de doce a trece años. Pasados algunos días y ya algo enseñado, pidió el bautismo y fuele dado, y puesto por nombre Cristóbal. Este niño, además de ser de los más principales y de su persona muy bonito y bien acondicionado y hábil, mostró principios de ser buen cristiano, porque de lo que él oía y aprendía enseñaba a los vasallos de su padre; y a el mismo padre decía que dejase los ídolos y los pecados en que estaba, en especial el de la embriaguez, porque todo era muy gran pecado, y que se tornase y conociese a Dios del cielo y a Jesucristo su Hijo, que El le perdonaría, y que esto era verdad, porque así lo enseñaban los padres que sirven a Dios. El padre era un indio

de los encarnizados en guerras y envejecido en maldades y pecados, según después pareció, y sus manos llenas de homicidios y muertes. Los dichos del hijo no le pudieron ablandar el corazón ya endurecido, y como el niño Cristóbal viese en casa de su. padre las tinajas llenas de vino con que se embeodaban él y sus vasallos, y viese los ídolos, todos los quebraba y destruía, de lo cual los criados y vasallos se quejaron al padre, diciendo: «Tu hijo Cristóbal quebranta los ídolos tuyos y nuestros, y el vino que puede hallar todo lo vierte. A ti y a nosotros echa en vergüenza y en pobreza». Esta es manera de hablar de los indios, y otras que aquí van, que no corren tanto como nuestro romance. Demás de estos criados y vasallos que esto decían, una de sus mujeres muy principal, que tenía un hijo del mismo Axutechatlh, le indignaba mucho e inducía para que matase a aquel hijo Cristóbal, porque, aquel muerto, heredase otro suyo que se dice Bernardino, y así fue que ahora este Bernardino posee el señorío del padre. Esta mujer se llamaba Xuchipapalozin, que quiere decir flor de mariposa. Esta también decía a su marido: «Tu hijo Cristóbal te echa en pobreza y en vergüenza». El muchacho no dejaba de amonestar a la madre y los criados de casa que dejasen los ídolos y los pecados juntamente, quitándoselos y quebrantándoselos. En fin, aquella mujer tanto indignó y atrajo a su marido, y él que de natural era muy cruel, que determinó de matar a su hijo mayor Cristóbal, y para esto envió llamar a todos sus hijos, diciendo que quería hacer una fiesta y holgarse con ellos. Los cuales llegaron a casa del padre; llevólos a unos aposentos dentro de casa, y tomó a aquel su hijo Cristóbal que tenía determinado de matar, y mandó a los otros hermanos que se saliesen fuera. Pero el mayor de los tres, que se dice Luis (del cual yo fui informado, porque éste vio cómo pasó todo el caso), éste como vio que le echaban de allí y que su hermano mayor lloraba mucho, subióse a una zotea, y desde allí por una ventana vio cómo el cruel padre tomó por los cabellos a aquel hijo Cristóbal, y

le echó en el suelo dándole muy crueles coces, de los cuales fue maravilla no morir (porque el padre era un valentazo hombre, y es así porque yo que esto escribo le conocí), y como así no lo pudiese matar, tomó un palo grueso de encina y diole con él muchos golpes por todo el cuerpo hasta quebrantarle y molerle los brazos y piernas, y las manos con que se defendía la cabeza, tanto, que casi todo el cuerpo corría sangre. A todo esto el niño llamaba continuamente a Dios, diciendo en su lengua: «Señor Dios mío, habed merced de mí, y si tú quieres que yo muera, muera yo; y si Tú quieres que viva, líbrame de este cruel de mi padre.» Ya el padre cansado, y según afirman, con todas las heridas el muchacho se levantaba y se iba a salir por la puerta afuera, sino que aquella cruel mujer que dije que se llamaba Flor de mariposa le detuvo en la puerta, que ya el padre de cansado le dejaba ir. En esta sazón súpolo la madre de Cristóbal, que estaba en otro aposento algo apartado, y vino desolada, las entrañas abiertas de madre, y no paró hasta entrar a donde su hijo estaba caído llamando a Dios. Y queriéndole de tomar para como madre apiadarle, el cruel de su marido, o por mejor decir, el enemigo estorbándola, llorando y querellándose decía: «¿Por qué me matas a mi hijo? ¿Cómo has tenido manos para matar a tu propio hijo? Matárasme a mí primero, y no viera yo tan cruelmente atormentado un solo hijo que parí. Déjame llevar a mi hijo, y si quieres mátame a mí, y deja a él que es niño e hijo tuyo y mío.» En esto aquel mal hombre tomó a su propia mujer por los cabellos y acoceóla hasta se cansar, y llamó a quien se la quitase de allí, y vinieron ciertos indios y llevaron a la triste madre, que más sentía los tormentos del amado hijo que los propios suyos. Viendo, pues, el cruel padre que el niño estaba con buen sentido, aunque muy mal llagado y atormentado, mandóle echar en un gran fuego de muy encendidas brasas de leña de cortezas de encina secas, que es la lumbre que los señores tienen en esta tierra, que es leña que dura mucho y hace muy recia

la brasa. En aquel fuego le echó y le revolvió de espaldas y de pechos cruelísimamente, y el muchacho siempre llamando a Dios y a Santa María. Y quitado de allí casi por muerto, algunos dicen que entonces el padre entró por una espada, otros que por un puñal, y que a puñaladas le acabó de matar. Pero lo que yo con más verdad he averiguado es que el padre anduvo a buscar una espada que tenía de Castilla, y que no la halló. Quitado el niño del fuego, envolviéronle en unas mantas, y él con mucha paciencia encomendándose a Dios estuvo padeciendo toda una noche aquel dolor que el fuego y las heridas le causaban con mucho sufrimiento, llamando siempre a Dios y a Santa María. Por la mañana dijo el muchacho que le llamasen a su padre, el cual vino, y venido, el niño le dijo: «¡Oh, padre! No piensen que estoy enojado, porque yo estoy muy alegre, y sábete que me has hecho más honra que no vale tu señorío.» Y dicho esto demandó de beber y diéronle un vaso de cacao, que es en esta tierra casi como en España el vino, no embeoda, sino sustancia, y en bebiéndola luego murió.

Muerto el mozo mandó el padre que le enterrasen en un rincón de una cámara, y puso temor a todos los de su casa que a nadie dijesen la muerte del niño: en especial habló a los otros tres hijos que se criaban en el monasterio, diciéndoles: «No digáis nada, porque si el capitán lo sabe, ahorcarme ha». Al marqués del Valle al principio todos los indios le llamaban el Capitán, y teníanle muy gran temor.

No contento con esto aquel homicida malvado, mas añadiendo maldad a maldad, tuvo temor de aquella su mujer y madre del muerto niño, que se llamaba Tlapaxilozin, de la cual nunca he podido averiguar si fue bautizada o no, porque ha ya cerca de doce años que aconteció hasta ahora que esto escribo, en el mes de marzo del año treinta y nueve. Por ese temor que descubriría la muerte de su hijo, la mandó llevar a una su estancia o granjería, que se dice Quimichucan, no muy lejos de la venta de Tecoac, que está en el camino

real que va de México al puerto de la Veracruz, y el hijo quedaba enterrado en un pueblo que se dice Atleueza, cuatro leguas de allí y cerca de dos leguas de Tlaxcala. Aquí a este pueblo me vine a informar y vi a dónde murió el niño y a dónde le enterraron, y en este mismo pueblo escribo ahora esto; llámase Atleuesa, que quiere decir adonde cae el agua, porque aquí se despeña un río de unas peñas y cae de muy alto. A los que llevaron a la mujer mandó que la matasen muy secretamente. No he podido averiguar la muerte que le dieron.

La manera como que se descubrieron los homicidios de aquel Ayutecatlh fue que pasando un español por su tierra, hizo un maltratamiento a unos vasallos de aquel Ayutecatlh y ellos viniéronsele a quejar, y él fue con ellos a donde quedaba el español, y llegado tratóle malamente. Y cuando de sus manos se escapó dejándole cierto oro y ropas que traía, pensó que le había hecho Dios mucha merced, y no se deteniendo mucho en el camino llegó a México, y dio queja a la justicia del maltratamiento que aquel señor indio le había hecho, y de lo que le había tomado. Y venido mandamiento, prendióle un alguacil español que aquí en Tlaxcala residía; y como el indio era de los más principales señores de esta provincia de Tlaxcala, después de los cuatro señores, fue menester que viniese un pesquisidor con poder del que gobernaba en México, a lo cual vino Martín de Calahorra, vecino de México y conquistador, persona de quien se pudiera bien fiar cualquiera cargo de justicia. Y éste, hechas sus pesquisas y vuelto al español su oro y su ropa, cuando el Ayutecatlh pensó que estaba libre, comenzáronse a descubrir ciertos indicios de la muerte del hijo y de la mujer, como parecerá por el proceso que el dicho Martín de Calahorra hizo en forma de derecho, aunque algunas cosas más claramente las manifiestan ahora que entonces, y otras se podrían entonces mejor averiguar, por ser los delitos más frescos, aunque yo he puesto harta diligencia por no ofender a la verdad en lo que dijere.

Sentenciado a muerte por estos dos delitos y por

otros muchos que se le acumularon, el dicho Martín de Calahorra ayuntó los españoles que pudo para con seguridad hacer justicia porque tenía temor que aquel Ayutecathl era valiente hombre y muy emparentado, y aunque estaba sentenciado no parecía que tenía temor. Y cuando le sacaron que le llevaban a horcar iba diciendo: «¿Esta es Tlaxcala? ¿Y cómo vosotros, tlaxcaltecas, consentís que yo muera, y no sois para quitarme de estos pocos españoles?» Dios sabe si los españoles llevaban temor; pero como la justicia venía de lo alto, no bastó su ánimo, ni los muchos parientes, ni la gran multitud del pueblo, sino que aquellos pocos españoles le llevaron hasta dejarle en la horca. Luego que se supo a dónde el padre le había enterrado fue de esta casa un fraile que se llamaba fray Andrés de Córdoba, con muchos indios principales por el cuerpo de aquel niño, que ya habrá más de un año que estaba sepultado, y afírmanme algunos de los que fueron con fray Andrés de Córdoba que el cuerpo estaba seco, mas no corrompido.

Dos años después de la muerte del niño Cristóbal vino aquí a Tlaxcala un fraile dominico llamado fray Bernardino Minaya, con otro compañero, los cuales iban encaminados a la provincia de Guaxacac. A la sazón era aquí en Tlaxcala guardián nuestro padre de gloriosa memoria fray Martín de Valencia, al cual los padres dominicos rogaron que les diese algún muchacho de los enseñados, para que les ayudase en lo tocante a la doctrina cristiana. Preguntados a los muchachos si había alguno que por Dios quisiese ir a aquella obra, ofreciéronse dos muy bonitos e hijos de personas muy principales. Al uno llamaban Antonio; éste llevaba consigo un criado de su edad que decían Juan; al otro llamaban Diego. Y al tiempo que se querían partir díjoles el padre fray Martín de Valencia: «Hijos míos, mirad que habéis de ir fuera de vuestra tierra, y vais entre gente que no conoce aún a Dios, y que creo que os veréis en muchos trabajos; yo siento vuestros trabajos como de mis propios hijos, y aún tengo temor que os maten

por esos caminos; por eso antes que os determinéis miradlo bien». A esto ambos los niños conformes, guiados por el Espíritu Santo, respondieron: «Padre, para eso nos ha enseñado lo que toca a la verdadera fe; ¿pues cómo no había de haber entre tantos quien se ofreciese a tomar trabajo por servir a Dios? Nosotros estamos aparejados para ir con los padres y para recibir de buena voluntad todo trabajo por Dios; y si Él fuere servido de nuestras vidas, ¿por qué no las pondremos por Él? ¿No mataron a San Pedro crucificándole y degollaron a San Pablo y San Bartolomé no fue desollado por Dios? ¿Pues por qué no moriremos nosotros por Él, si Él fuere de ello servido?» Entonces, dándoles su bendición, se fueron con aquellos dos frailes y llegaron a Tepeaca, que es casi diez leguas de Tlaxcala.

Aquel tiempo en Tepeaca no había monasterio como le hay ahora, más de que se visitaba aquella provincia desde Huexuzinco, que está otras diez leguas del mismo Tepeaca e iba muy de tarde en tarde, por lo cual aquel pueblo y toda aquella provincia estaba muy llena de ídolos, aunque no públicos. Luego aquel padre fray Bernardino Minaya envió a aquellos niños a que buscasen por todas las casas de los indios los ídolos y se los trajesen, y en esto se ocuparon tres o cuatro días, en los cuales trajeron todos los que pudieron hallar. Y después apartáronse más de una legua del pueblo a buscar si había más ídolos en otros pueblos que estaban allí cerca, al uno llamaban Coahuvtinchan, y al otro, porque en la lengua española no tiene buen nombre, le llamaban el pueblo de Orduña, porque está encomendado a un Francisco de Orduña. De unas casas de este pueblo sacó aquel niño llamado Antonio unos ídolos, e iba con él el otro su paje llamado Juan. Ya en esto algunos señores y principales se habían concertado en matar a estos niños, según después pareció; la causa era porque les quebraban los ídolos y les quitaban sus dioses. Vino aquel Antonio con los ídolos que traía recogidos del pueblo de Orduña a buscar en el otro que se dice Coauticlan si había algunos, y entrando en una casa,

no estaba en ella más de un niño guardando la puerta, y quedó con él el otro su criadillo; y estando allí vinieron dos indios principales con unos leños de encina, y en llegando, sin decir palabra, descargan sobre el muchacho llamado Juan, que había quedado a la puerta, y al ruido salió luego el otro Antonio, y como vio la crueldad que aquellos sayones ejecutaban en su criado, no huyó, antes con grande ánimo les dijo: «¿Por qué me matáis a mi compañero que no tiene él la culpa, sino yo, que soy el que os quito los ídolos, porque sé que son diablos y no dioses? Y si por ellos lo habéis, tomadlos allá, y dejad a ése que no os tiene culpa». Y diciendo esto, echó en el suelo unos ídolos que en la falda traía. Y acabadas de decir estas palabras ya los dos indios tenían muerto al niño Juan, y luego descargan en el otro Antonio, de manera que también allí le mataron. Y en anocheciendo tomaron los cuerpos, que dicen los que los conocieron que eran de la edad de Cristóbal, y llevároнlos al pueblo de Orduña, y echáronlos en una honda barranca, pensando que echados allí nunca de nadie se pudiera saber su maldad. Pero como faltó el niño Antonio, luego pusieron mucha diligencia en buscarle, y el fray Bernardino Minaya encargólo mucho a un alguacil que residía allí en Tepeaca, que se decía Alvaro de Sandoval, el cual con los padres dominicos pusieron gran diligencia. Porque cuando en Tlaxcala se los dieron, habíanles encargado mucho a aquel Antonio, porque era nieto del mayor señor de Tlaxcala, que se llamó Xicotengalth, que fue el principal señor que recibió a los españoles cuando entraron en esta tierra, los favoreció y sustentó con su propia hacienda, porque este Xicotengalth y Maxixcazin mandaban toda la provincia de Tlaxcala, y este niño Antonio había de heredar al abuelo, y así ahora en su lugar lo posee otro su hermano menor que se llama don Luis Moscoso.

Parecieron los muchachos muertos, porque luego hallaron el rastro por do habían ido y a donde habían desaparecido, y luego supieron quién los había muerto,

y presos los matadores, nunca confesaron por cuyo mandado los habían muerto. Pero dijeron que ellos los habían muerto, y que bien conocían el mal que habían hecho y que merecían la muerte; y rogaron que los bautizasen antes que los matasen. Luego fueron por los cuerpos de los niños, y traídos, los enterraron en una capilla adonde se decía la misa, porque entonces no había iglesia. Sintieron mucho la muerte de estos niños aquellos padres dominicos, y más por lo que había de sentir el padre fray Martín de Valencia, que tan se los había encargado cuando se los dio, y parecióles que sería bien enviarle a los homicidas y matadores, y diéronlos a unos indios para que los llevasen a Tlaxcala. Como el señor de Coantinchan lo supo y también los principales, temiendo que también a ellos les alcanzaría parte de la pena, dieron joyas y dádivas de oro a un español que estaba en Coantinchan porque estorbase que los presos no fuesen a Tlaxcala, y aquel español comunicó con otro que tenía cargo de Tlaxcala, y partió con él el interés, el cual salió al camino e impidieron la ida. Todas estas diligencias fueron en daño de los solicitadores, porque a los españoles aquel alguacil fue por ellos, y entregados a fray Bernardino Minaya, pusieron al uno de cabeza en el cepo, y al otro atado, los azotaron cruelmente y no gozaron del oro. A los matadores, como se supo luego la cosa en México, envió la justicia por ellos y ahorcáronlos. Al señor de Coatinchan como no se enmendase, mas añadiendo pecados a pecados, también murió ahorcado y con otros principales. Cuando fray Martín de Valencia supo la muerte de los niños, que como a hijos había criado, y que habían ido con su licencia, sintió mucho dolor y llorábalos como a hijos, aunque por otra parte se consolaba en ver que había ya en esta tierra quien muriese confesando a Dios. Pero cuando se acordaba de lo que le habían dicho al tiempo de su partida, que fue: «¿Pues no mataron a San Pedro, y a San Pablo y desollaron a San Bartolomé, pues que nos maten a nosotros no nos hace Dios muy grande merced?», no podía dejar de derramar muchas lágrimas.

Capítulo XV

De la ayuda que los niños hicieron para la conversión de los indios, y de cómo se recogieron las niñas indias y del tiempo que duró, y de dos cosas notables que acontecieron a dos indias con dos mancebos.

Si estos niños no hubieran ayudado a la obra de la conversión, sino que solos los intérpretes lo hubieran de hacer todo, paréceme que fueran lo que escribió el obispo de Tlaxcala al Emperador diciendo: «Nos los obispos sin los frailes intérpretes, somos como halcones en muda.» Así lo fueran los frailes sin los niños, y casi de esta manera fue lo que las niñas indias hicieron, las cuales, a lo menos las hijas de los señores, se recogieron en muchas provincias de esta Nueva España, y se pusieron so la disciplina y corrección de mujeres devotas españolas, que para el efecto de tan santa obra envió la Emperatriz, con mandamiento y provisiones para que se les hiciesen casas a donde las recogiesen y enseñasen. Esta buena obra y doctrina duró obra de diez años y no más, porque como estas niñas no se enseñaban más de para ser casadas, y que supiesen coser y labrar, que tejer todas lo saben, y hacer telas de mil labores, y en las telas, ora sea para mantas de hombre, ora sea para camisas de mujeres, que llaman *uipiles*. Mucha de esta ropa va tejida de colores, porque aunque las llaman los españoles camisas, son ropas que se traen encima de toda la otra ropa, y por esto las hacen muy galanas y de muchos colores, de algodón teñido, o de pelo de conejo, que es como sirgo o seda de Castilla, de lo cual también hacen camas, más vistosas que costosas, la cual aunque se lave no recibe detrimento, antes cada vez queda más blanca, por ser teñida en lana. La seda que en estas partes se hace, aunque hasta ahora es muy poca, es tan fina que aunque la echen en colada fuerte no desdice. La labor que es de algodón no se sufre lavar, porque todo lo que tocan, manchan, porque el algodón es teñido en hilo. De lana merina de las ovejas hacen

muy buenas obras, y los indios hacen mucho por ella. De toda esta obra labraban aquellas niñas; después, como sus padres vinieron al bautismo, no hubo necesidad de ser más enseñadas de cuanto supieron ser cristianas y vivir en la ley del matrimonio. En estos diez años que se enseñaron, muchas que entraron ya algo mujercillas se casaban y enseñaban a las otras. En el tiempo que estuvieron recogidas deprendieron la doctrina cristiana y el oficio de Nuestra Señora, el cual decían siempre a sus tiempos y horas, y aún algunas les duró esta buena costumbre después de casadas, hasta que con el cuidado de los hijos y con la carga de la gobernación de la casa y familia lo perdieron. Y fue cosa muy de ver en Huexuzinco un tiempo que había copia de casadas nuevas y había una devota ermita de Nuestra Señora, a la cual todas o las más iban luego de mañana a decir sus horas de Nuestra Señora muy entonadas y muy en orden, aunque ninguna de ellas no sabía el punto del canto. Muchas de estas niñas, a las veces con sus maestras, otras veces acompañadas de algunas indias viejas, que también hubo algunas devotas que servían de porteras y guardas de las otras, con éstas salían a enseñar, así en los patios de las iglesias como en las casas de las señoras, y convertían a muchas a se bautizar y a ser devotas cristianas y limosneras, y siempre han ayudado mucho a la doctrina cristiana.

En México aconteció una cosa muy de notar a una india doncella, la cual era molestada y requerida de un mancebo soltero. Y como se defendiese de él, el demonio despertó a otro y púsole en la voluntad que intentase la misma cosa. Y como ella también se defendiese del segundo como del primero, ayuntáronse ambos los mancebos y concertáronse de tomar a la doncella por fuerza lo que de grado no habían podido alcanzar. Para lo cual la anduvieron aguardando algunos días; y saliendo ella de la puerta de su casa a prima noche, tómanla y llévanla a una casa yerma adonde procuraron forzarla, y ella defendiéndose varonilmente, y llamando

a Dios y a Santa María, ninguno de ellos pudo haber acceso a ella. Y como cada uno por sí no pudiese, ayuntáronse ambos juntos, y como por ruegos no pudiesen acabar nada con ella, comenzáronla a maltratar y a dar de bofetadas y puñadas y a mesalla cruelmente. A todo esto ella siempre perseverando en la defensión de su honra. En esto estuvieron toda la noche, en la cual no pudieron acabar nada, porque Dios a quien la moza siempre llamaba con lágrimas y buen corazón la libró de aquel peligro. Y como ellos la tuviesen toda la noche, y nunca contra ella pudiesen prevalecer, quedó la doncella libre y entera; y luego a la mañana, ella, por guardarse con más seguridad, fuese a la casa de las niñas y contó a la madre lo que le había acontecido, y fue recibida en la compañía de las hijas de los señores, aunque era pobre, por el buen ejemplo que había dado y porque Dios la tenía de su mano.

En otra parte aconteció que como una casada enviudase siendo moza, requerióla y aquejábala un hombre casado, del cual no se podía defender, y un día viose él solo con la viuda, encendido en su torpe deseo, al cual ella dijo: «¿Cómo intentas y procuras de mí tal cosa? ¿Piensas que porque no tengo marido que me guarde has de ofender conmigo a Dios? Ya que otra cosa no mirases, sino que ambos somos cofrades de la hermandad de Nuestra Señora, y que en esto la ofenderíamos mucho, y con razón se enojaría de nosotros, y no seríamos dignos de nos llamar sus cofrades, ni tomar sus benditas candelas en las manos; por esto sería mucha razón que tú me dejases, y ya que tú por esto no me quieres dejar, sábete que yo estoy determinada de antes morir que cometer tal maldad.» Fueron estas palabras de tanta fuerza, imprimiéronse de tal manera en el corazón del casado, y así lo compungieron, que luego en aquel mismo instante respondió a la mujer diciéndola: «Tú has ganado mi ánima que estaba ciega y perdida. Tú has hecho como buena cristiana, y sierva de Santa María. Yo te prometo de me apartar de este pecado, y de me confesar y hacer

penitencia de él, quedándote en grande obligación para todos los días que yo viviere.»

Capítulo XVI

De qué cosa es provincia, y del ganador y término de Tlazcala, y de las cosas notables que hay en ella.

Tlaxcala es una ciudad en la Nueva España, y el mismo nombre tiene toda la tierra, aunque en ella hay muchos pueblos. Esta provincia de Tlaxcala es una de las principales de toda la Nueva España, de la cual, como ya tengo dicho, solían salir cien mil hombres de pelea. El señor y la gente de esta provincia anduvieron siempre con el marqués del Valle, y con los españoles que con él vinieron en la primera conquista hasta que toda la tierra tuvieron de paz y asosegada. En esta tierra al pueblo grande, que tiene debajo de sí otros pueblos menores, está en costumbre de llamarle provincia; y muchas de estas provincias tienen poco término y no muchos vecinos. Tlaxcala, que es la más entera provincia y de más gente, y de las que más términos tiene en esta tierra, en lo más largo, que es viniendo de la Veracruz a México, tiene quince leguas de término, y de ancho tiene diez leguas.

Nace en Tlaxcala una fuente grande a la parte del norte, cinco leguas de la principal ciudad; nace en un pueblo que se llama Azumba, que en su lengua quiere decir cabeza, y así es, porque esta fuente es cabeza y principio del mayor río de los que entran en el Mar del Sur, el cual entra en la mar por Zacatulo. Este río nace encima de la venta de Atlacatepec, y viene rodando por cima de Tlaxcala, y después torna a dar vuelta y viene por un valle abajo, y pasa por medio de la ciudad de Tlaxcala y cuando a ella llega viene muy poderoso, y pasa regando mucha parte de la provincia. Sin éste, tiene otras muchas fuentes y arroyos, y grandes lagunas, que todo el año tienen agua y peces pequeños.

Tienen muy buenos pastos y muchos, adonde ya los españoles y naturales apacientan mucho ganado. Asimismo tienen grandes montes, en especial a la parte del norte tiene una muy grande sierra, la cual comienza a dos leguas de la ciudad y tienen otras dos de subida hasta lo alto. Toda esta montaña es de pinos y encinas. En lo alto lo más de los años tiene nieve, la cual nieve en pocas partes de esta Nueva España se cuaja, por ser la tierra muy templada. Esta sierra es redonda; tiene de cepa más de quince leguas, y casi todo es término de Tlaxcala. En esta sierra se arman los nublados, y de aquí salen las nubes cargadas que riegan a Tlaxcala y a los pueblos comarcanos; y así tienen por cierta señal que tiene de llover cuando sobre esta sierra ven nubes, las cuales nubes se comienzan comúnmente a ayuntar desde las diez de la mañana hasta el mediodía, y desde allí hasta hora de vísperas se comienzan a esparcir y a derramarse, las unas hacia Tlaxcala, otras hacia la ciudad de los Angeles, otras hacia Huexuzinco, la cual es cosa muy cierta y muy de notar. Y por esta causa antes de la venida de los españoles tenían los indios en esta sierra grande adoración e idolatría, y venía toda la tierra de la comarca aquí a demandar agua, y hacía muchos y muy endiablados sacrificios en reverencia de una diosa que llamaban *Matlalcuey,* y a la misma sierra llamaban del mismo nombre de la diosa *Matlalcuey,* que en su lengua quiere decir «camisa azul», porque ésta era su principal vestidura de aquella diosa, porque la tenían por diosa del agua; y porque el agua es azul vestíanla de vestidura azul. A esta diosa y al dios *Tlaloc* tenían por dioses y señores del agua. A *Tlaloc* tenían por abogado y por señor en Tezcuco y en México y sus comarcas y a la diosa en Tlaxcala y su provincia (esto se entiende que el uno era honrado en la una parte y el otro en la otra); mas toda la tierra a ambos juntos demandaban el agua cuando la habían menester.

Para destruir y quitar esta idolatría y abominaciones de sacrificios que en esta tierra se hacían, el buen siervo de Dios fray Martín de Valencia subió allá arriba

a lo alto y quemó todos los ídolos y levantó y puso la señal de la cruz, e hizo una ermita a la cual llamó San Bartolomé, y puso en ella a quien la guardase y para que nadie allí más invocase al demonio trabajó mucho, dando a entender a los indios cómo solo Dios verdadero es el que da el agua y que a Él se tiene de pedir. La tierra de Tlaxcala es fértil; cógese en ella mucho maíz, frijoles, y ají. La gente en ella es bien dispuesta, y la que en toda la tierra más ejercitada era en las cosas de la guerra. Es la gente mucha y muy pobre, porque de sólo el maíz que cogen se han de mantener y vestir, y pagar los tributos. Está situada Tlaxcala en buena comarca, porque a la parte de occidente tiene a México a veinte leguas, y al mediodía tiene la ciudad de los Angeles, a cinco leguas, y el puerto de la Veracruz a cuarenta leguas.

Está Tlaxcala partida en cuatro cabezas o señoríos. El señor más antiguo y que primero la fundó edificó en un cerrejón alto que se llama Tepetipac, que quiere decir encima de sierra, porque desde lo bajo por a donde pasa el río, y ahora está la ciudad edificada, a lo alto del cerrejón que digo, hay una legua de subida. La causa de edificar en lugares altos y descubiertos, adonde pudiesen dormir con menos cuidado, pues no tenían muros ni puertas en sus casas, aunque en algunos pueblos había albarradas y reparos, porque las guerras eran muy ciertas cada año. Este primer señor que digo tiene su gente y señorío a la parte del norte. Después que se fue multiplicando la gente, el segundo señor edificó más bajo en un recuesto o ladera más cerca del río, la cual población se llama Ocutubula, que quiere decir «pinar en tierra seca». Aquí estaba el principal capitán de toda Tlaxcala, hombre valeroso y esforzado que se llamó Maxiscazi, el cual recibió a los españoles y les mostró mucho amor, y les favoreció en toda la conquista que hicieron en esta Nueva España. Aquí en este barrio era la mayor frecuencia de Tlaxcala, y adonde concurría mucha gente por causa de un gran mercado que allí se hacía. Tenía

este señor grandes casas y de muchos aposentos; y en una sala de esta casa tuvieron los frailes de San Francisco su iglesia tres años y después de pasados a su monasterio tomó allí la posesión el primer obispo de Tlaxcala, que se llamaba don Julián Garcés, para iglesia catedral, y llamóla Santa María de la Concepción. Este señor tiene su gente y señorío hacia la ciudad de los Angeles, que es al mediodía.

El tercero señor edificó más bajo el río arriba. Llámase el lugar Tizatlán, que quiere decir lugar adonde hay yeso o minero de yeso; y así lo hay mucho y muy bueno. Aquí estaba aquel gran señor anciano, que de muy viejo era ya ciego; llamábase Xicoténcath. Este dio muchos presentes y bastimentos al gran capitán Hernando Cortés; y aunque era tan viejo y ciego, se hizo llevar harto lejos a recibirle al dicho capitán; y después le proveyó de mucha gente para la guerra y conquista de México, porque es el señor de más gente y vasallos que otro ninguno. Tiene su señorío al oriente.

El cuarto señor de Tlaxcala edificó el río abajo, en una ladera que se llama Queauztlan. Este también tiene gran señorío hacia la parte de poniente, ayudó también con mucha gente para la conquista de México. Y siempre estos tlaxcaltecas han sido fieles amigos y compañeros de los españoles en todo lo que han podido, y así los conquistadores dicen que Tlaxcala es digna de que Su Majestad le haga muchas mercedes, que si no fuera por Tlaxcala, que todos murieran cuando los mexicanos echaron de México a los cristianos, si no los recibieran los tlaxcaltecas [36].

Hay en Tlaxcala un monasterio de frailes menores razonable; la iglesia es grande y buena. Los monasterios que hay en la Nueva España para los frailes que en ellos moran bastan, aunque a los españoles se les hacen pequeños, y cada día se van haciendo las casas menores y más pobres. La causa es porque al principio edificaban según la provincia o pueblo era, grande o pe-

[36] Alude a la derrota de Cortés y a la «Noche triste».

queño, esperando que vendrían frailes de Castilla, y también los que acá se criarían, así españoles como naturales. Pero como han visto que vienen pocos frailes, y que las provincias y pueblos que los buscan son muchos, y que les es forzado repartirse por todos, una casa de siete u ocho celdas se les hace grande, porque fuera de los pueblos de españoles, en las otras casas no hay más de cuatro o cinco frailes. Tornando a Tlaxcala, hay en ella un buen hospital y más de cincuenta iglesias pequeñas y medianas, todas bien aderezadas.

Desde el año mil e quinientos y treinta y siete hasta éste de cuarenta se ha ennoblecido mucho la ciudad, porque para edificar son ricos de gente y tienen muy grandes canteras de muy buena piedra. Ha de ser esta ciudad muy populosa y de buenos edificios, porque se han comenzado a edificar en lo llano par del río, y lleva muy buena traza. Y como en Tlaxcala hay otros muchos señores después de los cuatro principales, y que todos tienen vasallos, edifican por muchas calles, lo cual ha de ser causa que en breve tiempo ha de ser una gran ciudad. En la ciudad y dos o tres leguas a la redonda casi todos son nauales, y hablan la lengua principal de la Nueva España que es de nahuatl. Los otros indios desde cuatro leguas hasta siete, que esto tienen de poblada, y aun no por todas partes, son otomíes, que es la segunda lengua principal de esta tierra. Sólo un barrio o parroquia hay de *pinomes* [37].

Capítulo XVII

De cómo y por quién se fundó la ciudad de los Angeles y de sus calidades.

La ciudad de los Angeles, que es en esta Nueva España, en la provincia de Tlaxcala, fue edificada por parecer y mandamiento de los señores presidente y oido-

[37] Que hablan otro idioma: extranjeros.

res de la Audiencia Real que en ella reside, siendo presidente el señor obispo don Sebastián Ramírez de Fuenleal, y oidores el licenciado Juan de Salmerón, y el licenciado Alonso Maldonado, el licenciado Ceinos, y el licenciado Quiroga. Edificóse este pueblo a instancia de los frailes menores, los cuales suplicaron a estos señores que hiciesen un pueblo de españoles, y que fuese gente que se diese a labrar los campos y a cultivar la tierra al modo y manera de España, porque la tierra había muy grande disposición y aparejo. Y no que todos estuviesen esperando repartimiento de indios; y que se comenzarían pueblos en los cuales se recogerían muchos cristianos que al presente andaban ociosos y vagabundos; y que también los indios tomarían ejemplo y aprenderían a labrar y cultivar al modo de España; y que teniendo los españoles heredades y en qué se ocupar, perderían la voluntad y gana que tenían de se volver a sus tierras, y cobrarían amor con la tierra en que se viesen con haciendas y granjerías; y que juntamente con esto, haciendo este principio, sucederían otros muchos bienes. Y en fin, tanto lo trabajaron y procuraron, que la ciudad se comenzó a edificar en el año mil e quinientos e treinta, en las ochavas de Pascua de flores, a diez y seis días del mes de abril, día de Santo Toribio, obispo de Astorga, que edificó la iglesia de San Salvador de Oviedo, en la cual puso muchas reliquias que él mismo trajo de Jerusalén. Este día vinieron los que habían de ser nuevos habitadores, y por mandado de la Audiencia Real fueron aquel día ayuntados muchos indios de las provincias y pueblos comarcanos, que todos vinieron de buena gana para dar ayuda a los cristianos. Lo cual fue cosa muy de ver, porque los de un pueblo venían todos juntos por su camino con toda su gente, cargada de los materiales que eran menester, para luego hacer sus casas de paja. Vinieron de Tlaxcala sobre siete u ocho mil indios, y poco menos de Huexuzinco y Calpa y Tepeaca y Cholola. Traían algunas latas y ataduras y cordeles, y mucha

paja de casas. Y el monte que no está muy lejos para cortar madera. Entraban los indios cantando con sus banderas y tañendo campanillas y atabales, y otros con danzas de muchachos y con muchos bailes. Luego este día, dicha la misa, que fue la primera que allí se dijo, ya traían hecha y sacada la traza del pueblo, por un cantero que allí se halló. Y luego sin mucho tardar los indios alimpiaron el sitio, y echados los cordeles repartieron luego al presente hasta cuarenta suelos a cuarenta pobladores, y porque me hallé presente digo que no fueron más a mi parecer los que comenzaron a poblar la ciudad.

Luego aquel día comenzaron los indios a levantar casas para todos los moradores con quien se habían señalado los suelos, y diéronse tanta prisa que las acabaron en aquella misma semana; y no eran tan pobres casas que no tenían bastante aposentos. Era esto en principio de las aguas, y llovió mucho aquel año; y como el pueblo aún no estaba sentado ni pisado, ni dadas las corrientes que convenía, andaba el agua por todas las casas, de manera que había muchos que burlaban del sitio y de la población, la cual está asentada encima de un arenal seco, y a poco más de un palmo tiene un barro fuerte y luego está la tosca. Ahora ya después que por sus calles dieron corrientes y pasada al agua, corre de manera que aunque llueva grandes turbiones y golpes de agua, todo pasa, y desde a dos horas queda toda la ciudad tan limpia como una Génova. Después estuvo esta ciudad tan desfavorecida, que estuvo para despoblarse, y ahora ha vuelto en sí es la mejor ciudada que hay en toda la Nueva España después de México; porque informado Su Majestad de sus calidades, le ha dado privilegios reales.

El asiento de la ciudad es muy bueno y la comarca la mejor de toda la Nueva España, porque tienen a la parte del norte a cinco leguas la ciudad de Tlaxcala; tiene al poniente a Huexzinco a otras cinco leguas; al oriente tiene a Tepeaca a cinco leguas; a mediodía, que es tierra caliente, están Yzuca y Cuauquechula a

siete leguas; tiene a dos leguas a Cholola, Totomiaucan; Calpa está a cinco leguas; todos estos son pueblos grandes. Tiene el puerto de la Veracruz al oriente a cuarenta leguas; México a veinte leguas. Va el camino del puerto a México por medio de esta ciudad; y cuando las recuas van cargadas a México, como es el paso por aquí, los vecinos se proveen y compran todo lo que han de menester en mejor precio que los de México; y cuando las recuas son de vuelta cargan de harina, y tocino, y bizcocho, para matalotaje de las naos. Por lo cual esta ciudad se espera que irá aumentándose y ennobleciéndose.

Tiene esta ciudad una de las buenas montañas que tiene ciudad en el mundo, porque comienza a una legua del pueblo, y va por partes cinco y seis leguas de muy grandes pinares y encinares, y entra esta montaña por una parte a tres leguas aquella sierra de San Bartolomé que es de Tlaxcala. Todas estas montañas son de muy gentiles pastos, porque en esta tierra, aunque los pinares sean arenosos, están siempre llenos de muy buena yerba, lo cual no se sabe que haya en otra parte en toda Europa. Demás de esta montaña tiene otras muchas dehesas y pastos, adonde los vecinos traen mucho ganado ovejuno y vacuno, y yeguas. Hay mucha abundancia de aguas, así de ríos como de fuentes. Junto a las casas va un arroyo en el cual están ya hechas tres paradas de molinos, de a cada dos ruedas. Llevan agua de pie que anda por toda la ciudad. A media legua pasa un gran río, que siempre se pasa por puentes; este río se hace de dos brazos, el uno viene de Tlaxcala, y el otro desciende de las sierras de Huejuzinco. Dejo de decir de otras aguas de fuentes y arroyos que hay en los términos de esta ciudad, por decir de muchas fuentes que están junto o cuasi dentro de la ciudad, y éstas son de dos calidades. Las más cercanas a las casas son de agua algo gruesa y salobre, y por esto no se tienen en tanto como las otras fuentes, que están de la otra parte del arroyo de los molinos, adonde ahora está el monasterio de San Francisco. Estas son muy

excelentes fuentes, y de muy delgada y sana agua; son ocho o nueve fuentes: algunas de ellas tienen dos o tres brazadas de agua. Una de estas fuentes nace en la huerta del monasterio de San Francisco. De éstas bebe toda la ciudad por ser el agua tan buena y tan delgada. La causa de ser mala el agua que nace junto a la ciudad es porque va por mineros de piedra de sal, y estotras todas van y pasan por vena y mineros de muy hermosa piedra, y de muy hermosos sillares como luego se dirá.

Tiene esta ciudad muy ricas pedreras o canteras, y tan cerca, que a menos de un tiro de ballesta se saca cuanta piedra quisieren, así para labrar como para hacer cal. Y es tan buena de quebrar por ser blanda, que aunque los más de los vecinos la sacan con barras de hierro y almadana, los pobres la sacan con palancas de palo, y dando una piedra con otra quiebran toda la que han menester. Están estas pedreras debajo de tierra a la rodilla y a medio estado, y por estar debajo de tierra es blanda; porque puesta al sol y aire se endurece y hace muy fuerte. Y en algunas partes que hay alguna de esta piedra fuera de las tierras, es tan dura, que no curan de ella por ser tan trabajosa de quebrar, y lo que está debajo de la tierra, aunque sea de la misma pieza, es tan blanda como he dicho. Esta piedra que los españoles sacan es extremada de buena para hacer paredes, porque la sacan del tamaño que quieren, y es algo delgada y ancha para trabar la obra, y es llena de ojos para recibir la mezcla. Y como esta tierra es seca y cálida, hácese una argamasa muy recia, y sácase más de esta piedra en un año que se saca en España en cinco. La que sale piedra menuda y todo el ripio de lo que se labra guardan para hacer cal, la cual sale muy buena, y se hace mucha de ella, porque tienen los hornos juntos adonde sacan la piedra, y los montes muy cerca, y el agua que no falta; y lo que es más notar es que tiene esta ciudad una pedrera de piedra blanca de buen grano, y mientras más van descopetando a estado y medio y a dos estados, es muy mejor. De ésta labran pilares y portadas y ventanas, muy buenas

y galanas. Esta cantera está de la otra parte del arroyo, en un cerro, a un tiro de ballesta del monasterio de San Francisco, y a dos tiros de ballesta de la ciudad. En el mismo cerro hay otro venero de piedra más recia, de la cual los indios sacan piedras para moler su *centli* o maíz. Yo creo que también se sacarán buenas piedras para ruedas de molino.

Después de esto escrito se descubrió un venero de piedra colorada de muy lindo grano y muy hermosa. Está una legua de la ciudad. Sácanse ya también junto a la ciudad muy buenas ruedas de molino; las paradas de molinos que tienen son cuatro, de cada dos ruedas cada una.

Hay en esta ciudad muy buena tierra para hacer adobes, ladrillo y teja; aunque teja se ha hecho poca, porque todas las casas que se hacen las hacen con terrados. Tienen muy buena tierra para tapia y así hay muchas heredades tapiadas y cercadas de tapia. Y aunque en esta ciudad no ha habido muchos repartimientos de indios por el gran aparejo que en ella hay, están repartidos más de doscientos suelos bien cumplidos y grandes, y ya están muchas casas hechas, y calles muy largas y derechas, y muy hermosas delanteras de casas. Y hay disposición y suelo para hacer una muy buena y gran ciudad, y según sus calidades y trato y contratación, yo creo que tiene de ser antes de mucho tiempo muy populosa y estimada.

Capítulo XVIII

De la diferencia que hay de las heladas de esta tierra a las de España, y de la fertilidad de un valle que llaman el Val de Cristo; y de los morales y seda que en él se crían, y de otras cosas notables.

El invierno que hace en esta Nueva España y las heladas y fríos ni duran tanto ni es tan bravo como en España, sino tan templado, que ni dejar la capa da

mucha pena, ni traerla en verano tampoco da pesadumbre. Pero por ser las heladas destempladas y fuera de tiempo, quémanse algunas plantas y algunas hortalizas de las de Castilla, como son árboles de agro, parras, higueras, granados, melones, pepinos, berenjenas, etc. Y esto no se quema por grandes fríos y heladas, que no son muy recias, sino porque vienen fuera de tiempo, porque por Navidad o por los Reyes vienen diez o doce días tan templados como de verano, y como la tierra es fértil, aunque no han mucho dormido los árboles, ni ha pasado mucho tiempo después que dejaron la hoja, con aquellos días que hace caliente vuelven luego a brotar. Y como luego vienen otros dos o tres días de heladas, aunque no son muy recias, por hallar los árboles tiernos llévales todo aquello que han brotado; y por la bondad y fertilidad de la tierra acontece muchos años tornar los árboles a brotar y a echar dos y tres veces hasta el mes de abril, y quemarse otras tantas veces. Los que esto ignoran y no lo entienden, espántanse de que en Castilla, adonde son las heladas tan recias, no se hielan las plantas de la manera que acá se hielan. Esto que aquí digo no va fuera de propósito de contar historias y propiedades de esta tierra, ni me aparto de loar y encarecer la tierra y comarca de esta ciudad de los Angeles, por lo cual digo que en esta Nueva España cualquier pueblo para ser perfecto ha de tener alguna tierra caliente, adonde tenga sus viñas y huertas, y heredades, como lo tiene ésta de que hablamos.

A cuatro leguas de esta ciudad está un vago que se llama el Val de Cristo, adonde los vecinos tienen sus heredades, y huertas y viñas con muchos árboles, los cuales se hacen en extremo bien de toda manera de fruta, mayormente de granados. Y en las tierras cogen mucho pan todo lo más del año, que en tierra fría no se da más de una vez como en España, mas aquí adonde digo, como es tierra caliente y no le hace mal la helada, y como este valle tiene mucha agua de pie, siembran y cogen cuando quieren, y muchas veces acon-

tece estar un trigo acabado de sembrar, y otro que brota, y otro estar en berza, y otro espigando, y otro para segar. Y lo que más ricas hacen estas heredades son los morales que tienen puestos y ponen cada día, porque hay muy grande aparejo para criar seda. Es tan buena esta vega adonde está este valle que dicen el Val de Cristo, que en toda la Nueva España no hay otra mejor, porque personas que se les entiende y saben conocer las tierras, dicen que es mejor esta vega que la Vega de Granada en España, ni que la de Orihuela, por lo cual será bien decir algo en suma de tan buena cosa como esta vega es.

Esta es una vega que llaman los españoles el Valle de Atlixco, mas entre los indios tiene muchos nombres, por ser muy gran pedazo de tierra. Atlixco quiere decir en su lengua ojo o nocimiento de agua. Es este lugar propiamente dos leguas encima del sitio de los españoles o del Val de Cristo, adonde nace una muy grande y hermosa fuente, de tanta abundancia de agua, que luego se hace de ella un gran río, que va regando muy gran parte de esta vega, que es muy ancha, y muy larga, y de muy fértil tierra. Tiene otros ríos y muchas fuentes y arroyos. Junto a esta gran fuente está un pueblo que tiene el mismo nombre de la fuente, que es Atlixco. Otros llaman a esta vega Cuauhquechula la vieja, porque en la verdad los de Cuauhquechula la plantaron y habitaron primero. Esto es adonde ahora se llama Acapetlaca, que para quien no sabe el nombre es adonde se hace el mercado o *tianguez* de los indios. Esto aquí es de lo mejor de toda esta vega. Como los de Cuauhquechula se hubiesen aquí algo multiplicado, cerca del año de 1400,, ensoberbecidos se determinaron y fueron a dar guerra a los de Calpa, que está arriba cuatro leguas al pie del volcán, y tomándolos desapercibidos mataron a muchos de ellos, y los que quedaron retrajéronse y fuéronse a Huexuzinco, y aliáronse y confederáronse con ellos, y todos juntos fueron sobre los de Acapetlaca, y mataron muchos más, y echáronlos del sitio que tenían tomado. Y los que quedaron se retrajeron dos

o tres leguas, el río grande abajo, adonde ahora se llama Coatepec.

Pasados algunos años, los de Cuauhquechula o Capetlaca, arrepentidos de lo que habían hecho, y conociendo la ventaja que había del lugar que habían dejado al que entonces tenían, ayuntáronse, y con muchos presentes, conociéndose por culpados en lo pasado, rogaron a los de Huexuzinco y Calpa que los perdonasen y los dejasen tornar a poblar la tierra que habían dejado. Lo cual les fue concedido, porque todos los unos y los otros eran parientes, y descendían de una generación. Vueltos éstos a su primer asiento tornaron a hacer sus casas y estuvieron algunos años en paz y sosegados, hasta que ya olvidados de lo que había sucedido a sus padres, volvieron a la locura primera y tornaron a mover guerra a los de Calpa. Los cuales vista la maldad de sus vecinos, tornáronse a ayuntar con los de Huexuzinco y fueron a pelear con ellos, y matando muchos los compelieron a huir y a dejar la tierra que ellos les habían dado, y echáronlos a donde ahora están, y edificaron a Cuauhquechula. Y porque éstos fueron los primeros pobladores de esta vega llamáronla Cuauhquechula la vieja. Y desde aquella vez los de Huexuzinco y los de Calpa repartieron entre sí lo mejor de esta vega, y desde entonces la poseen. A esto llaman los españoles Tochmilco entiéndese toda aquella provincia, la cabeza de la cual se llama Acapetlayuca. Ésta es la cosa más antigua de todo este valle. Está a siete leguas de la ciudad de los Angeles, entre Cuauhquechula y Calpa, y es muy buena tierra y poblada de mucha gente.

Dejadas las cosas que los indios en esta vega cogen, que son muchas, y entre ellos son de mucho provecho, como son frutas y maíz, que se coge dos veces en el año, danse frijoles, ají, y ajos, algodón, etc. Es valle adonde se plantan muchos morales, y ahora se hace una heredad para el rey, que tiene ciento y diez mil morales, de los cuales están ya traspuestos más de la mitad, y crecen tanto, que en un año se hacen acá mayores que en España en cinco. En la ciudad de los Angeles

hay algunos vecinos de los españoles que tienen cinco y seis mil pies de morales, por lo cual se criará aquí tanta cantidad de seda que será una de las ricas cosas del mundo, y éste será el principal lugar del trato de la seda. Porque ya hay muchas heredades de ella, y con la que en otras muchas partes de la Nueva España se cría y se planta desde aquí a pocos años se criará más seda en esta Nueva España que en toda la cristiandad, porque se cría al gusano tan recio, que ni se muere porque le echen por ahí, ni porque le dejen de dar de comer dos ni tres días, ni porque haga los mayores truenos del mundo (que es lo que más daño les hace), ningún perjuicio sienten como en otras partes, que si truena al tiempo que el gusano hila, se queda muerto colgado del hilo. En esta tierra antes que la simiente viniese de España yo vi gusanos de seda naturales y su capullo, mas eran pequeños y ellos mismos se criaban por los árboles sin que nadie hiciese caso de ellos, por no ser entre los indios conocida su virtud y propiedad. Y lo que más es de notar de la seda es que se criará dos veces en el año, porque yo he visto los gusanos de la segunda cría en este año de mil e quinientos y cuarenta, en principio de junio ya grandecillos, y que habían dormido dos o tres veces. La razón porque se criará la seda dos veces es porque los morales comienzan a echar hojas desde principio de febrero, y están en crecida y con hoja tierna hasta agosto; de manera que cogida la primera semilla, la tornan a avivar, y les queda muy buen tiempo y mucho, porque como las aguas comienzan acá por abril, están los árboles en crecida mucho más tiempo que en Europa ni en Africa.

Hácense en este valle melones, cohombros y pepinos, y todas las hortalizas que se hacen en tierra fría, porque este valle no tiene otra cosa de tierra caliente, si no es el no le hacer mal la helada. En lo demás es tierra muy templada, especialmente el lugar a donde los españoles han hecho su asiento; y así hace las mañanas tan frescas como dentro en México, y aun tiene este

valle una propiedad bien notada de muchos y aun de todos, y es que siempre a la hora de mediodía viene un aire fresco como embate de mar, y así le llaman los españoles que aquí residen, el cual es tan suave y gracioso que da a todos muy gran descanso. Finalmente se puede decir de este valle que le pusieron el nombre como le convenía en llamarle Val de Cristo, según su gran fertilidad y abundancia, y sanidad y templanza de aires.

Antiguamente estaba muy gran parte de esta vega hecha eriales, a causa de las guerras, porque por todas partes tiene este valle grandes pueblos, y todos andaban siempre envueltos en guerra unos contra otros, antes que los españoles viniesen, y aquí eran los campos a donde se venían a dar las batallas, y adonde peleaban. Y era costumbre general en todos los pueblos y provincias, que en fin de los términos de cada parte dejaban un gran pedazo yermo y hecho campo, sin labrarlo, para las guerras, y si por caso alguna vez se sembraba, que eran muy raras veces, los que lo sembraban nunca lo gozaban, porque los contrarios sus enemigos se lo talaban y destruían. Ahora ya todo se va ocupando de los españoles con ganado, y de los naturales con labranza, y de nuevo se amojonan los términos; y algunos que no están bien claros determínanlos por pleito, lo cual es causa que entre los indios haya siempre muchos pleitos, por estar los términos confusos.

Volviendo pues al intento y propósito digo: que en aquella ribera que va junto a las casas de la ciudad hay buenas huertas, así de hortaliza como de árboles de pepita, como son perales, manzanos y membrillos, y de árboles de cuesco, como son duraznos, melocotones y ciruelos, etc. A éstos no les perjudica ni quema la helada y paréceme que debía ser como ésta la tierra que sembró Isaac en Palestina, de la cual dice el Génesis que cogió ciento por uno, porque yo me acuerdo que cuando San Francisco de los Angeles se edificó, había un vecino sembrando aquella tierra que es-

taba señalada para el monasterio, de trigo, y estaba bueno; y preguntado qué tanto había sembrado y cogido, dijo que había sembrado una fanega y cogido ciento. Y esto no fue por ser aquel el primer año que aquella tierra se sembraba, porque antes que la ciudad allí se edificase sembraban la ribera de aquel arroyo para el español que tenía el pueblo de Cholola en encomienda, y había ya más de cinco años que cada año se sembraba. Y así es costumbre en esta Nueva España que las tierras que siembren cada año, y no las estercolando, produzcan el fruto muy bien. En otra parte de esta Nueva España he sido certificado que de una fanega se cogieron más de ciento y cincuenta fanegas de trigo castellano. Verdad es que esto que así acude se siembra a mano como el maíz, porque hacen la tierra a camellones, y con la mano escarban y ponen dos o tres granos, y de palmo en palmo hacen otro tanto, y después sale una mata llena de cañas y espigas. Maíz se ha sembrado en término de esta ciudad que ha dado una fanega trescientas. Ahora hay tantos ganados que en toda parte vale de balde. Labran la tierra con yuntas de bueyes al modo de España. También usan carretas como en España, de las cuales hay muchas en esta ciudad, y es cosa muy de ver las que cada día entran cargadas, unas de trigo, otras de maíz, otras de leña para quemar cal, otras con vigas y otras con madera. Las que vienen del puerto traen las mercaderías, y a la vuelta llevan bastimentos y provisiones para los navíos.

Lo principal de esta ciudad y que hace ventaja a otras más antiguas que ella es la iglesia principal, porque cierto es muy solemne, y más fuerte y mayor que todas cuantas hasta hoy hay edificadas en toda la Nueva España. Es de tres naves, y los pilares de muy buena piedra negra y de buen grano, con sus tres puertas, en las cuales hay tres portadas muy bien labradas, y de mucha obra. Residen en ella el obispo, con sus dignidades, canónigos, curas y racioneros, con todo lo conveniente al culto divino, porque aunque en Tlaxcala se tomó primero la posesión, está ya mandado por

Su Majestad que sea aquí la catedral, y como en tal, residen aquí los ministros. Tiene también esta ciudad dos monasterios, uno de San Francisco y otro de Santo Domingo. Hácese también un muy buen hospital. Hay muy buenas casas y de buen parecer por de fuera y de buenos aposentos. Está poblada de gente muy honrada, y personas virtuosas y que hacen grandes ayudas a los que nuevamente vienen de Castilla, porque luego que desembarcan, que es desde mayo hasta septiembre, adolecen muchos y mueren algunos, y en esto se ocupan muchos de los vecinos de esta ciudad, en hacerles regalos y caricias, y caridad.

Tiene esta ciudad mucho aparejo para poderse cercar, y para ser la mayor fuerza de toda la Nueva España, y para hacerse en ella una muy buena fortaleza, aunque por ahora la iglesia basta según es fuerte. Y hecho esto, que se puede hacer con poca costa y en breve tiempo, dormirán seguros los españoles de la Nueva España, quitados de los temores y sobresaltos que ya por muchas veces han tenido. Y sería gran seguridad para toda la Nueva España, porque la fortaleza de los españoles está en los caballos y tierra firme, lo cual todo tiene esta ciudad: los caballos, que se crían en aquel valle y vega que está dicho, y la tierra firme el asiento que la ciudad tiene. Asimismo está en comarca y en el medio para ser señora y sujetar a todas partes, porque hasta el puerto no hay más de cuatro o cinco días de camino. Y para guardar la ciudad basta la mitad de los vecinos que tiene, y los demás para correr el campo y hacer entradas a todas partes en tiempo de necesidad. Y hasta que en esta Nueva España haya una cosa fuerte, y que ponga algún temor, no se tiene la tierra por muy segura, por la gran multitud que hay de gente de los naturales. Pues se sabe que para cada español hay quince mil indios y más. Y pues que esta ciudad tiene tantas y tan buenas partes y tantas buenas cualidades, y con haber tenido hartas contradicciones en el tiempo de su fundación y haber sido desfavorecida, ha venido a subir y a ser tan estimada, que casi

quiere dar en barba a la ciudad de México, será justo que de Su Majestad el Emperador y Rey don Carlos, su señor y monarca del mundo, sea favorecida y mirada no más de como ella misma lo merece, sin añadir ninguna cosa falsamente. Y con esto se podrá decir de ella que sería ciudad perfecta y acabada, alegría y defensión de toda la tierra.

Es muy sana, porque las aguas son muy buenas y los aires muy templados. Tiene muy gentiles y graciosas salidas. Tiene mucha caza y muy hermosas vistas, porque de una parte tiene las sierras de Huexuzinco, que la una es el volcán y la otra la sierra nevada; a otra parte y no muy lejos, la sierra de Tlaxcala y otras montañas en derredor; a otras partes tiene campos llanos y rasos. En conclusión, que en asiento y en vista, y en todo lo que pertenece a una ciudad para ser perfecta, no le falta nada.

Capítulo XIX

Del árbol o cardo llamado maguey, y de muchas cosas que de él se hacen, así de comer como de beber, calzar y vestir, y de sus propiedades.

Methl es un árbol o cardo que en lengua de las Islas se llama *maguey,* del cual se hacen y salen tantas cosas, que es como lo que dicen que hacen del hierro. Es verdad que la primera vez que yo le vi sin saber ninguna de sus propiedades dije: «Gran virtud sale de este cardo». Él es un árbol o cardón a manera de una yerba que se llama zábila, sino que es mucho mayor. Tiene sus ramas o pencas verdes, tan largas como vara y media de medir; van seguidas como una teja, del medio gruesa, y adelgazando los lados del nacimiento. Es gorda y tendrá casi un palmo de grueso; va acanalada, y adelgázase tanto la punta, que la tiene tan delgada como una púa o como un punzón; de estas pencas tienen

cada maguey treinta o cuarenta, pocas más o menos, según su tamaño, porque en unas tierras se hacen mejores y mayores que en otras. Después que el *methl* o *maguey* está hecho y tiene su cepa crecida, córtanle el cogollo con cinco o seis púas, que allí las tiene tiernas. La cepa que hace encima de la tierra, de adonde proceden aquellas pencas, será del tamaño de un buen cántaro, y allí dentro de aquella cepa le van cavando y haciendo una concavidad tan grande como una buena olla; y hasta gastarle del todo y hacerle aquella concavidad tardarán dos meses, más o menos según el grueso del maguey; y cada día de éstos van cogiendo un licor en aquella olla, en la cual se recoge lo que destila. Este licor luego como de allí se coge, es como aguamiel; cocido y hervido al fuego, hácese un vino dulcete limpio, lo cual beben los españoles, y dicen que es muy bueno y de mucha sustancia y saludable. Cocido este licor en tinajas como se cuece el vino, y echándole unas raíces que los indios llaman *ocpatl,* que quiere decir medicina o adobo de vino, hácese un vino tan fuerte, que a los que beben en cantidad embeoda reciamente. De este vino usaban los indios en su gentilidad para embeodarse reciamente, y para se hacer más crueles y bestiales. Tiene este vino mal olor, y peor el aliento de los que beben mucho de él. Y en la verdad, bebido templadamente es saludable y de mucha fuerza. Todas las medicinas que se han de beber se dan a los enfermos con este vino; puesto en su taza o copa echan sobre él la medicina que aplican para la cura y salud del enfermo. De este mismo licor hacen buen arrope y miel, aunque la miel no es de tan buen sabor como la de las abejas; pero para guisar de comer dicen que es ésta mejor y es muy sana. También sacan de este licor unos panes pequeños de azúcar, pero ni es tan blanco ni tan dulce como el nuestro. Asimismo hacen de este licor vinagre bueno; unos lo aciertan o saben hacer mejor que otros. Sácase de aquellas pencas hilo para coser. También se hacen cordeles y sogas, maromas, cinchas y jáquimas, y todo lo demás que se

hace del cáñamo. Sacan también de él vestido y calzado; porque el calzado de los indios es muy al propio del que traían los apóstoles, porque son propiamente sandalias. Hacen también alpargates como los del Andalucía, y hacen mantas y capas, todo de este *methl* o *maguey*.

Las púas en que se rematan las hojas sirven de punzones, porque son agudas y muy recias, tanto, que sirven algunas veces de clavos, porque entran por una pared y por un madero razonablemente, aunque su propio oficio es servir de tachuelas cortándolas pequeñas. En cosa que se haya de volver o doblar no valen nada, porque luego saltan; y puédenlas hacer que una púa pequeña al sacarla saquen con su hebra, y servirá de hilo y aguja.

Las pencas también por sí aprovechan para muchas cosas. Cortan estas pencas, porque son largas, y en un pedazo ponen las indias el maíz que muelen, y cae allí; que como lo muelen con agua y el mismo maíz ha estado en mojo, ha menester cosa limpia en que caiga. Y en otro pedazo de la penca lo echan después de hecho masa. De estas pencas hechas pedazos se sirven mucho los maestros que llaman *amantecas,* que labran de pluma y oro, y encima de estas pencas hacen un papel de algodón engrudado, tan delgado como una muy delgada toca, y sobre aquel papel y encima de la penca labran todos sus dibujos, y es de los principales instrumentos de su oficio. Los pintores y otros oficiales se aprovechan mucho de estas hojas, hasta los que hacen casas toman un pedazo y en él llevan el barro. Sirven también de canales y son buenas para ello.

Si a este *methl* o *maguey* no le cortan para coger vino, sino que le dejan espigar, como de hecho muchos espigan, echa un pimpollo tan grueso como la pierna de un hombre, y crece dos y tres brazas, y echada su flor y simiente sécase. Y adonde hay falta de madera sirve para hacer casas, porque de él salen buenas latas, y las pencas de los verdes suplen por teja. Cuando ha echado su árbol, luego se seca todo hasta la raíz, y lo

mismo hace después que le han cogido el vino. Las pencas secas aprovechan para hacer lumbre, y en las más partes es ésta la leña de los pobres; hace muy buen fuego y la ceniza es muy buena para hacer lejía.

Es muy saludable para una cuchilla o para una llaga fresca, tomada una penca y echada en las brasas, y sacar el zumo así caliente es mucho bueno. Para la mordedura de la víbora han de tomar de estos magueyes chiquitos, del tamaño de un palmo y la raíz que es tierna y blanca, y sacar el zumo, y mezclado con zumo de ajenjos de los de esta tierra, y lavar la mordedura, luego sana. Esto yo lo he visto experimentar y ser verdadera medicina: esto se entiende siendo fresca la mordedura.

Hay otro género de estos cardos o árboles de la misma manera, sino que el color es algo más blanquecino, aunque es tan poca la diferencia, que pocos miran en ellos, y las hojas o pencas son un poco más delgadas. De éste que digo sale mejor el vino que dije que bebían algunos españoles, y yo lo he bebido. El vinagre de éste también es mejor. Éste cuecen en tierra, las pencas por sí y la cabeza por sí, y sale de tan buen sabor como un diacitrón [38] no bien adobado o no muy bien hecho. Lo de las pencas está tan lleno de hilos que no se sufre tragarlos, sino mascar y chupar aquel zumo que es dulce. Mas si las cabezas están cocidas de buen maestro, tiene tan buenas tajadas que muchos españoles lo quieren tanto como buen diacitrón. Y lo que es de tener en más es que toda la tierra está llena de estos *metheles,* sálvo la tierra caliente. La que es templada tiene más de estos postreros. Estas eran las viñas de los indios, y así tienen ahora todas las linderas y valladares llenas de ellos.

Hácese del *methl* buen papel; el pliego es tan grande como dos pliegos del nuestro; y de esto se hace mucho en Tlaxcala, que corre por gran parte de la Nueva España. Otros árboles hay de que se hace en tierra

[38] Acitrón, cidra.

caliente, y de éstos se solía gastar gran cantidad; el árbol y el papel se llaman *amatlh* y de este nombre llaman a las cartas, y a los libros y al papel *amatlh,* aunque el libro su nombre tiene.

En este *metlh* o *maguey* hacia la raíz se crían unos gusanos blanquecinos, tan gruesos como un cañón de una avutarda y tan largos como medio dedo, los cuales tostados y con sal son muy buenos de comer. Yo los he comido muchas veces en días de ayuno a falta de peces. Con el vino de este *metlh* se hacen muy buenas cernadas para los caballos, y es más fuerte y más cálido y más apropiado para esto que no el vino que los españoles hacen de uvas.

En las pencas u hojas de este *maguey* hallan los caminantes agua, porque como tiene muchas pencas y cada una como he dicho tiene vara y media de largo, cuando llueve, algunas de ellas retienen en sí el agua, lo cual como ya los caminantes lo sepan y tengan experiencia de ello, vanlo a buscar y muchas veces les es mucha consolación.

Capítulo XX

De cómo se han acabado los ídolos, y las fiestas que los indios solían hacer y la vanidad y trabajo que los españoles han puesto en buscar ídolos.

Este capítulo, que es el postrero, se ha de poner en la segunda parte de este libro, adonde se trata esta materia [39].

Las fiestas que los indios hacían, según que en la primera parte está dicho, con sus ceremonias y solemni-

[39] Como ya indicamos, a pesar de la advertencia inicial del propio autor, conservamos en este sitio final de la *Historia* el capítulo para documentar mejor el carácter provisional del libro. El texto sigue, después del manuscrito del Palacio Real de Madrid, el de la ciudad de México.

dades, desde el principio que los españoles anduvieron de guerra, todo cesó, porque los indios tuvieron tanto que entender en sus duelos, que no se acordaban de sus dioses, ni aun de sí mismos, porque tuvieron tantos trabajos, que por acudir a remediarlos cesó todo lo principal.

En cada pueblo tenían un ídolo o demonio, al cual principalmente como su abogado tenían y llamaban, y a éste honraban y ataviaban de muchas joyas y ropas, y todo lo bueno que podían haber le ofrecían, cada pueblo como era y más en las cabezas de provincias. Estos principales ídolos que digo, luego como la gran ciudad de México fue tomada de los españoles con sus joyas y riquezas, escondieron los ídolos en el más secreto lugar que pudieron mucha parte del oro que estaba con los ídolos en los templos, y dieron en tributo a los españoles a quien fueron encomendados; porque no pudieron menos hacer, porque al principio los tributos fueron tan excesivos, que no bastaba cuanto los indios podían arañar ni buscar, ni lo que los señores y principales tenían, sino que compelidos con necesidad, también dieron el oro que tenían en los templos de los demonios; y aun esto acabado, dieron tributo de esclavos, y muchas veces no los teniendo, para cumplir daban libres por esclavos.

Estos principales ídolos con las insignias y ornamentos o vestidos de los demonios, escondieron los indios, unos so tierra, otros en cuevas, otros en los montes. Después cuando se fueron los indios convirtiendo y bautizando, descubrieron muchos, y traíanlos a los patios de las iglesias para allí los quemar públicamente. Otros se podrecieron debajo de tierra, porque después que los indios recibieron la fe, había vergüenza de sacar los que habían escondido, y querían antes dejarlos podrecer, que no que nadie supiese que ellos los habían escondido. Y cuando los importunaban para que dijesen de los principales ídolos y de sus vestiduras, sacábanlo todo podrido, de lo cual yo soy buen testigo porque lo vi muchas veces. La disculpa que daban era buena, por-

que decían: «Cuando lo escondimos no conocíamos a Dios, y pensábamos que los españoles se habían de volver luego a sus tierras y ya que veníamos en conocimiento, dejábamoslo podrir, porque teníamos temor y vergüenza de sacarlo». En otros pueblos estos principales ídolos con sus atavíos estuvieron en poder de los señores o de los principales ministros de los demonios, y éstos los tuvieron tan secretos que apenas sabían de ellos sino dos o tres personas que los guardaban, y de éstos también trajeron a los monasterios para quemarlos grandísima cantidad.

Otros muchos pueblos remotos y apartados de México, cuando los frailes iban predicando, en la predicación y antes que bautizasen les decían, que lo primero que habían de hacer era que habían de traer todos los ídolos que tenían, y todas las insignias del demonio para quemar; y de esta manera también dieron y trajeron mucha cantidad, que se quemaron públicamente en muchas partes. Porque adonde ha llegado la doctrina y palabra de Cristo no ha quedado cosa que se sepa ni de que se deba hacer cuenta, porque si desde aquí a cien años cavasen en los patios de los templos de los ídolos antiguos, siempre hallarían ídolos, porque eran tantos los que hacían; porque acontecía que cuando un niño nacía hacían un ídolo y al año otro mayor, y a los cuatro años, otro, y como iba creciendo así iban haciendo ídolos, y de éstos están los cimientos y las paredes llenos, y en los patios hay muchos de ellos.

En el año de treinta y nueve y en el año de cuarenta algunos españoles, de ellos con autoridad y otros sin ella, por mostrar que tenían celo de la fe, y pensando que hacían algo, comenzaron a revolver la tierra, y a desenterrar los muertos, y apremiar a los indios porque les diesen ídolos. Y en algunas partes llegó a tanto la cosa, que los indios buscaban los ídolos que estaban podridos y olvidados debajo de tierra, y aun algunos indios fueron tan atormentados, que en realidad de verdad hicieron ídolos de nuevo, y los dieron porque los dejasen de maltratar. Mezclábase con el buen celo

que mostraban en buscar ídolos una codicia no pequeña, y era que decían los españoles, en tal pueblo o en tal parroquia había ídolos de oro y de *chalchihuitl,* que es una piedra de mucho precio, y fantaseábaseles que había ídolo de oro que pesaría un quintal o diez o quince arrobas. Y en la verdad ellos acudieron tarde, porque todo el oro y piedras preciosas se gastaron y pusieron en cobro, y lo hubieron en su poder los españoles que primero tuvieron los indios y pueblos en su encomienda. También pensaban hallar ídolo de piedra preciosa que valiese tanto como una ciudad. Y cierto aunque yo he visto muchos ídolos que fueron adorados y muy temidos entre los indios, y muy acatados como dioses principales, y algunos de *chalchihuitl,* y el que más me parece que podría valer, puesto al almoneda no pienso que darían en España por él diez pesos de oro. Para esto alteraban y revolvían y escandalizaban los pueblos con sus celos en la verdad indiscretos, porque ya que en algún pueblo haya algún ídolo, o está podrido o tan olvidado o tan secreto que en pueblo de diez mil ánimas no lo saben cinco, y tiénenlos en lo que ellos son, que es tenerlos o por piedras o por maderos, y los que andan escandalizando a estos indios que van por su camino derecho, parecen a Labán, el cual salió al camino a Jacob a buscarle el hato y a revolverle la casa por sus ídolos, porque de esto que aquí digo yo tengo harta experiencia, y veo el engaño en que andan y las maneras que traen para desasosegar y desfavorecer a estos pobres indios, que tienen los ídolos tan olvidados como si hubiera cien años que hubieran pasado.

Indice

Introducción de Giuseppe Bellini 7

El texto y criterios de edición 31

Bibliografía selecta 36

HISTORIA DE LOS INDIOS DE LA NUEVA ESPAÑA

Epístola proemial 39

Tratado Primero 53

Tratado Segundo 145

Tratado Tercero 193

La llegada al continente americano en 1524 de FRAY TORIBIO DE BENAVENTE (c. 1490-c. 1565), uno de los «doce apóstoles» franciscanos designados para propagar el cristianismo en tierras hoy pertenecientes a México y Guatemala, le puso en obligado contacto con una realidad a la vez deslumbrante y cruel. La HISTORIA DE LOS INDIOS DE LA NUEVA ESPAÑA describe las costumbres, la organización y los impresionantes monumentos arquitectónicos de las civilizaciones indígenas. Aunque MOTOLINIA —el apodo con que fue conocido en sus andanzas evangelizadoras— justificase la conquista por su carácter providencial, también asumió la protección del indio contra sus opresores y percibió la originalidad de sus expresiones culturales. Como concluye GIUSEPPE BELLINI —autor de la introducción y notas de la presente edición— «entre rechazo y aceptación, entre santo celo, fe ardiente, inteligente juicio, ingenuidad y fantasía y también arraigados prejuicios, Fray Toribio de Benavente es, en definitiva, el primer evaluador positivo del indígena en el área mexicana y su decidido defensor». Otras obras en Alianza Editorial: «Obra indigenista» (LB 1139), de Bartolomé de las Casas; «Problemas y secretos maravillosos de las Indias» (LB 1311), de Juan de Cárdenas; «Historia del Nuevo Mundo» (AU 495), de Juan Ginés de Sepúlveda; «Historia general de las cosas de Nueva España» (AU 560, AU 561), de Fray Bernardino de Sahagún.

Cubierta: Daniel Gil

El libro de bolsillo **Alianza Editorial**